



GONZÁLEZ MERRERO

Penitenciario de la S. I. Catedral Basílica de Cuenca.



El Cielo

OBSERVACIONES

Piadoso-Científicas



Volumen Tercero.



CUENCA

Imprenta y Encuadernación de José Gómez Madina.

1909.



236.6

GON

cie 3

V. 3

T. 348634

7.11.19
38

Biblioteca Pública
CUENCA

Sala

Estante

Tabla

Inventariado al núm.

EL CIELO



BIBLIOTECA PROVINCIAL
CUENCA

Sala 1

Estante 8

Tabla 1-21

Inventariado al núm. 1825-30

F-20

Es propiedad del Autor.

R. 1645

R. 1851

El Cielo

Observaciones

⇒ ⇒ piadoso-científicas



POR EL DOCTOR

Don Francisco González Herrero

CANÓNIGO PENITENCIARIO

DE LA S. I. C. BASÍLICA DE CUENCA

*Gloriosa dicta sunt de te, Civitas
Dei. Psal. 86, 2.*

¡Oh, Ciudad de Dios, qué grandes
cosas se han dicho de ti! Sal. 86, 2.

VOLUMEN TERCERO

CUENCA: IMP. Y ENCUADERNACIÓN

DE JOSÉ GÓMEZ MADINA. --- 1908.

*Francisco González
Herrero*

El Gielo

Observaciones de
el 4 de Agosto de 1878

Por el Sr.

Don Fernando González Herrería

Capitán de Navío

de la Armada Española

Impreso en la imprenta de
Don Juan de Dios, en la calle
de San Juan, número 10, de
esta ciudad, el día 10 de Agosto
de 1878.

En la imprenta de Don Juan de Dios

En la imprenta de Don Juan de Dios
de esta ciudad, el día 10 de Agosto
de 1878.



LIBRO CUARTO

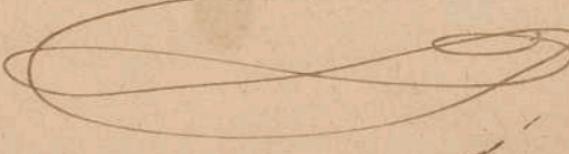
La gloria de los cuerpos en el Cielo.

Capítulo Primero.

Los cuerpos de los justos serán glorificados.

Los cuerpos seguirán la suerte de las almas, 1.—Luego los de los justos irán a la gloria, 2.—También lo dice el Nuevo Testamento, 3.—Su gloria inmediata le proviene del alma, 4.—Su modelo es el cuerpo de Jesús, 5.—Como lo dice Santo Tomás, 6.—Porque son miembros, cuya cabeza es Cristo, 7.—La razón, basada en la justicia, así lo conoce, 8.—Y lo exige la perfecta felicidad del alma, 9.—Explicación que da Santo Tomás, 10.—Resumen por el mismo, 11.—Discurso de San Buenaventura, 12.—De Santa Teresa, 13.—De Granada, 14.—Poesías, 15.

1. Después de tratar de la gloria de las almas, cosa natural es que se trate de la gloria de los cuerpos. Las almas santas que nada tengan que purgar, después que se separan de los cuerpos por la muerte, van inmediatamente al Cielo, según se ha dicho arriba; y lo mismo las que, teniendo que purgar, lo



hayan hecho en el lugar de expiación, llamado purgatorio. Pero la felicidad de los justos sería, en cierto modo, incompleta, si con el alma no fuera también, y á su debido tiempo, glorificado el cuerpo; porque el hombre sólo está completo cuando están su cuerpo y alma reunidos. Por eso es por lo que el Señor, que nunca hace las cosas á medias, sinó siempre perfectas, nos ha revelado su firme voluntad de resucitar en el día final todos los cuerpos que en aquel entonces estén separados de sus propias almas, para que se unan de nuevo é inseparablemente con ellas, y participen de su eterna suerte: los de los réprobos del eterno castigo en el infierno, y los de los justos de la eterna felicidad del Cielo (1).

Vamos, pues, á tratar ahora de la gloria que los cuerpos de los justos recibirán en el Cielo; pero, antes de tratar en concreto de las perfecciones y felicidad que en la gloria tendrán los cuerpos, nos ha parecido muy puesto en razón aducir algunas pruebas con las cuales se vea claramente que los cuerpos de los justos habrán de ir á la gloria después de su resurrección, en donde hallarán su felicísima y eterna vida, en compañía de sus propias almas.

2. En efecto: en la Sagrada Escritura no faltan lugares en los que bien claramente se nos dice que los cuerpos de los justos deben ser glorificados en el Cielo. Viene en primer puesto el santo y paciente Job, y nos dice: «Todos los días que milito ahora (*sobre la tierra*) estoy aguardando á que venga mi

(1) Véase lo dicho en los capítulos últimos, (12.º y siguientes) del libro 1.º

mudanza» (1). A saber, de la vida mortal á la inmortal é incorruptible, según lo expresa más adelante, añadiendo: «Yo sé que vive mi Redentor, y que en lo último de los tiempos he de resucitar de la tierra; y de nuevo seré cubierto con mi piel, y en mi propia carne veré á mi Dios. Al cual he de ver yo mismo, y no he de ser diferente; y mis ojos le han de contemplar; arraigada tengo esta esperanza en mi corazón» (2). Esperaba, pues, el santo varón de Idumea, que él había de estar algún día en el Cielo con su propio cuerpo, y que sus ojos habían de contemplar al mismo Dios, cara á cara. Lo cual no es otra cosa sinó que el cuerpo también ha de ser glorificado en el Cielo con la presencia de Dios.

Pues el Real Salmista bien claro está también sobre este punto. «Consideraba, dice, al Señor siempre ante mi presencia; porque está á mi derecha, para que no sea vencido. Por esto se ha alegrado mi corazón y se regocijó mi lengua; y sobre eso mi carne descansará en esperanza. Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea la corrupción» (3). Más adelante enlaza el Real Profeta la suerte del alma con la del cuerpo, y confía en que ambos gozarán de las dulzuras de los divinos tabernáculos. «¡Qué hermosos, dice, son, Señor de las virtudes, tus tabernáculos! Anhela y desfallece mi ánima en los atrios del Señor. Mi corazón y mi carne se regocijarán en Dios vivo... Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa;

(1) Job, 14, 14.

(2) Job, 19, 25-27.

(3) Psl. 15, 8-10.

por los siglos de los siglos te alabarán» (1). En otro lugar añade el mismo Rey: «Te bendeciré, Dios mío, todos los días; y alabaré tu nombre por el siglo, y por los siglos de los siglos... Mi boca pronunciará la alabanza del Señor; y por los siglos de los siglos toda carne bendecirá su santo nombre (2). No se pueden cantar eternamente las alabanzas del Señor á no ser en la gloria; pues en el infierno sólo habrá para aquellos intelices eterno rechinar de dientes; pero en la gloria sí cantarán los justos con su alma y con su boca y hasta con todo su cuerpo las alabanzas de Dios. Por eso, según expresión del Profeta Rey, no permitirá el Señor que perezca un solo hueso de los justos, porque todos están bajo el amparo de su divina Providencia, que los ha de conducir á la eterna gloria en oportuno tiempo (3).

No es menos claro el profeta Isaías: «Los justos, escribe, verán con sus ojos á su Rey en toda su hermosura... Mira á Sión, la ciudad de nuestra fiesta: tus ojos verán la Jerusalén, habitación opulenta, tabernáculo que jamás será conmovido» (4). Cuyas cosas es bien conocido que se refieren, por modo último, á la gloria de los cuerpos en la celestial Jerusalén, aunque, por modo inmediato, hable el Profeta de la Jerusalén terrestre.

3. Mas vengamos ya á lo que nos dicen los santos escritores del Nuevo Testamento; y prescindiendo de los Santos Evangelios, en los que se afirma con harta frecuencia que son bienaventurados

(1) Psl. 88, 2-6.

(2) Psl. 144, 2 y 21.

(3) Psl. 33, 21.

(4) Isa., 33, 17 y 20.

los ojos que ven á Jesús (1), que es nuestra eterna salvación (2); y que verá toda carne la salud de Dios (3); escuchemos lo que nos dice el Apóstol de las Gentes, que es quien más expresa y extensamente nos habla de esta hermosa verdad. Donde mejor nos habla de esto es en la primera carta que escribió á los fieles de Corinto. Dice de esta manera: «Cristo resucitó de entre los muertos, como primicias de los que duermen (el sueño de la muerte...) Y, así como en Adán mueren todos, así serán todos vivificados por Jesucristo...

Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres; mas una es en verdad la gloria de los cuerpos celestes y otra la de los terrestres. Una es la claridad del sol, otra la de la luna, y otra la de las estrellas. Aun una estrella se diferencia de las otras en claridad; así será en la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en la ignominia, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucitará un cuerpo espiritual. Si hay cuerpo animal, lo hay también espiritual, como está escrito: Fué hecho el primer hombre, Adán, en alma viviente; el novísimo Adán (Jesucristo), lo fué en espíritu vivificante. Pero no es antes lo espiritual, sinó lo animal; y después lo espiritual. El primer hombre de tierra, es terreno; el segundo hombre del cielo es celeste. Cual es el (hombre) terreno, tales son los terrenos; y cual es

(1) Math. 13, 16.

(2) Luc., 2, 30.

(3) Luc., 3, 6.

go, así como llevamos la imagen del (hombre) terreno, llevemos también la imagen del celeste (*de Jesucristo*). Esto, pues, os digo, hermanos; que la carne y la sangre (*pecadora*) no pueden poseer el celeste, tales son los celestes (que le imitan). Lue-reino de Dios; ni la corrupción poseerá la incorrupción. He aquí que os digo un misterio: Todos en verdad resucitaremos; pero no todos seremos mudados (*con la mudanza de los cuerpos gloriosos...*) Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán incorruptibles; y nosotros (*los justos*), seremos mudados. Pues es necesario que este (*cuerpo*) corruptible se vista de incorrupción; y que este (*cuerpo*) mortal se vista de la inmortalidad. Y cuando este (*cuerpo*) mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita (Oseas, 13, 14): «Ha sido absorbida la muerte en la victoria» (completa) del Hijo de Dios» (1). Y entonces es cuando ha de tener cumplimiento el deseo del Apóstol, manifestado en su carta á los de Filipo, en la que les decía: «Nuestra vida (verdadera) está en los cielos: por lo cual también esperamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo; el cual reformará el cuerpo de nuestra humildad, configurándolo con el cuerpo de la claridad suya (con su cuerpo glorioso); según la operación, por la cual pueda también sujetar á sí mismo todas las cosas» (2).

Luego no cabe dudar, pues las Sagradas Escrituras están bien claras, que los cuerpos de los bienaventurados han de ser glorificados en el Cielo,

(1) 1.ª Corint., 15, 20 al 54.

(2) Philip., 3, 20 y 21.

cuando sean allí unidos á sus propias almas. Nuestros ojos, y en nuestra propia carne, verán allí á nuestro Dios y Redentor; ante Él tendrá nuestro cuerpo inmenso regocijo; nuestra boca cantará sus eternas alabanzas; tendremos en todo nuestro cuerpo el verdadero retrato de Jesucristo glorioso; seremos incorruptibles, como lo es Él; y estaremos, como Él lo está, llenos de admirable claridad.

4. La causa inmediata de la glorificación del cuerpo, es la gloria del alma, de donde aquél la recibe, como explica el Angélico en esta profunda manera: «La condición propia del alma del comprensor (*del que ya posee á Dios en la gloria*) es que de ningún modo se sujete al cuerpo suyo ni de él dependa, sinó que (por el contrario) totalmente lo domine. Por lo cual también (*se verificará*) que después de la resurrección del alma (*glorificada*) redunde la gloria en el (*su propio*) cuerpo» (1). Lo mismo dice después en la cuestión 57.^a capítulo 3.^o, y añade: «Es conveniente que el cuerpo glorioso é inmortal esté en un celestial lugar... De lo que se sigue que el cuerpo se hace glorioso por la participación del alma, así como el alma, al decir de San Agustín, se hace beata por la participación de Dios». Cosa parecida dice este Santo en otros varios lugares (2).

Luego, si el alma es gloriosa, glorioso habrá de ser el cuerpo cuando á ella se una en el Cielo; y la gloria del cuerpo habrá de guardar proporción, en su orden, con la gloria de su alma. Así resultará

(1) 3.^a q. 11.^o, 2. c.

(2) Lect. 6.^a, Coment. in 1.^m, Corint. 15.

toda la persona humana glorificada en relación de sus propios merecimientos.

5. Otra razón existe, toda llena de belleza y de encantos, á la par que de convincente fuerza, en favor de la glorificación de los cuerpos. Y es la toma da de la glorificación del cuerpo de Jesús; cuya glorificación es causa ejemplar (1) y verdadero modelo de la glorificación de los cuerpos que en este mundo hayan seguido la bandera de su Redentor.

De fe es que Jesucristo resucitó por su propia virtud, y que subió en cuerpo y alma y divinidad triunfante y glorioso á los Cielos. Así, pues, como la resurrección del Redentor ha sido, en el fondo, modelo de la resurrección de los cuerpos, así también su glorificación lo es de la glorificación de los cuerpos de los justos. Jesucristo prometió á sus Apóstoles que después de la muerte habrían de ir á donde Él estaba; esto es, al Cielo, para ser allí sus almas desde luego gloriosas, y sus cuerpos después de la resurrección (2). Pues no sólo habla del lugar, sinó de la forma con que en aquel lugar se ha de estar, cuya forma ha de ser semejante á la del mismo Jesús, que está en forma gloriosa.

Santo Tomás prueba que Jesucristo tomó en la resurrección su cuerpo glorioso, porque la resurrección y gloria de Jesús son modelos de las de los Santos. «El cuerpo de Jesucristo, dice, fué glorioso en la resurrección... Y esto consta, en primer lugar, porque la resurrección de Jesucristo fué causa y

(1) Prescindimos ahora de otros aspectos por los que es causa de la glorificación de los cuerpos.

(2) Joan, 13, 33.

ejemplar de nuestra resurrección... Pero los Santos en la resurrección tendrán cuerpos gloriosos, como lo dice San Pablo (1.^a Corint., 15): *Se siembra en ignominia, y resucitará en gloria*. Por tanto, siendo la causa más noble que el efecto, con mucha mayor razón (*que los cuerpos de los santos*), habrá de ser glorioso el cuerpo de Jesucristo resucitado (1).

6. Explicando el Angélico aquellas palabras de San Pablo en su 1.^a Carta á los de Corinto, capítulo 15: «Fué hecho el primer Adán en alma viviente; y el último Adán (*Jesucristo*) en espíritu vivificante», entiende que las palabras «Anima viviente», se deben tomar por el principio de la vida natural; y las de «Espíritu vivificante», por el principio de la vida del orden sobrenatural. Y cree el Santo que según la vida natural nos conformamos ó parecemos al Adán primero; y que al segundo, esto es, á Cristo, nos asemejamos según la vida del orden sobrenatural. A cuyo segundo Adán, que es el hombre celeste, podemos conformarnos de dos maneras, es á saber: por la vida de la gracia y por la de la gloria; las cuales vidas están tan enlazadas, que la una es el camino para la otra; pues sin la vida de la gracia no se llega á la de la gloria (2). Por lo tanto, así como por la vida natural, en la cual tenemos alma y cuerpo, nos conformamos al primer Adán, al hombre terreno; así por la vida de la gloria nos hemos de conformar al Adán segundo, al Adán celestial; y, en este caso que éste tiene en su vida gloriosa, no sólo alma, sinó también cuerpo, y cuerpo

(1) 3.^a q. 54, 3. c.

(2) Lect. 7.^a Coment., 1.^a Corint., 15.

glorioso, también los santos habrán de tener en su vida beatífica, y después de la resurrección, su cuerpo glorioso.

7. Por otra parte, los cristianos, que viven en este mundo santamente, son miembros del cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo; y esto lo son no sólo en cuanto al alma, mas también en cuanto al cuerpo; pues á todo el hombre se refiere el Apóstol, cuando escribe: «Así como nosotros, teniendo un solo cuerpo, tenemos en él muchos miembros... así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Jesucristo, de tal modo que cada uno somos miembros el uno del otro» (1). «Un solo pan, dice en otro lugar, y un solo cuerpo somos muchos, á saber, todos los que participamos de un solo pan (*eucarístico*)» (2). Cuya doctrina la extiende y aclara el Apóstol de las Naciones de esta sublime forma: «Guardad solícitos, escribe á los de Efeso, la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Sed un solo cuerpo y un solo espíritu, como fuisteis llamados en una sola esperanza de vuestra vocación. Uno es el Señor, una la fe y uno el bautismo. Uno solo es Dios, y Padre de todos, que está sobre todos, y por todas las cosas y en todos nosotros. Pero á cada uno de nosotros ha dado la gracia, según la medida de la donación de Cristo. Por lo cual dice: Al ascender á lo alto llevó cautiva la cautividad, dió dones á los hombres. Mas el subir ¿qué nos dice sinó que antes bajó á las partes inferiores de la tierra? El que descendió, ése mismo es el que subió sobre todos los cie-

(1) Roman., 12, 4 y 5.

(2) 1.^a Corin., 10, 17.

los para llenar todas las cosas. Y Él mismo dió en verdad á unos (el que sean) Apóstoles, y á otros Profetas, y á otros Evangelistas, á otros, por fin, Pastores y Doctores; para la consumación de los Santos, en la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. Hasta que concurramos todos en la unidad de fe y del conocimiento del Hijo de Dios, en varón perfecto, según la medida de la edad de la plenitud de Jesucristo, para que practicando la verdad (obrando conforme á ella) en caridad, crezcamos en todas las cosas en aquel que es cabeza, esto es, en Cristo: del cual todo el cuerpo de los fieles, compacto y unido entre sí por toda la unión (*ó lazos*) de la administración (de autoridad y sacramentos, con que los fieles se unen con los superiores y con Dios), según la medida de la obra que corresponde á cada uno de los miembros, realiza (el cuerpo) su propio aumento para la edificación de sí mismo por medio de la caridad» (1). Bien claramente dice aquí San Pablo que somos todos los cristianos, y especialmente los que están en caridad, un solo cuerpo en Jesucristo, así como tenemos un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo, y que de tal cuerpo místico es Jesucristo la única cabeza. Y, aunque aquí habla el Apóstol de un modo inmediato de la Iglesia militante, fácilmente se deja ver que entra aquí también la Iglesia triunfante, es decir, la de la gloria; pues lo que de la primera se dice, conviene á la segunda por modo más perfecto y acabado. Además, que aquello que habla el Apóstol de que crezcamos en varón perfecto

(1) Ephes., 4, 3 al 16.

según la plenitud de la edad de Cristo, directamente lo aplican algunos expositores, entre los cuales se cuenta nada menos que San Jerónimo, á la estatura que habrán de tener los cuerpos en el día en que resuciten, y con la cual entrarán en la gloria de los justos.

Si, pues, todos somos miembros de un solo cuerpo, cuya cabeza es Cristo, habrán de tener los justos en el Cielo manera semejante de estar allí, que la que Cristo, su cabeza, tiene, y, como Cristo está en los Cielos con su cuerpo glorioso, también los bienaventurados, pasada la hora de la resurrección, deberán tener en el Cielo sus propios cuerpos, y éstos llenos de gloria, al modo del de Jesucristo, pero en grado inferior.

8. La razón natural, basada en las enseñanzas de la fe divina, sin género alguno de duda nos dicta que los cuerpos de los justos deben ser algún día glorificados en el Cielo. Pues, dado caso que sea glorificada al alma, de bien clara justicia es que lo sea también el cuerpo, que fué su compañero, por todo el camino de esta vida, en los méritos para la eterna.

Pues las obras con que el Cielo se han merecido los justos, propias son de todo el humano compuesto, y no de sola el alma. Porque pocas obras, ó tal vez ninguna, como es doctrina del Angélico, podrá hacer en este mundo el alma sin la ayuda del cuerpo; ya que probablemente ni enterder ni amar puede sin la ayuda de aquél. No hay, pues, motivo para que, si el hombre mereció con mérito de justicia ser glorificado en el Cielo, lo sea sola el alma, y no lo sea también el cuerpo. Luego en justicia, y con

mayor razón aún, en la misericordia infinita de Dios no cabe dejar sin glorificar el cuerpo de los bienaventurados. Por eso predicó Jesucristo á los Apóstoles, y en ellos á todos los fieles, que tuvieran confianza en Dios, pues no dejaría perecer ni un solo cabello de su cabeza (1), porque todo su cuerpo había de ser glorificado.

9. Por último: parécenos imposible que el alma, separada del cuerpo, pueda poseer plenamente su felicidad, de tal modo que esté completamente satisfecha. Siendo el cuerpo el inseparable compañero de su peregrinación por el destierro de esta tierra, natural cosa debe ser que el alma ansíe volver á unirse á él para hacerle participante de la felicidad que ella goza; ya que acá lo había sido de sus penalidades y sinsabores. Aspirar debe el alma á que su cuerpo obtenga el premio merecido en la lucha contra las embestidas de sus enemigos; y á que haya igualdad en la retribución gloriosa, así como la hubo en la cruz de la ignominia. Además, que, siendo natural la unión del alma con el cuerpo en esta mortal vida, ya que según la obra de la naturaleza existen juntos, natural debe ser la tendencia del alma á unirse á su cuerpo y á estar eternamente á él unida, para ejercer en su compañía, en el Cielo y delante de Dios, las facultades que ejerció en esta temporal vida para merecer la eterna, y que sean compatibles con aquel glorioso estado que se posee en la celestial Jerusalén.

10. Lo cual explica Santo Tomás de esta admirable forma: «De dos maneras una cosa es impedida

(1) Luc., 21, 18.

por otra. Una manera es por modo de contrariedad, como el frío impide la acción del calor, y esta clase de impedimento repugna á la felicidad. Otra manera es á modo de cierto defecto, á saber: porque la cosa impedida no tiene todo lo que se requiere para su completa perfección; y este tal impedimento de la operación no repugna á la felicidad (*sustancial*), sino (*sólo*) á su total (*y completa*) perfección. Y en este sentido se dice que la separación del alma de su (*propio*) cuerpo, retarda al alma para que no tienda con toda intensidad hacia la visión de la divina esencia. Pues el alma desea gozar de Dios de tal manera que su fruición se comuniqué también al cuerpo, por redundancia, en cuanto sea posible; y, por lo mismo, cuando ella (*el alma*) goza de Dios sin (*tener unido*) el cuerpo, su apetito (*del alma*) descansa en Dios de modo tal, que aun querría, sin embargo, que su cuerpo llegase á dicha participación del gozo» (1).

11. Mas, porque es bueno recopilar todo lo dicho en las tres anteriores razones, para probar la glorificación de los cuerpos de los justos, y porque esa recopilación la trae el Angélico en el admirable comentario de la 1.^a Carta del Apóstol á los Corintios, copiamos aquí las palabras del Santo:

«Es conveniente, dice, que resucitemos (*y seamos glorificados*). Y esto por tres razones: Primera, por el complemento de la humana naturaleza; pues, como dice San Agustín (lib. 2.^o de Gen., ad litt., capt. 35), el alma, mientras está separada del cuerpo, es imperfecta, puesto que no tiene la perfección

(1) 1.^a 2.^ae, q. 4, 5. 4.^m

de su naturaleza; y, por lo mismo, no está (*el alma*) en tanta felicidad cuando está separada del cuerpo, como estará unida al cuerpo en la resurrección. Para que goce, pues, (*el alma*) de la bienaventuranza perfecta, conviene que *esto corruptible*, esto es, el cuerpo, se *vista de la incorrupción*, como de un ornamento.

Segunda (razón): por la exigencia de la divina justicia; á fin de que sean premiados... también en sus mismos cuerpos, aquellos que practicaron el bien...

Tercera (razón): por la conformidad de los miembros con su Cabeza, para que, así como Cristo *resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre* (y fué glorificado su cuerpo), *así también andamos nosotros en novedad de vida*» (gloriosa, y sean glorificados nuestros cuerpos).

12. Bien viene también á este propósito lo que breve, pero elocuentemente, nos dice el Doctor Seráfico con estas palabras: «Como la retribución aquella (de la gloria) debe ajustarse no sólo á lo que exige una justa retribución y una producción virtuosa, sino también una gobernación ordenada, y Dios, al producirnos, unió el cuerpo al alma, y los ligó á la vez con natural y mutuo apetito (de amarse), pero lo sujetó (el cuerpo al alma) para el (buen) gobierno, y lo constituyó en estado de mérito, para que el espíritu condescendiese y se ocupase en gobernar el cuerpo para ejercitarlo en orden al mérito; (por eso) ni permite el natural apetito que el alma sea completamente feliz si no se la restituye su (propio) cuerpo, á cuya unión tiene una inclina-

ción dada por la naturaleza; ni el orden del régimen sufre que se restituya el cuerpo al espíritu bienaventurado, á no ser que le sea en todo conforme y le esté sujeto, en cuanto es posible que el cuerpo se conforme al espíritu» (1).

13. Terminemos ya este hermoso asunto con lo que nos dicen dos místicos de muy subido valor: Santa Teresa de Jesús y Fray Luís de Granada.

Dice Santa Teresa: «Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura, que no lo podría yo encarecer. Hízome gran temor, porque cualquier novedad me la hace grande á los principios de cualquiera merced sobrenatural que el Señor me haga»... Y añade después, con tal motivo: «Parecerá á vuesa merced (al con esor) que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso: sonlo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que trae con sigo ver cosa tan sobrenatural y hermosa, desatina; y *ansí* me hacía tanto temor, que toda me turbaba, y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre, y seguridad, y con tales *efetos* que pronto se perdía el temor» (2).

14. Pues Fray Luís de Granada, cosas muy altas dice de la gloria de los cuerpos, dando á la vez la razón de tal glorificación. «Mas aquel justo Juez y Padre tan liberal, escribe, no se contentó con sólo glorificar las ánimas, sinó que extiende también su magnificencia, por honra de ellas, á glo-

(1) Breviloq., Part. 7, cap. 7.^o

(2) *Vida de Santa Teresa, por ella misma*, capt. 28.^o, al principio.

rificar sus cuerpos: y dar lugar á las bestias en su palacio real. ¡O amado de los hombres! ¡O honrador de los buenos! Y ¿qué tiene que ver la carne podrida, y en todos sus apetitos como bestia, con el santuario del Cielo? La carne que había de estar atada en el establo, ¿cómo ha de ser colocada entre los Angeles en el Cielo? Deja, Señor, al polvo con el polvo, que no está bien la tierra sobre el Cielo.

«Mas aquel que dijo á Abraham (Gen. 17): honraré y multiplicaré á Ismael, aunque sea hijo de esclava, por lo que á ti toca; ese quiere hacer este favor á los cuerpos de los Santos por el parentesco que tienen con las ánimas de ellos. Quiere también este Señor que el que ayudó á llevar la carga, entre en el repartimiento de la gloria; y que, así como el ánima, por conformarse en esta vida con la voluntad de Dios, viene después á participar la gloria de Dios, así el cuerpo, que contra su naturaleza se conformó con la voluntad del ánima, venga también á participar la gloria de ella. Y de esta manera serán los justos en cuerpo y ánima gloriosos; y, como dice el Profeta (Isa., 11), poseerán en su tierra los bienes doblados, que es la gloria de las ánimas y de los cuerpos» (1).

Sujeta, pues, alma mía, tu cuerpo á los dictámenes de la recta razón y de la fe, y todo tu ser sujétalo á la voluntad de tu buen Dios; para que este cuerpo, que te fué dado por compañero en la tierra, te sea devuelto resplandeciente y glorioso en la eterna mansión de los Cielos. Amén.

(1) Medit., capt. 16, prf. 5.º, núms. 17 y 18.

15. **Ansias de la gloria.**

¡Oh patria celestial de eterna vida,
donde no ha de llegar jamás la muerte!
Yo no podré tener dicha cumplida
mientras suspiro por gozarte y verte.
¿Cuándo será, mi Dios, esta partida
para gozar de tan dichosa muerte?
Eterno es cada instante que se tarda
y muero de vivir mientras se aguarda.

SANTA TERESA DE JESÚS.

*
* *

Lo que quiere Dios al atribularnos.

Las penas, alma fiel
con que Dios acá te aflige,
medios son que Dios elige
para que vayas á El.

Ha visto Dios muchas veces
que con la prosperidad
luego de su Majestad
te olvidas y ensorberbeces.

Por eso son trazas del
las penas con que te aflige
como medios que El elige
para que vayas á El.

Dejónos Cristo en el suelo
desto, con su ejemplo, luz
que el camino de la Cruz
sólo va derecho al Cielo;
y por tanto, alma fiel,
cuando Dios acá te aflige,
medios son que Dios elige
para que vayas á El.

FRAY DAMIÁN DE VEGAS.

Vida del alma.

¡Qué celeste dulzura
goza, Señor, el alma que á Ti unida
desprecia la ventura
del mundo apetecida,
con pena hallada y con dolor perdida!

Gloria, riqueza, honores,
arrebatao amor de goces lleno,
huyen cual los fulgores
del Olimpo sereno
cuando retumba el fragoroso trueno.

Sólo cándida el alma
que vive de Jesús la vida augusta
se duerme en dulce calma
y ni la plebe adusta
ni el rebramar del tártaro la asusta.

¿Qué importa el cruel rugido
del lobo aterrador al corderuelo,
si, al lanzar su balido,
corriendo el pastorzuelo
le estrecha entre sus brazos con anhelo?

¿Tu pecho es fuerte escudo,
peñ^a que brota ríos de ambrosía:
sin T^u, ¿qué mortal pudo
un rayo de alegría
percibir cuando nace y muere el día?

Contigo, ¿quién no sube
al monte de la mirra y del incienso,
y emula del Querube
en éxtasis suspenso,
las dulces ansias y el amor inmenso?





Capítulo II.

De las dotes de los cuerpos gloriosos.

Conveniencia de las dotes gloriosas del cuerpo, 16.—La Iglesia y teólogos acordes, 17.—Comentario de Santo Tomás, sobre las cuatro dotes, 18.—Resumen, 19.—San Buenaventura, 20.—Suárez, 21.—Se saca que son cuatro las dotes, 22.—Como lo aclara Lesio, 23.—Otras razones, 24.—Poesías, 25.

16. Cuando el alma santa hace su entrada en el Cielo, para celebrar con su divino Esposo Jesús el espiritual y excelso matrimonio que no se disolverá ya jamás, la adorna el eterno Padre de ciertas dotes gloriosas, según arriba se ha dicho, con que es ataviada y hermoseedada y hecha, en cuanto cabe, digna de celebrar aquellas eternas bodas; y, como va á unirse con Dios, es ella elevada, y de algún modo divinizada, esto es, de igual naturaleza que es su Esposo. Pues, por igual razón, cuando el cuerpo, ya resucitado y glorioso, va á unirse de nuevo con su propia alma, para vivir unidos por los siglos de los siglos en las mansiones celestiales, recibir debe también ciertas dotes de muy subido y sobrenatural valor, que lo eleven, lo engrandezcan y lo

hagan digno y eterno compañero del alma glorificada.

17. Por eso es que, en efecto, la Iglesia y los teólogos católicos siempre han creído y enseñado que los cuerpos de los bienaventurados, una vez que hayan salido del sepulcro y hayan sido llevados á la gloria, no sólo serán glorificados, sino que, al ser vivificados de nuevo por su alma, serán adornados de ciertos dones sobrenaturales, conocidos con el nombre de *dotes gloriosas*. Tales dotes están bien directamente indicadas en la primera Carta de San Pablo á los de Corinto. Las palabras del Apóstol á que nos referimos, dichas quedan ya en el anterior capítulo, lo cual nos excusa de reproducirlas ahora.

18. Santo Tomás, en los inimitables comentarios que sobre dicha Carta escribió, nos expone la gloria de los cuerpos, y sus gloriosas dotes. Y, por que lo que dice es tan profundo y á la par tan edificante, bueno es que aquí se ponga. Dice así:

«*Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual*. En esto el Apóstol manifiesta principalmente que la cualidad del cuerpo que muere es diferente de la del cuerpo que resucita. Y aquí trata del cuerpo que resucita glorioso, cuyas cualidades propias se llaman dotes del cuerpo glorioso. Las cuales dotes son realmente cuatro, indicadas aquí por el Apóstol. Pues en primer lugar, indica la dote de la impasibilidad, cuando dice: *Se siembra (el cuerpo) en corrupción, resucitará en incorrupción*, Y, aunque el ser sembrado (el cuerpo) puede tomarse por su primer origen en cuanto que es engendrado (*ex semine*)

por los padres, es, sin embargo, más conforme con la mente del Apóstol, que el ser sembrado se refiere á la muerte y á la sepultura, para que corresponda á lo que arriba se ha dicho (*por el Apóstol*): *No es vivificado lo que se siembra, si antes no muere*. Pues á la muerte y á la descomposición se la llama siembra, no porque el cuerpo muerto, ó las cenizas en que se descompone tengan alguna virtud para (*realizar*) la resurrección, como hay virtud activa en la simiente para la generación (de los seres); sino porque está dispuesto por la providencia de Dios, que del cuerpo (muerto) salga de nuevo el cuerpo humano (cuando resucita). Así, pues, el cuerpo humano, cuando es sembrado, esto es, cuando muere, está en (el estado de) corrupción, como lo dice el Apóstol (Rom., 8, 10): «El cuerpo está verdaderamente muerto por el pecado». Pero *resucitará en incorrupción* (incorruptible). Se toma aquí la palabra incorrupción no sólo para excluir la separación del cuerpo y del alma (pues esta incorrupción también la tendrán los cuerpos de los condenados), sino para excluir tanto la muerte como cualquiera dañosa pasión, ya del interior, ya del exterior, y bajo este aspecto debe entenderse la (dote de la) impassibilidad del cuerpo glorioso, según lo que dice el Apocalipsis (7, 16): «No tendrán jamás hambre ni sed, ni sobre ellos caerá el sol, ni calor alguno que les abrase».

«En segundo lugar, indica (el Apóstol) la dote de la claridad, cuando dice: *Se siembra en ignominia, resucitará en gloria*: Esto es, el cuerpo que antes de la muerte y en la muerte está sujeto á muchas deformidades y miserias, según aquello de Job (14, 1).

«Lleno está de muchas miserias el hombre nacido de mujer, aunque vive tiempo muy breve». Pero *resucitará en gloria*, la cual significa la claridad, como lo explica San Agustín sobre San Juan (tract. 109): «Serán los cuerpos de los Santos claros y refulgentes, según aquello de San Mateo (13, 43). Resplandecerán los justos como resplandece el sol, en el reino del Padre de ellos».

«En tercer lugar, toca (el Apóstol) la dote de la agilidad, cuando dice: *Siémbrese en enfermedad (debilidad), resucitará en virtud (fortaleza)*». Esto es: el cuerpo animal que antes de la muerte es enfermo y tardo y difícil de ser movido por el alma, según aquello de la Sabiduría (9, 15): «El cuerpo que se corrompe agrava el alma»; resucitará en fortaleza, por la cual podrá ser movido con tanta fuerza por el alma que en nada oponga dificultad para el movimiento, lo cual pertenece á la dote de la agilidad; pues allí (en el Cielo) habrá tanta facilidad, cuanta felicidad, como dice San Agustín. Por lo cual se dice en la Sabiduría (3, 7) de los justos: «Resplandecerán los justos y correrán como estrellitas en la (punta de una) caña». Y dice también Isaías (46, 31): «Los que esperan en el Señor tomarán alas como el águila, correrán y no trabajarán (no se fatigarán); andarán y no se cansarán».

En cuarto lugar, toca (el Apóstol) la dote de la sutileza, cuando dice: *Se siembra cuerpo animal etc. resucitará cuerpo espiritual*; cuya dote quieren (algunos) entenderla en el sentido de que al cuerpo glorioso le corresponde el poder estar á la vez en un mismo lugar con otro cuerpo no glorioso... Pero

permaneciendo (como permanecen) las dimensiones (de la cantidad: longitud, latitud y profundidad) en todos los cuerpos (aun después de ser gloriosos), es contra la naturaleza suya que esté con otro cuerpo en un mismo lugar. Por lo cual, si esto sucede alguna vez, será por (obra de) milagro. Por eso San Gregorio y San Agustín á milagro atribuyen el que el cuerpo de Jesucristo haya entrado á sus discípulos (á donde estaban) con las puertas cerradas. Ahora bien: ninguna virtud limitada puede hacer milagros; pues eso es cosa de solo Dios. Luego síguese que el estar á la vez con otro cuerpo en un mismo lugar no puede provenir de la dote, ó de la cualidad del cuerpo glorioso; no se ha de negar, sin embargo, que el cuerpo glorioso pueda estar á la vez en un mismo lugar con otro cuerpo, porque el cuerpo de Cristo, después de la resurrección, entró á donde estaban sus discípulos con las puertas cerradas, á cuyo cuerpo esperamos que se ha de asemejar el nuestro en la resurrección. Mas, así como el cuerpo de Jesucristo hizo esto, no por la propiedad del cuerpo, sinó por virtud de la divinidad que le estaba unida, así también el cuerpo de cualquier Santo tendrá esto, no por dote (ó como dote), sinó por la virtud de la divinidad que en él existe. Por este modo (milagroso) tuvo el cuerpo de San Pedro el poder de que á su sombra se sanaran los enfermos, y no por alguna propiedad de su cuerpo. Débese, pues, decir que á la dote de la sutileza pertenece lo que aquí toca el Apóstol diciendo: *Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual*. Lo cual, entendiéndolo mal algunos, dijeron

que el cuerpo en la resurrección se convertirá en espíritu, y será semejante al aire ó al viento, que (también) se llama (á veces) espíritu, cuya interpretación es declarada inadmisibile por lo que se dijo (por Jesucristo) á los Apóstoles (Luc., ult. 39): «Palpad y ved que los espíritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo los tengo». Por eso aquí el Apóstol no dice que resucitará espíritu, sinó (solo) cuerpo espiritual. Luego en la resurrección (*el cuerpo de los justos*) será espiritual, no espíritu, al modo que ahora es cuerpo animal, pero no es alma.

«Para conocer la diferencia de estas cosas debe tenerse en cuenta que lo que en nosotros se llama alma y espíritu es una sola y una misma cosa, pero se llama alma en cuanto perfecciona al cuerpo, y espíritu en cuanto que tiene entendimiento con el cual nos asemejamos á las sustancias (puramente) espirituales (*á los Angeles*), conforme á aquello del Apóstol (Eph., 4, 23): «Renovaos en el espíritu de vuestra mente». Debe, además, considerarse que hay tres clases de potencias en el alma: hay unas potencias tales que sus operaciones se encaminan al bien del cuerpo, como la facultad de nutrirse y de crecer; otras potencias (orgánicas) hay que se valen en realidad de órganos del cuerpo (*para sus operaciones*), como son las potencias de la vida sensitiva, pero sus actos no se ordenan directamente al bien del cuerpo, sinó más bien á la perfección del alma; y hay, por último, otras potencias que ni se valen de órganos corpóreos, ni están encaminadas directamente al bien del cuerpo, sinó al bien del alma, como son las que pertenecen á la parte intelectual.

Las potencias de la primera clase pertenecen al alma en cuanto (ella) anima al cuerpo; las de la clase tercera la pertenecen principalmente en cuanto es espíritu; y las de la clase segunda guardan un término medio entre aquéllas. Pero, como el concepto que se debe formar (de la naturaleza) de una potencia más bien debe de tomarse de su objeto y fin, que del instrumento, por eso las potencias de la segunda clase se acercan más á las de la tercera que á las de la primera. Debe también considerarse que, puesto que cada cosa es (ó existe) por razón de su operación (*es hecha para que obre*), se sigue que el fin por el cual el cuerpo es perfeccionado por el alma, no es otro que el que sea sujeto apto para las operaciones de la misma alma. Ahora, pues, en el presente estado (*de la vida temporal*) nuestro cuerpo es sujeto de las operaciones que pertenecen al alma en cuanto es alma (ó anima al cuerpo), á saber, en cuanto es engendrado... se alimenta, crece y decrece. Mas en cuanto á las operaciones espirituales del alma, aunque el cuerpo la sirve de algún modo (*poniéndola en comunicación con el mundo sensible*), sin embargo, (*por otra parte*) la acarrea grande impedimento, porque el cuerpo que es corruptible agrava al alma, según lo dice la Sabiduría (9, 15). Pero en el estado (después) de la resurrección cesarán las operaciones animales del cuerpo (*por innecesarias*); porque ya no habrá generación, ni aumento, ni nutrición; sinó que el cuerpo, sin impedimento y cansancio alguno, servirá incesantemente al alma para sus operaciones espirituales, como lo dice el Salmista (83, 5): «Bienaventurados, Señor, los que habitan

en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán». Luego, así como ahora es nuestro cuerpo (cuerpo) animal, entonces será cuerpo espiritual. La causa de estas propiedades (*del cuerpo glorioso*) dicen algunos que es la luz, que creen que es de la naturaleza de la quinta esencia, y que entra en la composición del cuerpo humano; pero, como esto sea frívolo y fabuloso, nosotros, siguiendo á San Agustín en su carta á Dioscoro (56.^a), decimos que «hizo Dios al alma de tan poderosa naturaleza, que con su plenísima felicidad, cual se promete á los Santos en el fin de los tiempos, la derrama en la naturaleza inferior, que es el cuerpo (*á ella sustancialmente unido*); no la felicidad que (exclusivamente) es propia del que la goza (*y que no se puede comunicar á otros*), sinó la plenitud de la salud, esto es, el vigor de la incorrupción. Vemos, pues, que del alma provienen cuatro cosas al cuerpo; y esto tanto con mayor perfección, cuanto mayor poder tenga ella.

Primeramente da (*el alma*) el ser (*al cuerpo*); por tanto, cuando ella esté en la cumbre de la perfección (*en la gloria*) le dará un ser espiritual. En segundo lugar, le conserva (*el alma al cuerpo*) de la corrupción, así vemos que los hombres cuanto son de más robusta naturaleza, menos sienten el calor y el frío. Por eso, cuando el alma fuere perfectísima (como en la gloria lo es) conservará á su cuerpo del todo imputable. En tercer lugar, da (*el alma al cuerpo*) la hermosura y la claridad; así se ve que los enfermos y los muertos por la debilidad de la influencia del alma sobre el cuerpo, están descoloridos (y feos), y, por tanto, cuando (*el alma*) esté en

la suma perfección, hará á su cuerpo claro y resplandeciente. En cuarto lugar, le da el movimiento y con tanta mayor facilidad cuanto la virtud del alma fuera más fuerte que el cuerpo; y, por lo mismo, cuando (el alma) esté en lo último de la perfección (*beatífica*), dará á su cuerpo la agilidad» (1).

19. Todo esto es del Angélico, y lo repite en varias partes de sus inmortales escritos. Mas, como en el fondo nada nuevo nos dice en las otras partes aludidas, traeremos sólo aquí el resumen que él mismo hace en la *Suma contra gentiles*, (libr. 4.^o capítulo 36). «Cosa es patente, dice, que así como el alma del hombre será elevada á la gloria de los espíritus celestes para que vea á Dios en su esencia, así su cuerpo será sublimado á las propiedades de los cuerpos celestes, en cuanto que será claro, impasible, movible sin dificultad y sin trabajo y perfectísimo con toda perfección, por su forma; y por esto dice el Apóstol, que los cuerpos de los que resucitan (á la gloria) son celestes, no en cuanto á su naturaleza, pero sí en cuanto á la gloria.

20. San Buenaventura se expresa también sobre este punto de una manera tan breve como profunda. Y dice así:

«Puesto que el espíritu está clarificado con la visión de aquella eterna luz, por eso debe resultar en su cuerpo una inmensa claridad de luz. Y, porque con el amor de aquel sumo Espíritu se ha hecho (el alma) sumamamente espiritual, por eso debe haber

(1) Sanct. Thom., in Epist. 1.^a ad Corint., cap. 15, lect. 6.^a

en el cuerpo la correspondiente *sutileza* y *espiritualidad*. Porque con la posesión de la eternidad se ha hecho (el alma) totalmente *impasible*; por eso el cuerpo debe tener *impasibilidad* omnímoda, tanto dentro como fuera. Mas, porque por todas estas razones es prontísimo el espíritu para caminar á Dios, por eso deber haber suma agilidad en el cuerpo glorioso.

Y porque por estas cuatro propiedades se hace el cuerpo semejante al espíritu y le está sujeto, por esto es que se dice que el cuerpo es *dotado* de estas cuatro cosas por las cuales tiene aptitud para seguir al espíritu y para ser colocado en la región celestial, que es la región de los bienaventurados (1).

21. El eximio Suárez sigue en el fondo la doctrina de Sto. Tomás, pero expone sobre la causa de las dotes del cuerpo glorioso una razón muy sutil y profunda, aplicable especialmente á la dote de la agilidad y á la de la sutileza. La razón, dice, es porque aquella visión (beatífica) de tal modo arrebató la mente, y la luz de la gloria y la divina esencia imprimen en el alma tanta necesidad, que, desde el momento que está adornada de estas perfecciones, no puede ser distraída ni retardada por ninguna molestia del cuerpo... Por cuya razón aquel estado tan perfecto del alma como que pide por su naturaleza un estado más elevado del cuerpo, y, por lo tanto, requiere un cuerpo espiritual, no por naturaleza, sinó por el poder; y de aquí nace, por consecuencia, el que con la inmortalidad y con la agilidad deba tener á la vez la suti-

(1) Breviloq., part. 7.^a, cap. 7.^o

leza, ya porque ésta es propiedad del espíritu, de la cual, por consecuencia, participa el cuerpo, porque es espiritual; ya también porque de algún modo se incluye en la perfecta agilidad. Porque, así como el movimiento es más veloz cuando el medio (*en que el cuerpo se mueve*) es menos resistente, siendo iguales las demás circunstancias, así también será más perfecta la agilidad del cuerpo, si puede atravesar por todos los cuerpos sin resistencia alguna. Ya, finalmente, porque cualquier impedimento y resistencia opone cierta dificultad y priva de algún modo de la libertad y dominio perfecto. Por lo tanto esta propiedad (*de la sutileza*) pertenece á la perfecta disposición del cuerpo en orden á la omnímoda independencia del alma en todos sus actos y movimientos, como si no existiese en el cuerpo. (*Cuya independencia debe tener el alma en la gloria, aunque esté al cuerpo unida*). Mas respecto de la claridad hay que dar otra razón tomada de Sto. Tomás, y de San Agustín. Porque esta propiedad... no se requiere como disposición antecedente para el conveniente estado del alma en orden á sus operaciones; sino que es como una disposición consiguiente. Pues, por estar el alma beata llena de la perfecta lumbre espiritual, nace de ahí que de tal lumbre como que se derraman sobre el cuerpo una lumbre y claridad á él proporcionadas (1).

22. De lo que dicho queda, claramente se ve que el cuerpo glorioso debe tener ciertas propiedades y dotes para ser digno compañero del alma bea-

(1) Comt. in 3.^{am} part., Divi. Thom., q. 54, dispt. 48, sect. 1.^a, núm. 9.

tífica, y también se deduce que las dotes de ese glorioso cuerpo son cuatro, llamadas impassibilidad, claridad, agilidad y sutileza. De ellas trataremos por separado en los próximos y siguientes capítulos. Mas, antes, bueno será que veamos cómo las cuatro dotes bastan para la plena perfección del cuerpo glorioso, en lo cual seguiremos la enseñanza del célebre Lesio. Dice así:

23. «Estas cuatro dotes son suficientes para la perfección sobrenatural del cuerpo humano, cual lo exige el estado de completa felicidad. Digo (*perfección*) *sobrenatural*, porque la natural perfección de tal cuerpo no pertenece á las dotes (gloriosas), sino que se supone (existente antes de recibir) á aquéllas, como la naturaleza se supone antes de la gracia, cual es la perfecta salud, la óptima conformación de los miembros y la integridad de las partes (como perfecciones naturales). Pues ya que los cuerpos en la resurrección (gloriosa) han de ser formados por virtud divina (*inmediatamente*), no cabe duda de que serán formados perfectísimos dentro de los límites de la naturaleza, especialmente los cuerpos de los bienaventurados. Pero á estas perfecciones que son del orden de la naturaleza, se unirán las dotes sobrenaturales. La *impassibilidad*, para que eternamente sean conservados en su mejor disposición, y no puedan ser dañados por ninguna cosa criada, ni ser por nada molestados. La *claridad*, para complemento de la hermosura, es á saber: para que, así como resplandecerá el alma con la luz de la gloria y con la claridad de la visión beatífica, así resplandezca el cuerpo con cierta luz corporal y se haga digna

habitación é instrumento de tal alma. La *agilidad* y *sutileza*, para que obedezca perfectamente al espíritu en todos sus movimientos, como si fuera en realidad espíritu. Estando el cuerpo adornado de estas (*cuatro*) dotes, no tendrá el alma nada por qué quejarse de él, ni por qué arrepentirse de estar á él unida: porque el cuerpo no la servirá de impedimento de ninguna clase, ni en las funciones del entendimiento, ni en la facilidad ó agilidad del movimiento, ni en penetrar á través de los otros cuerpos; sinó que la misma alma, como todo el hombre, gozará en todas las cosas de igual libertad que si fuera puro espíritu. Y aun el hombre tendrá algo más, y será, de algún modo, más feliz que los espíritus. Pues será igual á ellos en la impassibilidad, en la celeridad, en la virtud de penetrar (*por los cuerpos*), en el poder de moverse, en la visión, en el amor y fruición beatíficos y en el conocimiento de todas las cosas, tanto de las espirituales, como de las corporales. Y, además de esto, tendrá la gloria del cuerpo y muchos placeres en el cuerpo y por los sentidos corpóreos, de los cuales carecen los Angeles. Por lo tanto, el hombre extensivamente (*es decir, por razón de los objetos y facultades á que alcanza su felicidad*) es más feliz (*que los Angeles*); porque su felicidad no se encerrará en el alma (sola), sinó que refluirá sobre el cuerpo, como asegura San Agustín... Y, aunque (el Santo) habla sólo de la dote de la impassibilidad (*debe su parecer extenderse á todas las dotes*), pues la razón es para todas idéntica, pues todas redundan en el cuerpo de la bienaventuranza del alma. Esto, sin embargo, no se ha de entender de tal ma-

nera que se crea que las tales dotes manan del alma, como por un impulso físico (*como el agua de la fuente*), y que así se derraman en el cuerpo; porque, siendo la visión y amor de Dios actos del todo espirituales y vitales, no pueden producir cualidades corpóreas, cuales son la luz, la sanidad, el vigor, etc..... ni tampoco espirituales para mover el cuerpo ó para penetrar los otros cuerpos. Y, por lo mismo (las dotes del cuerpo), manan de la bienaventuranza (*del alma*) por cierta moral causalidad (*ó influencia*); esto es, porque la felicidad del alma, ó la misma alma bienaventurada exige que haya en el cuerpo tales cualidades (*y por lo tanto que Dios se las otorgue*). Pues, así como en el alma está contenida toda la razón de la disposición y conformación natural de su propio cuerpo, así en la felicidad del alma está toda la razón de por qué deba estar adornado de tales dotes. Por lo cual, como el alma beata se une antes al cuerpo (con prioridad de naturaleza), que el cuerpo tenga estas dotes, y al momento en el mismo instante (de la unión) las reciba por la unión del alma, se cree que de la misma alma bienaventurada redundan en el cuerpo» (1).

24. Bien se ve por todo lo hasta aquí dicho que el cuerpo de los justos ha de recibir en la otra vida ciertas dotes y propiedades gloriosas, con las cuales sea digna morada y eterno compañero del alma beatífica. En verdad que la equidad exige que también el cuerpo no ya sólo esté en la gloria en compañía de su alma, sino que á la par que lo está ésta, esté él también adornado de ciertas y su-

(1) De Sum. Bon., libr. 3, capt. 3, núm. 21.

blimes prerrogativas que lo hagan cuerpo celestial, y tan parecido, cuanto ser pueda, á los espíritus en su ser y en su obrar.

Aquella vida es la verdadera vida de los espíritus, así como ésta lo es de los cuerpos; pues, así como aquí abajo traía el cuerpo al alma hacia sí y la hacía participante de la vida y cualidades corpóreas, así allá arriba debe el alma traer hacia ella á su propio cuerpo, y hacerle participar de la vida gloriosa con que ella felizmente vive. Aquí abajo están entrambos en el lugar propio de los cuerpos; pues el cuerpo es de tierra y á la tierra tiene por centro; y, por eso, como que el cuerpo vence y agrava al alma y la obliga á realizar obras y adquirir las propiedades de la tierra, según dice el Apóstol: El hombre de tierra hombre terreno es; pero allá arriba son ambos colocados en el propio lugar de las almas, pues el lugar de las almas y su centro de atracción es el Cielo, donde está Dios, infinita verdad y bien infinito, y por eso allí el alma ha de vencer y reinar de un modo perfecto sobre su propio cuerpo, y participarle la vida y las propiedades del espíritu en cuanto su naturaleza lo consienta, y hará del hombre todo un hombre celestial, porque es hombre del Cielo, según la expresión del Apóstol.

Acá es el cuerpo, y por participación todo el hombre, oscuro y opaco; allá será el alma, y por participación todo el hombre, luminosa y brillante; aquí es el cuerpo sensible á toda clase de impresiones dolorosas y destructoras de su naturaleza, y de ello participa el alma; allá el alma vive una vida incorruptible é inmortal, y de esa vida y de esa inco-

rrapección ha de hacer participante á su cuerpo: acá es el cuerpo pesado, torpe para el movimiento é incapaz de penetrar por otros cuerpos sólidos, y por la unión con su alma hácela también torpe y como cosa gruesa, pues la obliga á estar donde él está y como él está; mas allá es el alma gloriosa ágil y sutil por todo extremo, y, por el poder lleno de fortaleza y de brío con que ha de dominar al cuerpo, hace que éste sea, de algún modo, lo que ella quiere y lo que ella es; es á saber: ágil y sutil, cual si fuera un verdadero espíritu. Mas tengamos entendido que todo ello es don de Dios, que, por modo sobrenatural é inefable, hace todas estas cosas en el alma y en el cuerpo.

Por eso no debemos dejar de alabar á nuestro buen Dios que tales cosas nos tiene allá aparejadas para nuestro eterno consuelo; ni tampoco hemos de aborrecer á nuestro cuerpo, á no ser en lo que sea contrario al bien del alma, pues á tan magníficos bienes y á gloria tan excelsa está destinado.

*
**

25. Ya amaneció el dichoso y claro día
que dio principio alegre á tu consuelo,
y dulce fin á la esperanza y celo
que en tu devoto corazón ardía.

Con alas de oro vuela la alegría
en tu afligido seno, sin recelo
de que el turbio dolor con negro velo
oscurezca los rayos que te envía.

¡Oh, tú, constante y justo, cuán ligero
llegas á la región eterna y pura
donde jamás se teme ni se espera!

¡Cuán presto se recibe aquel cordero

que sufrió muerte dolorosa y dura
para dar al hombre vida verdadera.

ANTONIO DE MALUENDA.

*
* *

El orbe ante mis ojos
despliega los misterios
que impulsan la infinita
y excelsa creación,
y hollando los escombros
de tronos y de imperios
revienta en armonía
mi libre corazón.

Cuanto es en los espacios
su ser me patentiza,
su templo ante mis ojos
el universo es;
y todo en su recinto
se ensalza y diviniza
y la creación entera
tendida está á mis pies.

Conozco de los astros
la incógnita carrera;
del Angel que los guía
la luminosa faz,
y la del *Rostro santo*,
que en ellos reverbera,
torrentes derramando
de vida y claridad.

Las nubes le saludan
con majestuoso trueno;
la atmósfera le enciende
relámpago veloz;
la tierra le abre humilde
su perfumado seno
y el mar canta su gloria
con incesante voz.

Si airado pestañea,
los mundos se estremecen;
si torna el rostro, yacen
en muerta oscuridad;
si su hálito les niega,
caducan y envejecen:
él solo es la existencia,
la luz y la verdad.

Para *él* tiene tan sólo
la eternidad guarisimo,
y número los astros,
y las edades fin,
y límite el espacio,
y término el abismo,
y nada se le esconde
por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza
que en equilibrio tiene
la máquina gigante
de su alta creación;
y cuanto en ella existe
su dedo lo mantiene,
y ese es el Dios que canta
mi lengua y mi razón.

Y voz no hay ni suspiro,
lamento ni murmullo
cuyo eco misterioso
por él no entienda yo
que mi niñez meciera
los bosques con su arrullo
y su creencia santa
la soledad me dió.

J. ZORRILLA.



Capítulo III.

De la dote de la impassibilidad.

El cuerpo en el Cielo debe ser impassible, 26.—Lo dice la Sagrada Escritura, 27.—Será incorruptible, 28.—Inmortal, 29.—Lo que dice Santo Tomás, 30.—Y Suárez, 31.—Lesio, 32.—Nieremberg, 33.—La Puente, 34.—La Leyenda de Oro, 35.—Grados en la impassibilidad, 36.—Lo que fué el hombre en el paraíso terrenal, 37.—De lo cual se colige lo que será en el de la gloria, 38.—Grandeza del Cielo, según San Agustín, 39.—Poesías, 40.

26. Dada la sobrenatural providencia de Dios, por la cual quiso que el Cielo fuera la eterna y felicísima patria de los hombres, cosa muy puesta en razón es que no sólo vaya el cuerpo á unirse allá con el alma, sinó que también esté exento de todo padecimiento y dolor, y que no le puedan jamás acometer las pasiones que se oponen á la dichosa paz que debe entonces reinar en todos los elementos del compuesto humano.

Ya vimos que en la gloria es el alma completamente feliz y que de esta completa felicidad participa también el cuerpo.

No puede, pues, haber en éste nada de todo aquello que sea capaz de perturbar la buena paz y

constante armonía que deben existir entonces entre las facultades todas del ser humano.

Por lo mismo, no puede estar el cuerpo sujeto al hambre ni á la sed, al cansancio ni á la fatiga, al dolor ni á la mortificación; ni, por fin, á la corrupción ni á la muerte. Pues, si cualquiera de estas cosas pudieran ofender la tranquilidad y vida gloriosa del cuerpo, no podría decirse que sería el hombre total y eternamente feliz; pero ni siquiera podría serlo el alma; pues, por estar sustancialmente unida al cuerpo y formar con él una sola persona humana, padecería ella por modo mediato todo lo que inmediatamente el cuerpo padeciera. Por eso el cuerpo no puede en la gloria padecer nada que sea opuesto á su completo y eterno bienestar. Así nos lo dice el Señor, cuando, por boca de Isaías, nos convida á saciarnos del agua del consuelo á todos los que tengamos sed de felicidad: «Venid á las aguas todos los que tengáis sed» (1); y cuando nos dice en San Lucas: «Que colmó de bienes á todos los que tenían hambre» (2), cumpliendo así lo que había prometido el Salmista al asegurar que: «El Señor á toda alma que tuviera hambre la saciaría de bienes» (3). Pues, aunque estas sentencias, llenas de promesa y misericordia, se refieran principalmente á la sed y hambre que tiene el alma de ver y de amar á Dios en el Cielo, no hay razón para excluir al cuerpo de la prometida hartura de toda clase de bienes. Porque el alma tendrá allá un cuerpo per-

(1) Isa., 35, 1.

(2) Luc., 1, 53.

(3) Psalm., 106, 9.

fecto y feliz en todo lo que fué acá imperfecto y atormentado; pues, si el natural deseo del alma es unirse para siempre y felizmente á su cuerpo, también su razonable deseo glorioso ha de ser de que ese cuerpo sea completamente bienaventurado, y no lo será el alma mientras el cuerpo, á ella sustancialmente unido, no lo sea.

27. La Sagrada Escritura bien claramente afirma que el cuerpo de los justos, cuando esté en la gloria, estará exento de las principales pasiones que en este mundo le atormentaban. «No tendrán hambre ni tendrán sed jamás; ni caerá sobre ellos (la molestia de) el sol, ni calor alguno (que les mortifique); porque el Cordero, que está en medio del trono, es quien los gobierna y los conduce á las fuentes de las aguas de (eterna) vida; y el mismo Dios limpiará todas las lágrimas de los ojos de ellos» (1). Esto mismo viene á significar lo que dijo Jesucristo á la Samaritana: «Quien bebiere del agua (*de la vida verdadera*) que yo le daré (*en la gloria del Cielo*), no tendrá sed jamás». (2) Porque «todo el que cree en Jesucristo (*como conviene*) nunca volverá á tener sed» (3), después que beba del agua de la beatífica visión.

No habrá tampoco dolor, ni llanto, ni clamor alguno de ansiedad, porque pasaron ya las cosas y estados primeros (4) en que había todo eso, pero en el Cielo no lo habrá.

28. No habrá allí peligro ni posibilidad siquiera de corrupciones, pues como dice el Apóstol: «El

(1) Apoc., 7, 16 y 17.

(2) Joan., 4, 13,

(3) Joan., 6, 35.

(4) Apoc., 21, 4.

cuerpo que se siembre por la muerte, en estado de corrupción, se levantará en la resurrección gloriosa en estado incorruptible» (1); ni, por lo mismo, habrá enfermedades de género alguno, sinó una perfecta é inalterable salud; pues, si, cuando se muere, se deja en el sepulcro un cuerpo enfermo é inerte, en la resurrección para la gloria se levantará robusto y poderoso (2).

29. No habrá, por último, y como consecuencia de lo anterior, la posibilidad de la muerte. Porque la muerte allí no tendrá jamás cabida (3), ya que resucitaremos á la semejanza de Jesucristo, cuya resurrección es causa y modelo de la nuestra; y Jesucristo, como dice San Pablo, ya no muere, después que de entre los muertos resucitó, y jamás ya la muerte le dominará» (4). Por eso es «que es la gloria sitio y estado de vida verdadera, que es la vida eterna; pues es la vida por excelencia inefable, cuya vida prometió Jesucristo á sus discípulos en innumerables ocasiones, pero muy especialmente en la parábola del Buen Pastor y con ocasión de ella, cuando dice: que él da la vida eterna á sus ovejas, y no perecerán eternamente, y nadie las arrebatará jamás de su mano. (5).

30. Santo Tomás da la razón profundísima, á la par que bastante clara, de por qué los cuerpos de los bienaventurados han de estar adornados de la dote de la impassibilidad. «De dos maneras, dice, se

(1) 1.^a Cort., 15, 42.

(2) 1.^a Cort., 15, 43.

(3) Apoc., 21, 4.

(4) Rom., 8, 9.

(5) Ioan., 10, 28.

toma la pasión. La primera manera es la que toma la pasión en su acepción común (*de pasiones*), y en este sentido toda recepción (*de una impresión cualquiera en las facultades del sujeto*) se llama pasión, ya sea lo que se recibe conveniente al sujeto y á su perfección; ya sea contrario y corruptivo. Pues bien, por la remoción de esta clase de pasión no es por lo que decimos que son impasibles los cuerpos gloriosos; puesto que no hemos de privarles de nada que envuelva algo de perfección. La otra manera de tomar la pasión es en el concepto propio, la cual es definida por el Damasceno (*2.º lib. Orth. Fid.*) de este modo *La pasión es un movimiento fuera de (ó contra) la naturaleza*. Por lo cual el movimiento immoderado del corazón se llama pasión, pero el moderado se llama operación propia de él. Y la razón de ello es, porque todo lo que padece es (como) atraído á los términos (ó jurisdicción) del agente (que produce en el sujeto la pasión), porque el agente se asimila á sí al paciente; y, por la tanto, el paciente, en cuanto tal, es sacado de sus propios términos, en los cuales estaba. Entendiendo, pues, de este modo y propiamente la pasión, no habrá posibilidad para tal pasión en los cuerpos de los Santos que resucitan, y serán, por lo tanto, impasibles...

«Porque toda pasión (*propriamente tomada*) se realiza por la victoria del agente sobre el paciente: pues de otra manera (el agente) no traería al paciente fuera de sus propios términos. Pero es imposible que cosa alguna domine sobre el paciente á no ser en cuanto es debilitado el dominio que ejercía la propia forma (del paciente) sobre su propia ma-

teria, (como la que ejerce el alma humana, que es forma sustancial, sobre el cuerpo, que es su propia materia), hablando, como se habla, de la pasión que es contra la naturaleza; pues no se sujeta la materia á uno de dos (*agentes*) contrarios, sin que se quite, ó, á lo menos, se disminuya el dominio del otro sobre ella. Ahora bien: el cuerpo humano, y todo lo que en él hay, estará (*cuando viva en la gloria*) perfectamente sujeto á (su propia) alma racional, como el alma lo estará á Dios. Y, por tanto, en el cuerpo glorioso no podrá haber mudanza alguna contra aquella disposición con la que es perfeccionado por su (propia) alma; y así aquellos cuerpos serán *impasibles*...

No podrá, pues, el cuerpo glorioso recibir impresiones dolorosas de parte de ninguno de los elementos de la naturaleza sensible. «Porque, cuando el agente principal es perfecto, y no hay ningún defecto en el instrumento, ninguna acción procede del instrumento que no sea según la disposición (ni ordenación) del agente principal. Y, por lo mismo, en los cuerpos de los Santos, después de la resurrección, ninguna acción ni pasión les podrá provenir de las cualidades elementales (*de parte de los elementos, agua, fuego, etc.*) que sea contraria á la disposición del alma que se propone conservar el cuerpo» (1).

31. El célebre y profundo Suárez, admitiendo como verdad indiscutible la impassibilidad de los cuerpos gloriosos, al modo que es impassible el de Jesucristo resucitado, al tratar de explicar la razón de tal impassibilidad, no está conforme con que ésta

(1) Sappl., q. 82, l. c. y 3.^m

proceda del alma bienaventurada que informa al cuerpo. Porque, siendo tal informacion de la esencia del hombre (*cosa esencial*), es esencialmente idéntica en el cuerpo glorioso y en el no glorioso, pues nada esencial se cambia en los dos estados..... y, cuando la forma es en especie la misma, siempre produce un mismo efecto esencial». De lo cual se deduciría que, si el cuerpo es impasible en la gloria, también debió serlo acá en esta vida. Cosa que no es verdad.

Hay, por tanto, que buscar otra razón en que apoyar la impasibilidad de los cuerpos gloriosos. Y Suárez la busca en una opinión que él cree altamente probable (6.^a), y es esta: «Los cuerpos de los Santos se hacen impasibles por cierta cualidad infundida en ellos por Dios, y que está unida á ellos, por razón de la cual se hacen incapaces de toda alteración corruptora (de su ser)... La razón de tal opinión está en que no es impasible tal cualidad (*otorgada á los cuerpos*). Pues ¿qué repugnancia ó qué contenido de contradicción puede aducirse? Porque no decimos que tal cualidad sea de aquellas que son conaturales al cuerpo humano, sinó de otra cierta y más alta virtud y orden... Pues, aunque en el cuerpo glorioso permanezca la misma materia y el mismo temperamento de las cualidades contrarias, de aquí sólo se seguiría que tal cuerpo era corruptible considerado en su propia naturaleza... pero, sin embargo, es impasible é incorruptible según la próxima disposición intrínseca (dada por Dios). Porque está adornado de cierta perfección, apta de suyo

para impedir que la natural corruptibilidad se efectúe en realidad» (1).

32. Habla también el ilustre Lesio con grande ingenio de la dote de la impasibilidad; y, después de aducir en prueba de la existencia de ella los textos de San Pablo, de que arriba, según vimos, se ocupó el Angélico, dice de este modo:

«Notarse debe que estos y otros semejantes lugares (de la Sagrada Escritura), en los que se trata de la inmortalidad de los Santos, deben entenderse de la inmortalidad perfecta, la cual no sólo excluye la disolución de la sustancia, sinó también toda impresión y padecimiento molesto, que pueda venir de cualquiera causa extrínseca, de tal suerte que no pueden ser dañados ni por el hierro, ni por el fuego ni por otra fuerza creada; ni ser afectados por molestia ó dolor alguno; cuyo modo de ser incorruptibles no les conviene á los cuerpos de los condenados, sinó que es una dote propia (*y exclusiva*) de los bienaventurados. Pues, aunque los cuerpos de los condenados habrán de ser inmortales, bajo el concepto de que no se han de disolver, estarán, sin embargo, sujetos á impresiones y dolores gravísimos, por parte de los agentes externos que les causarían la muerte, si Dios no les conservara con su omnipotencia para (que sufran) la eternidad de las penas. De donde se sigue que (*los condenados*) no son inmortales, á no ser de un modo imperfecto: pues viven de tal manera, que siempre están muriendo, según dice el Real Profeta, *que la muerte los*

(1) Comt. in 3.^m part., Div. Thom., q. 54, Dispt. 84, Lect. 3.^a, núms. 7, 13 y 15.

alimenta. Por cuya razón con mucha propiedad los Doctores llaman impassibilidad á esta dote (*de los cuerpos gloriosos*); pues no sólo hace que los cuerpos de los bienaventurados no puedan morir, sinó también que no puedan ser dañados ó ser afectados por dolor alguno» (1).

33. Ponderando la excelencia y subido valor de esta dote de la impassibilidad, dice el gran ascético Nieremberg cosas dignas de ser leídas y meditadas. «Los bienes, escribe, que hay en estos privilegios y dotes de los cuerpos gloriosos son más que cuantos males hay en esta vida mortal; porque sólo el dote de la impassibilidad, da en tierra con todas las miserias de esta vida que padecen los cuerpos: quita el cansancio de la vida, el frío del invierno, el calor del estío, las enfermedades, los dolores, las lágrimas, las necesidades todas; lo cual es un bien incomparable, porque con sólo quitar la necesidad del comer quita infinitas (*muchas*) necesidades y cuidados. Considérese qué embarazados andan los hombres por sustentar la vida, pues toda la ocupan en esto: el labrador arando, sembrando y segando; el pastor sufriendo el hielo y el estío; el criado sirviendo y obedeciendo á voluntad ajena; el rico cuidando y temiendo. ¿Cuántos riesgos se pasan en todos estados para asegurar la comida? De todo esto exime el dote de la impassibilidad al justo. El cuidado del vestido no embaraza menos que el cuidado de la comida, la salud da también grande cuidado, porque cuando cae uno enfermo se doblan las necesidades: pero de todas se libra el que es im-

(1) De Sum. Bon., libr. 3.^m, capt. 3.^o núm. 18.



pasible, y está libre, no sólo de las penalidades de esta vida, pero si en el mismo infierno entrara no se quemara un pelo» (1).

34. Por eso el venerable P. Luís de la Puente llama á esta dote impasibilidad inmortal, ó inmortalidad impasible, porque nunca jamás tendrá (*el justo*) hambre, sed, ni dolor ó enfermedad, ni recelo de muerte; aunque esté en medio del fuego no le quemará y aunque penetre ríos y mares no le humedecerán. Siempre tendrá un vigor que no se puede marchitar, y una salud que no se puede menoscabar, y una impasibilidad eterna con sumo gusto de la carne, la cual con el corazón se alegrará en Dios vivo de quien recibe tan alegre y dichosa vida. (Psal. 83, 3)» (2).

35. Un hermoso y apropiadísimo discurso trae otro excelente y piadoso escritor para enaltecer el precio grande de la dote de la impasibilidad. «Pues, ¿qué diré, se pregunta, de la impasibilidad? Que es tanta, se responde, que, á la manera que el rayo del sol no se puede con espada cortar, ni ahogarse en el agua, ni quemarse en el fuego, ni ensuciarse ó mancharse con inmundicia alguna, así el cuerpo glorioso no puede padecer, ni recibir lesión, ni daño alguno» (3).

36. Siendo, como es, en efecto, la impasibilidad una negación, no puede tener, por razón de su efecto, aumento ni disminución; y, por lo mismo, ha de

(1) *Difer. entre lo temp. y lo eter.*, libr. 4.^o, cap. 6.^o, prf. 2.^o

(2) *Medit.*, part. 6.^a, *Medit.* 52, punto 2.^o

(3) *La Leyenda de Oro*, tomado de la Biogrf. Eccl., palabra *Santos*.

ser igual en todos los cuerpos de los justos; pero ya que ella proviene, según el Angélico, de la fruición de Dios, cuyo goce el alma lo comunica al cuerpo, como esa fruición tiene grados y es en unos justos más subida que en otros, se siguen que también la impassibilidad debe tener, por razón de la causa que la produce, grados diferentes, de conformidad con los diferentes, méritos de los hombres.

Así lo dice Santo Tomás con estas palabras:

«De dos maneras se puede considerar la impassibilidad: ya según su misma naturaleza, ya según su causa. Si se considera según su naturaleza, puesto que sólo incluye una negación ó privación, no recibe aumento ni rebaja, sinó que será igual en todos los bienaventurados. Mas, si se considera según su causa (*que la produce*), en este sentido será en uno (de los justos) mayor que en otro. La causa de ello es el dominio del alma sobre el cuerpo; cuyo dominio proviene de que el alma goza de Dios de una manera incommovible, por lo tanto en aquel que goza con más perfección de Dios, es mayor la causa de la impassibilidad». (de su cuerpo glorioso (1)).

37. Bien parecerá que, para comprender más y más la excelencia y la razón de la impassibilidad de los cuerpos en el paraíso celestial, se traiga aquí lo que dice el Angélico acerca del hombre en el paraíso terreno; pues ya que éste era así como la antecámara de aquél, visto lo mucho que Dios otorgó al hombre por gracia en el estado de inocencia, mientras vivió en el paraíso de la tierra, verse podrá en

(1) Suppl., q. 72, 2. c.

lontananza lo que tendrá Dios reservado para los que entren en su gloria, al traspasar los umbrales del eterno paraíso del Cielo.

«No era el cuerpo del hombre (*en el paraíso de la tierra*), dice el Angélico, indisoluble porque en él existiera algún especial vigor que produjera la inmortalidad; sinó porque tenía el alma cierta virtud, dada por Dios de un sobrenatural modo, por medio de la cual podía preservar á su cuerpo de toda corrupción, mientras ella permaneciera sujeta á Dios. Lo cual fué hecho con muy alta razón; pues, ya que el alma racional excede la proporción de la materia corporal, fué conveniente que en el principio se la diera (por Dios) tal virtud, que pudiera con ella conservar su cuerpo sobre (lo que exige) la naturaleza de la corporal materia... Cuya fuerza no era natural al alma sinó que provenía del don de la gracia» (1).

Por igual manera prueba Santo Tomás que el hombre en el estado de justicia original era impasible, tanto en cuanto al alma como en cuanto al cuerpo. Porque podía prohibir la pasión lo mismo que la muerte, si hubiera permanecido sin pecado. Podía el cuerpo del hombre en el estado de inocencia, añade el Santo, ser preservado de sufrir lesiones de cosa dura; en parte por medio de la propia razón, por la cual podía evitar las cosas nocivas; y parte por el auxilio de la divina Providencia, que lo defendía de tal manera, que no le ocurriría nada de improviso que le pudiera hacer daño» (2).

(1) 1.^a, q. 97, 1. c. 3.^m

(2) 1.^a, q. 97, 2. c. 4.^m

Esta inmortalidad del hombre en el paraíso terrenal es un don sobrenatural y gratuito de Dios Nuestro Señor, otorgado á nuestros primeros padres, según lo reconoce Santo Tomás; pero que estaba relacionado y en parte ligado al fruto del llamado *Arbol de la vida*. Y así dice el Santo: «Que el Arbol de la vida causaba la inmortalidad de algún modo, pero no absolutamente».

«Para la inteligencia de esto hay que tener en cuenta, que el hombre tenía dos remedios en el primer estado (*de inocencia*) para la conservación de la vida contra los dos defectos (*por los cuales puede la vida perderse*). El primer defecto es la pérdida de la humedad por la acción del calor natural, que es instrumento del alma; y contra este defecto se le proporcionaba al hombre el remedio por el alimento de los otros árboles del paraíso, lo mismo que se nos socorre ahora por los alimentos que tomamos. El segundo defecto consiste, como dice el Filósofo (*Aristóteles*, 1.^o de generat., text. 34 y 39), en que todo lo que se engendra con la mezcla de una cosa que existía antes con otra cosa extraña, que es ya húmeda, disminuye la virtud activa de la especie (primera con la cual se mezcló la segunda), como sucede cuando con el vino se mezcla agua, la cual primeramente se convierte en sabor de vino (*si es en pequeña cantidad*), pero, según que se aumenta más la mezcla del agua... más disminuye la fortaleza del vino; ha ta que, por último (si se echa agua en mucha abundancia), se hace acuoso el vino (*más bien que vino es ya agua*). Así vemos que al principio la virtud activa de la especie (humana) es en tal grado

fuerte que puede convertir del alimento (*en sustancia propia*) no sólo lo que es suficiente para la reparación de las pérdidas, sino también lo necesario para el crecimiento; mas después lo que se asimila no basta ya para el aumento, sino sólo para la reparación de lo perdido (*en la edad viril*), y, por último, en la vejez, ni siquiera basta para esto; por lo cual viene entonces el decrecimiento, y, finalmente, la disolución del cuerpo. Y contra este defecto (*del decrecimiento y de la descomposición*) se le daba remedio al hombre (*en el paraiso*) por medio (*del fruto*) del árbol de la vida. Porque tenía el poder de robustecer la virtud de la especie (*humana*) contra la debilidad que proviene de la mezcla de cosas extrañas. Por lo cual dice San Agustín (lib. 14, de Civt. Dei, cap. 16), que *se ofrecía al hombre alimento, para que no tuviera hambre; bebida, para que no padeciera sed; y el árbol de la vida, para que la vejez no lo disolviese; y otro autor añade, que el árbol de la vida impedía, á modo de medicina, la corrupción de los hombres. Sin embargo no producía (el árbol de la vida) la inmortalidad por modo absoluto; porque ni la virtud que el alma tenía de conservar el cuerpo era efecto del árbol de la vida, ni tampoco podía dar al cuerpo la disposición de la inmortalidad, de modo que jamás pudiera ser corrompido, lo cual se ve claramente porque la virtud de cualquier cuerpo es virtud finita. Por tanto, no podía la virtud del árbol de la vida extenderse hasta dar al cuerpo el poder de durar por tiempo infinito (por toda la eternidad); sino sólo hasta un tiempo determinado... y, acabado este tiempo, ó bien hubiera sido el hombre trasladado á la vida*

espiritual (*de la gloria*), ó bien hubiese necesitado comer otra vez del árbol de la vida» (1).

38. Si tantos beneficios en orden á la impasibilidad é inmortalidad del cuerpo otorgó el Señor en el paraíso terrenal al hombre inocente por medio del árbol de la vida, ¿qué no concederá á los justos que reinan ya en el eterno paraíso del Cielo, en donde está el verdadero árbol de la vida, Cristo Jesús, del cual no era más que un débil símbolo el árbol del paraíso de la tierra? El Apocalipsis dice á este propósito: «Que un río de agua viva, espléndido como el cristal, procede de la silla de Dios y del Cordero, y que en medio de la plaza (*de aquella eterna ciudad*), y á una y otra parte del río, está el árbol de la vida, el cual produce doce frutos, cada fruto correspondiente á uno de los doce meses del año, y que las hojas del árbol son para la sanidad de las gentes. Ese árbol de eterna é inefable vida es Jesucristo, el Cordero de Dios, según lo dice el Rey Sabio por estas palabras: «*Arbol de vida es (la Sabiduría, que es el Hijo de Dios) para aquellos que á ella se unen; y es bien aventurado el que la posee*» (2). Y con los doce frutos y las hojas que producen la sanidad, ¿quién duda que se significan los regalos con que obsequia el Señor en la gloria á sus escogidos, y la perfecta y eterna salud que allí gozarán los cuerpos gloriosos?

39. Veamos ahora, para remate de esta consoladora materia, lo que nos dice San Agustín sobre las grandezas del paraíso del Cielo: «Oh alma mía,

(1) *Sum. theolog.*, 1.^a, q. 97, 4. c.

(2) *Prov.*, 3, 18.

exclama aquel corazón de fuego, volvamos á aquella ciudad celestial, en la cual somos empadronados y escritos por ciudadanos, porque ciudadanos somos de los santos y familiares de Dios; así como somos herederos de Dios y herederos con Jesucristo. Contemplemos, cuanto nos fuere posible, aquella suma felicidad de nuestra patria, y digamos con el Profeta: ¡Oh, ciudad de Dios, qué gloriosas son las cosas que se han dicho de ti! ¿Cómo tu habitación es habitación de aquellos gloriosos moradores, que todos juntos se alegran y regocijan en ti? No hay en ti vejez, ni la miseria que la suele acompañar; no hay en ti manco, ni cojo, ni contrahecho, ni feo, porque todos tienen suma perfección, y son muy parecidos á la hermosura y perfección de Cristo. ¿Qué cosa puede haber más bienaventurada que aquella vida en la cual no hay temor de pobreza, ni flaqueza de enfermedad? Ninguno padece mal, ninguno tiene ira, ni envidia, ni apetito desordenado, ni hambre, ni codicia de honra, ni ambición, ni miedo, ni asechanzas del enemigo, ni espanto del infierno, ni muerte del cuerpo ni del alma, sinó una vida dulcísima vestida de inmortalidad. No habrá entonces mal alguno, ni discordia; todas las cosas serán conformes y concordantes, porque todos los santos son un corazón y viven en perpetua concordia, y en todos reina la paz, y una misma alegría con gran tranquilidad y quietud en todas las cosas. Allí hay claridad continua, no como esta que vemos acá; pero tanto más resplandeciente, cuanto es más bienaventurada; porque aquella ciudad, como leemos, no tiene necesidad del sol ni de la luna; porque el mismo Se-

ñor la alumbra, y el Cordero es su lámpara, y su luz, y los santos resplandecen como las estrellas, para siempre, y como la luz del firmamento. Y por esto allí no hay noche, ni tinieblas algunas, ni concurso de nubes, ni rigor de calor ó de frío, sinó una templanza y suavidad de todas las cosas, tan excelente, que ni ojo la puede ver, ni oído oír, ni corazón de hombre comprender; aquellos solos la entienden, que merecen gozar de ella, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida. Pero, sobre todo esto, es ser compañeros de los coros de los Angeles y de los Arcángeles, y de todas aquellas celestiales jerarquías; ver á los patriarcas y á los profetas, á los apóstoles y á todos los otros santos bienaventurados, y entre ellos á nuestros padres. Gran gloria es esta, pero mucho mayor, sin comparación, es ver presente la cara de Dios, y aquella lumbré invisible é infinita. Esta gloria es excelentísima, cuando contempláremos á Dios en sí mismo, verémosle y poseerémosle en nosotros y nunca lo dejaremos de ver» (1).

*
**

40. Después que con afrenta y grave daño
de mis culpas dejé la errada vía,
con lágrimas mezcladas de alegría,
arrepentido mis mejillas baño.

Y al nuevo resplandor del desengaño
que amaneció, aunque tarde, al alma mía,
veo ya convertirse en claro día
la tenebrosa noche de mi engaño.

Ya la razón emprende en largo vuelo

(1) *Manual* (de S. Agustín), cap. 17.

nuevos discursos á su antigua historia
para el inmenso cristalino Cielo.

Ya desfallece la tenaz memoria
de las caducas cosas de este suelo,
y el alma vive para eterna gloria.

ANTONIO DE MALUENDA.

*
* *

HORIZONTES

I

Lanzó el mundo en mitad de las tinieblas
el soplo del Señor, y empezó el mundo
á rodar en un piélago de nieblas,
cercado del silencio más profundo.

Miró la creación el que la hizo,
mas no le satisfizo,
y rasgando sus negras colgaduras,
sacudió con su planta el firmamento;
brotó una chispa, se inflamó en el viento,
y el sol se derramó por las alturas.

II

«Tu girarás, le dijo, eternamente:
cuatro estaciones marcarás iguales,
y será tu fanal resplandeciente
la sombra de mis ojos inmortales».

Giró el sol, y á su vista alborozado,
el mundo iluminado
en himno universal rompió sonoro,
y cuanto tuvo un soplo de existencia
exhaló sonoro en su presencia
música dulce en acordado coro.

III

Mecióse el mar con colosal murmullo,
el viento resonó por las montañas,

murmuró el bosque soñoliento arrullo
 é hirió el rayo sus sonantes cañas.

Ensayaron sus cánticos las aves,
 armoniosos y graves
 los acentos del hombre resonaron,
 y con notas más roncadas y severas,
 su voz alzaron sin compás las fieras
 y los ecos salvajes la imitaron.

IV

Fuente de luz y manantial de vida,
 el sol fecunda nuestra madre tierra
 y en arroyos, al llano convertida
 vierte la nieve que apiló en la sierra.

Brotan á su calor yerbas y flores;
 sus manchas y colores
 da á cuanto dora con su lumbre pura;
 y mil insectos que las auras hienden,
 á separar solícitos atienden
 del semen virgen la semilla impura.

.....

VI

He visto el sol pararse en el Oriente
 al derramar su esplendorosa lumbre,
 y le he visto posar en Occidente
 al trasponer la postrimera cumbre.

Magnífico á su vuelta y su partida
 su marcha y su venida
 mudo y absorto cada vez contemplo;
 él recoge sus rayos ó los suelta,
 y siempre á su venida y á su vuelta
 de Dios concibo al Universo templo.

J. ZORRILLA.





Capítulo IV.

De la claridad de los cuerpos gloriosos.

Lo que importa saber de esta dote, 41.---La tendrán los cuerpos gloriosos, según la Sagrada Escritura, 42.--- Aunque en diferentes grados, 43.---Y se esparcirá por los ámbitos del Cielo, 44.---A semejanza de la de Jesucristo, 45.---Razonamiento de Santo Tomás, 46.---De la claridad nace la visibilidad, 47.---Tendrá suma suavidad, 48.---Lo que dice Suárez, 49.---La lucidez compatible con el color, 50.---Y es causada por Dios, 51.---Lo que dice Le-io, 52.---Y Nieremberg, 53.---Recopilación, 54.---Poesías 55.

41. Trataremos ahora de la claridad con que Dios ha de dotar en el Cielo á los cuerpos de los bienaventurados. Autores hay que la colocan antes de la impassibilidad, y también los hay que la colocan al último, y otros al medio de las dotes del cuerpo glorioso. Poco importa el orden de colocación de tal dote en los escritos de los hombres; y harto importa saber si los cuerpos han de ser engalanados en la gloria con la dote de la esplendente claridad. Y que ha de ser así no cabe dudarlo, pues hay de ello pruebas infalibles.

42. Las Sagradas Letras bien palpablemente nos dan á entender la claridad y resplandor de que

habrán de estar en el Cielo adornados los cuerpos de los justos; pues con harta frecuencia nos hablan de ello, y, aunque cierto es que varios textos han de entenderse principalmente de claridad de las almas, no hay razón ninguna para dejar de extenderla también al cuerpo, porque la claridad de éste es participación, en sentencia del Angélico, de la de aquélla.

«Dióle Dios al justo, dice la Sabiduría, eterna claridad» (1), la cual eterna claridad dice Jesucristo que da él á sus fieles discípulos: «Yo les doy la claridad eterna» (2). Por eso dice después el Apóstol San Pablo, que Jesucristo reformará el cuerpo de nuestra humildad (en cuerpo) configurado al cuerpo de su claridad (de la de Jesucristo) (3); y añade en otra parte el mismo Apóstol: «Que somos transformados (por la virtud de Cristo) de claridad en claridad, como por el espíritu del Señor, en la misma imagen (de Jesucristo) (4). Que es como si dijera: Buscando aquí en la tierra la gloria del Señor á cara descubierta, cual la buscan los buenos cristianos, somos transformados de la claridad de la fe, con la cual creemos en los misterios revelados por Dios, á la claridad de la gloria, en donde veremos á Dios cara á cara, y por ello nos haremos semejantes á la imagen de su Divino Hijo.

43. Mas el Apóstol, aunque asegura que todos los cuerpos de los justos estarán en el Cielo llenos de claridad, nos enseña á la vez que tendrán unos

(1) Sapt., 10, 4.

(2) Joan., 17, 22.

(3) Phil., 3, 21.

(4) 2.^a Cort., 3. 18.

más claridad que los otros, guardando en ello proporción los cuerpos con lo que se dijo de sus respectivas almas; porque en el Cielo, que es la casa de Dios, hay muchas mansiones y muchas claridades. «Pues una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna y otra la de las estrellas; y una estrella se distingue de la otra por su claridad» (1). Y, como la unidad en la variedad forma el orden, y el esplendor ó claridad del orden constituye la belleza, es por lo que se llena de entusiasmo el Autor de la Sabiduría ante la hermosura de aquella casta é inmortal generación de bienaventurados. «Oh qué hermosa es, dice, la casta generación con su claridad, su memoria es inmortal ante los ojos de Dios» (2).

44. Mas esta hermosa claridad no quedará encerrada en los cuerpos de los justos, sinó que resplandecerá por los palacios de la gloria, como el sol y las estrellas resplandecen en el firmamento del cielo. «Jerusalem, Jerusalem, dice Tobías, ciudad de Dios, resplandecerás con luz espléndida» (3). Y la Sabiduría añade: «Resplandecerán los justos y se agitarán como centellas en la caña» (4).

«Los doctos, dice por su parte el profeta Daniel, lucirán como el esplendor del firmamento» (5). Mas, aunque habla aquí Daniel del resplandor especial de los Doctores, los cuales estarán en sus almas adornados de una especial aureola, es claro que el esplendor de esa aureola habrá de comunicarse tam-

(1) 1.^a Cort., 15, 45.

(2) Sapt., 4, 1.

(3) Tob., 13, 13.

(4) Sapt., 3, 7.

(5) Dan., 12, 3.

bién á los cuerpos; y, aunque éstos luzcan en el Cielo con luz diferente de la de aquellos que fueron grandes doctores, nada impide que éstos también luzcan; pues también tuvieron la ciencia de su eterna salvación. Por eso en San Mateo claramente dijo Jesucristo: «Que todos los justos resplandecerán como el sol en el reino del Padre de ellos» (1). Esto es, en la gloria del Cielo.

45. Hay, por último, otra buena razón tomada de los Libros Sagrados, y es la sacada de la claridad del cuerpo de Jesucristo. De él se dice en los Santos Evangelios, que en aquel solemne y brillante momento de su Transfiguración en la cumbre del monte Tabor: «Que resplandeció su semblante como el sol, y que sus vestidos se volvieron blancos como la nieve». A este propósito dicen los intérpretes de la palabra y hechos de Dios, que por razón de la unión con la persona del Verbo que hizo beatífica desde el primer instantante de su Encarnación al alma de Jesucristo, debía ésta comunicar su claridad al cuerpo; y que tenía que obrar Jesús con su omnipotencia un milagro continuado para que no apareciera tal claridad; y dicen, á la par, que la claridad del Tabor fué un breve y pequeño destello de la claridad inmensa que el cuerpo de Jesús había de tener en la gloria.

Pues bien: la gloria del cuerpo de nuestro Redentor es causa y modelo de la que habrán de tener los justos; pues éstos recibirán en la resurrección el

(1) Mat., 13, 43.

cuerpo de su humildad configurado al cuerpo de la claridad de Jesucristo (1).

Luego no podemos menos de creer que, en la gloria, el cuerpo de los justos estará impregnado y rodeado á la vez de esplendente y eterna claridad.

47. Veamos ahora lo que á este propósito dice el Angélico: «Los cuerpos de los santos, después de la resurrección, serán cuerpos lúcidos, y así es necesario admitirlo por la autoridad de la Sagrada Escritura que lo promete. Pero la causa de esta claridad hay que ponerla en la gloria del alma que redundará en los cuerpos. Porque lo que se recibe en algún sujeto no se recibe según la forma de quien lo influye (ó derrama), sinó según la forma de quien lo recibe. Y, por lo mismo, la claridad que es espiritual en el alma, se recibe en los cuerpos como (claridad) corporal. De ahí que también se siga que, según que el alma tenga mayor claridad (espiritual) de conformidad con sus mayores méritos, así también habrá diferencia de claridad (corporal) en el cuerpo, como lo dice el Apóstol (1.^a Cort., 15). Y así se conocerá la gloria del alma, como en un vaso de vidrio se conoce el color del cuerpo contenido en él; como lo dice San Gregorio sobre aquello de Job. (28): *Non se le igualará (en claridad al cuerpo glorioso) ni el oro ni el vidrio.*

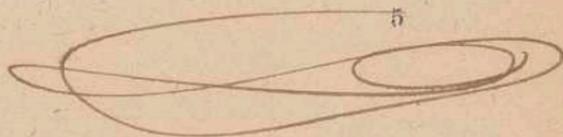
Por eso es que San Gregorio compara el cuerpo glorioso con el oro por razón de su claridad, y con el vidrio por su transparencia. Por lo cual puede decirse que (los cuerpos gloriosos) serán tras-

(1) Phil., 3, 21.

lucientes y claros á la vez; pues el que lo que es claro no sea á la par trasparente, proviene de que su claridad es causada por la densidad de las partes lúcidas, ya que la densidad repugna (ó es contraria) á la transparencia. Mas entonces la claridad del cuerpo glorioso provendrá de otra causa (*de la gloria del alma*). Y la densidad del cuerpo glorioso no le quitará su transparencia, como la densidad del vidrio no le quita la transparencia al vidrio» (1).

47. De la claridad del cuerpo glorioso nace, como consecuencia, su visibilidad, esto es, el poder ser visto con ojos corporales. De modo que los Santos verán en el Cielo los unos los cuerpos de los otros, al modo que los tres Apóstoles, elegidos al efecto por Jesucristo, vieron con sus propios ojos el cuerpo glorioso del Salvador en el día de la Transfiguración. Pero, además, podrán ser vistos por los ojos de los hombres que viven en esta vida mortal, según lo explica Santo Tomás en esta manera: «La luz, según lo que ella en sí es (por su propia naturaleza) está destinada á mover (ó impresionar) la vista; y la vista, según lo que ella es, está destinada á percibir la luz; pues tiene con ésta la misma relación que el entendimiento con la verdad, y la voluntad con el bien; por lo tanto, si hubiese alguna vista que de ningún modo pudiera percibir la luz, ó tal vista no sería vista, ó la luz no sería luz verdadera; lo cual no puede admitirse en este caso, porque resultaría que cuando se nos dice que habrán de ser gloriosos los cuerpos, nada nos dirán en realidad (*y jugarían con nosotros las Sagradas Es-*

(1) Suppl., q. 85, 1. c. 2.^m



crituras, lo cual no puede admitirse). Por lo tanto hay que confesar que la claridad del cuerpo glorioso puede ser naturalmente vista por los ojos que no sean gloriosos».

48. Pero esa claridad, aunque muy intensa, será, á la vez, tan suave, que no mortificará; antes bien, deleitará sobremanera á los ojos que la vean. «Pues la claridad intensa no ofende la vista, en cuanto obra por la acción del alma (*como obra la del cuerpo glorioso*), antes bajo este aspecto deleita; sinó que ofende, en cuanto obra con la acción de la naturaleza, calentando (demasiado) y disolviendo el órgano de la vista y disgregando los espíritus (vitales ó humores). Y, por lo tanto, la claridad del cuerpo glorioso, aunque sea tanta que exceda la claridad del sol, no ofende, sin embargo, á la vista por su naturaleza, sinó que la halaga, por lo cual aquella claridad es comparada en el Apocalipsis (21) á la claridad del jaspe».

«Se sigue, por fin, que la claridad del cuerpo glorioso, puesto que proviene del mérito de la voluntad, estará sujeta á la misma voluntad, de tal modo que podrá la voluntad, según su imperio (y deseo), hacer que sea ó no sea vista; y, por lo mismo, estará en la potestad del cuerpo glorioso manifestar ú ocultar su propia claridad» (1).

49. El Doctor Eximio, si bien discrepa del Angélico en la explicación de la naturaleza de la claridad de los cuerpos gloriosos y en la causa de donde procede, está del todo conforme en admitir la existencia de la tal claridad y transparencia. Y añade

(1) Suppl., q. 85, 2. c. 2.^m y 3.^m

que: «semejante claridad ha de existir en los cuerpos gloriosos, y no sólo en su externa (ó exterior) superficie, mas también en toda su profundidad, en la carne, en los huesos y en todos los otros miembros... Porque de otra manera no podría ser todo el cuerpo visible á los ojos. Pues aquella parte interior que no fuese lúcida, ni podría ser ella vista, ni, como densa y opaca (*que sería entonces*), podría por su naturaleza ser medio (apto) para ver las otras partes, por lo cual no sería trasparente todo el cuerpo. Además, que la misma razón comprende que, puesto que no repugna que todo el cuerpo (de los justos) sea adornado de esa cualidad (*claridad y transparencia*), es conveniente que todas sus partes participen de esta gloria (ó claridad) de su cuerpo».

50. Para demostrar después que no hay repugnancia alguna en que un cuerpo sea, á la vez, lúcido y colorado, trae el mismo Suárez,, este hermoso testimonio de San Cirilo de Jerusalén, (Cat. 18): «Los justos resplandecerán cual el sol, y como la luna, y como el esplendor del firmamento; y, previendo la incredulidad de algunos hombres, dió Dios un cuerpo lúcido á algunos pequeños gusanos, porque con él resplandeciesen, y para que por lo que vemos creyéramos aquello que esperamos. Pues quien pudo hacer la parte podrá hacer también el todo, y quien hizo que resplandezca con luz un gusano, también podrá hacer con mayor razón que resplandezca el cuerpo de los justos».

Así, pues, no hay formal repugnancia entre la luz y el color. «Por igual modo explica Suárez, cómo los cuerpos de los justos en el Cielo pueden

ser á la vez luminosos y transparentes ó diáfanos». «Porque la luz, dice, puede estar á veces también en un cuerpo denso, y extendido por todas las partes de tal cuerpo, como sucede en la llama, en el vidrio y en el cristal. ¿Qué extraño será, pues, que (esa luz) pueda formarla Dios en un cuerpo más denso y más duro? Pues, aunque á tal cuerpo le falte la disposición apta y natural para poder ser iluminado todo él por un agente natural, no le falta capacidad para recibir la luz hecha é infundida por Dios... Además, aunque un cuerpo no sea diáfano (*ó transparente*) por su naturaleza, ¿por qué ha de repugnar, que por virtud divina reciba esa propiedad? ...Más repugnancia (natural) hay para que dos cuerpos estén en un mismo lugar, y, sin embargo, esa repugnancia es vencida por la divina virtud, como lo hace con los cuerpos gloriosos por la dote de la sustileza.

51. Como Suárez entiende que la luz de los cuerpos gloriosos es de naturaleza diferente que la del sol y los elementos, en lo cual disiente de la sentencia del Angélico, también, como consecuencia, es aquél de parecer: «Que solo Dios es quien tiene el poder propio de causar esta luz en el cuerpo humano, y que tal luz no proviene, por sola la naturaleza de la cosa, de la bienaventuranza del alma. Porque no hay ninguna relación natural entre la luz espiritual y la corpórea... Pero respecto de la claridad del cuerpo de Jesucristo, es probable que haya sido causada mediante su alma, como instrumento (del cual se valió la divinidad). Y no es puesto fuera de razón que esta virtud instrumental

sea comunicada (por Dios) á las demás almas bien-aventuradas» (1).

52. Todo lo que antecede es del ilustre Suárez: mas no le va en zaga en este hermoso asunto de la bienaventurada dote de la claridad de los cuerpos, su hermano en religion el virtuoso Lesio. Después de exponer las tres principales opiniones sobre el modo con que serán lúcidos los cuerpos beatíficos, dice: «Aquella claridad no es un color brillante y que se manifiesta con claridad (*como quieren algunos*), ni tampoco es el pulimento de los cuerpos que refleja una luz extrínseca que sobre ellos cae (*como quieren otros*); sinó que es verdadera luz corporal, intrínseca á los cuerpos de los bienaventurados. Así lo entienden comúnmente los teólogos. Y la Sagrada Escritura abiertamente dice que: Los justos resplandecerán en el reino de los Cielos como el sol y como las estrellas: cosa que se diría con demasiada impropiedad é hipérbole (exageración), si sólo tuvieran un brillante color que se manifestase perfectamente, ó si sólo estuviesen pulimentados á modo de espejos, y no tuvieran luz intrínseca. Además, parece absurdo que los tales (cuerpos), no tengan claridad, sinó sólo mientras están expuestos al sol ó á otra luz, y que deban mendigar de ellos esta hermosura; y que no puedan iluminar con su luz (propia) su morada y disipar las tinieblas de la noche. Tales cosas son demasiado humildes é indignas de aquel (glorioso) estado, y están en oposición con muchas apariciones de Santos, que se manifestaron á mu-

(1) Suárez, Coment. in 3.^{am} Prt. Dy. Thom.; Disput. 48, sect. 2.^a

chos hombres con grande resplandor, aun durante la noche. Y no se debe creer que ellos aparecieron entonces con mayor gloria que la que en realidad han de tener en sus cuerpos. Pues no conviene que se arroguen una falsa gloria, ó que la impongan (*la hagan creer*) á los mortales con tal especie.

Agréguese á esto que en la Transfiguración, cuando Cristo se propuso manifestar á sus Apóstoles y á toda la Iglesia el modelo de la gloria, la faz del Señor resplandeció como el sol, no con luz ajena ó venida de fuera, de la del sol, y reflejada en él como en un espejo, sinó con luz propia é intrínseca. Por eso dice San Efrén en su Homilía de la Transfiguración: «Cristo resplandeció en todo su cuerpo con la gloria de la divinidad, como el sol resplandece con sus propios rayos... Luego este esplendor provenía de dentro».

Y no puede decirse que no es de tal naturaleza la gloria de los demás Santos: ya porque (éstos) serán como los Angeles de Dios en el Cielo, cuya gloria se declara ahora (*en su aparición*) con tanto esplendor, ya porque el Señor fué transfigurado, como dice San León, «para que todo el cuerpo de la Iglesia conociese de qué trasformación había de ser adornado (*en la gloria*) y para que los miembros confiasen recibir la participación de aquel honor que resplandecía en la cabeza. Por lo cual es cierto que todos los Santos han de ser adornados en sus cuerpos de semejante luz...

En segundo lugar: esta luz (de los cuerpos) no sólo estará en la externa superficie del cuerpo, sinó que también en sus más íntimas partes, y no sólo en

la cara, mas también en todo el cuerpo. Lo primero se conoce por el sol, las estrellas, el fuego y otros cuerpos luminosos que son lúcidos todos por dentro y por fuera... Lo segundo parece también cierto, porque así como el alma, llena de la lumbré de la gloria, estará difundida por todo el cuerpo y por todas sus partes, así es conveniente que todo el cuerpo sea luminoso, para que pueda corresponder á la dignidad del alma que en él habita».

En tercer lugar: es en gran manera probable que los cuerpos de los bienaventurados no sólo habrán de ser lúcidos, sinó perlúcidos y transparentes, de modo que todo el artificio del Artífice (Dios) que él realizó en la estructura de los cuerpos, sea patente á todos (*los hombres*), apareciendo todas las entrañas, venas, arterias, nervios, huesos y junturas, con sus colores, figuras, procesos, medidas y proporciones. Así lo dice expresamente San Agustín (lib. 22 de Civit., cap. 33). «Todos aquellos números de la armonía corporal que están ahora ocultos, no se ocultarán entonces ni extrínseca ni intrínsecamente, según están dispuestos por toda la extensión del cuerpo, y en unión con las demás cosas que allí aparecerán con el deleite de la racional hermosura á aquellas mentes racionales (*los ángeles*) en alabanza de tan excelso Artífice.

El mismo San Agustín (lib. 2.º de Gen. contra Manicheos, cap. 21) enseña que de tal modo habrán de ser vistas todas las vísceras en los cuerpos de los bienaventurados, que por sus movimientos podrán conocerse los movimientos de las almas, como aho-

ra por el aspecto y los ojos se conoce la alegría y tristeza del ánimo...

La misma doctrina nos enseña San Gregorio (lib. 18 Moral, cap. 3): «Estará patente, dice, á los ojos corporales la misma armonía del cuerpo, y así cada uno será visible para los demás en la forma que ahora es invisible para sí mismo... Por lo cual se debe creer que los cuerpos de los bienaventurados con todas sus partes, tanto interiores como exteriores, habrán de ser á modo de un cristal purísimo y colorado que tiene todas sus partes de distintos colores y figuras é inundadas de inmensa luz».

«En cuarto lugar: parece cosa cierta que los cuerpos de los bienaventurados no sólo serán luminosos, sinó que habrán de conservar su primitivo color. Lo cual se colige del cuerpo del Señor, en el cual permaneció el color primitivo con el que fué visto por los Apóstoles estando oculta la claridad (*beatífica*). Y la razón es porque la dote sobrenatural de la claridad no destruye la natural perfección; y la suavidad del color es una grande perfección del cuerpo humano, la cual no tiene repugnancia alguna con la luz, como se echa de ver en ciertos gusanillos que también tienen su color natural, el cual, á veces, lo manifiestan y de noche lucen... Y si una pequeña luz puede permanecer naturalmente en los cuerpos en unión con el color, ¿por qué, por virtud divina, no lo podrá una luz grande?» (1).

53. Por eso es que el piadoso y erudito Nieremberg nos anima elocuentemente á desear aquella cla-

(1) Sum. Bon., lib. 3, cap. 5.º

ridad y hermosura de la patria del Cielo con que han de resplandecer los cuerpos.

«El ver, dice, un bienaventurado al mismo Dios como es en sí y cara á cara y de propósito, ¿de qué gozo y luces no le llenará y las comunicará á los cuerpos? Porque fuera de una suma hermosura y perfección que han de tener aquellos cuerpos gloriosos que han de tener todos y vestir de una luz divina y tan resplandeciente que ha de aventajarse siete veces á la del sol, como advierte Alberto Magno; porque, si bien en el Evangelio solamente se dice que los justos han de resplandecer como el sol, pero el Profeta Isaías dijo (30) que entonces el sol había de lucir siete veces más que ahora resplandece; servirá á los Santos de vestidura esta claridad inmensa por ser la luz la claridad más hermosa y excelente de todas las corporales.

¿Qué emperador vistió más resplandeciente y vistosa púrpura? ¿Qué majestad se ha visto mayor que la que echará de sí tal resplandor?... ¿Qué respeto se deberá á un bienaventurado que estará, no digo vestido de oro, no vestido del sol, pero será más claro y resplandeciente que el mismo sol? Júntense todos los diamantes más resplandecientes, los rubíes más radiantes... guarnézca e con ellos una ropa imperial: no será todo más que carbones, respecto de un cuerpo glorioso, el cual todo será más trasparente y claro y resplandeciente que si fuera esmaltado de diamantes. ¡Oh vileza de las grandezas mundanas! Todas ellas no podrán hacer un vestido tan vistoso. Y, si acá se tiene por grande gala traer en el dedo una sortija de dia-

mantes que resplandezca algo... ¿qué será tener todas las manos, pecho y todo el cuerpo más resplandeciente que toda joya preciosa, y que esta joya no sea postiza ni prestada, sinó propia de de nuestro cuerpo? Porque las galas y ornamentos de los vestidos de la tierra antes son de afrenta á los que los traen, así porque arguyen necesidad é imperfección en sus cuerpos, pues han menester suplir lo que á ellos les falta con cosas ajenas, como también porque el vestido se nos dió como un sambenito (*señal de afrenta*), cuando fué echado Adán del Paraíso... El ornamento y atavío de los Santos no ha de ser de esta manera; no ajeno, sinó propio; no de fuera solamente, sinó aun en las mismas entrañas han de tener inmensa claridad y decencia, siendo todas las partes de su cuerpo interiores y exteriores más transparentes que el cristal, más resplandecientes que el sol...

No llegará todo el ornato del sol á ser igual gala con la que tendrán los Santos del Cielo, pues no será ajena ni postiza como lo era el ornato (*en el sentido literal, no en el místico*) de aquella mujer del Apocalipsis».

«La autoridad que han de tener los Santos con este don de la claridad ha de ser mayor que de ningún rey de la tierra. Fuera grande majestad de un príncipe si, cuando saliese de noche le fuesen acompañando mil pajes con hachas encendidas. Por cierto que, aunque llevasen en lugar de hachas estrellas, no sería mayor su autoridad que la de un Santo del Cielo, que por su misma persona traerá tan grande luz como fuera ahora siete veces doblada la

del sol. ¿Qué mayor felicidad que no tener necesidad de este sol, del cual necesita (*aquí abajo*) todo el mundo? Porque no habrá noche para el justo, y él mismo trae consigo el día y la claridad; y ¿qué mayor autoridad que resplandecer más que el sol, trayendo consigo mayor majestad que la que pudieran acompañando con lúcidas antorchas?... San Pedro, porque vió algo de esto en la transfiguración, cuando estaba Cristo aún en carne mortal, le pareció tan glorioso aquel lugar, que no quisiera apartarse de allí» (1). Todo esto es del gran místico Nieremberg, y nos hemos atrevido á copiarlo tan por extenso, por la mucha alabanza que hace de la claridad gloriosa de los cuerpos, y por los deseos de ir á aquella eterna y hermosa patria que excita en nosotros tan piadosa lectura.

54. Consta por todo lo dicho que es mucha y muy variada la claridad de los cuerpos en el Cielo, y que también habrá allí, además de la esplendente y suave claridad, límpida transparencia y tan hermosos cuanto múltiples colores en los cuerpos de los bienaventurados; y esto no sólo en su parte externa, mas también en todas sus internas y escondidas partes. Pero esa claridad y nunca vista hermosura, de tal modo será propia de cada bienaventurado, que á la vez se derive de la claridad, y de la hermosura del glorioso y santísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, cuya resurrección y gloria son causa y modelo de las de los justos. Por eso sería doblemente grande la brillantez de los justos del

(1) Difer. entre lo temp. y lo etern., lib. 4.º, cap. 6.º

Cielo, porque brillan con la luz propia y con la recibida del cuerpo del Salvador; con lo cual se aumentará sobremanera el gozo de los habitantes de la celestial Jerusalén; pues se gozarán no sólo en su propia lumbré y felicidad, pero se gozarán inmensamente más de recibir esa lumbré y bienaventuranza de la del Hijo de Dios encarnado; pues allí los justos se olvidarán de su propia gloria, para gozarse en la gloria de su Redentor; y por ella alabarle por eternidades sin término. Mas de la mucha hermosura, que de toda la lumbré y colores de los cuerpos gloriosos resulta para todo el conjunto de aquella dichosa y eterna patria, hablaremos tal vez en capítulo separado: y es por eso que no queremos hablar más ahora.

*
**

55. LO QUE NOS DICE EL DOLOR

Desde el primer sollozo de la cuna
sed de placer ardiente nos devora;
cuanto el mundo en sus senos atesora
pedimos por tributo á la fortuna.

Y cuanto bien gozamos

bajo la esfera de la blanca luna,
obra de nuestro mérito juzgamos.

Desvanecido por la dicha el hombre,
aunque los ojos torne al infinito,
no ve, Señor, tu sacrosanto nombre
con viva luz en el cenit escrito.

Sus turbios ojos la soberbia empaña,
cual polvo por el viento arrebatado,
pero al fin te descubre consternado

si ardiente el llanto sus pupilas baña.
El dolor es la espina punzadora
que nos hace bajar la vista al suelo:
pero en las sombras del humano duelo
él es también la mano redentora
que nos indica el Cielo.
El dolor nos advierte
que encima de esa bóveda estrellada
hay un Dios justo y fuerte,
árbitro de la vida y de la muerte,
Señor del Universo y de la nada.

*
* *

Yo te saludo, ¡Oh muerte redentora!,
y en tu esperanza mi dolor mitigo,
obra de Dios perfecta, no castigo (1),
sinó don de su mano bienhechora.

¡Oh de un día mejor celeste aurora
que al alma ofreces perdurable abrigo!
Yo tu rayo benéfico bendigo
y lo aguardo impaciente de hora en hora
ante las plagas del linaje humano,
cuando toda virtud se siente inerte,
cuando todo rencor fermenta insano,
cuando al débil oprime inicuo el fuerte,
horroriza pensar, Dios soberano,
lo que fuera la vida sin la muerte.

FEDERICO BALART.

*
* *

(1) En algún aspecto es la muerte verdadero castigo del pecado original, aunque no lo sea en el sentido que habla el poeta.

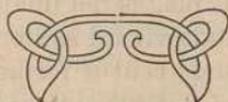
Pasaron fugitivas las edades,
los mármoles y bronces se rompieron,
y glorías y grandezas perecieron,
y chozas y castillos y ciudades.

Hoy yacen en ignotas soledades
tesoros que en la tierra se perdieron;
que siendo polvo, al polvo se volvieron.
Cuna y panteón de humanas vanidades.

Es la gloria mortal nube viajera,
gigante al parecer, por dentro nada;
cuanto más elevada más ligera.

¡Qué despreciable y mísera morada
la de este mundo para el hombre fuera,
si á la eterna mansión no diese entrada.

A. M. V.





Capítulo V.

De la agilidad de los cuerpos gloriosos.

Lo que es la agilidad, 56.—Qué en los cuerpos gloriosos, 57.—Se prueba por la Escritura, 58.—Idem la resistencia y fortaleza, 59.—Lo que dice San Agustín, 60.—Y San Bernardo, 61.—Santo Tomás, 62.—Uso que harán los justos de la agilidad, 63.—Constitutivos de esta dote según Suárez, 64.—Discurso de Lesio, 65.—Idem de Luis de la Puente, 66.—Idem de Nieremberg, 67.—Resumen, 68.—Poesía, 69.

56. La tercera dote de los cuerpos gloriosos es la agilidad; pues, en verdad, muchos autores la ponen en el tercer lugar, si bien otros la colocan en el cuarto; mas lo que importa es ver cómo esta dote ha de constituir realmente un ornamento de los cuerpos de los Santos en la mansión de la gloria. Y de esto no puede haber á ningún cristiano duda razonable. Pues las Sagradas Escrituras, los teólogos, los escritores místicos, los catequistas de la doctrina cristiana y la Iglesia en general nos enseñan esa verdad.

Qué sea la agilidad, como dote de los cuerpos gloriosos, puede colegirse, ya de lo que es la agilidad en los cuerpos naturales, ya de la agilidad de los espíritus, á la cual se ha de asemejar, y aun, se-

gún algunos teólogos, igualar la ligereza de los cuerpos gloriosos.

Llamamos aquí ágiles á aquellos seres corpóreos que con grande facilidad realizan sus movimientos, y muy especialmente los movimientos de traslación de un lugar á otro. Así, pongo por caso, es ágil el caballo que corre veloz en su carrera; la golondrina que vuela con pasmosa ligereza y con incansable vigor; la voz que se propaga á mucha distancia en corto espacio de tiempo; la luz cuyo movimiento es poco menos que instantáneo, y el pensamiento que no necesita tiempo ni reconoce obstáculo para trasladarse de un lugar á otro, aunque estén separados por distancia incalculable.

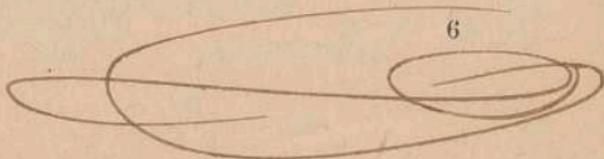
57. Todo esto y mucho más que la razón del hombre no puede alcanzar, abarca la agilidad de los cuerpos gloriosos. Así, pues, cuando decimos que tienen la dote de la agilidad, queremos dar á entender que se mueven ó se pueden mover con suma facilidad y prontitud de un lugar á otro del espacio; y esto no sólo con el movimiento progresivo que se hace dando pasos ó saltos en veloz carrera, sinó también, y aun muy principalmente, con el movimiento llamado por algunos de un solo ímpetu ó impulso, cual es el de la saeta, lanzada por el arco y el de la bala arrojada por el cañón; de modo, que los Santos del Cielo podrán andar y correr como se corre y anda en este mundo, pero con suma velocidad, cuando el alma quiera; y sin ninguna molestia ni cansancio, podrán subir desde la tierra al Cielo y bajar del Cielo á la tierra, cual si su cuerpo no estuviera sujeto á la ley de la pesantez; y podrán allá

en las regiones estelares y en el mismo Cielo empíreo sostenerse sin apoyo alguno donde y cuando el alma quisiere, ó Dios se lo disponga, así como trasladarse con asombrosa velocidad de uno á otro punto de aquellas sublimes regiones. El cuerpo obedecerá al alma sin pereza ni resistencia alguna, por lo cual podrá el alma moverlo con la velocidad del pensamiento, y aun igualar su velocidad á los mismos Angeles. Todo esto es la agilidad. Y aun algunos teólogos eminentes, como nuestro Suárez, quieren que sea mucho más; pues dicen que podrá el cuerpo glorioso, en un instante, esto es, sin necesidad de emplear tiempo en su movimiento ir de un punto á otro, y sin pasar por los lugares intermedios.

Con la dote de la agilidad, sea como consecuencia necesaria, sea como propiedad aneja, va unida la robustez y fortaleza de los cuerpos gloriosos. Por la cual pueden mover otros cuerpos y trasladarlos de un punto á otro con gran presteza, aunque ellos sean enormes en magnitud y en peso, al modo que hacen eso mismo los Angeles y los demonios.

58. Las Sagradas Páginas, con bastante claridad, dan á entender que los cuerpos gloriosos estarán adornados de esta preciosa dote de la agilidad. En ellas se habla de tener los justos alas; se dice que volarán más que el viento; que no se cansarán jamás, porque su cuerpo, sembrado en debilidad, resucitará en robustez.

Así lo dice el Rey Profeta: «Se elevó sobre los Querubines y voló; voló sobre las alas de los vien-



tos» (1); pues aun cuando esto lo dice de Dios, aplícase también á los justos, que en la gloria serán como dioses. «¿Quién me dará, dice más adelante el Real Salmista, quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré?» (2). El descanso completo sólo se halla en la gloria, y para ir á ella Dios dará alas, esto es, agilidad al cuerpo, y esa agilidad la tendrá por toda la eternidad.

Por eso dice la Sabiduría que los justos se moverán con la celeridad con que se elevan las chispas ó las centellas en la caña cuando es violentamente agitada (3). Eso es lo que llenó de admiración á Isaías y le obligó á preguntar: «¿Quiénes son estos que vuelan con la agilidad de las nubes?» (4). Mas el poner alas y el hablar de vuelo, ¿qué otra cosa significa sinó es la grande agilidad en moverse de un lugar á otro lugar?

59. Pero, además de la agilidad, las Escrituras nos hablan también de la resistencia y fortaleza. Así lo dice bien claramente Isaías: «Los que esperan en el Señor mudarán (adquirirán mayor) fortaleza, tomarán alas como de águila, correrán sin que les cueste trabajo y andarán sin experimentar cansancio» (5). Esto mismo es clara y sólidamente confirmado por las ya referidas palabras del Apóstol: «El cuerpo que se siembra en enfermedad, resucitará con virtud» (6); esto es, con poder y robustez

(1) Psalm. 17, 11.

(2) Psalm. 54, 7.

(3) Sapt., 3, 7.

(4) Isai., 60, 8.

(5) Isai., 40, 35.

(6) 1.^a Cort., 15, 43.

para moverse á sí mismo y mover á la vez otros diferentes cuerpos. Porque, si acá abajo podían los fieles trasladar con la fe montes de un lugar á otro y arrojarlos en medio del mar, ¿cuánto más podrán los justos en el Cielo, con el poder que Dios les otorga para su eterna felicidad?

Los justos, además, en el Cielo, serán semejantes á Jesucristo, cuya gloria y gloriosas dotes son modelo de las nuestras; porque allá seremos parecidos á nuestra cabeza, como miembros de un mismo cuerpo; y Jesucristo bien claramente manifestó tener la dote de la agilidad: él anduvo sin hundirse sobre las aguas; él se elevó y sostuvo sobre los aires sobre la montaña del Tabor; y él subió sobre las nubes y sobre todos los cielos en el glorioso día de su admirable ascensión. Eso harán, y mucho más, los justos de la gloria; porque promesa hay del Redentor de que todo aquel que crea en él y le siga, como le han seguido de hecho los bienaventurados, hará las obras que él hizo y las hará aún mayores (1).

60. Pues los Santos Padres y Teólogos católicos con bien de claridad y firmeza nos enseñan que los cuerpos gloriosos tendrán grande agilidad y poderío. Así lo dice San Agustín en varios lugares: «Los espíritus, escribe, perfectos y bienaventurados de los Santos, pueden, por don divino, trasladarse sin dificultad á donde quisieren, y detenerse en donde les plazca» (2). Por lo cual, cuando estén unidos á sus cuerpos, no serán impedidos por éstos de ha-

(1) Joan., 14, 12.

(2) Lib., 13, de Civit. Dei. cap. 18.

cer lo que antes hacían; pues el cuerpo, en la gloria, no servirá de obstáculo al alma para sus movimientos. Lo cual parece que San Agustín quiere explicar, porque en la gloria desaparecerá de los cuerpos la pesantez. «Dios puede, dice el Santo, conceder á las moles terrenas que no sean atraídas hacia abajo por peso alguno». Y un poco después añade: «Hay que conceder á Dios que puede retener (en los cuerpos gloriosos) la proporción de la figura y de los miembros, y quitar el entorpecimiento del peso» (1). Y, por último, arguyendo contra los platónicos, que decían que el cuerpo terreno no podía estar en el Cielo por razón de su peso, dice: «¿Por ventura Dios omnipotente, que creó todos los elementos, no podrá quitar del cuerpo terreno el peso de la gravedad, para que pueda habitar el cuerpo vivificado en el mismo elemento en el que quiere (*llevarlo*) el espíritu que lo vivifica? (2).

61. Pues el Doctor meliflúo, San Bernardo, no puede estar más explícito sobre la dote de la agilidad de los cuerpos gloriosos, que lo estuvo en un sermón que predicó sobre la fiesta de todos los Santos. «Habrà de ser tan grande, dice, la agilidad de los cuerpos bienaventurados, que podrán, si quisieren, seguir á todas partes sin la menor tardanza y dificultad hasta la misma velocidad de nuestros pensamientos» (3).

62. Mas vengamos ya á lo que dice el Doctor Angélico, que es nuestro principal maestro, el cual,

(1) Lib. 13 de Civit. Dei, capt. 18.

(2) Lib. 22, de Civit. Dei, capt. 22.

(3) Serm. 4.º, in fest. omn. Sanct.

á la vez que da por cosa conocida la agilidad de los cuerpos gloriosos, porque así lo enseña la Sagrada Escritura, da la razón formal é inmediata de la existencia de esa dote, diciendo: «El cuerpo glorioso estará del todo sujeto al alma bienaventurada; y esto no sólo de tal manera que no haya en él nada que resista á la voluntad del espíritu (pues esto también lo tenía el cuerpo de Adán, inocente), sinó también de tal manera, que exista en él alguna perfección que fluya del alma glorificada sobre el cuerpo; por cuya perfección se vuelva el cuerpo hábil para prestar al alma la referida obediencia; cuya perfección es lo que llamamos *dote* del cuerpo glorioso. Ahora bien: el alma se une (sustancialmente) al cuerpo, no sólo como forma, sinó también como motor; y bajo los dos conceptos es necesario que esté el cuerpo glorioso sumamente sujeto al alma glorificada. Por lo tanto, así como por la dote de la sutileza se sujeta el cuerpo totalmente al alma en cuanto (ésta) es forma (de aquél) que le da el ser específico (humano), así por la dote de la agilidad se le sujeta (el cuerpo al alma) en cuanto (ésta) es motor; con el fin de que esté (el cuerpo) expedito y hábil para obedecer al espíritu en todos los movimientos y acciones del alma»: que así se llama el espíritu en cuanto anima á su propio cuerpo.

«Cuanto más domina sobre el cuerpo, continúa el Santo, la virtud del alma que lo mueve, tanto es menor el trabajo en el movimiento, aun en aquel que se hace contra la naturaleza del cuerpo. Así se observa en aquellos (seres) en los cuales es más

fuerte la virtud de mover y en aquellos que por el ejercicio tienen el cuerpo más hábil para obedecer al espíritu que los mueve, pues (todos estos) trabajan menos en sus movimientos. Y, puesto que después de la resurrección el alma dominará perfectamente al cuerpo, ya por la perfección de la virtud de la misma alma, ya por la habilidad que el cuerpo glorioso recibirá por la redundancia de la gloria que sobre él derramará el alma, no habrá (para ellos) ningún trabajo en el movimiento (de los cuerpos) de los Santos; y así puede decirse que los cuerpos de los Santos son ágiles». Lo cual explica el Santo de este modo admirable. «Así como la naturaleza da á los animales más veloces instrumentos de diversa disposición en la figura y en la cantidad (que los de aquellos que son más torpes ó pesados), así dará también Dios á los cuerpos de los Santos diferente disposición de la que ahora tienen, pero no (serán diferentes) en la figura y cantidad, sino en la propiedad de la gloria, que se llama agilidad» (1).

63. Pasa después el Angélico á examinar si de hecho los Santos del Cielo habrán de hacer ó no uso alguna vez de esa dote de la agilidad; es decir, si se habrán ó no de mover en momentos dados de un punto á otro del espacio, y dice así: «Es necesario admitir que los cuerpos gloriosos se han de mover alguna vez; porque también el cuerpo de Jesucristo se movió en su ascensión; é igualmente los cuerpos de los Santos que resucitarán (gloriosos) de la tierra, subirán al Cielo empíreo; pero también

(1) Suppl., q. 84, 1. c., 2.^m et 4.^m

después que hayan subido al Cielo es probable que alguna vez se habrán de mover por gusto de su propia voluntad, para que, ejerciendo de hecho el don que tienen en virtud (en el orden exterior), hagan digna de encomio la divina sabiduría; y también para que su vista se recree con la hermosura de las diversas criaturas, en las cuales resplandecerá de manera eminente la sabiduría de Dios; pues el sentido no puede sentir más que las cosas presentes, aunque será verdad que los cuerpos gloriosos sentirán á mayor distancia que los no gloriosos. Sin embargo, por causa del movimiento, no perderán (los cuerpos gloriosos) nada de su bienaventuranza, la cual consiste en la visión de Dios á quien en todas partes tienen presente». Tampoco pierden nada los cuerpos glorificados de su verdadera perfección, aunque ejecuten movimientos. «Porque el movimiento local no varía cosa alguna de aquellas que son internas al ser, sinó sólo lo que está fuera, esto es, el lugar. Por lo cual, lo que se mueve con movimiento local es perfecto en cuanto á las cosas que están dentro de él, aunque tenga alguna imperfección respecto del lugar; pues mientras está en un lugar está en potencia respecto de otro lugar, porque no puede estar en muchos lugares á la vez, que esto es propio de solo Dios. Mas este defecto no repugna á la perfección de la gloria, como tampoco repugna el defecto de que la criatura sea hecha de la nada. Y, por tanto, estos defectos permanecerán en los cuerpos gloriosos» (1).

64. El ínclito Suárez, después de probar la exis-

(1) Suppl., q. 84, 2. c. 1.^m

tencia de la agilidad en el cuerpo glorioso de Jesucristo y en los demás cuerpos de los bienaventurados, pasa á examinar cuáles sean las causas del movimiento en dichos cuerpos, y se expresa así: «Debe decirse que para la agilidad en este movimiento (progresivo) se requiere, en primer lugar, que se aumente la misma virtud activa (natural) del movimiento; ya se haga esto por la adición de alguna cualidad, ya por sólo el mayor concurso de Dios, que usa del alma ó del cuerpo del beato como de un instrumento para conseguir este efecto que supera las fuerzas naturales. Puede además añadirse que concurre también á esta velocidad la óptima disposición del cuerpo y de sus órganos. Pues de ésta depende en gran manera la facilidad del movimiento. Y esta disposición (óptima) existirá en los cuerpos de los bienaventurados, porque tendrán todos los miembros y todas las cualidades (buenas) y la cuantidad y la figura acomodadas en supremo grado á su naturaleza; tendrán también los espíritus vitales (los humores) perfectísimos y purísimos, y no habrá en ellos impedimento alguno extrínseco, como ahora suele haber, á veces, en nosotros por el exceso de humores ó de exhalaciones ó vapores que á veces impiden mucho la agilidad del cuerpo».

«En segundo lugar debemos de hablar de otro género de movimientos (no de pasos), por el cual, como en un solo ímpetu, se mueve desde el principio todo el cuerpo... De dos modos puede entenderse que se da al bienaventurado toda esta virtud para mover su cuerpo con esta clase de movimiento (*como el de una bala ó de un rayo*); y por los mismos

(modos) se ha de juzgar que se puede aumentar la virtud (dicha) para correr con más velocidad. El primer modo consiste en que el alma del bienaventurado tenga una fuerza sobrenatural para mover con su voluntad y eficacia su cuerpo con esta clase de movimiento y con suma velocidad... cuya fuerza puede entenderse que se comunica (por Dios) al alma, del mismo modo que entendemos se comunica la virtud de hacer milagros; es, á saber: que haya resuelto Dios hacer uso de esta voluntad como de un instrumento para realizar este efecto (el movimiento), dándole el concurso acomodado á este modo de obrar, cuantas veces ella (la voluntad) quisiese. El segundo modo de explicar este movimiento (de un solo impulso) consiste en que la virtud activa del movimiento sea alguna cualidad infundida en el cuerpo del bienaventurado; la cual tenga por su naturaleza fuerza para realizar esta clase de movimientos hacia cualquier posición (ó punto) del lugar, aunque esta eficacia dependa (en su ejercicio) de la voluntad del justo. Y esta sentencia parece que sigue Santo Tomás cuando dice que esta agilidad es cierta perfección que fluye del alma glorificada sobre el cuerpo, y hace á éste hábil para obedecer al alma en cuanto es motora» (1).

65. No es menos estimable lo que sobre esta materia nos dice el ilustre Lesio.

Después de rechazar algunas opiniones sobre la naturaleza y causas de la agilidad de los cuerpos gloriosos, nos presenta la tercera opinión, que es la

(1) Coment. in 3.^m Part., Div. Thom., 9, 54, Disput. 48, art. 4.

que él abraza, y en cuya explicación sigue en su mayor parte la doctrina del Angélico, y discuerda de la del Doctor Eximio. «Digo, primero, que esta agilidad es cierta fuerza sobrenatural, dada á los bienaventurados, por la cual pueden, de repente, mover sus cuerpos en un simple ímpetu hacia cualquiera parte del mundo con celeridad incomprensible. Pues, como dice San Anselmo (lib. de Similitud., cap. 51): «La velocidad, que es tan amada como la hermosura, nos acompañará (en el Cielo) en tanto grado que seremos tan ágiles como los Angeles de Dios, que se deslizan del Cielo á la tierra y de la tierra al Cielo en menos tiempo que se emplea en decirlo». Y Guillermo Altisiodorense (1), en su Suma (part. 4.ª, tr. ct. 12, de las dotes de los resucitados), dice que ellos pueden moverse en un momento del Oriente al Occidente y del Norte al Mediodía. No bastando, pues, las fuerzas naturales del alma para tal movimiento, es necesario que tenga otra fuerza que esté (ó sea) sobre la naturaleza. Quieren algunos que esta fuerza no sea intrínseca, sinó sólo la asistencia extrínseca de Dios, el cual, cuando quiere el alma, traslada al cuerpo con suma celeridad... Pero pudiendo darse una fuerza intrínseca, no hemos de recurrir á otro auxilio extrínseco. Porque es altamente más perfecto y más acomodado á la naturaleza de las cosas que el movimiento se efectúe por una fuerza intrínseca.

«Digo, en segundo lugar, que esta fuerza no estará en el cuerpo, sinó en el alma, á la cual corresponde mover el cuerpo, porque la cualidad

(1) De Auxerre, en Francia.

(ó fuerza) corporal, mueve sólo hacia una parte, como hacia arriba ó hacia abajo... pues los bienaventurados se podrán mover hacia todas partes sin repugnancia alguna»... Y esta es la sentencia de San Agustín, en el libro 13.^o de la *Ciudad de Dios* (capt. 18), donde dice: «Dios puede otorgar á las almas, perfectamente bienaventuradas, el poder poner sus cuerpos donde ellas quieran, y que obren (los cuerpos) donde (ellas) deseen, y esto con una posición y movimiento facilísimos». Y después añade (San Agustín): «Si los Angeles hacen esto, que arrebatan cualquiera de los animales terrestres á donde les plazca (á los Angeles), ¿por qué no hemos de creer que los espíritus perfectos y bienaventurados de los Santos pueden, por un don de Dios, llevar á sus propios cuerpos sin dificultad alguna á donde quisieren, y detenerse donde les plazca?» En cuyos lugares se ve manifestamente que San Agustín coloca esta fuerza, no en el cuerpo, sinó en el alma, á la cual se le concede por un don de Dios.

Pero, aunque esta virtud de la agilidad está principalmente en el alma, no es obstáculo para que se llame y sea dote del cuerpo glorioso. «Porque ese efecto, esto es, el movimiento, al cuerpo pertenece, y en el cuerpo se perfecciona y se hace visible».

«Digo, en tercer lugar, que los bienaventurados no sólo serán ágiles, sinó también fuertes y robustos para mover de su lugar inmensas moles». Lo cual aparece claro por los testimonios aducidos arriba de la Sagrada Escritura, y también «porque los Santos en el Cielo serán iguales á los Angeles en todas aquellas cosas que pertenecen á aquel es-

tado felicísimo». Mas los Angeles pueden mover moles inmensas de su lugar (á otro). Además, también los demonios son naturalmente robustos; pues, como dice Job (41): «No hay potestad sobre la tierra que se les pueda comparar; y pueden trasladar grandes pesos y destruir torres. Y ¿quién podrá creer que los bienaventurados hayan de ser más impotentes que los demonios?....»

Esto lo manifiesta expresamente San Anselmo, cuando dice: Serán aventajados en fuerza todos los que hayan merecido ser asociados á los ciudadanos de allá arriba; de manera que nadie será capaz de hacerles resistencia; ó si, moviendo y destruyendo algo, ellos lo quisieren, no deje de ceder de su estado anterior. Y en hacer esto que decimos no trabajan más que nosotros en mover los ojos. No se aparte, pues, de nuestro ánimo aquella semejanza de los Angeles que hemos de obtener en lo futuro (de la gloria). Así, pues, cuando seamos semejantes á ellos, en nada seremos menos poderosos que ellos son.

«Se preguntará: ¿Para qué servirá tal fortaleza cuando no habrá nada que destruir, nada que mudar, puesto que allí están todas las cosas dispuestas con muchísima conveniencia? A esto responde San Anselmo, que nosotros gozamos de la posesión de muchas cosas de las cuales no hacemos uso en el acto (ó en un momento dado)... Y así, aunque no sea necesario el ejercicio de aquella fortaleza, sin embargo, la sola posesión de ella nos será muy grata y de grande alegría». A esto hay que añadir que la fortaleza se ejercitará después de la resurrección

universal en el movimiento del propio cuerpo y en dominar á los demonios y á todas las cosas inferiores» (1).

Todo esto es del ilustre Lesio; y como lo dicho es tan hermoso, creímos oportuno el traerlo aquí todo, á pesar de ser bastante extenso.

66. Váyase ello por lo poco que á este fin trae nuestro dulcísimo escritor, el V. Luís de la Puente, que, si es poco, es digno de escribirse con letras de oro: «La tercera dote, dice, es la agilidad ó ligereza, por la cual tendrá el ánima tanto dominio de su cuerpo, que le podrá mover de una parte á otra sin cansancio, sin fatiga ó tardanza penosa, sinó con suma presteza y velocidad, como centella ó rayo, discurriendo por el Cielo empíreo á su gusto, ya al trono de Jesucristo Nuestro Señor, ya al de su madre ó de otros Santos» (2).

67. Vengamos á lo que nos dice el sabio y laborioso Nieremberg, el cual nos ofrece cosas dignas de ser leídas y meditadas.

«La prerrogativa también del don de la agilidad es, dice, grandísima; y se puede echar de ver por lo que ha menester uno para una jornada larga, por más acomodado que la haga, cuán cansado llega y cuán peligroso es; pues, aun cuando se llega con salud, ha menester curarse y prevenirse con tiempo para no enfermar gravemente. Por más regaladamente que camine un rey (ha de ser en coche ó en litera), mas no puede dejar de pasar cuestras, montes y peligros, y gastar largo tiempo; pero con el don de

(1) Les., de Summ. bon., lib. 3.º, capt. 6.º, núms. 72-79

(2) Part. 6.ª, Medit. 52.

la agilidad, en un abrir y cerrar de ojos, se pondrá un Santo donde quiere, y millones de leguas no serán más dificultosas que dar un paso. Maravillosos grandemente lo que se dice de San Antonio de Padua, que, sin hacer noche, se pasó desde Italia á Portugal para librar á su padre condenado á muerte; lo que hizo nuestro patriarca San Ignacio, que se pasó desde Roma, donde estaba, sin ser echado menos, en Colonia de Alemania y tornó otra vez á Roma en menos espacio de dos horas. Pues, si á los cuerpos mortales de sus siervos ha comunicado Nuestro Señor tal don, ¿cuál será el que comunicará en el Cielo á sus Santos? ¿Qué gracia tan particular fuera la de uno que pudiera correr en un día todos los reinos del mundo y ver en ellos lo que pasa? Si en menos que una hora se pudiera poner en Roma, deteniéndose en ver aquella ciudad, cabeza del mundo; luego en otra hora pudiera pasar muy despacio á Constantinopla, y reconocer aquella corte del imperio oriental; en otra hora llegar al Cairo (en Egipto) y ver de propósito aquella multitud de pueblos; en otra en Goa, corte de la India (1), y considerar sus riquezas; en otra en Pekín, asiento de los reyes de la China, y admirar la multitud de sus términos; en otra hora en Meaco, corte del Japón (2); en otra en Manila, en las islas Filipinas; en otra en Lisboa, en Portugal; en otra en Madrid, considerando despacio lo que había en estas villas y cortes de reinos: si esto fuera un admirable privilegio,

(1) Hoy posesión de los Portugueses, en el Indostán.

(2) Meaco ó Kioto era la antigua capital, hacia el Oeste del Japón, hoy lo es Tokio ó Yedo, en el Este.

¿cuál será el de los cuerpos gloriosos que en brevísimo tiempo podrán atravesar los cielos, dar vuelta á la tierra, al sol, al firmamento, y considerar cuanto hay sobre las estrellas y en el Cielo empíreo? No han de tener menos velocidad los cuerpos gloriosos que ahora tienen los espíritus. La gravedad del cuerpo no les ha de causar ningún peso; así de la misma manera andarán y pararán en el aire que en el agua, y por la tierra como sobre los cielos. Maravilla fué en San Quirino mártir, San Mauro y San Francisco de Paula (y en otros muchos, como San Raimundo de Peñafort), que anduvieron sobre las aguas, y fué gran privilegio atravesar ríos caudalosos, y el mar, sin barco ni navío; pero los cuerpos gloriosos al Océano atravesarán, por el aire subirán, por incendios entrarán seguros y sin pena (esto más bien es de la impassibilidad). De San Francisco de Asís se dice que en la fuerza de su contemplación fué visto levantado en el aire; y el gran siervo de Dios, el P. Diego Martínez, varón santo y apostólico de nuestra compañía (de Jesús, de la cual era Nieremberg), se levantaba en la oración sobre los más altos árboles y torres y, suspenso en el aire, proseguía orando. Si tan grande favor ha hecho Dios á sus siervos en este valle de lágrimas, á los ciudadanos del Cielo, ¿qué privilegio no dará?» (1).

68. En verdad que es cosa que espanta el considerar la grande agilidad y fortaleza que tendrán en el Cielo los cuerpos gloriosos. Tal vez, como

(1) Nieremb., Difer. entre lo temp. y lo etern., capt. 6.^o del lib. 4.^o

indica el profundo Lesio, no harán con mucha frecuencia uso de esa sorprendente virtud, porque, siendo completamente felices en el Cielo con la clara visión de Dios, ¿á qué fin podrán tener deseos de hacer viajes ni de ver cosas sensibles? Sin embargo, el poder lo tendrán y de él harán uso cuando plazca á la soberana voluntad de Dios. Y que ese poder es de una sorprendente grandeza, como lo revela la Sagrada Escritura y los grandes escritores lo interpretan, cosa es que no cabe dudarla. No hay velocidad del más rápido de los trenes, ni de los más perfectos automóviles, ni del telégrafo mejor construído, ni del más ágil de los globos, ni de la más poderosa de las luces, que no sean torpeza y pesadez en comparación de la agilidad de los cuerpos gloriosos. Pues su fortaleza no es menos de admirar; ellos podrán mover las montañas, trasladarlas á inmensas distancias y reducirlas á menudo polvo, si ello hubiese de concurrir á la gloria de su Criador; podrían más aún: podrían detener la tierra y todos los orbes estelares en su gigantesca carrera; llevarlos á la parte del insondable espacio donde más les pluguiere, y hacer, por fin, chocar unos mundos con otros mundos, si ello cupiera dentro de las miras de su Dios y Señor. Y, aunque esto parezca altamente extraño, no lo es, después de los textos aducidos de los Santos Padres; pues eso lo pueden los Angeles; y lo que hoy pueden los Angeles lo podrán los hombres gloriosos cuando sean ciudadanos de aquella eterna patria, donde todo es grande, inmenso, infinito en su género.

Nosotros, alma mía, adoremos el poder soberano

de Dios, que tantas cosas, y todas tan sublimes, tiene aparejadas, para que los que le amen acá en la tierra sean felicísimos allá en el Cielo.

*
**

69. **LA ESPERANZA**

- ¿Qué traes? —Mucha riqueza.
 —¿En tesoros? —Inmortales.
 —¿Pues qué padezco? —Tristeza.
 —¿Qué me infundes? —Fortaleza.
 —¿Buscas? —El mal que te alcanza.
 —¿Qué prometes? —Bienandanza.
 —¿De qué sirves? —De consuelo.
 —¿De dónde vienes? —Del Cielo.
 —Dime tu nombre. —Esperanza.

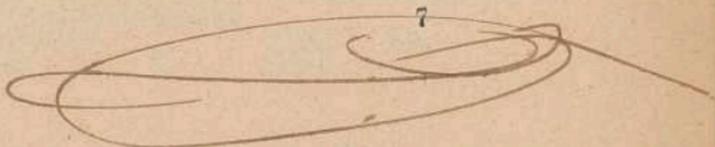
J. SELGAS.

*
**

A la Ascensión del Señor.

Desprécieme el amigo,
 y escarnézcame al verme entre mil penas
 miserable mendigo;
 y pobre y solo, apenas
 mi vida arrastra míseras cadenas.

En tu costado abierto
 refrescaré los labios anhelantes;



y en tu divino huerto
mis espinas punzantes
trocaránse en espléndidos diamantes.

¡Que eres grande, Rey mío,
imán de los humanos corazones!
¡Qué potente! ¡Cuán pío!
¡Qué largueza en tus dones,
Monarca universal de las naciones.

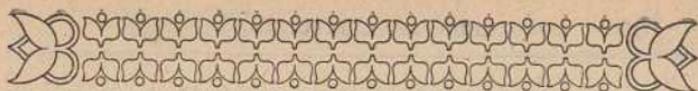
Al soplo de tu boca
el rayo de la nube se desata,
vuela pesada roca,
inmensa catarata
hasta lejanos montes se dilata.

Tú das al sol naciente
las hebras de su luz, al campo flores,
peces al mar rugiente,
á la noche fulgores,
y alto Serafín dulces amores.

¡Oh!, busque el mundo insano
la dicha en el placer y honra inconstante;
yo, mi Bien soberano,
nauta en el mar errante,
con tu divino amor tengo bastante.

J. MARÍA SCLÁ, S. J.





Capítulo VI.

De la sutileza de los cuerpos gloriosos.

Lo que es *sutileza*, 70.—De ella habla San Pablo, 71.—Y nos da modelo Jesucristo, 72.—De ella hablan varios Santos Padres, 73.—Santo Tomás, 74.—El cual da explicación del modo, 75.—Y éste milagroso, 76.—La sutileza no excluye la natural extensión, 77.—Opinión de Suárez, 78.—Idem de Lesio, 79.—Idem de Luis de la Puente, 80.—Idem de Nieremberg, 81.—Efectos de la sutileza, 82.—Digna de aprecio, 83.—Poesía, 84.

70. La *sutileza* es la cuarta y última de las dotes del cuerpo glorioso. Viene el nombre de sutileza de la virtud de penetrar por medio de otros cuerpos, y ocupar el mismo espacio que éstos ocupan, y también de la facultad de pasar de una á otra parte de los cuerpos por dentro de ellos y sin modificar, ni menos destruir, las partes y elementos de que se componen, tanto el cuerpo que penetra, como el que es penetrado. Así llamamos sutiles al agua que se filtra por entre los cuerpos porosos; al aire, que entra por los diminutos resquicios y llena todos los senos vacíos; al sonido, que atraviesa los obstáculos que halla en su marcha; á la luz, que traspasa los cuerpos diáfanos, como el cristal, sin romperlos ni taladrarlos; y á otras cosas á estas pareci-

das. Por estos ejemplos de penetración que se realizan á nuestra vista todos los días, formamos una idea, aunque imperfecta, de lo que debe ser la sutileza de los cuerpos gloriosos. Mas no es tan fácil comprender lo que esta sutileza sea considerada en sí misma; pues nos parece imposible que el cuerpo humano, conservando su verdadera forma y su materia, pueda penetrar por dentro de otro cuerpo, y no acertamos á descubrir la causa de tales misterios.

71. Pero lo que es imposible al hombre es muy factible para Dios; y á lo que no alcanzan las fuerzas de la naturaleza, llegan, sin el menor trabajo, las de la gracia, y, aun más, las de la gloria. Y, aunque á primera vista lo parezca, no es en realidad imposible que los cuerpos gloriosos estén adornados de la admirable dote de la sutileza. Vese esta propiedad incluída, según el parecer de los Santos Doctores de la Iglesia, en aquellas ya referidas palabras de San Pablo: Siémbrese (*en la muerte*) cuerpo animal y resucitará cuerpo espiritual (1).

Pues, así como los espíritus son seres sutilísimos, porque carecen del cuerpo, y, como no ocupan lugar, pueden penetrar los cuerpos y estar á la par con ellos en un mismo espacio, cual está el alma en el cuerpo; y lo mismo se mueven por dentro de la masa de los cuerpos sólidos que de los líquidos y aeriformes ó gaseosos, también podrán hacerlo los cuerpos glorificados. Aunque no hay respecto de esta dote testimonios en la Escritura que clara y expresamente lo declaren, tenemos, en cambio, hechos

(1) 1.ª Cort., 15, 44.

hermosos y brillantes que no dejan lugar á duda respecto de esta dote en el cuerpo de nuestro Redentor.

72. En el momento de salir del vientre de su divina Madre hizo uso de esta milagrosa dote de la sutileza y se presentó á la luz del mundo sin quebrantar los sellos del pudor, á la manera que el rayo del sol sale por un cristal sin romperle ni mancharle, como dice el P. Astete.

Después de su gloriosa resurrección se presentó ante los Apóstoles en el Cenáculo con las puertas cerradas, como dice el Santo Evangelio, y esto lo hizo por dos veces (1). Cómo Jesucristo pudiera penetrar en el lugar donde estaban los apóstoles sin abrir las puertas, cosa es que no se explica sinó por la dote admirable de la sutileza (2). Mas las dotes que posee el cuerpo de Jesucristo las poseerán, si bien con menos perfección, los cuerpos de los bienaventurados; pues son miembros de un mismo cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, y los miembros han de tener idénticas cualidades que las que tiene su cabeza.

73. Pero lo que las Sagradas Escrituras nos insinúan por medio de ejemplos, los escritores eclesiásticos nos lo afirman claramente con innumerables testimonios. Esto nos enseña San Ambrosio, cuando dice al hablar del cuerpo de Jesucristo: «No penetró lo que estaba cerrado por medio de una

(1) Ioan., 20, 19 y 26.

(2) También hizo uso de esta dote en el día de la resurrección, al salir del sepulcro sin quitar la losa, como dicen varios Santos Padres. Así San Justino, San Jerónimo y San Agustín.

naturaleza incorpórea, sinó por la cualidad de la resurrección corpórea. Porque lo que se toca, cuerpo es; lo que se palpa, cuerpo es; luego resucitaremos en cuerpo. Pero se siembra cuerpo animal, y resucitará cuerpo espiritual» (1). Esto es, cuerpo sutil, como lo fué el de Jesucristo, que penetró por las puertas cerradas, y que fué el modelo según el cual resucitarán los cuerpos de todos los bienaventurados.

Esto nos dice también San Cirilo de Jerusalén, con estas sentencias consoladoras: «Resucitará este cuerpo, mas no permanecerá tal como ahora es; antes bien, será eterno; y no tendrá jamás necesidad de alimento, ni de escaleras para subir. Será también espiritual (esto es, sutil) y resplandeciente como el sol» (2).

Esto nos dice el teólogo por antonomasia, San Juan Damasceno; de esta bien clara manera: «Siémbrese cuerpo animal, esto es, mortal y grueso; resucita cuerpo espiritual inmutable, impassible, sutil, pues esto significa espiritual, como lo fué el cuerpo del Señor al entrar después de la resurrección con las puertas cerradas; infatigable, y que no necesita de alimento, ni de bebida ni de sueño» (3).

Esto dice San Epifanio al afirmar que la sutileza del cuerpo de Jesucristo era fe y esperanza de la sutileza de los cuerpos gloriosos. «Resucitó, dice (Jesucristo), y entró con las puertas cerradas para probar que el cuerpo (que antes era) de partes grue-

(1) Ambro., lib. 10.º, in Luc., capt. últ.

(2) Cirill. Hiero., catech. 18.

(3) Damasc., lib. 4.º, De Fide, capt. último.

sas, era el mismo que ahora tiene partes sutiles, que se componía de carne y huesos, y con ello fundaba en sí mismo la promesa de nuestra fe y nuestra esperanza (1).

Lo mismo dice este Santo un poco más adelante: «Nuestro Señor Jesucristo, dice, resucitó de entre los muertos, no tomando otro cuerpo, sino trasmutando el mismo que antes tuvo en sutileza espiritual... entrando por las puertas cerradas; lo cual no puede hacerse en estos nuestros cuerpos por razón de su grosor, y porque aun no están trasmutados en la sutileza espiritual» (2). Como lo estarán después de la resurrección para la gloria del Cielo.

Por último, el gran doctor de la Iglesia, San Agustín, dedica todo el capítulo vigésimo tercero del libro décimo de su Ciudad de Dios, á examinar las cualidades del hombre terreno, en contraposición con las del hombre celestial; y las del cuerpo animal, que tenemos en esta mortal vida, por oposición á las del cuerpo espiritual, que tendrán los justos después de la resurrección final. Y dice que las propiedades del hombre celeste y del cuerpo espiritual serán modeladas á la imagen de las de Jesucristo resucitado. Por eso, según el doctor de la gracia, tendremos verdadero cuerpo humano después de la resurrección, pero será de diferentes cualidades; y, al modo que fué sutil el de Jesucristo, también lo será el de los bienaventurados en el Cielo.

74. Hay, además, otros profundos escritores

(1) Epiph. haer. 20.

(2) id. haer. 64.

católicos, que, dada por supuesta la existencia de la sutileza en los cuerpos glorificados, se esfuerzan en dar explicación é indagar las causas y naturaleza de dicha admirable dote. Entre estos tales ocupa el primer lugar el Angel de las Escuelas, el cual dice á este propósito: «El complemento por el cual se llaman sutiles los cuerpos humanos, proviene del dominio del alma sobre el cuerpo, del cual es forma, por razón de cuyo dominio se llama el cuerpo glorioso cuerpo espiritual, con lo cual se da á entender que está del todo sujeto al espíritu. Así, pues, la primera sujeción, por la cual se sujeta el cuerpo al alma, es aquella por la cual le participa (*el alma al cuerpo*) el ser específico (*el ser cuerpo humano*), bajo cuyo aspecto se sujeta á ella (*el cuerpo al alma*), como la materia se sujeta á la forma (*recibiendo de ésta su ser determinado*), y por la segunda sujeción se sujeta (*el cuerpo*) al alma para ayudarla á realizar las otras obras de ella, en cuanto el alma es el motor (principal). Y de aquí nace que la primera razón de la espiritualidad en el cuerpo nace de la sutileza, y después de la agilidad y de las otras propiedades del cuerpo glorioso. Y por esto es que el Apóstol, al tratar de la espiritualidad, toca (ó quiere expresar) la dote de la sutileza, como exponen los Maestros (de la Doctrina católica). Por lo cual San Gregorio dice (14.º Moral, capt. 29): «Que el cuerpo glorioso se llama sutil por efecto de la potencia espiritual» (1). Mas, porque cuando se habla de la sutileza de los cuerpos gloriosos, entendemos comunmente que por ella pueden los cuerpos compenetrarse y ocu-

(1) Suppl., q. 83, l. c.

par dos ó más, un mismo lugar á un mismo tiempo, que es lo que hizo Jesucristo al penetrar en el cenáculo con las puertas cerradas, Santo Tomás se adelanta á explicar cómo eso pueda ser, y no lo atribuye á la sutileza, en cuanto tal, sinó á un milagro de la divina omnipotencia.

75. La razón fundamental en que el Angélico apoya su sentencia, es esta: que la imposibilidad de estar á la vez dos cuerpos en un mismo lugar nace de la extensión ó dimensiones del cuerpo, y la dote de la sutileza no priva á los cuerpos gloriosos de sus dimensiones y extensión propias; por lo tanto, por razón de la sola dote de la sutileza no le corresponde al cuerpo glorioso estar en un mismo lugar que otro cuerpo cualquiera, sea ó no sea glorioso este último: hay, pues, que recurrir á la acción especial de Dios.

«La sutileza, dice, no quita la dimensión del cuerpo glorioso; por lo tanto, de ninguna manera le quita la necesidad de que el sitio que él ocupa se distinga del de otro cuerpo (cualquiera). Y, por lo mismo, el cuerpo glorioso no tiene, por razón de su sutileza, la posibilidad de estar con otro cuerpo en un mismo lugar; pero podrá estar en un mismo lugar con otro cuerpo por obra de la divina virtud; así como el cuerpo de San Pedro no tuvo, por alguna propiedad unida á él, el que con su sombra se curaran los enfermos, sinó que esto se hacía por virtud divina, para la edificación de la fe. Y así se hará por virtud divina que un cuerpo glorioso pueda estar á la vez con otro cuerpo en un mismo lugar, para perfección de la gloria».

«De modo, que ni el mismo cuerpo de Jesucristo tuvo por razón de la sutileza el poder estar con otro cuerpo y á la vez en un mismo lugar, sinó que esto fué hecho por virtud de la Divinidad después de la resurrección, como se había hecho antes en la Natividad» (1).

76. Mas, si lo que antecede no puede ser efecto de la dote de la sutileza, puede evidentemente serlo por un milagro de la omnipotencia de Dios, como lo explica el Angélico en esta forma: «La razón por la cual es necesario que dos cuerpos ocupen dos distintos lugares, es porque la diversidad de materia (de que ellos se componen) exige la distinción del sitio (que cada uno ocupa). Y por eso vemos que, cuando dos cuerpos convienen en (ó se reducen á) uno, se destruye el ser distinto de ambos, y reciben los dos un ser indistinto, como sucede en las mezclas (y combinaciones). Luego no puede suceder que dos cuerpos permanezcan (siendo) dos, y que sin embargo estén á la vez (en un mismo lugar), á no ser que cada uno conserve el ser distinto (del otro) que antes tenía, según cuyo ser cada uno de los dos era un ser indiviso (no dividido) en sí y dividido (ó separado) de los otros (*seres ó cuerpos*). Pero este ser distinto (de cada individuo) depende de los principios (*ó constitutivos*) esenciales de la cosa (ó del individuo), como de sus causas próximas, mas depende de Dios como de la causa primera (de todo lo criado). Y, puesto que la causa primera puede conservar la cosa en su ser, aunque desaparezcan las causas segundas (como son los

(1) Suppl., q. 83, 2. c, 1.^m

constitutivos inmediatos de un ser), por lo tanto, por virtud divina, y por ella sola, puede verificarse que los accidentes permanezcan sin (el propio) sujeto (que los sustente); como sucede en el Sacramento del Altar; y de igual manera, por virtud divina, y sólo por virtud divina, puede realizarse que un cuerpo tenga ser distinto del de otro cuerpo, aunque la materia suya (del primero) no sea distinta en lugar de la materia del otro cuerpo; y así puede por milagro hacerse que dos cuerpos estén á la vez en un mismo lugar» (1).

77. De esta doctrina se sigue que, por razón de la dote de la sutileza, no pierde el cuerpo glorioso su natural extensión ó dimensiones, y, por lo tanto, conservará la propiedad de ocupar lugar, y por eso en la gloria habrá un lugar para cada cuerpo glorioso.

Tampoco por la dote de la sutileza se hacen los cuerpos gloriosos invisibles ni intangibles al tacto. Que sean visibles se comprende porque conservan la materia y extensión propias; y por eso dice Santo Tomás «que los cuerpos celestes son sensibles á la vista». Y, por lo que se refiere á la otra propiedad, dice así: «El cuerpo glorioso tiene por su naturaleza las cualidades que son aptas para inmutar el tacto; mas, porque el cuerpo glorioso está del todo sujeto al espíritu, está en la potestad de éste que, según aquellas cualidades, inmute (impresione) ó no inmute el tacto. Igualmente por su naturaleza le corresponde también el hacer resistencia á cualquier otro cuerpo que pase (por donde él está), de modo

(1) Suppl., q. 83, 3. c.

que no puede estar á la vez con él (otro) en un mismo lugar; pero esto puede milagrosamente hacerse por virtud divina, al gusto de él (del individuo), el que esté su cuerpo con otro cuerpo en un mismo lugar, y así no ofrecerá resistencia al cuerpo que pase (por donde está el primero). Por lo tanto, el cuerpo glorioso, según su naturaleza, es palpable, mas por virtud sobrenatural le corresponde el hacerse impalpable, cuando quiera, para otro cuerpo no glorioso. Por eso dice San Gregorio: «El Señor presentó su carne á que fuese palpada (por los Apóstoles), la cual había (antes) introducido con las puertas cerradas, con el intento de manifestar perfectamente que su cuerpo era después de la resurrección de la misma naturaleza (que antes) pero de diferente gloria» (1).

78. Conforme con el Angélico está el profundo Suárez en todos los puntos aquí tocados. Sólo, pues, diremos su opinión en orden á la intrínseca naturaleza de la dote de la sutileza de los cuerpos gloriosos. «La virtud, dice, de penetrar los otros cuerpos, no es solamente virtud extrínseca (á los cuerpos), de modo que sólo consista en cierto pacto por el que Dios determinó mover el cuerpo del bienaventurado, cuando él (el bienaventurado) quisiere, sinó (que consiste) en una virtud intrínseca é instrumental del alma ó del cuerpo del bienaventurado, al cual se le ha dado, por razón de la bienaventuranza el poder moverse de este modo, como instrumento de Dios.

En el presente asunto (de la sutileza) determinó

(1) Suppl., q. 83, 6. c.

Dios, por razón de la bienaventuranza, usar de la voluntad ó facultad motiva del cuerpo del bienaventurado para este efecto (de la sutileza y penetrabilidad) según la voluntad y albedrío del mismo (bienaventurado). Y de esta manera se entiende perfectamente cómo la sutileza sea dote del bienaventurado á modo de virtud activa» (1).

79. Después de la explicación que da el gran filósofo Suárez, traigamos, según costumbre, la del célebre Lesio; y es bueno traerla, ya porque se diferencia de la de Santo Tomás y de la de Suárez, y ya también porque sirve por su fondo piadoso para ilustrar nuestra mente sobre las cosas grandes que en la gloria nos esperan, y crecer en deseos de aspirar á su posesión.

Pues bien: este sabio, después de refutar las opiniones erróneas que colocan la naturaleza de la sutileza de los cuerpos gloriosos, bien en que se conviertan en espíritus, y bien en cuerpos de materia rara é incoherente, como es el aire, pasa á establecer, como verosímiles y aptos para explicar la naturaleza y causas de la sutileza, las dos siguientes sentencias.

«La primera es (la que dice): Que esta dote (de la sutileza) consiste en que se quita de los cuerpos bienaventurados cierta imperfección, quitada la cual, pueden penetrar cualquier otro cuerpo. Para entender esto debe observarse que la repugnancia que hay en dos (ó más) cuerpos para ocupar (á la vez) un mismo espacio, no nace precisamente de la

(1) Coment. in 3.^m Part., Div. Thom., q. 54, dispt. 48, sect. 5.^a, art. 4.

naturaleza de la cantidad ó extensión, sinó de cierto modo de existir que tiene la materia ó la cantidad y la acompaña naturalmente, del cual (modo) procede que la cosa (material) de tal manera llene el espacio, que no admite (á la vez) otra (material) consigo en el mismo espacio. Y, como este modo no sea esencial á la materia, puesto que es posterior (á ella), fácilmente puede quitarse (de tal materia) por la virtud de Dios, y esto ya en el momento (sólo) en que haga falta, ya de una manera estable, y quitado (del cuerpo) ese modo (por el cual ocupa espacio), no se ve ningún otro impedimento para que un cuerpo por su virtud natural pueda recibir en sí á otro (cuerpo) y ocupar con él á la vez un mismo espacio».

Esta sentencia es la insinuada por San Epifanio (h eres., 64), cuando dice, que el cuerpo de Jesucristo antes de la resurrección estaba compuesto de partes gruesas, pero que después de la resurrección fué mudado en sutileza espiritual sin detrimento de la carne y de los huesos.

«Se confirma (la verdad de) esta sentencia. Porque Dios puede dar al cuerpo un modo perfecto é íntegro de existir espiritualmente, conservando (á la vez) ilesa la cualidad y constitución intrínseca de todo el cuerpo, como se ve en el misterio de la Eucaristía, en donde el cuerpo de Cristo no sólo existe á la vez con otra cosa corporal, esto es, con la cantidad extensa (de las especies sacramentales), sinó que existe también de un modo invisible; lo cual es propio de los espíritus. Luego con mucha mayor facilidad podrá (Dios) dar al cuerpo un

modo imperfecto y parcial de existir espiritualmente (al cual podemos llamar semiespiritual), por el cual (modo), conservando (el cuerpo) la extensión respecto del espacio, reciba aptitud para tener dentro de sí otro cuerpo. Así no hay en este punto ninguna dificultad respecto del divino poder. Se quitará, pues, de los cuerpos de los bienaventurados aquel modo imperfecto de existir que es natural á los cuerpos, y se les dará un modo de existir sobrenatural, quedando en todas las demás cosas intacta la disposición (natural) de todo el cuerpo (glorioso)...

Por este (sobrenatural y) semiespiritual modo de existir, se conseguirá que el cuerpo del bienaventurado pueda dominar á todos los otros cuerpos, y penetrar por ellos al modo que lo hacen los espíritus. Pero los otros cuerpos no podrán penetrar por el cuerpo del bienaventurado, sinó que sólo tendrán poder pasivo para ser penetrados; de modo, que la penetración activa sólo la realiza el bienaventurado. Es también creíble que los cuerpos de los bienaventurados nunca se compenetran los unos á los otros, como con frecuencia enseñaron los doctores, ya porque no parece conveniente, ya porque no hay de ello necesidad alguna. Pues conviene que cada uno ocupe su propio asiento y no el ajeno, en aquel reino, y que hermosteen con su belleza aquella celestial ciudad».

Aunque este sabio jesuíta no ve inconveniente que este don se le otorgue al cuerpo glorioso de un modo transitorio, ó sea sólo para los momentos en que el alma quiera hacer uso de él, le parece, no

obstante, mejor el que se le otorgue de un modo permanente. Porque es cosa más perfecta el tener un don sobrenatural por manera permanente que por manera transeunte.

«Esta sentencia siempre me ha parecido altamente probable y conforme con la razón... Porque es propio de la dignidad de aquel estado que el cuerpo se eleve, en cuanto sea posible, sin detrimento de la forma y del temperamento, al estado de los espíritus, para que sea lo más acomodado posible al alma gloriosa».

«La segunda sentencia es esta: Que la penetración (del cuerpo) no se realiza por sustracción de algún modo ó perfección positiva que estaba unida al cuerpo, ó por la añadición de un modo espiritual de existir, sinó sólo por un concurso sobrenatural de Dios, que presta su asistencia (al bienaventurado) sólo para este efecto (de penetrar por entre los demás cuerpos). Esta penetración no es imposible para Dios (el que la otorgue á los cuerpos). Pues el excluir (un cuerpo) á otro cuerpo (en el mismo espacio y á la vez) no mana de la esencia de la cantidad ó de la materia, ni siquiera es propiamente formal; sinó que es una negación que acompaña naturalmente á la materia, y que se debe por su naturaleza para evitar la confusión de las cosas (corpóreas). Mas lo que no es de la esencia de una cosa, aunque naturalmente deba tenerlo, fácilmente puede serle quitado por Dios, quedando intacta la tal esencia; ya sea (lo que se quite) positivo, ya sea negativo. Lo positivo se quita negando (Dios) su influjo (conservador de todas las cosas), como si qui-

siera aniquilar los accidentes conservando la sustancia de la cosa. Y lo negativo se quita poniendo en el ser una cosa (positiva) opuesta (á la negativa). Porque más debida es á los accidentes la unión con su sustancia, que al cuerpo esta negación (de penetrar á otro cuerpo), ó la exclusión de otro cuerpo del espacio (que él ocupa), y sin embargo, Dios puede quitar aquella unión permaneciendo el accidente, como se realiza en el misterio de la Eucaristía. Luego más fácilmente podrá quitar aquella negación (de compenetrarse), poniendo dos cuerpos á la vez (en un mismo lugar)».

«Y así, cuando quieran los bienaventurados penetrar otros cuerpos (lo que se realizará cuando bajen del Cielo á la tierra con rapidísimo movimiento), Dios les asistirá con una (sobrenatural) virtud, y hará que (sus cuerpos), como si fueran espíritus, penetren los otros (cuerpos) á modo también de los rayos solares, sin ninguna conmoción de aquellos (cuerpos por donde pasen), y sin lesión de su propio cuerpo» (1).

80. Otros autores, especialmente los que escriben de teología mística, se esmeran en enaltecer la extensión y la grandeza de la admirable doté de la sutileza con que en el Cielo habrán de estar adornados los cuerpos gloriosos. Y es de ver lo que dicen con este intento los dos célebres jesuítas, La Puente y Nieremberg. «La cuarta dote (de los cuerpos gloriosos), dice el primero, es la sutileza ó espiritualidad, porque no estará sujeto (el cuerpo) á las obras de la vida vegetativa más que si fuera espí-

(1) Les., De Sum. Bon., lib. 3.º, cap. 7.º



ritu, y así pasará sin comidas ni bebidas, sin sueño y sin las demás obras que son comunes á las bestias, y por esto dijo el Salvador: que en la resurrección no habrá casamientos ni bodas, y que todos serán (como) ángeles (1), pareciéndose en esto á los puros espíritus. Tendrá también (el cuerpo glorioso) sutileza para poder, con virtud de Dios, penetrar los cielos y otro cualquier cuerpo, sin que le sea impedimento, como entró Cristo nuestro Señor en el Cenáculo cerradas las puertas, y salió del sepulcro penetrando la losa con que estaba cerrado, dando con esto muestras de la delicadeza de su cuerpo glorificado» (2).

81. El otro escritor místico, esto es, el P. J. Eusebio Nieremberg, se expresa de esta elocuente manera: «A tan notable don de agilidad acompaña el de sutileza, con el cual tendrán los cuerpos gloriosos el campo libre por todas partes sin haber cosa que les impida; no ha de haber estorbo para su movimiento; no habrá cárcel ni encerramiento para ellos. Con mayor facilidad atravesarán los peñascos que una saeta el aire puro; y lo mismo será para ellos subir de la tierra hasta la luna, por donde no hay cuerpo sólido que embarace el camino, que bajar al centro de la tierra, donde la distancia está impedida con cuerpos tan gruesos como peñas y metales, y el elemento mismo de la tierra» (3).

82. De todo lo que antecede, tomado como está de los grandes teólogos y escritores de la Iglesia,

(1) Mat., 22, 30.

(2) Medit., part. 6.ª, Medit. 52.

(3) Difer. entre lo temp. y lo etern., lib. 4.º, cap. 6.º

colígrese bien claramente no sólo la existencia de la dote de la sutileza en los cuerpos gloriosos, mas también el grande mérito que ella en sí encierra; pues los cuerpos serán con semejante adorno lo más parecidos que ser pueden á los espíritus. No servirán al alma de estorbo para ninguna de sus operaciones, como aquí abajo le servían; y podrá, por tanto, hacer, unida á su cuerpo glorioso, todo lo que haría cuando de él estaba separada. Por eso podrá penetrar, unida sustancialmente á su cuerpo y por un don ó concurso especialísimo de Dios, por medio de los cuerpos más sólidos y más compactos, y no habrá nada en la naturaleza creada que impedirle pueda el libre paso á todas las partes del mundo á donde por su libre voluntad se resolviere á caminar.

83. En la tierra, mientras vivimos esta vida mortal, nuestro cuerpo es desalojado de un determinado sitio por la incompatibilidad con otros cuerpos, y es sujetado, y á veces aherrojado y encarcelado por fuerza mayor; mas en la gloria, por la dote de la sutileza, estará libre de todos estos impedimentos. Es, pues, cosa muy sublime y llena de milagro la dote de la sutileza: y por eso es, á la par, muy digna de nuestro aprecio y de nuestras incessantes aspiraciones de conseguirla algún día, para que este cuerpo, ahora torpe y terreneo, se mude, por don del Señor, en cuerpo sutil y celestial. De estas aspiraciones y de estas ansias rebotaba el corazón amante de San Agustín, y le hacía exclamar al ver las grandezas de la eterna gloria: «O vida que el Señor ha aparejado para los que le aman; vida vital, vida bienaventurada, vida segura, vida

hermosa, vida casta, vida limpia, vida santa, vida que no sabe qué es muerte ni tristeza; vida sin mancilla, sin dolor, sin congoja, sin corrupción, sin turbación, sin variedad y sin mudanza; vida llena de lindeza y majestad, donde no hay enemigo que persiga, ni flaqueza de carne que ablande; donde hay perfecto amor y no hay ningún temor; á donde el día es eterno y uno el espíritu de todos; á donde Dios cara á cara se ve, y con este suavísimo manjar de vida el alma se harta sin hastío» (1).

Imitemos, nosotros, alma mía, los anhelos de este Santo y el amor de aquella felicísima vida.

*
* *

IV

84. Y el hombre fué: y el hombre envanecido,
olvidando al Señor que le formara,
no partió por igual lo recibido,
se armó insolente y le volvió la cara.
Oídos dando al corazón villano,
el hermano lidió contra el hermano,
el hijo con el padre en torpe guerra
el alma en las entrañas se buscaron,
y uno de otro en la sangre se bañaron
por un pie más de la heredada tierra.

V

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,
ingrata viendo á tu mejor hechura,
sobre el mundo tendistes ofendido
la espesa sombra de la noche oscura.
Volviéndote á tu carro rutilante
empuñaste las bridas de diamante,
tus caballos de fuego se lanzaron

(1) Medit., cap. 22

por el espacio, y caminando á oscuras
al choque de sus recias herraduras
miles de estrellas en su azul brotaron.

VI

Al ceño de tu cólera divina
los mundos con pavor se estremecieron,
confundióse su esencia peregrina
y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado
las ondas de la mar y desbocado
en hombros cabalgando de las nieblas
su pedrisco doquier virtió sin tino
y borrando las lindes del camino
tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII

¿Quién osará, Señor, en la memoria
la idea renovar de tu honda ira?
El mundo sabe la tremenda historia
y aun, al mentarla, de terror suspira.
La obra de tu poder atropellando
seguías Tú la creación cruzando
sin término, ni objeto, ni vereda,
y tus ojos, Señor, relampagueaban
y las nubes errantes reventaban
de tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII

Todo cayó á tus pies, todo en pedazos
á volver se prestó á su antigua nada,
pero su polvo tropezó en tus brazos
y á ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste á mirar sobre tus huellas,
y al ver que de tus ojos las centellas
lo iban todo á inundar, compadecido,
la noche hiciste que tendió en el cielo
su pabellón azul de terciopelo,
que en medio del cenit quedó prendido.

IX

Tras él está velando tu pupila,
mansa tras él la creación pasea,
y el Universo de terror vacila
á su gran resplandor, si pestaña.
Las nubes con su luz se tornasola
el Oriente y Ocaso se arrebolan
con sus puros y espléndidos colores,
y á su dulce calor se alza indecisa
la perfumada y soñolienta brisa,
que susurra en la yerba y en las flores.

X

¡Salve otra vez, magnífica cortina
que, ante los ojos de tu Dios colgada
la lumbre de sus ojos te ilumina
sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazón, noche sombría,
que es tu manto de rica argentería,
prenda de que nacimos sus vasallos,
que, al salpicarte Dios con tus estrellas,
nuestro orgullo alumbró con las centellas
que brotan de los pies de sus caballos.

J. ZORRILLA.





Capítulo VII.

El cuerpo glorioso es un cuerpo vivo.

Cuán útil es esta verdad, 85.—Cuánto hablan de vida las Escrituras, 86.—Con sus promesas, 87.—Especialmente San Pablo, 88.—El Cielo es la patria de los vivientes, 89.—Respuestas que dan á Antioco los siete hermanos macabeos, 90.—Jesucristo, San Pablo y San Juan, 91. Los santos Padres suponen la vida del cuerpo glorioso, 92.—La razón lo conoce, 93.—Porque el alma es forma sustancial del cuerpo, 94.—Porque la vida es perfección, 95.—Por el deseo del alma, 96.—Por el modo de obrar del hombre, 97.—Por el fin de la resurrección, 98.—Y por la semejanza con Jesucristo, 99. Suspiros de San Agustín, 100.—Poesías, 101.

85. Que el cuerpo de los bienaventurados, después de la resurrección, y después que se haya unido para siempre á su gloriosa alma, sea un cuerpo vivo, adornado de vida verdadera, es una verdad que está incluída en las verdades que atrás quedan explicadas sobre las dotes del cuerpo glorioso. No era por eso mismo de grande necesidad el que la desenvolvieramos en capítulo aparte. Pero, si no necesario, será muy útil para agrandar el hermoso concepto de la gloria, que ahora tratamos de formar, el que de propósito y explícitamente examinemos la vida, y vida inefable de que estará adornado el cuerpo de los habitantes del Cielo,

86. Tal vez no haya palabra tan repetida en las Sagradas Letras como la palabra vida; de tal manera que parece reflejarse de la lectura del Sagrado Texto, que el Espíritu Santo no se proponía otro principal fin, al inspirar á los escritores sagrados, que difundir por el mundo el concepto de la vida y llenar el corazón de los fieles de grandes deseos de conseguir la verdadera y eterna vida que se disfruta en la patria de la bienaventuranza. Lo cual, en verdad, nada tiene de extraño, pues el fin de toda inspiración divina es conocer á Jesucristo, y Jesucristo dijo de sí mismo que era la vida y la vida verdadera, y que no había traído otra misión al mundo que la de que sus ovejas tuvieran vida y vida abundantísima. Y aunque, por principal modo, la palabra vida la emplean los sagrados escritores para designar la vida del alma, no hay por qué no aplicarla también á la vida del cuerpo, ó, mejor, á la vida del hombre, compuesto de cuerpo y alma; y mucho más cuando en varios lugares directa y expresamente se refieren á la vida del cuerpo, en cuanto está unido á su propia alma.

87. Llenas están las Sagradas Páginas, en primer lugar, de las promesas y de la esperanza de la vida gloriosa de los cuerpos.

«Yo sé, dice el paciente Job, que mi Redentor vive, y que en el último de los días resucitaré de la tierra, y de nuevo seré cubierto con mi piel, y en mi propia carne veré á mi Dios. A quien tengo de ver yo mismo y no otro (sinó él propio) y mis ojos le han de ver; esta esperanza tengo grabada en mi

pecho» (1). Claramente nos da aquí á conocer el santo varón de Idumea que espera que su cuerpo, y por igual razón todos los cuerpos beatíficos, habrán de tener verdadera vida humana, supuesto que habla de su propia carne en cuanto vivificada por el alma, y habla también de las operaciones vitales corpóreas, como el ver á Dios con sus propios ojos. Por eso el autor, cualquiera que sea, del libro de la Sabiduría, extiende esta promesa y esta esperanza á todos los justos, cuando dice: «Los justos vivirán perpetuamente» (2). Y es claro que los justos no son sólo alma, sinó que también tienen cuerpo unido sustancialmente al alma en unidad de persona. Mas el gran profeta Isaías bien claramente lo dice: «Vivirán, Señor, tus muertos, y los que han sido privados de la vida, resucitarán» (3). Agreguemos á esto la gran visión del Profeta Ezequiel, espejo bien claro de la resurrección y vida de los cuerpos: «He aquí lo que dice el Señor á estos huesos (que vió el Profeta en visión); yo introduciré en vosotros el espíritu y viviréis... y entró en ellos el espíritu y vivieron, y se pusieron sobre sus pies, formando un ejército grande sobremanera... Y sabréis que yo soy el Señor, cuando abriere vuestros sepulcros y os sacare de vuestros sarcófagos» (4).

Traigamos, por último, á Oseas como testigo del Antiguo Testamento; el cual también nos habla de la vida futura de los cuerpos, y hace en ello alusión á la resurrección del Señor, que es modelo

(1) Job., 19, 25 al 27.

(2) Sapt. 5, 16.

(3) Isa., 26, 29.

(4) Ezch., 37.

de la nuestra: «Nos vivificará, dice, después de dos días, y en el día tercero nos resucitará y viviremos en su presencia» (1). Pues en el Nuevo Testamento son interminables los lugares en que hay promesas terminantes de la vida eterna de los cuerpos. Traigamos aquí alguno que otro, pues todos es imposible. Y sea, en primer tiempo, lo que nos dice el mismo Jesucristo: «Así como el Padre resucita á los muertos y los vivifica, así también el Hijo da vida á los que El quiere... En verdad os digo, que el que oye mi palabra, y cree en Aquel que me ha enviado, tiene vida eterna, y no viene al juicio (*de condenación*), sinó que pasa de la muerte á la vida. En verdad, en verdad os digo que viene la hora... cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán... y caminarán los que obraron el bien á la resurrección de la vida» (2). Y, poco más adelante, nos dice Jesucristo, hablando del Augusto Sacramento de la Eucaristía: «Quien cree en mí tiene la vida eterna... yo soy el pan de vida que ha descendido del Cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente... El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo lo resucitaré en el día novísimo» (3). Por eso, al anunciar el Salvador á sus discípulos la necesidad de morir y volver al lado de su Padre, los consuela de su tristeza, diciéndoles: «Dentro de un poco; y el mundo ya no me ve, pero vosotros me veréis; porque yo vivo y vosotros viviréis. Y en aquel día conoceréis

(1) Ose., 6, 3.

(2) Joan., 5, 21 al 29.

(3) Joan., 6, 48 al 55.

vosotros que yo estoy en mi Padre y vosotros estáis en mí, y yo en vosotros» (1).

88. Pues el Apóstol de las gentes bien expresamente nos habla de la esperanza de la futura vida de los cuerpos. «Si el espíritu Santo, dice á los Romanos, que resucitó á Jesucristo de entre los muertos, habita en vosotros, entonces el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por el espíritu del que en vosotros habita. Si pues con el espíritu mortificareis los hechos de la carne, viviréis» (2). Por esta razón había dicho algo antes. «Si estamos muertos con Cristo, á la vez con él viviremos» (3). Que es lo que, lleno de confianza, escribe también á los fieles de la Iglesia de Corinto. «Aunque Jesucristo fué crucificado por razón de la debilidad (porque era mortal), pero (ahora) vive por la virtud de Dios. Pues así nosotros somos también débiles en él, pero viviremos con él por la virtud de Dios en nosotros. Pues espero que conoceréis que no somos de los réprobos» (4). De ahí nace también el que este valiente Apóstol se atreviera á decir á los cristianos de Tesalónica: «Los muertos que están en Cristo resucitarán primero, después nosotros, que vivimos, seremos á la vez arrebatados con ellos en las nubes al encuentro de Cristo en los aires, y así estaremos siempre con el Señor» (5). Y añade un poco más adelante: «Jesucristo ha sido muerto por nosotros,

(1) Joan., 14, 19 y 20.

(2) Rom., 8, 11 al 13.

(3) Rom., 6, 8.

(4) 2.^a Cort., 13, 4 al 6.

(5) 1.^a Thes., 4, 15 y 16.

para que, ya vivamos, ya muramos, tengamos siempre vida en compañía de él» (1). No puede estar más claro el Apóstol en prometer la vida de los cuerpos, ó del hombre todo, después que hayan resucitado de sus sepuleros por la virtud de Dios; así como bien claro había estado el mismo Jesucristo y los escritores del Antiguo Testamento. Y las promesas que hace Dios, siempre las cumple; porque no puede engañarnos quien es la misma verdad y santidad, y quien no es mutable como lo es el hombre, ni es engañador como son los hijos de los hombres, según nos dijo el Profeta Balaam (2).

89. Pero, además, llámase en las Sagradas Escrituras tierra de los vivientes á la patria de la gloria, y llámase vida por modo terminante al estado que en ella tienen los bienaventurados con sus almas y sus cuerpos. «Yo creo, dice el Real Profeta, que he de ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes» (3). «Bórrense los impíos, dice en otro lugar, del libro de los vivientes y no sean inscriptos en unión de los justos» (4). Y, por fin, lleno el corazón de confianza en Dios, le dice: «Tú eres mi esperanza y la porción de mi herencia en la tierra de los vivientes» (5).

Lo mismo dice el Profeta Isaías, relatando la Escritura que hizo el rey Ezequías estando en ermo. «No veré, dice este desconsolado rey, no veré al Señor Dios en la tierra de los vivientes... El que vive

(1) 1.ª Thes., 5, 10.

(2) Num. 23, 19.

(3) Psal., 28, 13.

(4) Psal., 68, 29.

(5) Psal., 141, 6.

la verdadera vida, ése te confiesa como te confieso hoy... Sálvame, Señor, y cantaremos nuestros salmos todos los días de nuestra vida en la casa del Señor» (1). Pues, aunque esta casa era por modo inmediato el Templo de Jerusalén, tiene aplicación mística al templo eterno de la Jerusalén del Cielo.

90. Vida, y vida verdadera, y vida eterna, es llamado en las Sagradas Letras el felicísimo estado de los bienaventurados en la gloria. Traigamos, ante todo, las valientes y heroicas respuestas que al tirano Antioco dieron aquellos ocho mártires invictos del pueblo de Israel, cuando iban á ser martirizados por no faltar á las leyes patrias, que les prohibían comer carne de puercos. Los siete hermanos y su santa madre todos respondieron al tirano echándole en cara su iniquidad y su vida corta á la vez que la esperanza que abrigaban de resucitar á una nueva y eterna vida. «Tú, ciertamente, dice uno de los hermanos, rey malvado, nos quitas la vida presente, pero el Rey del mundo, á nosotros, que hemos sido martirizados por sus leyes, nos resucitará en la resurrección de la eterna vida». «Del Cielo, dice otro hermano, poseo todas estas cosas (los miembros de su cuerpo), pero las desprecio ahora por guardar las leyes de Dios, porque tengo esperanza que de él las he de recibir otra vez». Otro de ellos, añade: «Mejor es que, entregados por los hombres á la muerte, tengamos esperanza en Dios, que de nuevo hemos de ser resucitados por El, porque á ti (ó Rey) no se te dará la resurrección á la vida verdadera». La madre, admirable sobre toda

(1) Isa., 38, 11 y 20.

ponderación, y digna de la memoria de los buenos... llena de sabiduría, exhortaba á cada uno de sus hijos con fortaleza en la lengua patria, diciéndoles... «Yo no os he dado el espíritu, ni el alma, ni la vida, ni tampoco he fabricado yo misma los miembros de vuestro cuerpo, sinó el Creador del mundo que formó el nacimiento del hombre y que inventó el origen de todos; El también os volverá de nuevo el espíritu y la vida por su misericordia, como ahora vosotros los despreciáis por observar sus leyes». El último y más joven de los hermanos dijo al tirano: «Mis hermanos, por haber sufrido ahora un poco de dolor, han sido constituídos bajo el testamento de la eterna vida; mas tú, ¡oh rey perverso!, sufrirás por justos juicios de Dios las penas de tu soberbia» (1). No puede desearse un testimonio más claro, ni más convincente sobre la vida de los cuerpos después de la resurrección: ocho testigos que dan su vida, confesando la existencia de la resurrección y vida eterna del cuerpo, y, con la esperanza de obtener esa eterna vida, despreciaban la temporal por observar las leyes patrias.

91. Pero claramente lo confiesa también el mismo Jesucristo. «Respecto de la resurrección, dice á los Saduceos, ¿no habéis oído lo que os ha dicho Dios: Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es Dios de los muertos, sinó de los vivos» (2). Con lo cual les da á entender que Abraham, Isaac y Jacob, y con éstos todos los justos, habrían de resucitar y vivir con cuerpo y alma

(1) Mach., 6, 9 al 36.

(2) Mat., 22, 31 y 32.

la verdadera vida del Cielo. Por eso nos dijo en otra ocasión: «Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque estuviere muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá eternamente» (1). Confiado en estas promesas del Salvador, animaba el Apóstol á los fieles de Colosa, diciéndoles: «Cuando Cristo, que es nuestra vida, apareciere *(en el día del juicio final)*, apareceréis vosotros con él en gloria (2). Esto es, con vuestra alma y cuerpo resucitado y glorioso, y viviendo una vida semejante á la de Jesucristo, que es nuestra vida. Por lo cual nuestro divino Salvador es la fuente copiosísima de donde mana aquel río de agua viva de que se nos habla en el Apocalipsis, y de cuya agua beberán todas las gentes que hayan creído, como se debe, en Jesucristo, y, bebiendo, vivirán vida lozana é interminable; cuyo río procede del asiento de Dios y del Cordero. Y para mayor abundancia de vida: En medio de la plaza (de aquella celestial Ciudad) y á la una y á la otra parte del río, está el árbol de la vida, que da doce frutos, uno por cada uno de los meses del año» (3).

Por eso es que el Real Salmista, con espíritu profético y rebosando alegría por la gloria que le esperaba en lontananza, exclamó: «No moriré eternamente, sinó que viviré (la vida de la gloria) y contaré las obras de Dios» (4).

92. De todos estos aducidos testimonios y otros

(1) Joan., 11, 25 y 26.

(2) Col., 3, 4.

(3) Apoc., 22, 1 y 2.

(4) Psal. 117, 17.

innumerables que se podrían traer aquí á este propósito, de la Sagrada Escritura, bien patentemente se conoce que los cuerpos gloriosos habrán de tener verdadera vida allá en el Cielo. Los escritores de la Iglesia, en cambio, no han escrito directamente (que yo sepa) de la vida gloriosa del cuerpo; pero es porque la existencia de esa vida se colige, con toda claridad, de las propiedades y actos que en el cuerpo glorioso reconocen unánimemente los escritores referidos. Pues ellos nos hablan de la resurrección del cuerpo para unirse al alma, y, por clara consecuencia, para recibir la vida gloriosa de tal unión sustancial; nos hablan de los dotes gloriosos, que provienen del gran dominio que el alma ejerce sobre su cuerpo, y el primer acto de este dominio es el darle la vida verdaderamente humana, y, á la vez, la vida de la gloria. Nos hablan también de los goces que allá arriba habrán de tener los sentidos corporales, y, por lo mismo, suponen la existencia de la vida, de la cual emanan, como mana el agua de su fuente; y nos hablan, por último, de la perfección del cuerpo resucitado y glorioso, y de los elementos que habrá de asumir en la resurrección para ser un cuerpo perfectamente humano; y de aquí se deduce que habrá de tener verdadera vida, porque la vida es una perfección esencial y sustancial al compuesto humano. Por todo lo cual se ve con claridad muy grande que los escritores eclesiásticos dan por cosa indubitable que el cuerpo glorioso es un cuerpo verdaderamente vivo.

93. Hay, en verdad, una abundantísima multitud de razones, tomadas unas del orden natural, y

otras del sobrenatural, que nos prueban con toda la fuerza apetecible que el cuerpo resucitado y glorioso debe ser un cuerpo lleno de pujante vida. Nosotros, ahora, no haremos sinó apuntar algunas de ellas, ya por no hacer interminable este capítulo, y ya, especialmente, porque la vida del cuerpo queda probada con lo que se ha dicho de las dotes, y más aún con lo que se dirá del gozo de los sentidos.

94. Es la primera razón: que el alma es la forma sustancial del cuerpo, y esto lo es por su naturaleza; es decir, por el destino que Dios la dió al crearla; y es claro que, al unirse al cuerpo, después que haya éste resucitado, lo ha de hacer en cuanto es su forma sustancial, como lo era en esta mortal vida; ya que la gloria, al modo de la gracia, no destruye, sinó que perfecciona la naturaleza humana. Así, pues, unida el alma sustancialmente al cuerpo, dará por resultado inmediato la constitución esencial del hombre verdadero, es decir, del hombre vivo; pues la vida en los seres vivientes es elemento esencial de su ser; y, como el alma es naturalmente activa, es decir, adornada de potencias de obrar, al unirse al cuerpo comunicará á los órganos de éste su natural virtud, y quedarán éstos adornados de las potencias orgánicas de vitales acciones que el alma acá abajo ejercía por medio de los órganos corpóreos. Por todo lo cual tendrá el cuerpo en sí mismo, y formando con él un todo sustancial, un principio intrínseco de sus acciones, que es lo que constituye la esencia de la vida: será, pues, un cuerpo vivo.

95. Otra razón es que la vida es una perfección

en los seres que naturalmente son aptos para tenerla. Claro es, pues, que siendo la vida del cuerpo una perfección aquí abajo, debe tener vida también allá arriba; pues en la gloria tendremos todas las perfecciones, que poseíamos en esta vida temporal, que sean compatibles con aquel dichoso estado de gloria. Y la vida del cuerpo no sólo es compatible, sinó que es un grandísimo adorno y beneficio para la vida beatífica del alma.

Aquí vemos que los seres son más perfectos en este mundo sensible, á medida que van teniendo más géneros de vida reunidos en sí; es decir, vida más perfecta; por eso son más perfectas las plantas que los minerales; los animales más que las plantas, y el hombre más que los animales irracionales. Vemos también que el Cielo todo resplandece con las magnificencias de una vida exuberante é indefectible; pues hasta los árboles, y las plantas, y los ríos simbolizan ríos y árboles de vida, ¿por qué razón, pues, sólo el cuerpo humano, entre los dichosos habitantes de la gloria, ha de estar privado del don precioso de la vida, y envuelto en el sudario de la muerte? No será así, por cierto; no debe y no puede ser así.

96. Otra de las razones es la fundada en el natural deseo que el alma tiene de unirse á su cuerpo. Han sido hechos para vivir en perpetuo y amigable maridaje; y eso les infunde la tendencia á vivir siempre unidos, y no parece que podrán estar totalmente satisfechos mientras están separados. Así lo viene á manifestar el Angélico, cuando dice: «Aquello conviene á alguno por sí mismo, que le es

propio, y á lo cual se inclina sobre todas las cosas; y, por lo tanto, todo viviente se manifiesta que vive por la operación que le es más propia, y á la cual se inclina sobremanera, como la vida de las plantas se dice que consiste en que se nutren y se propaguen; la de los animales en que sienten y se mueven, y la de los hombres en que entienden y obran según la razón. Por lo cual también se dice que la vida de cada hombre está en aquello en que más se deleita y á lo que más tiende» (1). Teniendo, pues, como no cabe dudar, el alma natural deseo de vivir unida sustancialmente á su cuerpo, claro es que no será totalmente feliz mientras este natural y legítimo deseo no lo vea cumplido. Y, como en el Cielo tendrá cumplidos todos sus legítimos deseos, habrá de unirse sustancialmente á su cuerpo, y, por tanto, darle la vida; pues es la primera operación y el más inmediato resultado que nace de la unión.

97. Otra de las razones es la tomada de los actos que en el Cielo habrá de realizar el cuerpo humano, ó mejor dicho, el hombre, por medio de los órganos corpóreos. Pues, si estos actos son actos vitales, claro es que el cuerpo tendrá verdadera vida. «Pues el nombre vida se toma, dice Santo Tomás, de ciertas exteriores apariencias de la cosa, que es el moverse á sí misma; sin embargo, el nombre de vida no está impuesto para significar eso (exterior), sinó para significar la sustancia á la cual conviene, según su naturaleza, moverse á sí misma, ó guiarse á sí misma de cualquier modo, ó realizar las operaciones. Y, según esto, el vivir no es otra

(1) 2.^a 2.^{ae}, q. 179, l. c.

cosa sinó el existir en tal naturaleza (viviente), y la vida significa esto mismo, pero en abstracto. Por lo cual el nombre (vivo) no es un atributo ó predicado accidental, sinó sustancial. Algunas veces, sin embargo, la (palabra) vida se toma con menos propiedad por las operaciones de la vida, de las cuales se toma el nombre de vida. Así dice el Filósofo (Aristóteles) que el vivir es principalmente el sentir y el entender» (1). Pues, aunque la vida no sean sólo las operaciones vitales, sinó algo más íntimo y sustancial al ser viviente, eso no obsta para que las operaciones vitales, que nacen del principio intrínseco del ser mismo, sean prueba evidente de que el ser que realiza tales obras sea un ser vivo; pues, si las obras son obras de vida, con harta mayor razón habrá de tener vida el ser que las produce, porque nadie puede dar á otro lo que él no tiene.

Pues bien: que el cuerpo humano habrá de realizar obras de vida verdadera allá en la gloria, cosa es por demás conocida, y de ello trataremos en varios de los siguientes capítulos, en los que veremos los actos y gozos de los sentidos corporales. Por lo cual no cabe dudar que el cuerpo, cuyos son los tales sentidos que hacen obras de vida, será un cuerpo vivo también.

98. Otra razón es la fundada en el fin de la resurrección, y del cual ya se habló en su lugar. Este fin no es otro que el que el cuerpo, que fué compañero del alma acá en los trabajos y cruces de la tierra, reciba su correspondiente premio, en unión con ella, allá en el Cielo. Pero un cuerpo que no tie-

(1) 1.^a, q. 18, 2. c.

ne vida no puede recibir galardón alguno que sea digno premio de sus trabajos. La gloria del alma consiste, por lo que tiene de subjetiva, en el ejercicio de sus nobles facultades; pues, por igual razón, la vida del cuerpo tiene que consistir en el ejercicio de sus facultades dignas del estado glorioso, y no puede de ningún modo consistir en otra cosa, porque la felicidad no puede menos de ser un acto propio del ser que es feliz. Ahora, pues, el acto primero, y que á la vez es el fundamento de todos los demás, es el acto de vivir; y, por tanto, el primer premio que habrá de recibir el cuerpo, si se ha de cumplir el fin de la resurrección, es el premio de la vida. Debe, pues, ser un cuerpo vivo, y lo será con vida esplendente y eterna.

99. Otra de las razones, y la última que aquí pondremos, es la tomada de la semejanza que con Jesucristo habrán de tener los bienaventurados en el Cielo. Jesucristo, en su gloriosa resurrección, tomó su cuerpo, y le dió vida y todas aquellas perfecciones que son necesarias para la perfección total del cuerpo humano. Esto nos lo dice la palabra resurrección y el misterio por ella expresado; esto nos dicen los Santos Evangelistas; esto los teólogos y místicos, que se han ocupado de la resurrección de Jesucristo; y esto nos dice nuestra Santa Madre la Iglesia católica; pues siempre ha creído, con el Apóstol: «Que Jesucristo, cuando resucitó de entre los muertos, ya no muere, y que la muerte no le dominará jamás» (1). Que es confesar que estará

(1) Rom., 6, 9.

eternamente vivo, en su cuerpo, en su alma y en su divinidad.

Y no sólo confiesan nuestros teólogos que Jesucristo tiene un cuerpo vivo, sinó también que tiene, como natural consecuencia de su perfecta vida, todo lo que contribuye á la perfección de esa vida: la carne, la sangre y los principales humores.

Se hacen, además, la cuenta de que en el augusto sacramento de la Eucaristía, el cuerpo de Jesucristo es un cuerpo vivo, y, como el cuerpo de Jesús en la Eucaristía es el mismo que el que tiene en el Cielo, aunque sea distinto el modo de estar en un lugar, se colige con toda claridad que el cuerpo de Jesús en el Cielo debe ser un cuerpo vivo. Y lo es de tal manera, que de él nace la vida verdadera y eterna con que viven los hombres bienaventurados en aquella dichosa mansión.

Ahora, pues, Jesucristo en su resurrección y en su gloria es causa y modelo, á la vez, de la resurrección y gloria de los justos. Porque él les ha prometido estar donde él está, y de la manera que él está, en cuanto á la sustancia de la gloria, aunque no en cuanto á los grados; y les ha prometido una dichosa y eterna vida en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo, de tal modo que ya jamás nadie los habrá de arrebatarse de su mano, esto es, de la posesión de la bienaventuranza en compañía de Jesús, que es el buen Pastor. Además, los miembros en un perfecto estado de salud participan de la vida del corazón y de la cabeza; pues ésta se desparrama á modo de refrigerante y productora lluvia por todas las partes del cuerpo que les está unido. Por lo cual se puede

ver fácilmente que los bienaventurados en el Cielo tendrán un cuerpo lleno de vida, como lo está el de Jesús, y participarán, como miembros de un mismo cuerpo místico, de la vida del que es su centro, su corazón y su cabeza, es decir, de la vida de su amante y amado Jesús.

Por eso dice el sabio y piadoso Nieremberg: «Es aquella vida verdaderamente vida eterna, total y perfectísima; y así, cuanto tiene de vida el hombre, ha de vivir allí con su perfección última y su bienaventuranza perfecta. Vivirá allí el entendimiento con una sabiduría soberana; vivirá la voluntad con un amor encendido; vivirá la memoria con una inmortal representación de todo lo pasado; vivirán allí los sentidos todos en continua delectación de sus objetos; vivirá todo cuanto hay en el hombre, y todo será gustos, gozos y bienaventuranzas» (1).

100. Pongames ya término á este capítulo con estas hermosas y encendidas palabras del gran San Agustín: «El reino de los cielos, dice, es reino felicísimo, en el cual no hay muerte, ni fin, ni sucesión de tiempo, sinó un día perpetuo, sin noche, á donde el soldado victorioso, coronado con una gloriosa corona, entra triunfando coronado de inefables dones. ¡Oh, si el Señor fuese servido de mandar á este mínimo siervo suyo que dejase ya esta carga pesada de la carne, y se fuese á gozar de la alegría de aquella santa ciudad, para descansar en ella y acompañarse de aquellos coros de los ciudadanos soberanos, y asistir con aquellos bienaventurados

(1) Dif. entre lo temp. y lo etern., lib. 4.º, capt. 5.

espíritus á la gloria del Criador y ver al Señor rostro á rostro! No tendría yo temor alguno de muerte, antes estaría seguro y gozoso de la inmortalidad é incorrupción perpetua, y unido con Aquel que todo lo sabe, quedaría libre de la ceguedad de mi ignorancia, y menospreciaría todas las cosas terrenales, y tendría asco de mirar ó de acordarme más de este valle de lágrimas, donde no hay sinó una vida trabajosa y corruptible y llena de toda amargura» (1). Amemos, pues, aquella inefable vida que Dios nos tiene prometida allá en el Cielo, en compañía de los Santos, y vivamos de tal modo que podamos algún día entrar á poseerla.

*
* *

101. *Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero, porque no muero.*

GLOSA (2)

Vivo ya fuera de mí
después que muero de amor,
porque vivo en el Señor
que me quiso para sí;
cuando el corazón le di
puso en mí este letrado:
que muero porque no muero.

Esta divina unión
y el amor con que yo vivo
hace á Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón:
y causa en mí tal pasión

(1) Manual, capt. 8.

(2) Diferente de otra que ya se ha puesto sobre los mismos versos.

ver á mi Dios prisionero

que muero porque no muero.

¡Ay!, qué larga es esta vida,

qué duros estos destierros,

esta cárcel y estos hierros

en que está el alma metida

sólo esperar la salida

me causa un dolor tan fiero

que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,

vida, no seas molesta;

porque muriendo, ¿qué resta,

sinó vivir y gozarme?

No dejes de consolarme,

muerte, que así te quiero,

que muero porque no muero.

SANTA TERESA DE JESÚS.

*
**

Secuencia de la Misa de Resurrección.

Sea la Pascual víctima sagrada

de todos los cristianos alabada:

el Divino Cordero

las ovejas salvó desde un madero,

y del supremo Cristo la inocencia,

mereciendo del padre la clemencia,

á su gracia volvió los pecadores

por su pasión, su muerte y sus dolores,

clavadas con la Cruz que llevó al hombro

le vieron con asombro

en mutuo desafío batallando

la vida y la muerte; cuando

de la vida el caudillo reinó vivo

muriendo de la parca al golpe esquivo.

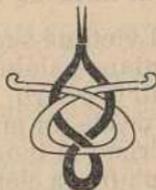
Di, María dichosa,

¿qué viste en el camino venturosa?

Vi al sepulcro del vivo Cristo amado

y la gloria de Dios resucitado.
Los Angeles, testigos verdaderos,
el sudario y vestidos placenteros.
Ya resucitó Cristo, mi esperanza,
y tened confianza
que, como vuestro amor y fe desea,
os ha de preceder en Galilea.
Todos estamos ciertos que ya
resucitó de entre los muertos
y tú, rey victorioso,
duélete de nosotros piadoso.

Traducido por FRANCISCO G. DE SALAS.





Capítulo VIII

Existencia de los sentidos en el cuerpo glorioso.

Los sentidos son perfecciones del cuerpo, 102.—Por eso deben revivir en la gloria, según lo explica Santo Tomás, 103.—Y realizar actos, 104.—Lo mismo sostiene Suárez, 105.—Lesio, 106.—Y Nieremberg, 107.—La razón así lo ve, 108.—¿Qué triste sería carecer de los sentidos en acto, 109.—Si así fuera no podrían recibir premio, 110.—Jesucristo nos ofrece el modelo, 111.—Poesías, 112.

102. Por una parte, los sentidos no parecen necesarios, á primera vista, para la felicidad eterna del hombre, y, por otra, el hombre glorificado debe tener un cuerpo perfecto, con toda clase de perfecciones compatibles con aquel dichoso estado de bienaventuranza; y no hay posibilidad de dudar que los sentidos contribuyen en muy alto grado á la perfección y adorno del cuerpo.

Por eso es que debemos colegir que el cuerpo glorioso debe conservar en el Cielo todas las potencias de sus sentidos corporales; pues los sentidos son en potencia absolutamente indispensables para la perfección del humano compuesto, y el ejercicio de ellos es, á la vez, necesario para la felicidad accidental, ya que no lo sea para la sustancial. Así lo dice y explica el Angel de Aquino en esta forma.

103. «De tres maneras, dice, puede pertenecer una cosa á la bienaventuranza: una manera es la esencial, otra manera es la antecedente y la tercera es la consiguiente. En la manera esencial no puede la operación de los sentidos ser necesaria para la bienaventuranza. Porque la felicidad del hombre consiste en su unión con un bien increado que es su último fin, á cuyo bien (infinito) no se puede unir el hombre por medio de la acción de los sentidos: además que la bienaventuranza (esencial) del hombre no consiste en (la posesión y goce de) los bienes corpóreos, y, sin embargo, es verdad que los sentidos sólo pueden tener por término de su acción esos bienes. Pero pueden las operaciones de los sentidos pertenecer á la bienaventuranza, antecedente y consiguientemente. Antecedentemente, bajo el concepto de la bienaventuranza imperfecta, cual se puede tener en esta vida; pues la operación del entendimiento preexige la operación de los sentidos. Y consiguientemente (entra la acción de los sentidos) en aquella perfecta bienaventuranza que esperamos (obtener) en el Cielo; porque después de la resurrección, como dice San Agustín, de la misma felicidad del alma nace cierta influencia (derrame) sobre el cuerpo, y en los sentidos corpóreos para que sean perfeccionados en sus operaciones. Sin embargo, la acción (esencial) por la cual (en la gloria) se une á Dios la mente humana, no dependerá de los sentidos».

Y en otro lugar, cuando trata de la dote de la impassibilidad, terminantemente dice que los sentidos corporales continuarán existiendo y obrando en el cuerpo de los bienaventurados,

«Todos, dice, admiten algún sentido en el cuerpo de los bienaventurados; pues de otra manera la vida corporal de los Santos, después de la resurrección, más parecería sueño que vigilia; lo cual no es propio de aquella perfección (*de la gloria*), porque en el sueño no está el cuerpo sensitivo en el acto último de su vida (que ha de ser un acto ó ejercicio de sus potencias), y por eso al sueño se le llama media vida. Mas, respecto del modo de sentir (*de ejercer los sentidos sus operaciones*), hay diversidad de pareceres.

Dicen algunos que los cuerpos gloriosos, por ser impasibles, no son aptos para recibir ninguna impresión (*corpórea*) externa; por lo cual el sentido no obrará allí recibiendo las impresiones de las cosas sensibles, sinó más bien emitiendo (*el sentido*) algo hacia el exterior. Pero esto no puede ser, porque después de la resurrección permanecerá la misma (*que era antes*) la naturaleza específica del hombre y de todas sus partes. Y la naturaleza de los sentidos es que (*éstos*) sean potencias pasivas, (*principalmente, y por lo tanto, que los sentidos externos necesitan ser excitados por cosas exteriores para realizar el acto de sentir, como la vista necesita la impresión de la luz*).

Por lo cual, si después de la resurrección los Santos sintieran (*obrarán con sus sentidos*) mandando algo fuera y no recibiendo (*impresiones*), no sería en ellos el sentido una potencia pasiva, sino activa, y así sus sentidos no serían de la misma naturaleza que son ahora (*en esta vida*), sinó que serían alguna otra diferente virtud que se les hubiese dado (*por Dios*); pero así como la materia nunca pasa á ser

forma, así jamás la potencia que es (*principalmente*) pasiva, pasará á ser (*totalmente*) activa».

«Y por eso dicen otros que el sentido (*la sensación*) se pone en acto por la recepción, no de (*cosas*) sensibles exteriores, sinó por infusión (*ó influjo*) derivado de fuerzas superiores; de modo que, así como ahora (*en esta vida*) las facultades superiores reciben (*la excitación para obrar*) de las inferiores, así, por el contrario, entonces (*en la gloria*) las inferiores recibirán (*la impresión*) de las superiores. Pero este modo de recepción (*excitación de los sentidos por las facultades superiores*) no constituye propiamente el (*acto ni la naturaleza del*) sentir; porque toda potencia pasiva está sujeta por su naturaleza á alguna cosa activa especial (que obra sobre ella, excitándola). Por lo tanto, la cosa activa (*excitante*) propia de los sentidos exteriores es una cosa que existe fuera del alma y no la intención (de tal cosa) que existe en la imaginación ó en la razón; y si el órgano de los sentidos no es movido por una cosa exterior, sinó sólo por la imaginación ó por otras superiores fuerzas, no será (*tal acto*) propiamente (*acto de*) sentir. Por eso no decimos que los frenéticos ú otros privados de la razón, en los cuales, por la fuerza de la virtud imaginativa, se realiza ese descenso de las imágenes á los órganos de los sentidos, sientan verdaderamente, sinó que se les figura que sienten.

Y por eso hay que decir con otros que el sentido (*acto de sentir*) de los cuerpos gloriosos se verificará por la recepción (*de impresiones*) de cosas que estarán fuera del alma.

Mas hay que tener por cosa sabida que los órganos de los sentidos se inmutan de dos maneras por las cosas que están fuera del alma. Una manera es con inmutación natural, la cual consiste en que el órgano (*del sentido*) sea dispuesto (*ó informado*) con la misma cualidad natural con que está dispuesta (*ó informada*) la cosa que desde fuera del alma obra sobre él (*el órgano*); como sucede cuando la mano se hace caliente (*y siente este calor*) por el contacto de una cosa caliente, ó cuando se hace odorífera por el contacto con una cosa olorosa. La otra manera (como obran las cosas sobre los sentidos) es, con inmutación (*ó impresión*) espiritual, la cual consiste en que se recibe en el sentido la cualidad según su ser espiritual (*ó intencional*), esto es, la especie (*ó imagen*) ó la intensión (*ó acción*) de la cualidad, pero no la cualidad misma, al modo que la pupila (niña del ojo) recibe la imagen de la blancura, y, sin embargo, ella no se hace blanca. El primer modo de recibir (*el sentido*) la impresión (*de las cosas externas*) no produce la sensación, propiamente hablando, porque el sentido es receptor de las imágenes de la materia, pero sin materia; esto es, sin (*ó sobre*) el ser material que tenían fuera del alma. Esta recepción (*material de las cosas en el órgano del sentido*) produce mudanza en la naturaleza de quien la recibe, porque se recibe de este modo la cualidad según su ser material. De aquí es que esta (material) recepción no la habrá en los cuerpos gloriosos; pero sí habrá la segunda (*espiritual ó intencional*) que es la que hace que el sentido esté en acto (*de sentir ó sienta de hecho*) y tal recepción no

muda la naturaleza del ser que la recibe. El que los sentidos se ocupen en la percepción de su propio objeto, no será obstáculo para que el alma contemple á Dios con toda intensidad. Porque los Santos comprenden que Dios es la razón de todo lo que ellos obran y conocen; por lo tanto, el que ellos se ocupen en sentir las cosas sensibles ó en contemplar ó hacer otra cualquier cosa, en nada impedirá la divina contemplación, ni tampoco ésta impedirá la perfección de las sensaciones.

«También se puede decir que la causa de que una potencia sea estorbada en el ejercicio de sus actos por la acción intensa de otra potencia, está en que una potencia no es de suyo suficiente para realizar tan intensa operación, á no ser que se la preste ayuda por el principio de la vida, dándole (á la potencia que obra intensamente) parte de la fuerza que había de dar á otras potencias ó miembros. Pero, como en los Santos serán perfectísimas todas las potencias, podrá cualquiera de ellos obrar intensamente, sin que de ello se siga ningún impedimento á las acciones de otras potencias, como se verifica en Jesucristo» (1).

104. El Santo Doctor es, además, partidario de que en la gloria estén en acto, ó, lo que es igual, realicen verdaderas sensaciones, sintiendo de hecho las cosas que les impresionen, todos los sentidos externos, excepto, á lo sumo, el del gusto. Pues, aunque el Angélico no emite expresamente su parecer, lo deja conocer por la exposición de las otras opiniones. Porque á la cuestión de «si después de la

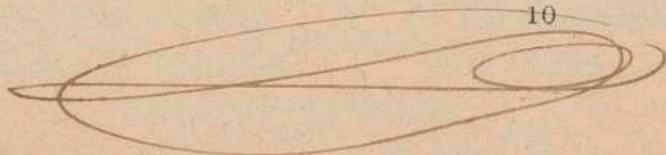
(1) Suppl., q. 82, 3. c., 4.ª

resurrección están en los bienaventurados los sentidos en acto (*ó ejercicio*), responde de esta manera: La potencia unida á su acto (*ú obrando*), es más perfecta que cuando no está unida. Y, como en los bienaventurados estará la humana naturaleza en suma perfección, síguese que todos los sentidos estarán en su acto (*ó en ejercicio*).

Por otra parte, más cercanas al alma están las potencias sensitivas que lo está el cuerpo. Pero el cuerpo será castigado ó premiado por los deméritos ó méritos del alma; luego todos los sentidos serán premiados en los bienaventurados y serán castigados en los malos, por el deleite (*respectivamente*) y por el dolor ó la tristeza, los cuales consisten en operaciones de los sentidos.

Respecto de esto (sin embargo), hay dos opiniones. Dicen algunos que en los cuerpos gloriosos permanecerán todas las potencias de los sentidos, pero que no estarán en acto (*no sentirán de hecho*), mas que dos sentidos, á saber, el tacto y la vista; y esto (*el no obrar todos los sentidos*) no será por defecto de ellos, sinó por defecto del medio ó del objeto, y, no obstante, no estarán de sobra (*los sentidos*) porque permanecerán para la integridad de la naturaleza humana y para manifestar la sabiduría del Creador. Mas esto no parece que sea verdad, porque lo que sirve de medio (*de comunicación entre la cosa externa y el órgano*) en estos sentidos (*de la vista y el tacto*) sirve también de medio en los otros (*tres*). Pues en la vista hace de medio el aire (1), el cual hace también

(1) Hoy han descubierto los físicos que el medio de propagación de la luz es el éter.



de medio en el oído y en el olfato. Igualmente el gusto tiene su medio unido (*inmediatamente al órgano*) lo mismo que lo tiene el tacto, puesto que el gusto es un tacto especial. Pues bien: en la gloria habrá olor, que es el objeto del olfato; puesto que la Iglesia canta que darán suavísimo olor los cuerpos de los Santos. Habrá, además, en la eterna patria alabanza vocal; por lo cual sobre aquello del Salmo (149): *Alabanzas de Dios* (habrá) *en las gargantas de ellos*, dice la Glosa, «que los corazones y las lenguas no cesarán de alabar á Dios». Por lo cual parece colegirse que habrá deleite en el sentido del gusto, como premio de las alabanzas que la lengua, donde radica el gusto, canta á la gloria del Señor.

«Y, por lo mismo, debe, según otros, decirse que en la gloria estarán en acto (*sentirán en realidad*) el olfato y el oído, pero que no estará el gusto, en el sentido que haya de ser inmutado por alguna comida ó bebida que allí se tome (*porque ni se comerá ni se beberá*). A no ser tal vez que se quiera decir que estará allí el gusto en acto porque reciba la lengua alguna impresión producida por la aplicación de alguna humedad» (que Dios la aplicará como premio de sus actos en esta vida y de sus alabanzas en la otra) (1).

De todo lo dicho se deduce claramente que el Doctor Angélico es de parecer que no sólo existirán en los cuerpos gloriosos todos los sentidos, en cuanto son potencias, de lo cual no hay duda alguna, sino que existirán también en acto; esto es, percibiendo realmente los objetos propios de cada uno:

(1) Suppl., q. 82, 4. c.

la vista viendo, el oído oyendo y así de los demás; sólo el gusto no gustará allá arriba comida ni bebida, como después veremos más por extenso; pero podrá recibir por modo sobrenatural cosas más sabrosas y delicadas.

105. El gran escritor Suárez rotundamente defiende la existencia de todos los sentidos y el ejercicio de sus operaciones, sin excluir el del gusto, en los cuerpos de los bienaventurados; como veremos al tratar de cada sentido en particular. Pero, además, da razones generales para la existencia de todos los sentidos y de su ejercicio respectivo en el cuerpo glorioso de Jesucristo, las cuales razones tienen estricta aplicación á todos los cuerpos de los bienaventurados.

Después de haber demostrado que en Jesucristo resucitado existen las potencias de la vida vegetativa, pero que no realizarán jamás actos, dice de este modo.

«Respecto de las potencias sensitivas hay igual y aun mucho mayor razón que respecto de las vegetativas, porque por un lado tienen la misma unión natural ó necesaria con la forma (*ó alma*) que informa los órganos dispuestos y no impedidos; y son más perfectas (*las potencias sensitivas que las vegetativas*) y menos opuestas á la perfección del cuerpo glorioso. Luego es cierto que todas estas potencias existen en el cuerpo (*glorioso*) de Jesucristo.

Respecto de los actos, es evidente que puede Jesucristo ejercer algunos actos del alma (*ó potencia*) sensitiva. Pues así lo enseñan, en general, de los Santos todos los teólogos, y con mayor fuerza es

esto cierto del cuerpo de Jesucristo, que es el primer ejemplar y medida de todos los bienaventurados.

Además, por la luz de la razón (*teológica*) se prueba esta verdad. Porque estos actos (*de los sentidos*), puesto que son inmanentes, acarrean perfección (*al sujeto*), y por otra parte no siempre necesitan (*para realizar sus actos*) inmutación material ni (*causan*) indecencia alguna que repugne á aquel (*glorioso*) estado. Por lo tanto no repugnan á aquel estado (*los actos de los sentidos*), antes, por el contrario, son de suyo muy convenientes.

Ni hay tampoco razón alguna para decir que todas aquellas facultades deban estar ociosas é imperfectas, puesto que son capaces de su última perfección, que consiste en el acto *segundo* (*en el ejercicio de su actividad*); y (puesto que) aquel estado (*glorioso*) está ordenado á realizar la última perfección en todas las cosas en cuanto sea posible» (1).

106. «No puede dudarse, dice por su parte el virtuoso Lesio, que también los sentidos externos habrán de tener sus funciones y delectaciones convenientes después de la resurrección (ó sea en la gloria). Porque es cierto que los cuerpos de los bienaventurados no estarán destituidos de sentidos, sinó per ectísimamente adornados, con órganos y espíritus (*vitales*) perfectísimos, á propósito para su (buen) ejercicio; y por lo mismo tendrán el uso y usó perfectísimo de los sentidos. Y en verdad que en vano se tomaría de nuevo el cuerpo (en la resurrección), si no hubiera en él el uso y el deleite de

(1) Comment. in 3.^{am} Part., Divi Tomae, q. 54, dispt. 47, secc. 6, capt. 4.

los sentidos; puesto que el cuerpo humano no es necesario ni útil al alma, á no ser por razón del uso de los sentidos.

Ni tampoco han de faltar (*en la gloria*) objetos que percibir y que deleiten los sentidos. Lo cual se confirma, (esto es, que existen los sentidos en el cuerpo glorioso), primero: Porque cada uno de los sentidos es capaz de una suma perfección en su orden (respectivo) que constituye la felicidad y vida bienaventurada de cada sentido, cuya perfección fácilmente y sin ningún incomodo ni desdoro pueden tener en la patria (celestial), ¿por qué, pues, no la habrá en realidad? Se confirma en segundo lugar (esta verdad), porque el alma (humana) no sólo es racional, sinó también sensitiva: y en las dos partes es capaz de deleitaciones y de cierta vida bienaventurada: luego no sólo debe ser bienaventurada en la parte racional (lo cual se hace por la visión y el amor de Dios), sinó también en la parte sensitiva; lo que se realizará con la percepción de los objetos sensibles más excelentes, acomodados á cada uno de los sentidos. Confírmase en tercer lugar: Porque los Santos sufrieron en los sentidos muchas aficciones y mortificaciones por amor á Jesucristo; pues la mayor parte de los tormentos que padecieron los Mártires fué en los sentidos externos, y la mayor parte de la vida austera de los Religiosos (*consistió*) en la mortificación de los sentidos.

Es, pues, muy justo que en los mismos (*sentidos*) reciban consolaciones y premios acomodados á cada uno de ellos, para que, así como en la aficción fueron socios de la parte superior (*del alma*), así sean

también socios en las consolaciones. En cuarto lugar se prueba por lo contrario (*de lo que pasa á los cuerpos de los réprobos, pues los contrarios tienen semejante razón*). Porque los condenados (en el infierno) recibirán grandes tormentos en todos los sentidos; luego los bienaventurados (recibirán) en los mismos grandísimos consuelos. Pues Dios no es más severo en castigar que benigno en remunerar» (1).

107. Por eso dice también el insigne Nieremberg que: «Fuera de las potencias (superiores) del alma, vivirán allí todos los sentidos con el pasto de muy proporcionados y suavísimos alimentos» (2). Y Fray Luís de Granada pregunta lleno de admiración: «¡Pues qué diré de la gloria de los sentidos?» Y se responde: «Cada uno tendrá allí su deleite y su gloria singular» (3).

108. Es cosa, pues, á todas luces clara que el cuerpo glorioso estará adornado de sentidos. Lo cual, en efecto, por lo que á los sentidos, considerados como facultades de obrar, se refiere, no cabe dudarlos; pues estas facultades son partes integrantes del compuesto humano. El hombre sería imperfecto y su cuerpo se diferenciaría poco de un verdadero cadáver si careciera de las potencias sensitivas.

Mas, como el cuerpo del hombre en la gloria habrá de ser cuerpo perfectísimo en su especie, y habrá de estar lleno de admirable, y eterna vida,

(1) De Sum. Bon., lib. 3, capt. 8.

(2) Diferenc. entre lo temp. y lo eter., lib 4.º, capt. 5.º, prf. 2.º

(3) Medit., capt. 16, part. 4.ª, núm. 19.

colígese que habrá de estar adornado, y en grado eminente, de las potencias de los sentidos.

109. Análogas razones existen en favor del verdadero ejercicio de esos sentidos. Llénase el alma de tristeza sólo al suponer por un momento que podrá estar obstruído y aniquilado en el Cielo el uso de los sentidos. ¿Qué serían allí unos ojos que no vieran? ¿Qué unos oídos que nunca oyeran?

Si el tener ojos y no ver es aquí una imperfección que llena de tristeza no sólo al que la padece, mas también á todo el que tenga en su corazón un poco de amor á sus semejantes, ¿cómo es posible que en el Cielo, donde todos sus moradores alcanzarán el sumo grado de perfección, haya una imperfección tan grande y tan dolorosa, como el no ver con sus propios ojos aquella inefable luz y hermosura de la gloria?

Esta suposición no puede ni por un solo momento admitirse. Ella echa por tierra la perfección del cuerpo glorioso, deja mal parada la misericordia y aun la justicia de Dios, y haría inútil y hasta ridícula la hermosura física y sensible con que resplandece aquella eterna y dichosa patria. En efecto: el Cielo estará inundado de luz, de armonías, de aromas y de otras cosas perceptibles por los sentidos; allí estarán los cuerpos gloriosos siete veces más resplandecientes que el sol; allí cantarán con humanas y angélicas voces las alabanzas del Señor; allí embalsamarán el ambiente de delicadísimos aromas, y allí, por fin, estarán con su majestad y sus encantos el cuerpo de Jesús, el de la Virgen, su Madre, y los de todos los justos: ¿A qué, pues, tanta

luz, si nadie la ha de ver? ¿A qué tantas y tan sublimes armonías, si nadie las ha de oír? ¿A qué tan delicados aromas, si nadie los ha de percibir?

110. Y, por otra parte, como dice el ilustre Lesio, ¿cómo van á quedar sin premio unas facultades que, cual los sentidos corpóreos, tanto han contribuído en esta vida de destierro á la gloria de Dios y á la salvación del mismo hombre? Si un vaso de agua fría no ha de quedar sin premio en el Cielo, según promesa del Salvador, ¿cómo habrán de quedar sin premio unas potencias que tantos trabajos y privaciones han sufrido por amor á su Dios? Pero el primer premio y más necesario de una facultad es su ejercicio; pues es el requisito indispensable para los premios ulteriores. ¿Quién duda de que lo primero que desea el ciego para su vista es el poder ver? El ciego de Jericó, cuando le preguntó Jesucristo qué era lo que deseaba, se apresuró á responder ante todo: Señor, yo quiero ver (1).

111. Por último, el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, cuya resurrección y gloria son causa y modelo, á la par, de la resurrección y gloria del cuerpo de los justos, después de resucitado y mientras estuvo sobre la tierra en compañía de su divina Madre y de sus Apóstoles, tenía el uso perfectísimo de todos sus sentidos. Pues de él se nos dice que veía á sus discípulos, que con ellos hablaba y respondía á sus preguntas, y que era él mismo, y, por lo tanto, que tenía cuerpo perfecto como lo había tenido en su vida mortal. Por el contrario, jamás se dice que los discípulos echaran de menos en el cuerpo de su

(1) Luc., 18, 41.

Maestro resucitado la existencia de alguno de los sentidos corporales. Luego por esto hemos de creer firmemente que también los cuerpos de los justos en el Cielo estarán adornados de todos sus naturales sentidos: así podrán recibir en ellos su condigno premio; podrán percibir por ellos la sensible y esplendorosa hermosura de la gloria, y serán también por este concepto testigos elocuentes de la bondad y sabiduría infinitas de su Criador.

*
* *

112. La justicia de Dios.

Dime, Padre común, pues eres justo:
¿Por qué ha de permitir tu Providencia
que, arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude á tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo que, robusto,
hace á tus leyes firme resistencia,
y que el celo que más la reverencia
gima á los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inicuas la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo...

Esto decía yo, mientras riendo
celestial ninfa apareció y me dijo:
Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

BARTOLOMÉ L. DE ARGENSOLA.

*
* *

¡Trabajos!, peso dulce, don precioso
al que con humildad os sufre y lleva;
toque de la virtud, ilustre prueba
del corazón constante y generoso;
saludable licor, néctar sabroso
que las fuerzas del ánimo renueva,

breve y seguro atajo, senda nueva
 para llegar al reino del reposo;
 dichoso el que os abraza y se sustenta
 del fruto del honor y de la gloria,
 que entre vuestras espinas nace y crece;
 mas ¡ay de aquel que en ocio y vida exenta,
 dejando al mundo infame su memoria,
 sin beber de este cáliz envejece!

ANTONIO DE MALUENDA.

*
 * *

Fortaleza.

Dulce Señor, mil vanos pensamientos
 fundados en el viento me acometen;
 pero por más que mi quietud inquieten
 no podrán derribar sus fundamentos.

No porque de mi parte mis intentos
 seguridad alguna me prometen
 para que mi flaqueza no sujeten,
 ligera más que los mudables vientos;
 mas porque si á mi voz, Señor, se inclina
 tu defensa y piedad, ¿qué humana guerra
 contra lo que tú amparas será fuerte?

Ponme á la sombra de tu cruz divina
 y vengan contra mí fuego, aire, tierra,
 mar, hierro, engaño, envidia, infierno y muerte.

LOPE DE VEGA.





Capítulo IX.

Gozo que tendrá en el Cielo el sentido de la vista.

La vista vivirá en el Cielo, 113.—Lo declara la Escritura, 114.—El Santo Job, 115.—El Salmista, 116.—Isaías, 117.—El Nuevo Testamento, 118.—San Agustín, 119.—San Gregorio, 120.—Granada, 121.—La Puente, 122.—Santa Teresa, 123.—Opinión de Suárez sobre el modo de ver en el Cielo, 124.—Idem de Lésio, 125.—En el Cielo habrá luz, 126.—Producida por el vibrar del éter, 127.—Que haya luz parece indudable, 128.—Y hay cosas visibles, 129.—Primer gozo de la vista: su ejercicio, 130.—El segundo por la hermosura de los objetos, 131.—Lo dice La Leyenda de Oro, 132.—El tercero por ver á Jesús, 133.—El cuarto á los otros justos, 134.—Palabras de Santa Teresa, 135.—Espectáculo sublime, 136.—Poesías, 137.

113. Dado caso que los bienaventurados en el Cielo tengan algún sentido, de lo cual, como vimos ha poco, no es posible dudar, habrán de tener en primer término el sentido de la vista; pues es el sentido más noble de todos, es el más espiritual y que más se acerca, aunque sin salir de su esfera, á las superiores facultades del alma. Por eso, aunque alguien pudiera abrigar sospecha de que no todos los sentidos hubieran de existir y ejercer sus actos en el Cielo, del sentido de la vista no es esto posible.

Porque, además de las razones arriba expuestas, y que son generales y comunes á todos los sentidos del cuerpo, tiene la vista á su favor razones propias, y tan evidentes, que no es posible desconocerlas. Y esas razones, á la vez que son prueba clara de la existencia de este noble sentido, lo son también del gozo que con él y por él recibirán los bienaventurados en el Cielo.

114. En efecto: en el Cielo, según nos lo aseguran las Sagradas Letras, realizarán los justos el acto de ver, lo cual supone la existencia del sentido de la vista; habrá, además, luz abundantísima, que es el medio que pone en movimiento á este sentido, á la vez que en comunicación con las cosas visibles. Luego nada falta para que los justos realicen con toda perfección el acto de ver con sus propios ojos.

«Bienaventurado seré, dice el anciano Tobías, si llegare mi descendencia á ver la claridad de Jerusalén». Y no habla de la Jerusalén terrena, sino de la celestial, como se comprende por la descripción que de ella hace en las palabras que pone á continuación. «Las puertas de Jerusalén serán construídas de zafiro y esmeralda»; y más aún por lo que dice de su eterna duración, pues dice esto: «Bendito el Señor, que la glorificó, y sea su reinado sobre ella por los siglos de los siglos» (1).

115. Pues no es menos, sino antes más claro el santo Job, como se ve por estas sus afirmaciones, ya anteriormente mencionadas: «En mi propia carne he de ver á Dios, al cual he de ver yo mismo y no

(1) Tob., 13, 20 al 23.

otro; y mis propios ojos le han de mirar» (1). Porque, aunque Dios no es visible en su mismo y divino ser por vista de ojos corporales, ¿por qué no ha de serlo por medio de alguna especial luz en la cual se refleje de algún modo su inefable é infinita esencia? Tampoco es visible por ojos corporales el alma humana en sí misma, pero ¿quién duda que lo es, de algún modo, por medio de su propio cuerpo, al cual está sustancialmente unida? ¿Por qué, si no, se dice con tanta frecuencia y con tanta verdad que la cara es el espejo del alma? Por igual modo, ¿por qué no hemos de creer que la divinidad de Jesucristo se retrataba acá en la tierra por la majestad de su continente y por la claridad de su semblante; y que eso habrá de sucederle con mayor razón y más intensidad allá en el Cielo? No se ve, pues, que faltan á Dios medios para hacerse de alguna manera visible á los sentidos corporales. Mas, aunque se diera esa imposibilidad allá en el Cielo, no deja de tener por eso buena explicación lo que dijo el paciente Job; porque en el Cielo se verá la grandeza y hermosura de aquella ciudad y la gloria y multitud de sus dichosos moradores, que es ver á Dios por el límpido espejo de sus mejores obras.

116. Pues el Real Salmista en buen número de lugares habla de lo que verán en los cielos los ojos de los justos. «Tu magnificencia, Señor, está elevada, dice, sobre todos los cielos. Yo veré tus cielos que son obra de tus manos; la luna y las estrellas que tú has fundado. Has colocado al hombre á muy cercana altura de los Angeles, y le has coronado de

(1) Job, 19, 26 y 27.

honor y gloria» (1). Parece, á primera vista, que aquí sólo trata el Real Profeta de la visión de los cielos materiales y de los hombres que los ven en esta mortal vida; pero, en realidad, ninguna razón hay para no extenderlo á la otra vida y á los cielos nuevos, es decir, al Cielo empíreo, donde ya hemos visto que los bienaventurados resplandecerán con muy diferentes lumbres: unos como el sol, otros como la luna y otros como las estrellas. Pero, cuando en el mismo salmo nos habla el Salmista de la victoria y destrucción completa de los enemigos de los justos, y cuando nos dice que el hombre está á poca menos altura que los gloriosos Angeles, tengo para mí como cosa muy clara que los cielos que deseaba ver el Santo Rey eran los Cielos de los justos, que son por excelencia la obra de los dedos de Dios, y en donde el hombre será realmente poco menos que los Angeles. Pues no sólo tendrá el alma sublimada con la lumbre de la gloria, mas también espiritualizado su cuerpo con las gloriosas dotes de que ya hemos hablado. Y en ese Cielo es donde solamente puede verificarse «que los ojos estén siempre mirando al Señor» (2), como más adelante dice el mismo Profeta.

«En tu lumbre, Señor, escribe en otro lugar el Rey David, veremos la lumbre» (3). Pues, aunque esta lumbre se entiende que es la lumbre espiritual con que ilumina Dios á las almas beatíficas para que puedan en ella y con ella ver la lumbre infinita

(1) Psal., 8, 2 al 6.

(2) Psal., 24, 15.

(3) Psal., 35, 10.

de la esencia de Dios, debe también aplicarse á la luz sobrenatural con que verán los ojos corporales la inmensa lumbre de la celestial Jerusalén; y el mismo Salmista da á entender que incluye la visión y lumbre del sentido, cuando dice un poco antes: «Los hijos de los hombres serán embriagados con la abundancia de tu casa, y les darás á beber del torrente de tus deleites» (1). Porque no podría decirse que quedarían del todo embriagados si esa embriaguez no alcanzara al sentido de la vista, que es el más perfecto y espiritual sentido.

Concuerdá admirablemente con esto lo que se dice en otro salmo, «y es el deseo de la bendición del Señor para tener la dicha de ver los bienes de Jerusalén en todos los días de la vida» (2); que es lo mismo que ver por todos los días de la eterna vida las grandezas de la Jerusalén del Cielo.

117. También el gran profeta Isaías confiesa con frecuencia la vista de ojos con que verán los justos en la gloria. «En aquel día, escribe, se inclinará el hombre hacia su Hacedor, y sus ojos mirarán al Santo de Israel» (3). «Y verán, dice poco después, á su Rey en todo su esplendor» (4), y «verán á la vez la celestial Jerusalén, ciudad opulenta y tabernáculo que jamás se podrá destruir, porque sólo en él será el Señor glorificado» (5).

Por eso exhorta este Santo Profeta á la ciudad de Dios á alegrarse, «porque florecerá como florece

(1) Psal., 25, 9 y 10.

(2) Psal., 127, 5.

(3) Isa., 17, 7.

(4) Isa., 33, 17.

(5) Isa., 33, 20 y 21.

el lirio; germinará con abundancia, y se regocijará con alegría y alabando (á Dios); pues le ha sido dada la gloria del Líbano, y la hermosura del Carmelo y del Sarón, y sus habitantes verán la gloria del Señor, y la belleza de nuestro Dios» (1). Y, dirigiéndose á la Iglesia triunfante, alaba, su fertilidad y la multitud de los que la componen, y dice: «Entonces verás y abundarás, y se admirará y ensanchará tu corazón» (2).

118. Pues en el Nuevo Testamento no faltan pruebas de la visión que habrá en el Cielo. «Bienaventurados, dice Jesucristo, los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios» (3); y más adelante dice á sus Apóstoles: «Felices los ojos que ven lo que vosotros veis» (4), es decir, á Jesucristo, Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, el cual será objeto de la vision corporal de los justos en el Cielo. Por eso dice al despedirse de sus discípulos y darles esperanzas de volver á verlo en la gloria: «Dentro de un poco, ya no me veréis (*porque moriré*), pero dentro de otro poco me volveréis á ver (resucitado y glorioso), porque voy al Padre, ó sea al Cielo» (5). Y, como á ese mismo Cielo habrían de ir los Apóstoles en cuerpo y alma, después de la final resurrección, de ahí es que Jesucristo les promete solemnemente: «Que verán al Hijo del Hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios» (6).

(1) Isa., 35, 1 y 2.

(2) Isa., 63, 5.

(3) Mat. 5, 8.

(4) Mat., 13, 16.

(5) Joan., 16, 16.

(6) Mat., 26, 64.

Que es lo que dijo el Protomártir San Esteban, al ser apedreado por amor de Jesús: «Veo, dice, los Cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está á la derecha de Dios» (1). Con lo cual se ve que, como prueba de la promesa que el Divino Maestro había hecho á sus Apóstoles y discípulos de que lo habrían de ver en el Cielo, á la derecha del Padre, otorga milagrosamente este inefable beneficio al que era la Primicia de los Mártires; esto es: el beneficio de ver, estando aun en carne mortal, la gloria de Dios y á Jesús que estaba á la diestra de su Padre.

Ahora bien: lo que San Esteban vió desde el abismo de esta mortal existencia, ¿cómo no lo verá en la excelsitud de la gloria, cuando la visión de aquí no tenía otro fin que alentarle á confesar á Jesucristo hasta la muerte, animándole con la esperanza del premio? Y si esto se ha de otorgar en el Cielo á San Esteban, ¿quién puede dudar que igual premio, en sustancia, habrán de recibir todos los que al Cielo vayan?

119. Los Doctores de la Iglesia, aunque poco ó nada hablan expresamente del sentido de la vista en el Cielo, bien claramente dan á conocer su existencia, cuando nos hablan de las excelentes cosas que en la gloria verán los ojos de los justos. A este propósito dice el gran San Agustín: «Dios por el hombre se hizo hombre; para que el que Criador fuese también Redentor; y el hombre con lo que Dios tomó de su naturaleza fuese redimido; y para ser Dios amado del hombre con mayor familiaridad y más domésticamente, se vistió de la semejanza del

(1) Act., 7, 55.

hombre; para que el uno y el otro sentido sea recreado y beatificado en él: el ojo del corazón en la Divinidad, y el ojo del cuerpo en la sagrada Humanidad del Señor; y de esta manera la naturaleza humana, que ha sido criada de Dios, entrando y saliendo halle pasto en el mismo Dios» (1).

Y, en su admirable libro de la *Ciudad de Dios*, no sólo dice que se verán los cuerpos gloriosos, mas también que veremos por dentro y por fuera la preciosa armonía de todos los elementos del cuerpo humano, y afirma, á la par, «que Dios será entonces el fin de todos nuestros deseos, al cual veremos sin limitación alguna, le amaremos sin fastidio y sin cansancio le alabaremos» (2).

120. Análoga cosa es la que elegantemente nos dice San Gregorio; pues, según este inspirado Pontífice, no sólo se verán los bienaventurados el rostro los unos á los otros, sino que también la armónica disposición del cuerpo, hasta las vísceras y el corazón (3).

Nada hace falta decir acerca de la doctrina del Angélico sobre esta materia, pues ya se vió extensamente en el anterior capítulo cómo es de parecer que en la gloria existen en acto ó en ejercicio todos los sentidos del cuerpo glorioso.

121. Nuestros místicos, por su parte, bien claramente nos presentan los gozos del sentido de la vista en la patria del Cielo. ¡Tales son las grandezas que, según ellos, allí se verán! «Los ojos reno-

(1) Manual, capt. 26.

(2) *De Civit. Dei.*, lib. 22, capt. últ.

(3) Lib. 18, Moral, capt. 27.

vados, dice nuestro Fr. Luís de Granada, y esclarecidos sobre la lumbre del Sol, verán aquellos palacios reales, y aquellos cuerpos gloriosos, y aquellos campos de hermosura, con otras infinitas cosas que allí habrá que admirar» (1).

122. También ensalza esta misma verdad el Padre Luís de la Puente. «La vista, dice, tendrá sumo deleite viendo la hermosura de tan innumerables cuerpos gloriosos, con la variedad que habrá en ellos de rostros y figuras apacibles. Y, sobre todo, se deleitará en ver la humanidad sacratísima de Jesucristo nuestro Señor, y sus resplandecientes llagas, cuya vista será tan gloriosa que el Santo Job, en medio de sus llagas y dolores, se consolaba con la esperanza de ella» (2).

123. Callemos, por brevedad, lo mucho que de Santa Teresa pudiera traerse sobre este precioso asunto: indiquemos sólo las tan repetidas y casi continuas visiones del Cuerpo adorable y llagado de Jesucristo con que la solía regalar su divino Esposo. Y, aunque tales visiones, como ella dice, no eran de ojos corporales, sinó del alma, ó, á lo más, de la imaginación, sucedía eso porque no tenía aun la Santa espiritualizado su cuerpo y sentido, al modo que los tendrán los justos en el Cielo. Pero, así y todo, bien claro se deja ver que para eso se aparecía en visión Jesucristo á la Serafín del Carmelo, para darla una prueba de que lo vería cara á cara en el Cielo, cual acá abajo lo veía en sus raptos por visión de la imaginación ó del entendimiento.

(1) Medit., capt. 16, prf. 5.^o

(2) Medit., part. 6.^a Medit. 52, punto 3.^o

De los argumentos anteriores, aunque apenas hemos hecho sinó indicárlas, clara aparece la existencia del sentido de la vista y de su ejercicio en los cuerpos gloriosos de los justos del Cielo.

124. Mas no aparece tan claro el medio ambiente en que la vista de los bienaventurados haya de realizar el acto de ver, ó se haya de poner en comunicación con los objetos vistos. Por eso, respecto de tal medio no están acordes nuestros teólogos. Aquí, en la tierra, es la luz el medio natural y ordinario en que ejercitamos la acción de ver; mas en el el Cielo, ¿hay luz como la de aquí abajo? Y, si no hay luz, como algunos creen, ¿de qué manera podrán ver los bienaventurados las cosas visibles de la gloria?

Nuestro profundo Suárez supone que no hay luz en el Cielo, y que tampoco se puede transmitir la imagen del cuerpo visible al órgano de la vista en el vacío, á no ser por dos milagros: uno, la creación, y otro, la existencia por sí mismas de tales imágenes; y los milagros no se han de multiplicar sin necesidad. Por esto da él esta explicación: «Más fácil es decir que el objeto (*visible*) obra inmediatamente en el sentido (*de la vista, aunque esté*) distante, produciendo en él las especies (*ó imágenes del objeto*); ya se haga esto por virtud natural (*del objeto*), como quieren algunos, ya sea por virtud divina. Pues este tal modo de inmutar la potencia (*de la vista*) es conforme al cuerpo glorioso, el cual es llamado por San Pablo (*cuerpo*) espiritual. Por eso, así como un espíritu (*en el Cielo, y también los espíritus puros en general*) habla con otro manifestándole su concepto é impri-

miendo en él su especie (*intelectual*) sin que sea impedimento (*para ello*) la distancia; así también aquellos cuerpos gloriosos participan de esta eficacia (*de verse el uno al otro sin necesidad de medio*). De lo cual infieren algunos que puede el cuerpo glorioso (en cuanto está de su parte) impresionar la vista (*de otro ser glorioso*) y ser, por lo mismo, visto á cualquier distancia... Y, por lo que toca al cuerpo de Jesucristo, no me cabe duda, dice Suárez, que tiene esa eficacia en cuanto es objeto visible» (1).

125. Distinto camino sigue el insigne Lesio para explicar la visión en el Cielo. Pues, aunque dado caso que allí hubiera vacío entre uno y otro cuerpo, acepta la explicación de Suárez; sin embargo, aquel escritor no admite la existencia de ese vacío.

Se propone á sí mismo la dificultad para explicar el acto de ver en el Cielo, fundada en la opinión de algunos que dicen que los bienaventurados estarán con Jesucristo sobre el Cielo empíreo, y, por tanto, que estarán con todo su cuerpo fuera del mundo. Por lo cual no se podrán ver los unos á los otros; porque por el vacío (*que fuera del mundo será absoluto*) no se podrán difundir (*y propagar de un lugar á otro*) las especies (*ó imágenes*) sensibles. Lesio resuelve la dificultad negando la suposición de que los bienaventurados estén sobre todos los cielos, y fuera, por tanto, del mundo, ó en el vacío absoluto, y dice así: «El antecedente (*la afirmación*) parece poco creíble. En primer término, porque entonces resultaría que el lugar y el reino de los bienaventurados y

(1) Comment. in 3.^{am} Div. Thom., Part. q. 54, disp. 47, sect. 6.^a art. 4.^o

el trono de Dios no estarían en el Cielo, sinó fuera del Cielo en el inmenso vacío, en el que no hay nada; lo cual no está conforme con el modo de hablar de la Escritura, la que á cada paso coloca el trono y asiento de Dios y su reino (que es la sociedad de Angeles y hombres santos) en el Cielo y no fuera del Cielo. Así dice el Salmista (Salmo 1.º): «El Señor tiene en el Cielo su asiento». Y en otros muchos lugares se dice que el Señor y los Angeles están en el Cielo; luego no fuera del Cielo.

«Mas el estar Dios en el Cielo, según la frase de la Escritura, no significa otra cosa que manifestarse allí presente (*por modo especial*) y dar á conocer su gloria; pues en otros lugares está de tal modo que no puede ser visto, y por lo mismo parece que está lejos. En el Cielo se manifiesta presente con toda claridad; de ahí que se diga que está en el Cielo de un modo particular».

«Además, la Escritura nos describe el Cielo como una ciudad adornadísima, llena de luz y de amenidad. Y sobre el Cielo no hay ni luz, ni amenidad, ni variedad alguna de cosas; no hay nada bueno, nada hermoso... Por lo cual sería mucho mejor habitar en la tierra, donde hay montes y valles, fuentes y ríos, selvas y prados, huertos y flores, y una variada hermosura de cosas que deleita todos los sentidos.

Así, pues, esta opinión (*del cielo vacío*) se aparta del modo de concebir de todos los fieles; pues todos conciben el reino de Dios y la gloria de los Santos en el Cielo y no fuera del Cielo, en el vacío...

Y, aunque el Apóstol dice que *Jesucristo subió so-*

bre todos los cielos (Eph., 4), debe entenderse en el sentido de que subió sobre todos los cielos que nos son conocidos; para que no crea alguno que colocó su asiento en el sol ó en las estrellas; ó también en cuanto que subió sobre todos los cielos, aun sobre el supremo, pero no en cuanto á la parte externa, en la cual se contienen todas las cosas, sinó en cuanto á la parte interna (1).

«Nótese, sin embargo, que, aunque aquel espacio fuera del mundo no sea lugar apto para la habitación de los Santos, y que no habrán de ir allí jamás, no obstante, pueden, por virtud divina estar en él, y realizar en él las operaciones de los sentidos. Pues puede Dios hacer, ó bien que los ojos vean sin especies (*imágenes*), ó bien que las especies sean imprimidas inmediatamente por el objeto (*visible*) en el sentido (*el sujeto que haya de realizar la visión*)» (2).

De donde se colige que el parecer de Lesio es que el Cielo no está vacío; es decir, no carece de medios aptos para poner en comunicación el objeto visible con el órgano de la vista; y, por lo mismo, que allí se puede verificar el acto de verse los bienaventurados los unos á los otros, y ver todas las cosas de la gloria sin acudir á medios extraordinarios; y, aunque este teólogo no nos dice que en el Cielo haya luz, bien claramente lo da á entender.

126. Nuestro modesto parecer es que en el Cielo hay verdadera luz, y luz como la de aquí abajo,

(1) Ya explicamos arriba la significación de *subir sobre todos los cielos*. En nuestro concepto significa estar colocado en el lugar más noble de ellos.

(2) De Sum. Bon., lib. 3.^o, capt. 8.^o

si bien producida por diferentes focos. El ánimo se resiste á creer que el Cielo sea una mansión de perpetua noche; y, así como en la tierra la luz es la principal fuente de inagotable hermosura, así tenemos necesidad de creer que la hermosura del Cielo estará revestida de luz, ó que ella misma sea luz, y luz capaz de manifestarse con suave, pero esplendente brillo á los seres sensitivos que habitan aquel paraíso de delicias.

127. Si la luz aquí en estos cielos, que comunemente llamamos inferiores, es producida por el movimiento de una sutilísima materia, llamada éter, ¿qué inconveniente puede haber en que ese éter se extienda por todos los espacios, y vibre en todos los senos de la mansión de los justos? No se ve, por cierto, ninguno; antes, por analogía, se comprende muy bien que en el Cielo habrá de existir esa sutilísima materia. Pues, ¿no existen allí los cuerpos de los bienaventurados, con sus miembros, su extensión, es decir, su altura natural, su anchura y su grueso, y con muchas de sus propiedades físicas, si bien modificadas y sublimadas con las propiedades y las dotes del cuerpo glorioso? ¿Por qué, pues, el espacio donde están los cuerpos gloriosos, y aun los cuerpos gloriosos mismos, no han de estar llenos de esa sutilísima, impalpable é imponderable materia? Si, pues, en el Cielo existe, y existe en abundancia esta imponderable materia, ¿por qué no ha de poder ponerse en movimiento, y producir la luz, con la cual se ilumine aquella felicísima mansión? Y, si fuera verdadera, como así lo creemos, la hipótesis arriba expuesta de que el Cielo de los justos

y el trono de Jesucristo deben estar en el centro del mundo sensible, no cabe dudar que ese Cielo estaría inundado del inmenso oleaje de ese océano casi infinito en que nada el mundo creado, con todos sus grandes y majestuosos soles; porque cosa es admitida entre los teólogos que Dios no destruye ni un átomo siquiera de materia por él creada. Luego, si ahora el éter lo llena todo, y los mundos, que llamamos astros, están sumergidos en ese inagotable océano de éter, como lo están las aves, cuando vuelan en el océano de la terrestre atmósfera, y los peces en el océano de las aguas, no cabe dudar que, después de la resurrección de los muertos, ese mismo éter llenará todos los espacios del mundo corpóreo, y, por lo mismo, llenará también el Cielo empíreo que está en el centro de ese mundo.

123. Pero prescindamos de estas explicaciones: mas de lo que no se puede prescindir es de admitir la luz, y luz refulgentísima en el Cielo, sea cualquiera la naturaleza de ella, y sea cualquiera la causa que la produce. Porque las Sagradas Escrituras no aciertan á hablarnos del Cielo sin mencionar la palabra luz; y, aunque tales expresiones se refieren, por un lado, á la luz de las almas, no hay por qué no referirla, por otro lado, á la luz de los cuerpos. Luz es Dios, y en El no hay tinieblas ni sombra alguna; luz es el Cordero de Dios, Jesucristo, cuyo cuerpo es la antorcha que ilumina aquella ciudad; luz son los cuerpos de los bienaventurados que estarán, como ya dijimos, adornados de la dote de la claridad, y por la cual resplandecerá cada uno de ellos como siete soles de los que ahora iluminan

nuestro horizonte, y se diferenciarán, no obstante, por la intensidad de su brillo, como una estrella se diferencia de otra.

Cierto es que también afirma el Apocalipsis que aquella ciudad del Cielo no necesita de sol ni de luna; pero es precisamente por la abundancia de otra luz más noble y más divina; pues está iluminado por la lámpara del Cordero. Y, por otra parte, no dice el Discípulo Amado que no llegue al Cielo la luz del sol, ni la de la luna, que es reflejo de la del sol, sinó que allí no hay necesidad de esa luz; lo cual no es decir que no la haya.

129. Habrá, por último, en el Cielo cosas visibles, como son los cuerpos de los bienaventurados, en cuyo primer lugar está el cuerpo de Jesucristo, que será el que con su presencia hará felices á todos los ojos de los justos.

Luego no cabe dudar que en el Cielo ejercitarán los bienaventurados el acto de ver; ya que tienen sentido de la vista, tienen luz y tienen objetos visibles.

130. Pues bien: este será el primer gozo del sentido de la vista; su propio ejercicio. Porque no hay duda que el ejercicio de las potencias es uno de los más grandes y legítimos gozos. Así lo dice el Angélico; y, aunque nadie lo dijera, lo dice á cada hombre la experiencia propia, acompañada de la más sencilla reflexión. Prescindiendo de los objetos diferentes que forman el campo de cada sentido; lo que deseamos es, en primer lugar, el ejercicio del sentido mismo, sea cual fuere el objeto que se le presente. Cuando estamos encerrados en una habi-

tación oscura, cuando es de noche y no hay luz artificial, ó cuando por una enfermedad tenemos los ojos vendados, nuestras más profundas ansias son por salir de la habitación al aire libre, ó porque salga pronto el astro del día, y porque, pasando la enfermedad, desaparezca el vendaje y poder ver en todos los casos la hermosa luz del sol; esa luz que era el anhelo del anciano y santo Tobías. Por el contrario, quien tenga expedito el uso de la vista, podrá, tal vez, renunciar á ver á su pueblo, á su patria, á sus más queridos objetos; pero no renunciará jamás á la misma facultad de ver. Así se comprende de algún modo el placer que experimentará un ciego en el momento que recupere la vista y haga uso de ella. Su gozo será profundo, inmenso, indecible, tan indecible como sería su pena en la ceguera.

Ahera bien: los bienaventurados han sido también ciegos todo el tiempo que duró su muerte temporal. Su cuerpo, encerrado en la oscura cárcel del sepulcro, estaba privado de la hermosa luz del día, y sus ansias por unirse de nuevo al alma y ver la luz inefable del eterno Sol de justicia, que alumbraba los palacios de la gloria, ansias eran mortales; ¿qué gozo, pues, no recibirá al verse de nuevo unido á su alma, con los ojos perfectísimos y bien despabilados, y extender su vista no por esta explanada del mundo creado, sinó por los anchurosos y brillantísimos salones de aquel eterno mundo de la gloria?

Añádase á esto que la luz del Cielo es de calidad mucho más subida que la luz del sol, como dice be-

llamente Santa Teresa, y que es una luz que, por muy intensa que sea, no daña en lo más mínimo á la vista; antes, como lo enseña el Angélico, la llena de inefable suavidad y bonanza. Con todo lo cual se comprenderá algo de lo mucho que gozarán los justos en el Cielo con el ejercicio de la facultad de ver.

131. Mas este gozo se aumenta en grados casi infinitos con la hermosura, encanto y atractivo que tienen para el bienaventurado los objetos sobre los que dulce y eternamente explayará su mirada. Pero, esto no lo quiero empequeñecer con la torpeza de mi pobre pluma, y decirlo, por tanto, debo con plumas más elocuentes, más santas y más autorizadas. «Los ojos se recrearán siempre, escribe el sabio Nieremberg, con la vista suave de tantos cuerpos hermosísimos, como serán los gloriosos, de tantos soles clarísimos como habrá allí juntos. Un sol basta para alegrar ahora á todo el género humano; ¿que alegría sentirá un bienaventurado con tantos soles, y viéndose á sí ser uno de ellos? ¿Qué gozo será cuando vea salir de sus pies y manos y de todos sus miembros y artejos de su cuerpo, rayos más claros que los del sol del mediodía? Entre todos, ¿cuánta alegría será ver el cuerpo de la Virgen Santísima, nuestra Señora, más hermoso y resplandeciente que toda la hermosura y luz de los Santos? Cuando la vió San Dionisio Areopagita, en el tiempo que aun estaba en carne mortal, se le representó tal, que le parecía que estaba en la gloria; ahora que tiene cuerpo inmortal y glorioso, ¿de cuánta alegría y gozo será su hermosísima vista?

De Ester se dijo que era hermosa grandemente y de una belleza increíble, graciosa á los ojos de todos y muy amable; ¿con cuánta mayor excelencia será graciosa y amable la Reina de los Cielos en el estado glorioso? Sobre todo, ¿cuán llena de contento será la vista de Cristo nuestro Redentor, más resplandeciente, claro y hermoso que los demás cuerpos junto, cuyas llagas saldrán con particular gloria y resplandor? También las heridas de los Mártires estarán hermosísimas, y campearán con singular hermosura y resplandor aquellas partes en que fueron atormentados los Mártires y se mortificaron los Confesores. Además de esto, habrá vistas hermosísimas en aquel Cielo empíreo y en la grandeza y edificio de palacios de «aquella ciudad de Dios» (1).

132. Otro preclaro y muy piadoso autor escribe sobre la hermosura del Cielo y gozo que causa su vista estas magníficas palabras: «Pues si preguntas por las labores de su edificio no hay lengua que lo pueda explicar; porque, si esto que parece por fuera á los ojos mortales es tan hermoso, ¿qué será lo que allí está guardado á los ojos inmortales? Y si acá en este mundo visible nos deleita tanto la hermosura de la tierra, la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los ríos repartidos, como vemos, por todo el cuerpo poblado de tantas diversidades y maravillas de cosas, ¿qué será en aquella casa real y en aquel sacro palacio

(1) Diferen. entr. lo temporal y lo eterno, iiii. 4.º, capt. 5.º, párraf. 2.º

que Dios edificó para solaz y gloria de sus escogidos? De este lugar sobre todas las cosas lindo, admirable y divino, dice San Pedro Damián unas palabras recogidas de diversos lugares de San Agustín, que quiero poner aquí: «¡Quién, dice, podrá explicar la alegría de aquella patria soberana, donde los edificios son todos de piedras preciosas y vivas, y los tejados están cubiertos de oro purísimo, y las salas resplandecientes con maravillosa claridad, y toda la obra es de piedra de inestimable valor, y las calles de esta ciudad son enlosadas de oro más puro que el cristal, sin polvo ni lodo, ni inmundicia alguna, en donde la aspereza del invierno y el ardor del estío no tienen lugar; donde las flores y rosas, que no se marchitan, hacen una perpetua primavera, blanquean las azucenas y brotan mil fuentes de bálsamo; los prados están siempre verdes y los sembrados hermosos... allí las manzanas lindísimas están colgados en aquellos bosques floridos para siempre En aquella ciudad no hay variedad en la claridad de la luna, del sol y de las estrellas; porque el Cordero es el que alumbrá sin jamás esconderse, y por eso no hay noche, ni sucesión de tiempo, sinó un día constante y perpetuo, y cada uno de los Santos resplandece como un sol». Hasta aquí son palabras de San Pedro Damián, las cuales se han de entender no como suenan materialmente, sinó por otra manera más alta, barrantando y sacando por estas cosas que nosotros conocemos y en que acá nos deleitamos, cuánto más espirituales y excelentes serán las de allá» (1).

(1) *La Leyenda de Oro*, para cada día del año.

133. Grandes gozos, pues, esperan allá en el Cielo á la vista de los bienaventurados; gozos purísimos que ni manchan la gloria del cuerpo, ni estorban las operaciones beatíficas del alma. Pero entre todos estos gozos sobresaldrán en alto grado del que experimentarán al contemplar el orden magnífico y perfectísimo de los moradores de aquella ciudad, la hermosura de sus cuerpos y la plácidez de sus rostros. Y entre éstos sobresaldrán los cuerpos nobilísimos y divinos por modo especial: el cuerpo sacratísimo del Hijo de Dios y Redentor del mundo y el de su Inmaculada y benditísima Madre. Mas de estas tres cosas necesario es hablar en capítulo á parte y más por extenso; por lo cual no hablamos de ello ahora.

134. Pero, ¿cómo pasar en silencio el gozo que experimentarán los justos del Cielo en verse allí cara á cara los unos á los otros, desde Adán hasta los últimos que hayan nacido de ese primer padre, reunidos para siempre, no en el paraíso de la tierra, sino en el del Cielo, que es inmensamente más hermoso? ¡Qué contento recibirán de contemplar el rostro de sus primeros padres, Adán y Eva, y cuál será el de éstos al ver reunidos en la casa de Dios á tantos y tan alegres descendientes suyos! ¿Qué satisfacción no será ver á Noé, á Abraham, á Jacob, á Moisés, á Samuel, á David y á toda aquella serie de antiguos patriarcas, y reyes, y profetas de la ley antigua? Pues, ¿qué el ver á los Apóstoles y á los Mártires con sus llagas y las señales de sus horribles tormentos? ¿Qué aquella innumerable multitud de Pontífices, Confesores y Vírgenes, que tanto res-

plandecerán con las aureolas de sus heroicas virtudes? Y el gozo de ver á nuestros mismos padres y hermanos vivos, alegres y presentes eternamente en la gloria, ¿quién lo podrá ponderar? Juntado con todo esto la hermosura y suavidad de aquella región celestial, y la espléndidez y encanto de aquella divina luz, muy superiores á la luz y región de aquí abajo, subirán tanto aquellos gozos de la vista del Cielo, que no h y lengua que los pondere.

135. Por eso, hablando de sus visiones en carne aun mortal, nuestra mística Doctora dice estas bellas expresiones: «Parécele (*á la persona*) que toda junta ha estado en otra región muy diferente desta que vivimos, á donde se le muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviera fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas; acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes una» (1). Si tales cosas veía la Santa en sus arrobamientos, ¿qué no verá allá en el Cielo, y qué no verán todos los bienaventurados? Porque allí se verá en realidad lo que acá se ve sólo en visión imaginaria.

136. Permítaseme que ponga término á esto de la vista de la gloria con la sucinta relación de un hecho presenciado por mis propios ojos. Había, en un mes de Agosto, atravesado el tren las extensas y en aquel tiempo áridas llanuras de Castilla y León, y, después de serpentear, como inmenso reptil, por entre los estrechos y poco amenos valles de aquella

(1) Morada sexta, cap. 5.^o

parte de la provincia leonesa que une á la Robla con el puerto de Pajares, en medio de una atmósfera fría y oscurecida por densísima niebla, entiérrase el tren en el largo y tenebroso túnel de la Perruca, que abre su primera boca en la provincia de León, y la segunda en el pintoresco país de Asturias. Al salir el tren de aquel oscuro calabozo, todos los viajeros, como movidos por idéntico é irresistible impulso, se asoman á las ventanas de los coches; y, llenos de admiración y de entusiasmo, prorrumpan en estas exclamaciones: ¡Ay, qué bonito! ¡Qué hermoso! ¡Qué encantador! ¡Qué sublime es esto! Y así continuaron por un grande espacio de tiempo. No les faltaba razón para tanto entusiasmo y alegría. Acababamos de salir de un sepulcro, y se presentó á nuestra contemplación uno de los espectáculos más grandiosos, y uno de los más sublimes panoramas que en este valle de destierro pueden presenciar ojos humanos. El sol en aquella tarde de Agosto, iluminaba, con una pureza y ternura sólo comparable á las con que brillara este astro rey por primera vez en el paraíso de la tierra, iluminaba, digo, aquellas gigantescas montañas que con sus picos tocan el cielo; aquellos profundos valles, que se sumergen en las entrañas del abismo; aquella naturaleza exuberante, llena de vegetación y de vida, siempre primaveral y siempre repartiendo verdor y exhalando aromas. Expectáculo tan magnífico, en viajeros acostumbrados quizá á contemplar la monotonía de inmensas y pálidas llanuras, natural era que produjese admiración y entusiasmo sin límites. Pues, ¿qué será cuando los viajeros, que viajen en el

tren de la eternidad, por el árido y tristísimo desierto de este globo en que habitamos, salgan de la larga oscuridad de sus sepulcros y entren de repente en la claridad de aquel sol divino, y en aquellos jardines celestiales del nuevo y eterno mundo de la gloria? ¡Qué alegría y qué contento no recibirán al extender su mirada por aquella inimitable y esplendorosa naturaleza del orden supremo de los cielos? ¡Sobrada razón tenía San Pablo para asegurar que jamás el ojo humano había visto las grandezas que tiene Dios preparadas para los que le aman, y amándole vayan á la celestial Jerusalén!

* * *

137. POST NUBILA PHOEBUS

¡Cuán dichosa mudanza!
¿Qué fué, decid, del ominoso invierno
que hiciera desmayar nuestra esperanza?
La excelsa del Eterno
mano invisible le arrojó al averno.

El regalado Mayo
preludia la naciente primavera,
del sol la tierra al fecundante rayo
despierta placentera
brotando su esmeralda la pradera.

Ya de empinada cumbre
despéñanse las nieves desatadas
de Febo heridas por la viva lumbre,
fluyendo en mil cascadas
de espléndidos matices adornadas.

Del tórvido torrente
al estruendo se mezcla el peregrino
canto que lanza el ave alegremente,

siendo en su dulce trino
reclamo santo del amor divino.

En este gran concierto
brillando esta grandiosa poesía
menguado aquel, que, á la esperanza muerto
al Cielo todavía
no ha consagrado un himno de alegría.

¡Lejos el desaliento
de los atribulados corazones!
No más, no más penar: asaz el viento
gimió con el acento
que exhalaran mil hondas aficciones.

El Dios de las bondades
todo del hombre para bien lo ordena:
si zumban espantosas tempestades
El es quien las serena
suave tornando la enojosa escena.

Su amor que no se agota,
porque es inmenso, en la sublime escuela
del infortunio, con que al hombre azota,
tan grande se revela
como cuando le halaga y le consuela.

En himnos de alabanza
truéquese ya la queja lastimera:
¡Cuán bello luce el iris de bonanza!
¡qué hermosa en primavera
es la canción de gratitud sincera!

¿Por qué en tan dulce instante
no tiene, por ventura, el arpa mía
eco más puro, voz más resonante,
más suave melodía,
para inundar el viento de armonía?

Hijo de la Montaña,
con los demás, ¡oh Dios! fuí combatido
del temporal por la tremenda saña

y contemplé afogado
sus penas, y con ellos he gemido.

¡Mi pláceme ferviente
al que es alivio del ajeno duelo!;
que, aparte del placer que su alma siente
por ello acá en el suelo,
premio brillante le reserva el Cielo.

JOSÉ ATIENZA É HIDALGO PBRO.





Capítulo X.

Del gozo que en el Cielo tendrá el sentido del oído.

Lo que dice el antiguo Testamento, 138.—Idem Jesucristo, 139.—Nos hablan de Cánticos, 141.—Que serán oídos por los justos, 141.—Lo dice San Gregorio, 142.—Suárez, 143.—El Dante, 144.—San Juan de la Cruz, 145.—Granada y La Puente, 146.—Nieremberg, 147.—Inefable cántico del Cielo, 148.—Gozo indecible de los justos, 149.—Oración de San Agustín, 150.—Poesías, 151.

133. Aunque no tantos ni tan expresivos como respecto de la vista, ne faltan en la Sagrada Escritura testimonios que acrediten, ya directa, ya indirectamente, la existencia y, por tanto, los gozos del sentido del oído en la patria del Cielo. Así vemos que el Real Salmista deseaba con grandes ansias estar al lado del altar del Señor «para oír las voces de alabanza y cantar todas sus maravillas. Ame, Señor, la hermosura de tu casa y el lugar donde habita tu gloria» (1). Pues, aunque por modo inmediato se refiere el Salmista á la casa de la tierra; pero mediatamente bien claro está que se refiere también á la casa del Cielo, en donde se oyen las verdaderas alabanzas de la gloria de Dios.

(1) Psal. 25, 6, 8.

Y en otro lugar dice el mismo Profeta: «Allí nos alegraremos en el Señor, el cual domina con su virtud eternamente... Bendecid al Señor todas las gentes, y haced que se oiga la voz de su alabanza» (1). También en el libro de los Poverbios se dice algo de esto. Pues la sabiduría afirma de sí misma: «Bienaventurado el hombre que me oye» (2). Cuya perfecta bienaventuranza sólo se da en el Cielo, en donde eternamente se oirá la voz dulcísima del Señor. Por eso añade en otro lugar que «todo oído que oyere las reprensiones *en este mundo*, morará *en el otro* en medio de los sabios» (3); porque los sabios verdaderos, ¿quién duda que son los que han sabido salvarse, y viven después con Dios en la gloria?

Pues en el Cantar de los Cantares bien claramente se dice: «El amado habla á su esposa de las bellezas y gozos de la gloria». Y entre otras cosas la dice: «Oye en aquella (gloriosa) tierra la voz de la tórtola» (4). Y, si habla el Esposo á los bienaventurados, claro es que lo hace para que éstos le oigan; y, si canta simbólicamente la tórtola, es como expresión de la suavidad de los sonidos que habrá de percibir allí el oído de los justos; y tal será la dulzura de aquellos cánticos celestiales, que jamás se cansarán los oídos de escucharlos. Por eso dice el Eclesiástico: «El que me come (dice la Sabiduría) tendrá aun hambre, y el que me bebe aun tendrá sed (porque no se hastiará jamás). El que me oye

(1) Psal. 65, 6, 8.

(2) Prov., 8, 34.

(3) Prov., 15, 31.

(4) Cant., 2, 12.

no será confundido... Y los que me glorificaren tendrán la vida eterna» (1).

Lo mismo viene á decir el gran profeta Isaías. El invita á los cielos á que oigan los grandes beneficios que el Señor hizo al pueblo de Israel (2). Y más adelante, ensalzando las virtudes de Jerusalén, escribe: «Que no se oirá mi voz fuera» (3), cosa que se cumplirá de lleno en la gloria, donde los justos oirán la voz de su Redentor, pero nadie fuera del Cielo la oirá.

139. Por eso Jesucristo, en la hermosa y tierna parábola del buen Pastor, nos dice que, «sus ovejas oirán su voz y entonces se hará un sólo rebaño y un solo pastor» (4). Lo cual claro aparece que se verificará por modo especialísimo en el Cielo. Porque el Cielo es donde reina la verdad, y, como dijo Jesús hablando con Pilatos: «El que procede de la verdad oirá (eternamente) su voz», es decir, la voz de Jesucristo, que es la verdad misma (5). El mismo Jesucristo, refiriéndose á la resurrección de los justos y al juicio final, dice: «En verdad, en verdad os digo, que quien oye mi palabra... tiene la vida eterna... Porque viene la hora y ahora es, cuando los muertos oirán la voz de Dios y los que la oyeren vivirán (6). Y vivirán la vida de la eterna gloria, y allí serán felicísimos oyendo la palabra y escuchando la sabiduría de aquel divino Salomón. Pues,

(1) Eccli., 24, 29-31.

(2) Isa., 1, 2.

(3) Isa., 42, 2.

(4) Joan., 10, 16.

(5) Joan., 18, 37.

(6) Joan., 5, 24, 25.

como dijo la reina de Sabá al Salomón terrenal. «Son bienaventurados los tus varones y los tus siervos, que están siempre delante de ti, y oyen tu sabiduría» (1). Y ¿quién duda de que el Salomón de Judá era figura del Salomón del Cielo, Cristo Jesús? ¿Quién, pues, podrá tampoco dudar que los siervos de Jesús oirán en el Cielo la dulcísima voz de su Redentor y Rey, y que, oyéndola, serán bienaventurados por los siglos de los siglos?

140. Pero, además de esto, nos hablan las Sagradas Letras de las bendiciones, alabanzas, cánticos y músicas que los Angeles y los hombres de aquella dichosa patria entonan sin cesar á la augusta majestad de Dios, en hacimiento de gracias por su infinita bondad para con ellos. «Alabad, dice el Salmista, al Señor en los cielos, alabadle en las alturas. Alabadle todos los Angeles, alabadle todas las virtudes. Alabadle cielos de los cielos, y todas las aguas que sobre el Cielo están, alaben el nombre del Señor» (2).

«Cantad al Señor un nuevo cántico; resuene su alabanza en la iglesia de los Santos. Alégrese Israel en aquel que le hizo, y los hijos de Sión salten de gozo en presencia de su Rey. Alaben su nombre en el coro, y cántenle con el tímpano y salterio. Regocijarse han los santos en la gloria, y alegrarse en sus asientos. De su boca saldrán las alabanzas de Dios» (3).

Lo mismo viene á confirmar el profeta Daniel en

(1) Reg., 10, 8.

(2) Psal., 148, 1-3.

(3) Psal., 149, 1-6.

el cántico llamado de los tres niños ó mancebos: «Angeles del Señor, bendecid al Señor; bendecid al Señor vosotros también cielos. Bendecid al Señor todas las aguas que sobre los cielos hay; bendecid al Señor todas sus virtudes... A lo cual añade la Iglesia:

Bendigamos todos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo; alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos. Bendito eres, Señor, en el firmamento del Cielo, y por todos los siglos digno de alabanza y glorioso y ensalzado» (1).

Pues el Amado Discípulo, en el Apocalipsis, bien claramente dice que hay cánticos y alabanzas en el Cielo. «Y vi, escribe, y oí la voz de muchos Angeles en derredor del trono, y la voz de animales (que son los evangelistas) y de ancianos; y era su número miles de miles, y decían en alta voz: Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir... el honor, la gloria y la bendición... Y todas las criaturas que hay en el Cielo... las oí decir: Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición y honor y gloria y potestad en los siglos de los siglos» (2).

Más adelante, refiriéndose el mismo Evangelista al cántico que con el Cordero, que es Jesucristo, entonan las vírgenes, escribe: «Y oí una voz del Cielo, como voz de muchas aguas, y como voz de un grande trueno; y la voz que oí, como la voz de músicos que tañían sus cítaras. Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y de los cuatro animales y ancianos, y aquel cántico nadie lo podía

(1) Dan. 3, 56 y sgts.

(2) Apoc., 5, 11, 14.

cantar, á no ser aquellos cuarenta mil que habían sido trasladados de la tierra (1).

Por último, al hablar de las bodas del Cordero, se expresa así el Evangelista: «Oí como voz de muchas turbas que en el Cielo cantaban: *Aleluya*, la salud y la gloria y la virtud es para nuestro Dios... Y otra vez dijeron *Aleluya*... Y adoraron los ancianos al Señor que se sienta sobre el trono, diciendo: Amen, *Aleluia*. Y del trono salió una voz que decía: Cantad alabanzas á nuestro Dios todos sus siervos que teméis al Señor, pequeños y grandes. Y oí como la voz de una gran trompeta, y como la voz de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decían: *Aleluia*; porque reinó el Señor Dios Omnipotente, gocémonos, alegrémonos y démosle gloria» (2).

* 141. Síguese de lo dicho que Dios, ó, por lo menos Jesucristo, habla en el Cielo con los bienaventurados, que son sus ovejas escogidísimas, y que ya nadie podrá robarlas de su mano; síguese también que en la gloria cantan los Angeles y los hombres, cada cual á su modo, alabanzas á su Dios; y que esos diferentes cantares forman un concierto armonioso y agradable á los oídos. Mas bien se comprende que, aunque tales cánticos tengan por fin directo alabar á Dios, han de ser también escuchados por todos los felices habitantes de aquella eterna morada. Pues, al modo que aquí en la tierra los cánticos y alabanzas del culto externo no sólo tienen por fin alabar las misericordias del

(1) Apoc., 14, 2, 3.

(2) Apoc., 19, 1, 7.

Señor, mas también animarnos mutuamente á tributar á Dios el culto merecido, y excitarnos á suspirar por la grandeza de los gozos celestiales con la suavidad y concordia de los instrumentos y humanas voces, de parecida manera habrá de suceder allá en el Cielo. Pues en éste no sólo cada habitante debe alabar por sí mismo á Dios, sinó que debe saber que los demás le alaban, y que forman todos juntos un cántico inmenso, como la voz de muchas aguas, encaminado á ensalzar las grandezas de su Creador y Redentor.

Tendrán, pues, los justos en el Cielo el perfecto ejercicio del sentido del oído, y recibirán grandísimo placer en el ejercicio de ese tan noble sentido y en la armonía de los celestiales cánticos.

142. Así dice con justicia San Gregorio, comentando ciertas palabras del paciente Job: «Con razón se dice que (en el Cielo) se llena la boca de risa y de júbilo los labios; porque en aquella eterna patria, cuando es arrobada en el gozo la mente de los Santos, su lengua se desata en cánticos de alabanza» (1). De modo, que cada clase de bienaventurados canta, como escribe Lesio, á su propio modo las alabanzas de Dios: los Angeles con voz espiritual, y con voz corporal los hombres... Pues no sólo alaban los hombres á Dios en el pensamiento, sinó también con la voz (física). Y no se puede dudar que sea (el del Cielo) cántico vocal. Y la razón de ello es, porque, constando el hombre de alma y cuerpo, es necesario que sirva á Dios, no sólo con el ánimo, sinó también con el cuerpo.

(1) 8. Moral., cap. 39.

Y esta servidumbre, especialmente en la patria (*del Cielo*), no puede consistir sinó en alabanzas y acción de gracias; porque allí ya no hay cabida para las obras de penitencia y misericordia.

No puede, pues, caber duda razonable de que en el Cielo habrá cánticos de voces humanas y que, por clara consecuencia, esos cánticos habrán de ser oídos por los justos con sus propios oídos. Pues como la voz tiene por fin el ser oída, y el oído tiene por fin oír la voz, si esas celestiales voces no fueran oídas por humanos oídos, bajo algún aspecto estarían demás las voces y los oídos. Y en el Cielo, que es la patria de la última y más acabada perfección, no puede suponerse nada superfluo sin grave ofensa de Dios.

143. Así lo declara el Eximio Suárez; pues, explicando la posibilidad y la realidad del ejercicio del oído en el Cielo, se expresa de esta manera: «Páreceme á mí una cosa bastante cierta. Pues respecto del oído hay casi la misma razón que respecto de la vista. Porque ese sentido t mpoco exige (*para su ejercicio*) más que una mudanza intencional, y su operación es altamente perfecta, siendo de algún modo necesaria para el perfecto uso de la vida racional, en cuanto que por este sentido se reciben los signos (*las palabras*) que representan las ideas de los demás (*hombres*). Y por eso se le llama el sentido de la disciplina (ó enseñanza). Además, el deleite del oído es un deleite suavísimo y perfectísimo, y de algún modo espiritual, y en gran manera conveniente al estado de los bienaventurados. Por último, cuando Jesucristo, después de la resurrección, con-

versó con los hombres, consta claramente por el santo Evangelio que, así como realmente hablaba, así real y propiamente oía las voces de los otros (que hablaban con él). Ahora bien: después que subió á los cielos, aunque nada nos dice el Evangelio, es, sin embargo, cierto que allí no sólo Jesucristo, sinó los demás bienaventurados, pueden realizar el acto de oír; de lo contrario sería allí la voz superflua si no hubiera oído (ó acto de oír) (1).

Y si en el Cielo hay canciones y armoniosos conciertos encaminados á alabar á Dios, y esos conciertos y canciones son oídos por los bienaventurados, ¿qué duda cabe de que recibirán grandísimo gozo al oírlos, puesto que el sentido es perfectísimo, y las voces y armonía de una dulzura y suavidad indecible?

144. Cosas maravillosas dice á este propósito el Dante en su divina Comedia; que, á pesar de llevar ese título, tiene la tal obra un hermoso é inagotable fondo de verdad. En el libro que dedica al paraíso, describe así las armonías y concierto de la gloria. «Y como el laúd ó el arpa que con sus muchas cuerdas producen una suave melodía, hasta para el más profano en las notas, aquellas luces principiaron sobre la cruz una armonía que embelataba mis sentidos, sin embargo de no entender sus estrofas. Comprendí que encerraban altas alabanzas, pues decían: «Resucita y vence». Mas me sucedió entonces lo que al que oye sin entender.

De tal suerte me hallaba arrobado, que hasta

(1) Suar., in 3.^m Part., Div. Thom.; Dispt. 47, sect 6.^a q. 54, art. 4.^o, n.^o 12.

entonces nada me había dominado tan dulcemente» (1).

Y en otro lugar, describiendo la gloria de la Virgen en el Cielo, se expresa el gran literato de esta bella manera: «La mejor armonía, que mejor pueda halagar al oído aquí abajo, asemejaría al rumor de un trueno, si se comparara con el eco de aquella lira que servía de corona al bello zafir con que el esplendoroso Cielo se deleita... Al acabar... la música circular, todos los resplandores ensalzaron á un tiempo el nombre de María» (2).

Todavía sigue el poeta en varias ocasiones hablando de los armoniosos cánticos de la gloria y del deleite que ocasionan en el oído: Dice que oyó cantar un himno á la augusta Trinidad: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo», este himno, dice el Dante, fué entonado por todo el Paraíso con tal suavidad, que arrobó todo mi ser. Cuanto veía me pareció una sonrisa del Universo, la dulzura penetraba en mí por el oído y por los ojos.

¡Oh gozo! ¡Oh dicha inefable! ¡Oh dicha llena de amor y de ventura!» (3).

Por último: los cánticos del Cielo eran tales que, según el piadoso poeta, hacían sonreirse á la Virgen María; pues dice: «En aquel centro (donde estaba el trono de la Virgen) observé millares de Angeles que la acariciaban con desplegadas alas, ostentando cada uno actitud y esplendor diferentes. A sus festejos y sus cantos vi sonreir una peregrina

(1) *Paraiso*, canto 14, Traduc. de J. A. R.

(2) *Paraiso*, canto 43.^o

(3) *Paraiso*, canto 27.^o

beldad (María), que regocijaba la vista de todos los Santos» (1).

145. Pues el glorioso San Juan de la Cruz no se queda corto en ponderar las dulzuras de la voz de Dios, cuando, por unión mística acá en la tierra, habla á las almas. Y así, al explicar este verso que dice: *Los ríos sonorosos*, de su *Canción décimacuarta*, escribe: «La tercera propiedad que el alma siente en estos ríos de su amado, es sentir un sonido, y voz espiritual, que es sobre todo sonido, y sobre toda voz, el *qual* priva y excede todo sonido... Esta voz, ó este sonoro de estos ríos, que aquí *dize* el alma, es un henchimiento tan grande... que no sólo le parecen sonidos de ríos, sinó poderosísimos truenos... pero es voz... que trae grandeza y fuerza y deleite, ella es como una voz y sonido inmenso que hinche el alma de poder».

Aunque el gran místico habla aquí de la voz espiritual de Dios que habla al alma, dedúcese, no obstante, de ello, el modo suavísimo que Jesucristo, como hombre, hablará á las almas en el Cielo, y los regalos que de estas voces armoniosas de su Esposo recibirán los bienaventurados. Lo cual viene á declarar el mismo San Juan de la Cruz al exponer el verso siguiente, que dice: *El silbo de los aires amorosos*, y que es de la misma *Canción*. «Es también de saber, escribe, que entonces se *dize* venir el *ayre* amoroso *quando* sabrosamente hiere, satisfaciendo el apetito del que deseaba el tal refrigerio, porque entonces se regala y recrea el sentido del tacto; y con este regalo del tacto, siente el oído grande de-

(1) *Paraíso*, canto 31.^o

leyte en el sonido, y silbo del *ayre* mucho mayor que el tacto en el toque del *ayre*; porque el sentido del oído es mucho más espiritual, ó, por mejor *dezir*, allégase más á lo espiritual que el tacto, y así el *deleyte* que causa es más espiritual que el que causa el tacto... porque este toque de Dios satisface grandemente y regala la sustancia del alma, cumpliendo suavemente su apetito». ¡Caso parecido á lo ya dicho viene á decir este gran escritor de la mística en la exposición de la *Canción décimaquinta*, al aclarar aquellos versos de *La música callada* y *La soledad sonora*, los cuales omitimos aquí por no hacer interminable este capítulo. Pero ya se ve por lo que va trasladado, que Dios otorga aun en este destierro grandes consuelos á las almas santas, á modo de armoniosos conciertos, ¿qué no les dará, pues, á los justos en la patria verdadera, para regalarles los oídos con tiernas y suaves melodías?

146. Así lo dice muy bien Fray Luís de Granada, cuando escribe: «Los oídos oirán siempre aquella música de tanta suavidad, que una sola voz bastaría para adormecer todos los corazones del mundo» (1). Así lo proclama también el V. P. Luís de la Puente con estas frases: «El oído se deleitará con oír las dulces palabras que se dirán unos á otros (los bienaventurados), llenas de sabiduría, discreción y santidad, y las alabanzas que con sus lenguas darán á Dios, al modo que se dice en el Apocalipsis, que los santos cuatro animales no cesaban de decir: «Santo, santo, santo es el Señor, Dios todo poderoso. Y David dice que *los santos se alegrarán*

(1) Medit., capt. 16, part. 5.^a, núm. 18.

en la gloria, y las alabanzas de Dios sonarán en sus gargantas; también se recrearán oyendo músicas celestiales y sonidos nuevos inventados por la sabiduría de Dios para recrear los oídos que gustaron en esta vida de oír sus palabras para creerlas y sus preceptos para cumplirlos» (1).

147. Más explícito que los anteriores místicos está el erudito y piadoso Nieremberg; y enaltece á la vez la grandeza de los gozos del Cielo con ejemplos de esta mortal vida. «A los oídos, dice, apacentarán también suavísimas músicas y cánticos, como se colige de muchos lugares del Apocalipsis: y si el arpa de David deleitaba tanto á Saúl, que le sosegaba sus pasiones y echaba de él al demonio y á la melancolía tan profunda de que se aprovechaba el mal espíritu; y el arpa de Orfeo, que fingien, recreaba tanto, que los hombres y aun los brutos se suspendían al son de su música, ¿qué armonía será la del Cielo, pues la de la tierra causa tanta suspensión? La fervorosa virgen, D.^a Sancha Carrillo, estando enferma (2) y para morir de dolores excesivos, con una música que oyó del Cielo se le quitaron todos y quedó buena y sana de repente. San Buenaventura escribe de San Francisco de Asís que mientras le tocó un Angel una cítara, le pareció que estaba ya en la gloria. Pues, ¿qué gusto será no sólo oír la voz de una cítara tocada por Angel, sinó las voces de millares de Angeles con admirable melodía de instrumentos? El canto de un pajarillo sólo tuvo suspenso á un santo

(1) Medit., Part. 6, Medit. 52, punt. 3.

(2) Ron., lib. 2, cap. 10, *vida de D.^a Sancha*.

monje por espacio de trescientos años, no entendiendo él al cabo de ellos que habían pasado más de tres horas; ¿qué suavidad será la de tantos cantares celestiales, tantos Angeles y hombres que estarán entonando el *Alleluia* que dijo el santo Tobías, y las vírgenes que cantarán aquel cántico nuevo que no podrán otros cantar? De San Nicolás de Tolentino escribe Surio, en su vida que seis meses continuos antes de su muerte oyó todas las noches un poco antes de Maitines suavísima música de Angeles en que le daban á gustar la dulzura que le tenía el Señor aparejada en la gloria, y era tan grande el gozo que de oirla sentía, que se le iba el alma tras ella, tan olvidada del cuerpo, que ninguna cosa más deseaba que desasirse de él para gozarla...

«Esta es aquella música suavísima que oyó San Juan en su Apocalipsi, cuando, cantando los moradores del Cielo, decían: Todo el mundo, Señor, os bendiga; esto es, publique vuestra grandeza, vuestra gloria y sabiduría; á Vos sea dada la honra, el poder, la fortaleza, por todos los siglos de los siglos. Amén» (1).

148. Ciertamente que de todo lo referido, ya de la Sagrada Escritura, ya de los escritores católicos, bien claramente se desprende que, por un lado, habrá en el Cielo agradabilísimos cánticos y músicas impregnadas de la más deliciosa armonía, y, por otro, los oídos de los bienaventurados recibirán un gozo inefable con escuchar aquellas tan pre-

(1) Difer. entre lo temp. y lo eter., lib. 4.º, capt. 5.º, párf. 2.

ciosas armonías y agradables cánticos. Pues, si aquí en la tierra deben los hombres alabar á su Dios, y en verdad le alaban con palabras, con voces y cánticos de su boca, y con ello no hay duda de que honran y bendicen al Señor de todo lo criado, ¿por qué no han de hacer lo mismo y con mucha más subida perfección allá arriba en el Cielo, en la presencia de su infinito Bien, y con la seguridad de no perderlo jamás? Y los Angeles. ¿qué cánticos tan divinos, y qué música tan regalada y armoniosa no organizarán para cantar la grandeza y la majestad del Dios de los cielos? Pues, aunque es bien claro que las principales alabanzas de los Angeles, serán, como escribe Lesio, alabanzas espirituales, por ser ellos puros espíritus, creo yo que no se puede dudar que también alabarán á su Dios con cánticos de voces exteriores y sensibles á los oídos de los bienaventurados. Así parece deducirse de lo que antes tomamos de la Sagrada Escritura, y de los escritores místicos. Que ello es posible, no cabe ponerlo en duda; pues los Angeles tienen poder para obrar de mil modos sobre la materia, haciéndola vibrar de la manera más apta que convenga á la producción de la palabra, de la voz y del cántico. Así se nos dice con harta frecuencia en las divinas Páginas, y se confirma en la historia de los Santos, que los Angeles han hablado con los hombres, y que alguna que otra vez han cantado canciones llenas de dulce melodía. Nos basta recordar á este propósito lo que dice el Santo Evangelio, con ocasión del nacimiento del Niño Dios. «Y estaban los pastores en aquella región (*próxima á Belén*) velando y guardando su re-

baño en las vigiliás de la noche. Y he aquí que el Angel del Señor se presentó junto á ellos y los envolvió la claridad de Dios, y temieron con temor grande. Y el Angel les dijo: No temáis: he ahí que os anuncio un grande gozo; que será para todo el pueblo: y es que hoy ha nacido el Salvador del mundo, que es Cristo Señor, en la ciudad de David. Y esto os servirá de señal (*ó prueba*): hallaréis al infante envuelto en pañales y colocado en un pesebre. Y al instante (*de repente*) se le unió á aquel Angel una multitud de celestial milicia, alabando á Dios y diciendo: Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad» (1). Pues lo que han hecho en las cercanías de Belén para alabanza del Hijo de Dios y para consuelo y alegría de los inocentes y sencillos pastores, ¿por qué no lo podrán hacer en el Cielo? Y, si es que hacerlo pueden, como no hay duda, ¿por qué no lo habrán de hacer en realidad? Porque cosa muy útil y muy hermosa sería que los Angeles alabaran á Dios en el Cielo con voces sensibles á los oídos de los hombres. Pues allí los Angeles y los hombres constituyen una sola y felicísima familia que vive alegre y contenta en la casa de su bueno y eterno Padre; y de tal manera que, aunque su principal felicidad consiste en ver cara á cara á Dios y en amarle con purísimo y gozoso amor, todavía se gozan los hombres de la presencia y felicidad de los Angeles, y se gozan éstos de la felicidad y presencia de los hombres, como los hombres mutuamente se gozan los unos de la felicidad de los otros; y todos de la de cada

(1) Luc., 2, 8-14.

uno; y cada uno de la de todos; y principalmente se gozan de ver que todas aquellas inmensas legiones de Angeles y de justos, en diferentes coros, pero en una sola y agradabilísima armonía, cantan las grandezas del Dios que los creó, y del Hombre-Dios que los redimió. Luego, si los Angeles pueden de esta manera contribuir á la mayor felicidad de los sentidos de los justos, ¿por qué no lo habrán de hacer? ¡Sí, sí, sí lo harán! La piedad, la razón y, de algún modo, la fe, no nos permiten dudar de esa tan halagüeña verdad.

149. Y, siendo esto cierto, ¿qué gozo no recibirá, en medio de tantos cánticos y rodeado de tanta armonía, el oído del hombre? Si acá en la tierra tanto placer recibe y tanto embeleso con los cánticos y gorjeos de las aves; si tanto le entusiasman los coros de las suaves y bien armonizadas voces; y, si tanto se extasía en presencia de los torrentes de armonía que siembra el órgano con los instrumentos músicos en nuestros católicos templos, ¿qué gozo, qué placer y qué alegría tan indecibles no percibirá con aquellos armoniosos cánticos de la gloria, en cuya comparación los mejores de aquí abajo son estridentes rugidos?

No dudamos, pues, que el sentido del oído, que aquí en la tierra ha percibido tantas cosas horribles y las ha sufrido con paciencia por amor de Dios, y como medio de llegar algún día á gozar de su divina presencia, percibirá también allá en el Cielo indecibles gozos con las armonías de aquella soberana patria.

Traslademos ahora, para coronamiento de este

capítulo, esta preciosa y ardorosa oración de San Agustín, y recitémosla nosotros con profundo fervor.

150. «¡Oh, dichoso yo y de veras felicísimo, si, después de dejado este cuerpo miserable, mereciere oír los cantares de aquella música celestial, que cantan los ciudadanos de esta patria (*del Cielo*) y los coros de los bienaventurados Espíritus en alabanza del Reino Eterno! Dichoso yo y bienaventurado si mereciese cantar estos mismos cantares, y asistir á mi Rey, y á mi Dios, y á Capitán, y contemplarle en su gloria, como El mismo se dignó de prometer, cuando dijo: ¡Oh Padre Soberano! Yo quiero que los que tú me diste estén conmigo, y que vean la claridad que tuve antes de la creación del mundo. Y en otra parte: El que me sirve, me siga; y donde yo estoy estará mi ministro. Y en otra: El que me ama, será amado de mi Padre y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo». Amén (1).

*
* *

151 GLORIA Á DIOS EN EL CIELO

Veniste de la altura
 Rey de cielos y tierra poderoso,
 á librar la criatura
 del yugo de la culpa riguroso.
 Tu amor al mundo asombre,
Gloria á Dios en el cielo y paz al hombre.
 Vino el tiempo de gracia
 después de los antiguos desfavores
 que por nuestra desgracia
 merecieron de culpa los rigores;

(1) Medit., capt. 25, al fin.

celebre mi memoria
Paz al hombre en la tierra y á Dios gloria.
 ¡Oh merced infinita,
 igual, Señor, á tu misericordia;
 quede en el alma escrita,
 porque asegure paces y concordia
 con tu inefable nombre,
Gloria á Dios en el cielo y paz al hombre.

COSME G. T. DE LOS REYES.

*
 * *

LA PRIMAVERA

Portadora de dulces armonías,
 el aura en fácil y apacible vuelo
 sus alas tiende, y bulliciosa mide
 de la ancha vega la llanura hermosa,
 y todo al soplo de su amor verdea.
 En risueña cascada se desprende
 del alto monte el saltador arroyo,
 y al prado llega y lo fecunda y baña:
 y ora entre juncos murmurando corre,
 ora en remansos por correr se inquieta,
 ora su dócil curso prosiguiendo,
 las caprichosas márgenes matiza
 de tiernas flores que á su paso brotan,
 y al dulce influjo de su aliento crecen.

.....
 Y las aves en tanto ya se ocultan
 en el follaje oscuro, ya ligeras
 con vuelo desigual cortan el viento,
 ya caprichosos círculos formando
 lucen sus alas de brillantes plumas
 lucen su voz en armoniosos trinos.
 Naturaleza toda se levanta
 fecunda en flores, de perfumes llena
 y respirando amor. Abre el tesoro

de sus inmensos bienes, y afanosa,
como tributo de su amor, lo ofrece
al apacible cielo que la admira,
al encendido sol que la fecunda.
Lo mismo que en la edad de la inocencia,
por deliciosos sueños de esperanza
atravesan risueñas ilusiones,
así en el campo de colores lleno
ahora se siente resbalar tranquilo,
brillante y claro el bullicioso día,
tibias y castas las serenas noches,
dulces las horas.

Primavera hermosa,
primavera feliz, ¡bendita seas!,
don celestial, magnífico presente;
estación de los dulces pensamientos,
estación del amor. Harto cansada
de las pálidas horas del invierno,
el alma te esperó. Tu influjo blando
despierta al triste corazón dormido
en el sueño mortal de sus pesares.
Renacen ¡ay! como tus bellas flores
las bellas esperanzas. La alegría
brota del blando sol de tus mañanas
y es preciso olvidar. No más recuerdos
de penosa inquietud. ¿Acaso sólo
es patrimonio de la vida el llanto?
Quien las penas nos dió, ¿no dió el consuelo?
Renace, corazón, olvida y vive;
puedes amar también. Naturaleza
tiene templos de amor, y en sus altares
el alma del pesar se purifica.
¡Cuán dulce y perfumado el pensamiento
vuela en las brisas y en las flores bebe
misterios infinitos de ternura!
¡Sé bien venida, Primavera hermosa!
¡Primavera feliz, bendita seas!

JOSÉ SELGAS.

*
* *

Sursum corda.

Si desterramos del mundo la armonía
¿dónde las almas hallarán su encanto?

¡Sólo produce espanto
un mundo sin amor ni poesía!

¡Hay que cantar! Un himno es la existencia,
su voz la gaya ciencia,
cada emoción del alma es una nota,
el cariño la musa que la inspira
y el corazón la lira
de donde el ritmo misterio brota.

Arpas son el Océano y el viento,
que en dulce y ronco acento
interminables cánticos entonan,
y ya en la tempestad, ya en la bonanza,
con bravía pujanza
la excelsitud del Hacedor pregonan.

Si á coro todo el Universo canta,
el torrente, la planta,
el insecto, el gusano, el bruto, el ave;
si hasta el alma que gime, cuando llora
y el dolor la devora,
su pena en ritmos exhalarla sabe.

.....
Poetas, á cantar. Nunca la llama
que vuestro pecho inflama
el vicio extinga con su vaho inmundo,
y al levantar á Dios los corazones,
sean vuestras canciones
destellos del amor que rige al mundo.

(De los Juegos Florales, Astorga, 1900).

*
* *

POESÍA

Acude, ven solícito,

poeta, en busca mía
que yo pondré en tus cánticos
torrentes de armonía,
cuyos acordes rítmicos
estallen por doquier;
yo tengo notas trémulas
conjuros misteriosos
á cuyas voces mágicas
despiertan presurosos,
á mi mandato dóciles
los genios del placer.

Poeta, si solícito
viniendo en busca mía,
estallan de tus cánticos
torrentes de armonía,
como fecundos gérmenes
del mágico placer,
me tienes ya en tu cítara;
soy tuya; allí me encuentro;
do vibra un germen músico
me agito yo en su centro,
oscilo entre sus átomos,
palpito entre su ser.

Ligera como el céfiro,
gentil y siempre hermosa
me han visto en todas épocas
siguiendo presurosa
con entusiasmo artístico
de la belleza en pos.
Yo soy, en fin, la mágica
risuena *poeta*;
ensueño melancólico,
conjuro de armonía,
encanto del espíritu
y emanación de Dios.

(*Juegos Florales*.—Astorga, 1900.—Lema: «Yo en los dorados hilos»).

BECQUER.



Capítulo XI.

Del gozo que tendrá en el Cielo el sentido del olfato

Por qué debe el oído vivir en el Cielo, 152.—Lo dice el Cantar de los cantares, 153.—Y el Eclesiástico, 154.—Ezequiel, 155.—San Pablo, 156.—Y San Juan, 157.—Lo explica Suárez, 158.—Lesio, 159.—Otros escritores, 160.—Dulzuras de este sentido, 161.—Por imitación del de Jesús, 162.—Y contraposición al infierno, 163.—Poesías, 164.

152. Bien se conoce, á la simple consideración nuestra, que el sentido del olfato es mucho menos espiritual, y menos noble que los dos sentidos precedentes: la vista y el oído; pero, á pesar de ello, no hay razón alguna para creer que no habrá en la gloria el ejercicio de este sentido. Antes, hay poderosas pruebas para confiar que el olfato realizará sus sensaciones y percibirá con ellas grande placer. Sabido es que el olor es el objeto de este sentido; y, como en el Cielo debe de haber suavísimos olores, claro es que el olfato de los justos los sentirá y se gozará en ellos; de lo contrario serían superfluos los olores del Cielo, cosa que no puede admitirse.

153. Así vemos que, entre las alabanzas que el Esposo dirige á su Esposa, ocupan un lugar muy distinguido los olores y aromas de que ella está

adornada, y los cuales sirven al Esposo de mucho regalo. «El olor de tus unguentos, la dice, sobre todos los aromas». Y, un poco más adelante, añade: «El olor de tus vestidos como el olor del incienso». Y la compara á un huerto cerrado y fértil donde crecen con vigor y lozanía los árboles y plantas de más exquisitos aromas. Hay en él granados, manzanos, nardos, azafrán, cinamomo, mirra y aloe, con todos los unguentos preciosos. Y, para que estos aromas embalsamen aquel celestial ambiente, pide el Esposo, que: «Se levante el viento Aquilón (ó cierzo) y que venga el Austro (ó viento del Mediodía) que sople por su huerto, y haga correr sus aromas (1), meneando y sacudiendo suavemente sus plantas». Por aquí se ve la gran suavidad de olores que habrá en el Cielo; pues, aunque se hable especialmente de las almas, y con esas metáforas de árboles y unguentos se significan principalmente las virtudes de la Esposa, nada se opone á que con ello se quieran también manifestar las dulzuras del olfato. Pues, así como cuando se habla de luz y de visión celestiales, aunque se entienden primero del alma, suelen aplicarse también al sentido de la vista, y lo mismo se hace con lo referente á los sonidos, de igual manera los olores y aromáticos unguentos han de aplicarse al sentido del olfato. Por eso dice la Esposa á su divino Esposo: «Tu nombre es aceite derramada, por eso te amaron las doncellas. Tráeme hacia ti, y correremos en pos tuyo, al olor de tus unguentos». Y poco después añade la Esposa: «Cuando estaba el rey en su asiento, mi

(1) Cant. Cant., capt. 4 todo.

nardo exhaló su olor». Y, por último, se gloria de que la llame su Esposo con estas palabras... «Ven, amiga mía, levántate y apresúrate, porque aparecieron ya las (olorosas) flores en nuestra tierra... y las viñas floridas esparcen también un buen olor. Levántate, hermosa mía, y ven» (1). Todo esto es del Cantar de los Cantares, y nos refiere las mutuas alabanzas que hay entre el divino Esposo y justos del Cielo. Pero no está menos elocuente y menos expresivo el libro del Eclesiástico, al hablar de la celestial Jerusalén y de las grandezas que en ella tiene preparadas la Sabiduría de Dios para todos los que le aman.

154. «Desde el principio, dice la Sabiduría, y antes de los siglos fuí creada y no desapareceré en los futuros siglos, y en la morada Santa seré delante de él (del Altísimo...) y en Jerusalén está mi potestad, y mi mansión en la plenitud de los Santos». Se compara después á los cedros del Líbano, á los cipreses del monte de Sión, á la palma de Cades, á la rosa de Jericó, á la hermosa oliva de los campos, y al plátano, que corre en las plazas, junto á la corriente de las aguas, y añade esto, relativo á nuestro intento: «Como el cinamomo y el bálsamo aromático, dí olor, y, como mirra escogida, he exhalado fragancia suave. Y, como el estoraque, y el gálbano, y el onique... y, como el incienso escogido, llené mi habitación de perfumes y mi olor como el puro bálsamo... Como la vid he producido fruto de olor por excelencia suave; y mis flores dan frutos de honor y honestidad» (2).

(1) Cant., 1, 3 y 11; y 2, 13.

(2) Ecli., 24, 14, 23.

155. El mismo Dios, según nos refiere el profeta Ezequiel, confiesa que los justos en el Cielo desprenderán de sí un suave y agradable olor y que se deleita con él, como se deleitaba con el buen olor de los sacrificios y del incienso en la ley antigua, según nos refiere Moisés en varias ocasiones (1). «Esto dice el Señor Dios, escribe Ezequiel, en mi monte santo, en el monte santo de Israel, todo el pueblo de Israel me servirá... Os recibiré en olor de suavidad, cuando os sacare del medio de los pueblos... y sabréis que yo soy el Señor» (2). Pues, aunque aquí habla el Señor de lo que con su pueblo escogido quería hacer en la Jerusalén de Judea, ¿quién no ve que ello es figura de lo que ha de hacer por toda la eternidad con su verdadero pueblo escogido en la Jerusalén del Cielo?

156. Pasando ahora al Nuevo Testamento, bien claro está lo que aquí buscamos. Ved, sinó, lo que dice el Apóstol San Pablo: «Somos los cristianos el buen olor de Cristo... pues para unos somos olor de vida para la eterna vida» (3) Y en su carta á los de Efeso añade: «Sed imitadores de Dios, como hijos amadísimos; y andad en caridad escogida, como también Cristo nos amó; y se entregó á sí mismo por nosotros, como oblación y hostia ofrecida á Dios en olor de suavidad» (4). Pues, aunque el Apóstol habla principalmente del buen olor de las virtudes y de la santa vida de aquellos primeros cristianos, y del gozo que el eterno Padre recibió

(1) Gen., 8, 21, y levt. 1, 9, 17.

(2) Ezech., 19, 40, 41.

(3) 2.^a Cort., 2, 15, 16.

(4) Eph., 5, 1, 2.

con el sacrificio de su Hijo, que fué sacrificio de amor, también entra el cuerpo y el olor físico en esta sentencia del escritor sagrado; y en ella nos excita á que también en ese olor de suavidad imitemos á nuestro Redentor Jesucristo. Porque, como después diremos, el olor de la virtud, por especial providencia del Cielo, se comunica al cuerpo de la persona virtuosa, no sólo después de la muerte, sinó, á veces, durante esta vida mortal.

157. Por último, el Discípulo Amado, en su Apocalipsis nos asegura que los «veinticuatro ancianos cayeron de hinojos en la presencia del Cordero, teniendo cada uno en sus manos tazas de oro colmadas de aromas, que son las oraciones de los Santos» (1). Porque, por más que se diga que esos aromas son las oraciones de los justos, como cuando estén los bienaventurados en el Cielo habrán de ser una no interrumpida oración, en todo su ser, en su alma y en su cuerpo, ya que todo su ser estará dedicado á cantar las alabanzas de Dios, se sigue que cada elemento dará olor, según su naturaleza, y, si las virtudes y las almas exhalan olores espirituales, los cuerpos los exhalarán materiales ó corpóreos.

158. No sólo no se ve en esto ningún inconveniente, sinó que es cosa muy conforme con el estado de los cuerpos bienaventurados. Pues, por una parte, el uso del olfato es un uso muy posible en la gloria; y, por otra, habrá allí suavísimas fragancias, como lo explica y lo afirma Suárez.

«Es una cosa harta fácil el ejercicio del sentido

(1) Apoc., 5, 8.

del olfato en los cuerpos gloriosos. Porque la operación de este sentido puede realizarse sin alteración alguna material del cuerpo que siente; y objetos sensibles tampoco en el Cielo le faltarán. ¿Por qué ha de faltar allí la suavidad de los olores? Por eso el autor del libro del Espíritu y alma (cp. 58) hablando de los bienaventurados dice: «No se puede explicar cuánto deleite tienen en el gusto, cuánto placer en el sabor, cuánta suavidad en el olor. Es cierto que el sentido que se proponía el autor, es más bien metafórico que propio; sin embargo, de los dos modos es verdadera la sentencia. En efecto, los mismos cuerpos de los bienaventurados, probablemente, según yo creo, emitirán un olor suavísimo. Pues estarán llenos en su interior de aire y de humores, adornados de las mejores y más odoríferas cualidades. Ni tampoco hay ninguna dificultad en explicar el modo cómo tales objetos impresionarán el olfato. Sólo resta, pues, que alguno ponga la dificultad de que la acción de este sentido no parece necesaria en los cuerpos inmortales, ya que tal acción del olfato no es por su naturaleza tan espiritual como la acción de la vista y del oído, ni se ordena de suyo á la perfección del alma, sinó sólo á la conservación de la vida. A lo cual se responde que en estos actos de los sentidos no hay que atender tanto á la utilidad (que puedan dar) para otros fines extrínsecos (al sujeto), cuanto á la perfección que en sí mismos (en el mismo sujeto) encierran. Si, pues, en sí misma es una cosa decente, y por otra parte no repugna al cuerpo incorruptible, aunque no sea necesaria para la conservación del cuer-

po ó para otros fines, debe admitirse por la perfección de la naturaleza. Especialmente, porque por este acto (de oler suavísimos olores) suele excitarse el alma á la alabanza de Dios y á la interna devoción, lo cual puede ser de grande utilidad á los bienaventurados, aunque (en absoluto) no lo necesitaran» (1).

159. Si, como vemos, Suárez es de opinión que en el Cielo ejercerán les bienaventurados el sentido del olfato, el cual será regalado con suavísimos aromas, el célebre Lesio lo afirma resuelta y terminantemente: «El sentido del olfato, escribe sin rodeos, tendrá su felicidad al percibir la suavidad del olor que emitirán los cuerpos de los bienaventurados, y, tal vez, también el mismo lugar de la gloria. Porque, si en el infierno ha de haber un olor detestable y habrán de ser fetidísimos los cuerpos de los condenados, ¿por qué no hemos de creer que haya suavísimo olor en el Cielo, según aquello: «Tus santos florecerán, Señor, como florece el lirio, y como el olor del bálsamo serán en tu presencia?» (2).

«Para esto no es necesario que aquellos cuerpos emitan continuamente vapores de sí mismos, pues puede sin estas emanaciones difundirse el olor... Mucho más, cuando es verosímil que el olor del Cielo sea de diferente manera y naturaleza que nuestros olores de la tierra» (3).

(1) Suar., in 3.^{am} Part. Divi. Thom., q. 54, disp. 47, sect. 6.^a, n.º 14.

(2) Primera antifona de Laudes en tiempo pascual, del común de Mártires.

(3) Les., De Sum. Bon., lib. 3.^o, cap. 8.^o

160. Bien expresivo está también sobre esta materia el elocuente Fray Luy de Granada: «El sentido del olor, dice, será recreado con suavísimos olores, no de rosas vaporosas, como acá, sino proporcionados á la gloria de allá» (1).

Breve también, como el anterior, pero también, como él, elocuente y más expresivo, está el V. Padre Luís de la Puente, cuando dice: «El olfato se recreará con el olor suavísimo que tendrán los cuerpos glorificados, especialmente el de Cristo nuestro Señor, de quien él dice, que donde está el cuerpo, van las águilas llevadas de su olor (2). Oh, qué fragancia y variedad de olores inventará la piedad divina para recrear la carne que dió de sí olor de santa vida» (3).

«El olfato, dice por su parte Nieremberg, se regalará allí (en la gloria) con la suavidad que despedirán de sí aquellos cuerpos hermosísimos, porque serán de más suave fragancia que si fueran una parte de ámbar y almizcle, y todo el Cielo estará más oloroso que jazmines y azucenas. Escribe San Gregorio Magno (4) que apareciéndose Cristo nuestro Redentor á Tarsila, su hermana (5), echó de sí tan grande suavidad y fragancia, que bien se echaba de ver era aquel olor, tan suave y apacible, del autor de todo lo criado. De San Salvio escribe Gregorio Turonense que después de haber sido arrebatado al Cielo, entre otras cosas, decía: Lle-

(1) Medit., cap. 16, párf. 5.º, n.º 19.

(2) Mat., 24, 28.

(3) Medit., part. 6.ª; med. 52.ª, punt. 3.º, párf. 2.º

(4) Lib. 4.º, Dial., cap. 16.

(5) Prima, según otros.

nóme un olor de tan extremada suavidad, que él solo ha bastado en mí para apagar todo apetito de las cosas de la vida. ¡Oh cuán fragantes estarán en el Cielo el cuerpo de Jesucristo, de María Santísima y demás Santos! Ni es mucho que despidan de sí tan suave olor los cuerpos gloriosos, pues en este valle de desdichas los cuerpos, sin vida y alma de los Santos, han despedido una admirable fragancia. Escribe San Gregorio Magno que (1) al punto que expiró San Sérvulo echó su cuerpo tan suave olor, que llenó á todos los presentes de una fragancia inestimable. De San Hilarión testifica San Jerónimo que después de muerto diez meses, despedía una suavidad y olor fragantísimo. Si esto vemos á nuestros ojos en los cuerpos corruptibles, en los inmortales de los Santos, ¿que será?» (2). Todo esto es del erudito y piadoso Nieremberg. A esos cuerpos olorosos de Santos podemos agregar los de San Jerónimo, San Simeón Estilita, San Martín de Tours, San Bernardo, Santo Tomás de Aquino, San Julián de Cuenca, Santa Teresa de Jesús, San Felipe Neri, San Francisco de Paula y otros muchos, cuyos cuerpos despidieron después de muertos suave olor.

No nos atrevemos á aducir más testimonios de escritores místicos y Teólogos por temor á hacer esta lectura demasiado pesada, aunque en verdad nada de lo que á la gloria se refiere, debiera molestartos jamás; pero basta lo dicho para que no nos quede duda alguna sobre la existencia de los olores

(1) Libr. 4.º, Dialg., cap. 14.

(2) Dif. entre lo temp. y lo etern., libr. 4.º, cap. 5.º, párf. 2.º

en el Cielo, y lo mucho que con ellos se deleitará el olfato de los bienaventurados.

161. Pues las Sagradas Escrituras hablan de plantas y árboles aromáticos, y nos hablan también de los olores que desprenden los habitantes de aquel hermosísimo y dichoso jardín del Cielo, de tal modo y con tal elocuencia, que no se puede pedir más. Los teólogos y místicos en ese sentido entienden y explican las palabras de la Escritura; y, no contentos con esto, expresamente afirman las suavísimas dulzuras del sentido del olfato y de olores primorosos é indecibles que embalsaman aquella atmósfera del Cielo.

¿Qué más queremos para estar seguros de verdad tan halagueña?

Las razones que se alegaron para probar la existencia y los goces de los sentidos de la vista y del oído en el Cielo, militan también todas ellas en favor del olfato. Pues también este sentido tuvo que luchar aquí en la tierra contra graves tentaciones, y sus victorias, obtenidas á fuerza de aguerrida lucha, dignas son de premio y de galardón proporcionados. Y, como su principal galardón no puede ser otro que el ejercicio de su actividad, que es lo más grato y más esencial en toda potencia, deberá ejercer en el Cielo esa actividad; y, el objeto sobre el cual haya de ejercerla, deberán ser los más delicados y suaves perfumes, dignos del sentido glorioso, digno de aquel lugar de eterna dicha, y dignos, sobre todo, de la magnificencia de un Dios que premia á sus hijos muy amados.

162. Serán, además, en el Cielo los bienaven-

turados semejantes á su divino Maestro, cuya gloria es el modelo de la gloria con que serán coronados los que acá abajo lucharon por la defensa de su fe y de su eterna gloria, cobijados en los pliegues de su inmaculada bandera. Jesucristo tiene en la gloria el uso de todos sus sentidos, y por igual manera lo deberán tener sus fieles amigos en todo aquello que no repugne al estado beatífico. Y el ejercicio del olfato, como dice el eximio Suárez, no se opone, antes está muy en armonía con la cualidad de los cuerpos gloriosos.

163. Por último, la razón tomada de lo que pasa en el infierno, de la cual hizo ya uso el profunda Lesio, es una razón que no admite réplica. Si es verdad que los réprobos son atormentados en el sentido del olfato, como así es la creencia general de la Iglesia, revelada por sus escritores y predicadores, no puede caber duda de que también ese sentido tendrá en el Cielo su premio y su felicidad. Porque Dios es más, inmensamente más generoso en el premio que riguroso en el castigo.

Adoremos, pues, á un Dios tan bueno y tan misericordioso que parece agota el océano de su sabiduría en la invención de obsequios con que premiar en el Cielo á sus escogidos, y portémonos con El de tal modo que merezcamos gozar de su adorable presencia en aquel eterno piélago de felicidad y bienandanza.

164. A la Transfiguración del Señor.

Ya dió el nardo su olor. Ya en alegría
fulgura de Jacob la ansiada estrella,

Aquel que graba sobre el sol la huella,
 su faz y amor al Universo envía.
 ¿Tu faz ¡oh Dios! á tu orgullosa hechura
 nacida apenas cuando ya rebelde?
 ¿Tu amor ¡oh Dios! al criminoso bando
 sordo al rugir el trueno en el altura?
 ¿Al hombre das tu amor, al hombre, cuando
 tuviste que anegar su raza impura
 del abismo las fuentes desatando?

No más, no más, Señor, aparta al hombre
 de tu rostro la luz, y armado de ira
 extingue aun hasta el eco de su nombre.
 ¡Nunca, oh Sol de justicia, oh Dios potente!
 Si es honda la ofensa
 es tu dulzura inagotable, inmensa.
 ¡Jamás! que en pos del áspero diluvio
 en que el orbe anegaste
 venero de piedad tu labio dijo
 que eterna su concordia duraría,
 que tu amor, para el hombre siempre fijo,
 en tu escabel de soles brillaría.
 ¡Sagrado é inefable juramento;
 el Rey Profeta lo escuchó arrobado
 y en sin igual portento
 ahora en la cumbre del Tabor alzado
 á repetirlo vas ¡oh! que á tu acento
 se afirme el corazón del escogido
 Apóstol, y en la cruz en que te humillas,
 cuando su furia el tártaro desate
 y escándalo á tu afrenta el mundo sea,
 no de ignominia, sí de amor y gloria,
 de la mayor victoria
 signo en la Cruz estupefacto vea!
 ¡Hora feliz, momento venturoso
 en que los hondos siglos
 llenaron ya su curso presuroso
 en que miró á la tierra
 bajar la pompa que el empíreo encierra!

¡Cuál por gozarla, de olorosas flores
(con el brazo robusto
apartando los ramos de su frente)
alza divino monte su guirnalda
bañada en resplandores!
Tuvo Abril más aljófar ni esmeralda,
ofir, rojo metal, púrpura Tiro,
ni el olimpo zafiro?
Saltan arroyos por la verde falda
cual saltan de Galaad los cabritillos
entre rosas paciendo los tomillos
y refrenando el ardoroso vue'lo
contempla del Tabor la excelsa cima
que en gloria se sublima
subido el sol á la mitad del cielo.

.....
Mas entre dulces trinos celestiales,
ecos de suavidad y gozo inmenso,
regalados perfumes eternos
de balsámico incienso,
fuego de vida y deliciosa calma
que estremece de amor el pecho ardiente
y en éxtasis sublime arroba el alma.

.....
Tú eres el Santo, el Vencedor, el Justo,
Hijo del vivo Dios, Verbo divino,
que desde solio augusto
moderas de los orbes el destino.
A tu voz fué la luz. En luces bellas
á tu voz se inflamaron las estrellas.
Jerusalén rebosará tu gloria;
bendecirán los siglos tu memoria.
Alzan los tres discípulos su frente
nuevo dulzor gustando,
y en sus ojos la venda se desata;
así el alba su manto de escarlata
del céfiro despliega el soplo blando.
¡Cuán hermosas, Jacob, tus tiendas de oro!
Como valles floridos

de perfumes enchidos,
como cedros en mágicas orillas
de arroyos transparentes,
como nevadas fuentes
con collar de palomas simplecillas.

.....
abate el querubín la frente pura;
con nuevo ardor los mundos se estremecen;
en claro lampo el Salvador fulgura
y la ley y los Profetas se oscurecen,
y allí del árbol la semilla hermosa
brota, que en frutos de eternal consuelo,
arraigando en la tierra venturosa
ha de esconder sus ramas en el Cielo.

AURELIANO FERND. GUERRA.





Capítulo XII.

Del gozo que tendrá en el Cielo el sentido del gusto.

En el Cielo ni se come ni se bebe, 165.—Pero si se ejercerá el gusto, según lo dice la Escritura, 166.—Ella nos habla de bebidas, 167.—De mesa, 168.—De hartura, 169.—De dulzura, 170.—De miel y leche, 171.—Por eso está figurada en la Tierra de Promisión, 172.—Consecuencia, 173.—Lo que siente Suárez, 174.—Lesio, 175.—Granada, 176.—Nieremberg, 177.—La Puente, 178.—Resultado de lo dicho, 179.—El gozo principal, el del ejercicio, 180.—Oración de San Agustín, 181.—Poesías, 182.

165. Creen algunos que en el Cielo habrá banquetes, comidas y bebidas de cosas materiales, análogas á las que aquí en la tierra se usan.

Nosotros, por nuestra parte, y siguiendo las enseñanzas de los teólogos católicos, jamás hemos sospechado que haya en el Cielo esas cosas.

Pues en el Cielo no habrá hambre, ni sed, ni desgaste alguno del cuerpo del hombre glorioso, que es ya un cuerpo espiritual é impasible, en el orden y concepto que dicho arriba queda; y, por lo mismo, los alimentos le son de todo punto innecesarios, y hasta indecorosos en aquel lugar de abso-

luta felicidad. Pero, si no se come ni se bebe, no por eso carecerá el paladar de los gustos de sus propios é inefables goces; pues el sentido del gusto, aun aquí abajo, no sólo se deleita en la comida y en la bebida, sinó en otras muchas cualidades sabrosas que le impresionan muy profunda y agradablemente.

166. En efecto: las Sagradas Escrituras nos hablan de comidas, de bebidas, de mesa, de banquete, de dulzura y de harturas abundantísimas, que nos están aparejadas en aquel divino comedor de la gloria, cuyas expresiones, aunque no todas se puedan entender en el propio y material sentido, por lo que hemos dicho, no dejan duda alguna de que se refieren, ya directamente unas, ya indirectamente otras, á los placeres inefables de que habrá de estar colmado en el Cielo el paladar de los bienaventurados.

En el libro de los Proverbios habla así la Sabiduría de Dios: «La Sabiduría ha edificado para sí una casa. Inmoló sus víctimas, mezcló el vino y preparó su mesa. Despachó sus siervos para que llamasen junto al alcázar y las murallas de la ciudad (*diciendo*): «Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado para vosotros» (1). Y, un poco después, añade: «El justo come y llena su alma» (2). Es, á saber, en la mesa que en la gloria está preparada para saciar de felicidad á los bienaventurados. Lo cual es también lo que nos enseña Isaías, cuando dice: «Decid al justo que ha obrado

(1) Prov., 9, 1, 5.

(2) Prov., 13, 25.

bien, y que comerá el fruto de sus trabajos en el día de la cuenta» (1).

167. Al igual que de comidas, se habla también, y aun con más frecuencia, de bebidas, en las Sagradas Letras: «El que bebiere del agua que yo le diere, dijo Jesucristo á la Samaritana, no volverá jamás á tener sed» (2). «Venga mi Amado á mi huerto, dice la esposa en el Cantar de los Cantares, y coma del fruto de sus manzanas». Y la contesta el Esposo agradecido, y en premio de su buen deseo: «Ven tú al mi huerto, hermana y esposa mía... y come el panal con mi miel, bebe mi vino mezclado con leche; comed, amigos, y bebed, y saciaros vosotros, amadísimos míos» (3). Por eso Jesucristo, en un día de gran fiesta, promulgó en presencia del pueblo este generoso pregón: «Todo el que tenga sed, venga á mí y beba. Pues todo el que cree en mí, como dice la Escritura, merecerá que nazcan de su vientre ríos de agua viva» (4). Y en la noche de la cena, cuando iba á bendecir el cáliz con vino, para convertirlo en su divina sangre y darla á beber á sus discípulos, les dijo hermosas palabras, que envolvían en sí una solemne promesa de la gloria y de sus gozos. «Os digo que no beberé ya más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que con vosotros lo beba nuevo en el Reino de mi Padre» (5).

168. Y, como la comida y bebida se pone sobre

(1) Isa., 3, 10.

(2) Joan, 4, 13.

(3) Cant., 5, 1.

(4) Joan, 7, 37.

(5) Mat., 26, 29.

la mesa, hablar de mesa es hablar de comida en el sentido que es propio del cuerpo espiritualizado, y por eso es que también la Escritura nos habla de la mesa que los justos tienen dispuesta en el Cielo. Así lo dice el Salmista Rey: «El Señor es quien me gobierna y nada me faltará, y me colocará en el lugar de los pastos... Preparaste, Señor, la mesa en mi presencia... y cuán preclaro es el cáliz que me transforma... para habitar en la casa de Dios por la longitud de los días» (eternos) (1). Y en otro lugar añade: «Tus hijos son como los retoños de las olivas en derredor de tu mesa. El Señor te bendecirá y verás los bienes de Jerusalén todos los días de tu vida». Pues, aunque esto se dice del justo acá en la tierra, es como espejo de lo que habrá de recibir después en el Cielo. Por eso en la noche de la cena dijo Jesús á sus amados y tristes discípulos para que les sirviera de consuelo en su aflicción. «A vosotros, que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones, os dispongo un reino como mi Padre me lo ha dispuesto á mí, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi reino» (2).

169. Mas como en la mesa del Señor es justo que haya mucha abundancia y que nadie quede con hambre, se habla de ser saciados de aquellos divinos manjares. Por eso Ana, la madre del profeta Samuel, dice: «Los que antes estaban hartos, andan ahora necesitados de panes; y los que estaban hambrientos (*en esta vida*), han sido saciados (*en la otra*)» (3). Lo

(1) Psal. 22, 1, 6.

(2) Luc., 22, 28, 30.

(3) 1.º Reg., 2, 5.

mismo dice el Real Salmista: «Comerán los pobres y serán saciados (*sin hastío*); alabarán al Señor, y vivirán sus corazones por los siglos de los siglos» (1). Y un poco después, al hablar de la gloria de los justos, añade: «Los hijos de los hombres... serán saturados con la exuberancia de tu casa, y les darás á beber del torrente de tus deleites; porque en ti está la fuente de la vida» (2). También, al hablar del modo con que alimentó Dios á los Israelitas en el desierto, que era figura de la Sagrada Eucaristía y del pan de la gloria, se expresa de este modo: «Y los alimentó con pan del Cielo» (3). Y antes había dicho: «Bendeciré á las viudas de Israel; y á sus pobres los hartaré de panes. Rodearé de salud á sus sacerdotes, y sus santos saltarán de regocijo» (4).

Con el Salmista forma coro la voz del Eclesiástico para cantar las alabanzas de los gustos del Cielo: «Por todos los dones que te ha concedido, dice, bendice al Señor que te crió; y que te ha como emborrachado con todos sus bienes» (5). Y el mismo Jesucristo, al trazar el hermoso cuadro de las bienaventuranzas del Cielo, dice: «Bienaventurados los que ahora padecéis hambre, porque saciados seréis en la gloria» (6).

170. Mas, porque, como ya se ha dicho y después se probará, no han de ser esas comidas y bebidas compuestas, groseras y materiales, sino

(1) Psal. 21, 27.

(2) Psal. 25, 8, 10.

(3) Psal. 104, 40.

(4) Psal. 131, 15, 16.

(5) Eccl., 32, 17.

(6) Luc., 6, 21.

que se llaman comidas y bebidas para manifestarnos la hartura del sentido, y éste, con lo que más se regala es con las cosas dulces, por eso la Sagrada Escritura, en innumerables ocasiones, nos habla de las dulzuras de aquella divina mansión.

Así dice el Salmista: «Deseables son (*los juicios de Dios*) más que el oro y las piedras muy preciosas, y más dulces que la miel y que el panal» (1). Más tarde, refiriéndose á Jesucristo Rey, y al premio con que le había Dios de coronar, escribe: «En tu poder, Señor, se alegrará el Rey... y no quedó defraudado en la voluntad de sus labios (*manifestada por ellos*), porque le has prevenido con bendiciones de dulzura, y sobre su cabeza pusiste una corona de piedras preciosas» (2). Y, porque el Salmista sabía que esa dulzura era de muy subido valor, exclama lleno de entusiasmo: «¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que tienes reservada para los que te temen!» (3). Pero los más temerosos de Dios suelen ser los pobres, y en su pobreza les es más necesario el aliciente de la esperanza en las dulzuras de la gloria, para que no desmayen en el camino, y por eso dice el Salmista: «Preparaste, Señor, en tu dulzura (*abundancia*) para el pobre» (4). Y, como Dios puede dar dulzura al paladar sin la aplicación de cosas materiales, y con solas sus palabras, que son en realidad dulcísimas, porque proceden de nuestro dulcísimo Dios (5), por eso exclama-

(1) Psal. 18, 11.

(2) Psal. 20, 1, 4.

(3) Psal. 30, 20.

(4) Psal. 67, 11.

(5) Psal. 24, 8, y 1.^a Petr., 2, 3.

ma, extasiado de encanto, el Real Salmista: «¡Cuán dulces son, Señor, tus sentencias á mi paladar; más sabrosas son que la miel á mi boca!» (1).

En aquella patria dichosa causará dulzura al alma la envidiable y perpetua salud del cuerpo, como dicen los Proverbios: «La dulzura del alma es la salud de sus huesos», ó de todo su ser (2). Serán allí dulces los frutos, como lo dice la Esposa respecto de su Esposo. «Y su fruto es dulce á mi garganta», y es también dulce la voz del Esposo, y por eso la Esposa ruega al Esposo que deje sonar su voz en los oídos de ella; porque tu voz es dulce y hermoso tu semblante» (3). Por eso la sabiduría de Dios no rehusa invitar á todos los hombres «á que vayan á ella todos los que lo deseen, y á que sean saturados de sus bendiciones». Y da de ello la razón diciendo: Que su espíritu es más dulce que la miel, y que su herencia es dulce sobre la miel y panal. Por lo cual, los que comen de ella tendrán aún hambre, y los que de ella beben todavía tendrán sed» (4). Que es decir que jamás se cansarán. Allí, por último, hasta los montes destilarán dulzuras, como dicen los profetas Joel y Amós. «En aquel día (*de la Santa Jerusalén*) destilarán los montes dulzura, y los collados manarán leche; y correrán las aguas por todos los arroyos de Judá, y saldrá una fuente inagotable de la casa del Señor» (5).

171. Mas, porque la miel y la leche son cosas

- (1) Psal. 118, 103.
- (2) Prov., 16, 24.
- (3) Cant., 2, 3 y 14.
- (4) Eccli., 24, 26, 27.
- (5) Joe., 3, 18, Amós, 9, 13.

dulcísimas y sabrosísimas, es comparado á esas sustancias el gusto que se recibirá en el Cielo. Así dice el Esposo á la Esposa: «Tus labios son panal que destila (dulzura); y debajo de tu lengua miel y leche» (*se saborean*) (1). Y el profeta Isaías promete abundancia de bienes, y excita á todos los que tengan sed á que vayan á las aguas, y á los que no tienen plata que se apresuren á comprar, y comer. «Venid, les dice, comprad sin plata y conmutación alguna (*con sola la virtud*) vino y leche» (2).

172. Y, para terminar esta larga cadena de sentencias de la Sagrada Escritura, diremos que en ella es prefigurada la gloria, que es la futura patria del pueblo santo de Dios, por la tierra de promisión, patria terrenal del pueblo escogido. Mas, para ponderar las Sagradas Escrituras la abundancia y dulzura de aquesta tierra prometida, y la felicidad que en ella habían de disfrutar los descendientes de Abraham, se dice que manaba leche y miel. Así dijo Dios á Moisés en lo interior del monte Oreb: «Visto he la aflicción de mi pueblo... y he bajado á libertarlo del poder de los Egipcios, y lo sacaré de aquella tierra á otra tierra buena y espaciosa, á una tierra que mana leche y miel» (3). Sin embargo, de todos los Israelitas que salieron de Egipto, sólo dos, Josué y Caleb, tuvieron la dicha de entrar en la tierra de promisión, según nos lo recuerda el Eclesiástico: «Esos dos solos, dice, han sido libertados del peligro entre los seiscientos mil, porque habían sido

(1) Cant., 4, 11.

(2) Isa., 51, 1.

(3) Exod., 3, 7, 8.

predestinados para ser conducidos á la herencia, esto es, á la tierra que mana leche y miel» (1).

173. Por todo lo dicho se ve cuán abundante es el gozo y dulzura que Dios tiene reservados allá en el Cielo para los que le amen y le obedezcan, como le obedecieron esos dos humildes é insignes capitanes, únicos que entraron en la tierra prometida; clara señal de que son muchos, esto es, todos, los llamados de la esclavitud del pecado á la gloria de la patria celestial, y que son pocos los escogidos.

Aunque las sentencias de los Sagrados Libros se refieren por modo directo muchas de ellas al gozo del espíritu en la visión beatífica; y, aunque, por otro lado, las palabras de comida, bebida, vino, leche y miel es cosa clara que no se han de entender como suenan, sinó en sentido figurado, no se puede dudar que con las sentencias que acabamos de leer, tomadas de la palabra de Dios, se propuso nuestro Señor darnos á entender la abundancia de gozo y la dulzura, sin límites conocidos, que allá en el Cielo saboreará el sentido del gusto de todos los bienaventurados.

174. Esto quedará más claro con la luz que viene de lo que los teólogos nos dicen. Ya dijimos, al hablar de la existencia en general de los sentidos en la gloria, que Santo Tomás afirmaba la existencia de todos ellos, incluso el del gusto; pues aunque en el Cielo, según él, no se comerá ni beberá, hará Dios, por modo especial, que este sentido perciba allí cierta é inefable suavidad. Lo mismo sienten otros Padres de la Iglesia, como más ade-

(1) Eccli., 46, 9, 10.

lante veremos. Ahora daremos comienzo por lo que escribe el eximio Suárez. Une este insigne hijo de San Ignacio en un sólo discurso los sentidos del gusto y del tacto, y se expresa así: «Sólo resta manifestar que en estos dos sentidos, á saber, el gusto y el tacto, no hay nada especial por lo cual sus actos repugnen (*ó sean imposibles*) en el cuerpo glorioso. Porque, en primer lugar, no hay repugnancia por parte de la inmutación material ó de la alteración (*que sufre el sentido con los objetos sensibles*), porque ésta no es de suyo (*ó absolutamente*) necesaria para los actos de estos (*dos*) sentidos. Pues, aunque naturalmente (*hablando*) está siempre unida con la mudanza intencional (*ó del alma que siente*), es, sin embargo, realmente diversa, por lo cual fácilmente pueden separarse en el sujeto que es capaz de la una y no lo es de la otra, cual es el cuerpo glorioso. Porque, si el calor y la imagen de la intención del calor son cosas distintas, ¿por qué no podrá el cuerpo glorioso recibir la una sin la otra?... Y la misma razón existe respecto del gusto. Además, que no falta el objeto (*de estos dos sentidos en el Cielo*), es cosa manifiesta respecto del tacto. Pues, en primer lugar, Jesucristo, antes de la Ascensión, decía: *Palpad y ved*; luego, así como El era tocado y percibido por el tacto, así también El tocaba (*á otros cuerpos*); podía, pues, recibir aquellos cuerpos con el tacto, puesto que eran objetos tangibles. De lo cual no hay, por otra parte, repugnancia alguna, como se ha probado. Mas depués de la Ascensión vale para nuestro intento la misma razón ya dada. Pues también los cuerpos gloriosos podrán tocarse, y

podrán, por tanto, los unos percibir las buenas disposiciones de los otros. Pues sería gran imperfección, si, al tocarse aquellos cuerpos (*unos á otros*), no sintieran nada, como si fuesen (cuerpos) inanimados. Y respecto del gusto no hay ningún inconveniente en admitirlo en Jesucristo en todo aquel tiempo en que hablaba con los Apóstoles (después de resucitado), y tomó alimento; porque, así como entonces verdaderamente comía, así también percibiría en realidad el sabor y el gusto de la comida, sin experimentar por eso alteración alguna material, ni otra imperfección cualquiera incompatible con la bienaventuranza. Ahora, si hemos de hablar del tiempo después de la Ascensión (de Jesucristo), ya es más difícil hallar en el Cielo el objeto propio del gusto... Pero no es difícil para Dios el hacer que haya algún humor sabroso dentro del órgano del gusto, el cual (humor) pueda afectar intencionalmente aquel sentido, como dijo Santo Tomás.

Las delectaciones de estos sentidos, puesto que (en el Cielo) son honestísimas y castísimas, no repugnan al (estado del) cuerpo glorioso, ni son fuera de razón; antes, más bien son á la razón muy conformes, porque no son apetecidas por sí mismas, sinó para que de todos los modos (posibles) sea Dios más glorificado, como con razón lo dice San Lorenzo Justiniano... Podemos también probar esto por (la prueba llamada de) lo contrario. Pues los condenados, después de la resurrección, percibirán con el sentido del tacto el fuego sensible, con el cual serán con dolor sensible afligidos; luego con mucha mayor razón podrá el cuerpo glorioso perci-

bir algún objeto que le pueda producir algún purísimo deleite. Si, pues, en los condenados son todos los sentidos atormentados con penas, ¿por qué no han de ser con mayor motivo rodeados de deleite en los bienaventurados?» (1).

175. Con Suárez concuerda el piadoso Lesio, y añade algún ejemplo y alguna razón más á su discurso. Y dice así:

«También el sentido del gusto y del tacto tendrán su felicidad (en el Cielo), aunque lo dudan algunos. Pero no veo por qué deba dudarse. Porque, si los condenados son cruelmente atormentados en estos sentidos, en castigo de los ilícitos deleites, que por tales sentidos percibieron en esta vida, como es cosa patente en el rico Epulón, que era atormentado en la lengua, ¿por qué los Santos, que padecieron en estos (sentidos) muchos sufrimientos por amor á Cristo (en este mundo), no habrán de recibir en ellos consolación y deleite?

Mas el sentido del gusto no tendrá su deleite en la percepción de la comida ó de la bebida, sinó en la de cierto humor suavísimo que estará difundido por la lengua, por el paladar y por todo el interior. Este humor provendrá en parte del buen temperamento. Pues, si el hombre que es de buen temperamento y está completamente sano es suavemente afectado (*ó siente cierto suave gusto*) en la lengua y en el paladar, aunque esté en ayunas, ¿cuánto más suavemente será afectado allí (en la gloria), en donde el temperamento es perfectísimo? Podrá tam-

(1) Suar., in 3.^{am} Part. Divi. Thom.; q. 54, art. 4.^o, disput. 47.^a, sect. 6.^a

bién en parte provenir (el gusto del sentido en el Cielo) tal vez de cierto licor celestial infundido por Dios, el cual es creíble que se extienda por el estómago y por los otros (miembros) interiores. Pues tales partes necesitan de algún humor externo, con el cual se conserven flexibles y húmedas» (1).

176. «El gusto, escribe Fray Luís de Granada, será (*en la gloria*) lleno de increíble sabor y dulzura, no para sustentación de la vida, sinó para cumplimiento de toda gloria. Pues, ¿qué sentirá entonces el alma del bienaventurado cuando por la mortificación y guarda de los sentidos, que duró tan poco tiempo, se vea así anegada en aquel abismo de gloria, sin hallar suelo, ni cabo en tan grandes alegrías? ¡O trabajos bienaventurados! ¡O servicios bien galardonados! ¡O cosa, no para hablarse, sinó para sentirse y desearse, y buscarse con mil vidas que tuviéramos para dar por ella!» (2).

177. «El gusto tendrá también en el Cielo, escribe el sabio Nieremberg, grandes suavidades, porque, aunque no ha de haber comida, porque esto fuera necesitar aquel dichoso estado de alguna cosa, se sentirá en el paladar y la lengua un sabor suavísimo; y así, con gran decoro y limpieza, habrá allí el sabor del gusto sin el trabajo de comer. Por este sabor se significa tantas veces la gloria en la Sagrada Escritura con el nombre de cena, y convite, y maná, y por ser grande la dulzura que ha de sentir allí el paladar humano, la cual será tan

(1) De Sum. Bon., lib. 3.º, capt. 8.º

(2) Medit., capt. 16, párf. 5.º, n.º 19.

grande, que dice San Agustín (1): *No se puede explicar cuán grande haya de ser el deleite del gusto y la dulzura del sabor que eternamente se hallará allí. También dice San Lorenzo Justiniano (2): Una increíble dulzura de todo lo que puede ser deleitable al gusto dará sabor al paladar con una melosa y agradable hartura. Si Esaú vendió su mayorazgo por una escudilla de lentejas, por estos soberanos gustos bien podemos privarnos de un gusto de la tierra» (3).*

178. «El gusto tendrá una hartura y satisfacción celestial, sin fastidio alguno, dice otro elocuente místico, comunicándole nuestro Señor sin manjares la suavidad que pudiera recibir de ellos, con otro modo más sabroso y soberano; porque, si el maná, siendo uno, contenía el sabor de todo manjar con grande excelencia, para regalar á los justos, también sabrá Dios hacer tal modo de sabor, que abraza con eminencia todos los sabores, para regalar á los bienaventurados» (4).

179. Síguese bien claramente de lo dicho que los escritores católicos, salva alguna excepción, son de parecer que en el Cielo tendrá el sentido del gusto sus gozos proporcionados y celestiales. Y, en verdad que, no habiendo, como no se ve que haya, repugnancia ni por parte del sentido, ni por parte del objeto, ni por parte de aquel dichoso estado de gloria, para que el gusto alcance también allí su

(1) *August.*, I. de spiritu et vita (ó quien sea el autor de tal libro).

(2) *Laur. Just.*, de dismon., capt. 23.

(3) *Difer. entre lo temp. y lo eter.*, lib. 4.º, capt. 5.º, párf. 2.º

(4) *Luis de la Puente*, *Medit.*, part. 6.ª, *Medit.* 52.

completa felicidad y eterna recompensa, parece muy justo que Dios, en su infinita misericordia, conceda á los justos ese merecido galardón. Pues cosa conocida es que Dios dará en la gloria á sus escogidos el pleno galardón de todos sus razonables deseos y apetitos.

180. El primero y más principal gozo de este sentido del gusto será el ejercicio de su actividad; pues ya hemos visto que ese ejercicio es lo que más agrada á todas las potencias. Seguiráse el otro gusto especial correspondiente al objeto que Dios haya constituido como objeto digno de tal sentido en aquel admirable estado de eterna gloria. Sea este objeto, como quieren algunos, un suavísimo licor que el Señor derrama en el paladar y se difunde á á la vez por todo el cuerpo, sea cierto movimiento de materia en contacto con el órgano de este sentido, ó sea, que también puede ser, cierto placer producido por divina virtud en las fibras sensitivas de la lengua y del paladar, con la impresión de cierto movimiento en ellas y sin necesidad de ulterior materia que las impresione ó modifique. Otro muy subido gozo consistirá en la no interrumpida suavidad y dulzura de este sentido; pues, á diferencia de lo que pasa en los manjares y licores de la tierra, que cansan y fastidian cuando se gustan por mucho tiempo y con grande exceso, los goces de aquellos sabores del Cielo serán tales que ni el sabor se disminuirá con su eterno uso, ni el sentido sentirá con ellos el menor cansancio ni repugnancia, antes cada día le parecerá que es un nuevo y más agradable sabor.

Animados, pues, con las grandezas de los celestiales manjares, aprovechémonos de las lecciones que nos dan los piadosos escritores. Ellos nos exhortan á mortificar aquí el gusto, privándonos de los placeres sensibles, sobre todo de los ilícitos, para hacernos dignos de saborear en el Cielo aquellos celestiales y purísimos placeres que tiene Dios aparejados para los que hacen penitencia.

181. Digamos con San Agustín, y para terminar, esta devotísima oración suya: «Éstos son nuestros grandes beneficios, Señor Dios y santificador de todos los Santos, con los cuales habéis de llevar y hartar la pobreza de vuestros hijos hambrientos, porque Vos sois esperanza de los desesperados, y consolación de los desconsolados, y corona de gloria de todos los que vencen. Vos sois hartura eterna de los que tienen hambre, y consolación sempiterna que se da á aquellos solos que por recibirla menosprecian la consolación de este mundo. Porque los que en esta vida tienen su consuelo, son indignos del vuestro; y los que aquí son afligidos, de Vos son consolados, y los que participan de las tribulaciones, participarán también de las consolaciones...

Por tanto, yo os suplico, Señor, por Vos mismo, que no permitáis que en ninguna cosa vana yo me consuele, sinó que todas las cosas me sean amargas y Vos solo seáis dulce para mí, que sois dulcedumbre inestimable, por la cual todas las cosas amargas se hacen dulces. Porque esta vuestra dulzura hizo dulces las piedras á San Esteban, y las parrillas á San Lorenzo, y los azotes á vuestros Apóstoles cuando iban gozosos porque eran afrentados y pa-

decían por vuestro nombre. Andrés iba seguro y alegre á la cruz, porque en ella estaba escondida vuestra dulzura, la cual, de tal manera embriagó á los Príncipes de los Apóstoles, que el uno no temió ser crucificado, y el otro descabezado por ella...

Habiendo Pedro gustado esta dulzura, olvidado de todas las cosas, y, como tomado del vino, clamó y dijo: «Señor, bueno es que nos estemos aquí: hagamos aquí tres tabernáculos en que habitemos, y aquí os contemplemos, porque no tenemos necesidad de más: basta, Señor, veros, basta que estemos hartos de vuestra dulzura»... ¿Qué hubiera dicho si hubiera bebido de aquella corriente y plenitud de la dulzura de vuestra divinidad, la cual tenéis guardada para los que os temen?

Esta es aquella bienaventuranza que esperamos de Vos, Señor, por la cual continuamente peleamos, y cada hora nos mortificamos por vuestro amor, para vivir en vuestra vida para Vos» (1).

*
* *

182. La Eucaristía manjar del alma.

Comida celestial, pan cuyo gusto es tan dulce, sabroso y tan süave, que al bueno, humilde, santo, recto y justo, á manjar celestial, como es, le sabe; justa condenación del hombre injusto, si come el pan do Dios se encierra y cabe. El sumo Dios que en sí se da y oculta, oiga el bien que de tanto bien resulta.

(1) San Agust., Manual, capt. 22.

Pan de Angeles, Dios tan verdadero,
que aunque se quiebra, se divide y parte,
está un inmenso Dios trino y entero
en cualquier migaja y menor parte.

Agnus Dei, sincerísimo Cordero.
que en pan al pecador gustas de darte,
pues eres todo Dios, El que es bastante,
de su deidad en ti cifrada cante.

Eres, pues, Dios de tu deidad tan digno
que no hay justo ni santo entre los santos
que no se juzgue y tenga por indigno
de bocado que da regalos tantos;
eres pan para el bueno tan benigno,
que de tribulaciones y de llantos
le produces y das gloriosos bienes,
y para con el malo los detienes.

Eres pan celestial, lo figurado
de aquel maná sabroso del desierto:
Tú lo vivo y aquéllo lo pintado,
aquéllo la figura y Tú lo cierto;
eres pan tan glorioso y endiosado
que á decir tus grandezas yo no acierto;
las angélicas lenguas lo prosigan,
que faltas quedarán, aunque más digan.

FR. LUÍS DE LEÓN.

*
* *

¡Angélico manjar,
más dulce que la miel,
donde halla el alma fiel
celeste bienestar!
Ven, ven, para tomar
eterna posesión
de mi alma toda y corazón.

Los hombres bendición
sin fin, sin fin te dan;
gracias, Jesús, mi bien,
por tanta dignación.
Tu humilde corazón
abre de par en par
á los que ansían tu manjar.

El manjar que se da
en el sacro viril,
me sabe á gustos mil
más bien que no el maná.
Si el alma limpia está
al comer de este pan
la gloria eterna le darán.

¡Precioso candel
que al alma justa y fiel
más dulce sois que miel,
más rico que el panal!
La gloria celestial
espero en vos, mi Dios,
para reinar sin fin con vos.

X.

*
* ***Al Santísimo Sacramento.**

.....
Levántase el caído, y remozado
su enfermo corazón hierve en amores,
como en olas el mar y en mies el prado,
y en luz el cielo y el vergel en flores;
y en tu pecho reclina su cabeza
feliz y enamorado,
de tu gloria cantando la grandeza,
como el Angel la canta en los dinteles
de la celeste altura;

y come hasta la hartura,
 de pasiones desnudo y de impureza,
 del pan divino las sabrosas mieles.
 Toda en amor ardiendo
 se abrasó ante el Sagrario el alma mía,
 y su culpable desmayar venciendo
 lucha sin tregua y sin cesar porfia
 por amarte, Señor, de amor muriendo,
 vencida á tu piedad, con fe robusta
 crece á tu amparo, y al azul levanta
 su fervoroso afán, y hambrienta gusta
 la vida de tu amor en la Hostia santa.
 ¡Tu amor que vive con eterna vida
 en tu cuerpo, Señor, sacramentado,
 derramándose en gracias sin medida
 que el alma ya ha probado,
 sobre aquel que te hospeda enamorado!

JUAN B. PASTOR Y AICART.

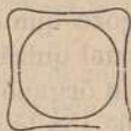
* * *

¡La Eucaristía!... ¡El luminoso arcano!
 ¡Fino cendal que tus amores vela!
 ¡Prodigio soberano
 que tus bondades, mi Jesús, revela!...
 ¡Imán que atrae al alma
 con dulce suavidad halagadora!
 ¡Lecho florido en que reposo y calma
 encuentra el corazón que sufre y llora!

.
 ¡Iris que anuncia venturosas calmas!
 ¡Estrella peregrina
 que de la gloria al bonancible puerto
 conduce los bajeles de las almas!
 ¡Celeste medicina,
 de toda enfermedad remedio cierto!
 Divino Sacramento
 en el que cada día

se ofrece el Criador por alimento
de la pobre criatura!
¡Amorosa locura
del corazón de un Dios!.... ¡La Eucaristía!
¡Cuánto nos ama! Ved; desde el Sagrario
al alma predilecta ya convida
á la fiesta nupcial de sus amores!
¡Su cuerpo por comida
le ofrece con acento cariñoso!
¡Que el inefable Esposo
quiere que viva con su propia vida!....

JOAQUÍN PERALTA VALDIVIA.





Capítulo XIII

Del gozo que en el Cielo tendrá el sentido del tacto.

El tacto vivirá en el Cielo, según lo dice la Escritura implícitamente, 183.—Y explícitamente los teólogos: Lesio, 184.—Nieremberg, 185.—La Puente, 186. Los Santos Padres, 187.—Felicidad del tacto, 188.—Varios oficios de él, 189.—Por los cuales recibirá felicidad, 190.—Plática de San Agustín, 191.—Poesías, 192.

183. Nada por modo directo se dice en la Sagrada Escritura del gozo que en el Cielo tendrá el sentido del tacto, lo cual quizá sea debido á que no hay para tal sentido un órgano especial en el cuerpo humano, al modo que los hay para los otros sentidos. Pues el sentido del tacto hállase difundido por todo el cuerpo, aunque es cierto que para algunas cualidades existe con más perfección en las manos. Pero no se puede dudar de que en el Cielo tendrá este sentido una completísima felicidad en todo aquello que sea compatible con el estado glorioso de los bienaventurados. No habrá en el Cielo ni calor ni frío, ni sensación alguna desagradable al cuerpo glorioso, y por eso mismo, existiendo allí en potencia y en acto el sentido del tacto, sale como natural consecuencia que el cuerpo del justo disfru-

tará en todas sus partes una placidísima y celestial suavidad y un bienestar indecible; pues para todo él será el Cielo una perpetua y deliciosa primavera. Y esto ya lo dice, á su modo, casi siempre algo misterioso, la Sagrada Escritura. A esto parece referirse el Real Salmista cuando dice: «El Señor es mi ayuda y mi protección, mi corazón en El esperó y he sido auxiliado. Y ha reflorecido mi carne, y le alabaré por mi voluntad. Salva, Señor, á tu pueblo y bendice á tu herencia, gobiérnalos y engrandécelos por toda la eternidad» (1). Pues, cuando dice que ha reflorecido su carne, da á entender que florece después de la resurrección á la eterna gloria; y ese florecer de la carne no puede ser otro que el bienestar general de su ser corpóreo, cuyo bienestar es percibido por el sentido del tacto; pues, así como por él recibimos el frío, el calor y los dolores, así también el bienestar y la tranquila suavidad que produce la salud.

Y en otro lugar dice el mismo Profeta: «Me has recibido, Señor, con gloria. ¿Qué tengo yo, pues, (reservado) en el Cielo, y qué te pido sobre la tierra? Desfallece mi carne y mi corazón; Dios del corazón mío, y mi herencia es Dios eternamente» (2). Que es como decir: Tan grandes, son, Señor, los placeres que en el Cielo me tienes reservados, que ante su grandeza desfallecen de inmenso asombro y profunda gratitud mi carne y mi corazón, para los cuales son también tales placeres.

Pero donde con más claridad se expresa el Sal-

(1) Psal. 27, 7, 9.

(2) Psal. 72, 25, 26.

mista es en esta hermosa exclamación: «¡Cuán amables, son, Señor, tus tabernáculos: anhela y desfallece mi alma en los atrios del Señor. Mi corazón y mi carne saltaron de gozo en la presencia del Dios vivo!» (1). Y este gozo será duradero y eterno en el cuerpo del bienaventurado; porque, como dice este mismo Profeta: «Llena el Señor con sus bienes el deseo de los justos y les renueva su juventud, como se renueva la del águila» (2). Es decir, que aquellos gloriosos cuerpos serán eternamente jóvenes y eternamente sanos y robustos, como son los de los jóvenes; y, por tanto, eternamente felices, como ya se dijo al tratar de la dote de la impasibilidad. Por eso termina este Santo Escritor exhortando á que «toda carne bendiga el nombre santo de Dios en los siglos y por los siglos de los siglos» (3).

La divina Sabiduría también nos exhorta, por boca del rey Sabio, á escuchar con atención los mandatos de Dios, «porque son vida para el que los encuentra y son salud para toda carne» (4). Y, si son salud para el alma, y también para el cuerpo, no pueden menos de servirle de gran placer, pues el mayor de todos es la salud.

Y el Profeta Joel dice también en nombre de Dios, ó, mejor, dice Dios por boca del Profeta: «Mi pueblo no será eternamente confundido, porque habéis de saber que yo estoy en medio de Israel; y yo soy vuestro Señor, y no hay otro; y mi pueblo

(1) Psal. 83, 3.

(2) Psal. 102, 5.

(3) Psal. 144, 21.

(4) Prov. 4, 22.

no será confundido en toda la eternidad. Y sucederá que derramaré mi espíritu sobre toda la carne... porque en el monte de Sión y en Jerusalén habrá la salvación, como el Señor lo ha dicho» (1). Ahora bien, ¿quién puede dudar que el espíritu de Dios, difundido por medio del cuerpo, ha de servirle de grandísimo y muy dulce gozo? Bien claramente lo dice San Pablo: «El mismo Espíritu (Santo) da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y, si somos hijos, seremos también herederos, herederos ciertamente de Dios y coherederos de Jesucristo; mas esto á condición de que padezcamos con El (y por El), para que seamos entonces también glorificados. Porque entiendo que los padecimientos de este tiempo (perecedero) no son nada en comparación de la grande gloria que se manifestará en nosotros (en la vida futura)» (2). Seremos, pues, coherederos de Jesucristo y ¿quién será capaz de dudar que Jesucristo tenga inmenso placer en todo su gloriosísimo cuerpo? Pues también lo tendrán los justos que son sus hermanos. Serán allá glorificados los que acá han padecido por amor de Dios, pero serán glorificados en aquello con que han padecido. Luego serán glorificados y hartados de gozo en sus cuerpos, pues también el cuerpo, á la par que el alma, y, en cierto sentido, más que el alma, padece grandes dolores en esta mortal vida. Y aquella gloria y gozo de los cuerpos habrán de ser de tan subido valor y suavidad que, como afirma el Apóstol, los mayores tormentos de este mun-

(1) Joel, 2, 27.

(2) Rom, 8, 16 y 18.

do no podrán tener con ellos la más remota comparación.

184. Lo que la Escritura Sagrada lo dice sólo de una manera menos directa, muy directa y claramente lo afirman nuestros Teólogos y escritores ascéticos. De alguno; ya lo vimos al tratar de los sentidos en general; de Suárez se vió en el precedente capítulo; pues á la par que del sentido del gusto, habló este profundo filósofo del sentido del tacto; y de otros lo veremos ahora. Dice por su cuenta el célebre Lesio: «El sentido del tacto tendrá también su deleite, ya del aura (ó brisa) celestial y ya del contacto con los cuerpos del Cielo. Pues, si aquí se recibe gran deleite del aura (ó viento) suave y del contacto de las aguas, ¿cuánto más se percibirá allí del aura del Cielo y del contacto con los celestes cuerpos?»

Ya también de la íntima sensación, del buen temperamento; pues el hombre que está perfectamente sano siente suavemente en sí mismo la buena disposición de su cuerpo. Por lo cual, San Anselmo, en su libro *De las semejanzas* (capt. 54), escribe: «En mi opinión se puede sin duda alguna afirmar que la salud de la vida futura habrá de ser tan floreciente y tan inmutable é inviolable, que llenará á todo el hombre de cierta dulzura de suavidad y rechazará y expulsará de sí lo que pueda tener visos de trastorno, de mudanza y de lesión» (1).

185. El tacto, escribe Nieremberg, también será allí regalado: flores le parecerá cuanto pisare, y todo el temple de sus cuerpos será amenísi-

(1) De Sum. Bon., libr. 3.º, cap. 8.º

mo y de una *razón* y disposición gustosísima, porque, así como las mayores penitencias de los santos se ejercitaron en este sentido (del tacto) affigiendo el cuerpo, así también era razón que en este sentido tuvieren particular premio; y, así como en el inferno son affigidos los condenados de muchas maneras en el tacto, así serán en el mismo sentido recreados en el Cielo los Santos; y, como en el inferno aquel ardor de fuego sin luz ha de penetrar á los miserables abrasándoles hasta las entrañas, así en el Cielo, á aquel candor de luz que ha de penetrar á los Santos, ha de acompañar un incomparable regalo y recreo, si bien bastaba ya ser incapaz de pena y de todo dolor y cansancio, para que les sirviese de grande premio. Todo ha de servir en aquella verdadera vida; todo ha de ser gozo en aquella bienaventuranza eterna, porque, como dice San Anselmo (1): «Los ojos, narices, boca, manos, hasta lo más interior de los huesos, las entrañas todas y cada una de las partes del cuerpo en común y en particular, sentirán una milagrosa suavidad y deleite» (2).

186. El Venerable P. Luís de la Puente muy claramente afirma el gozo del sentido del tacto en el Cielo y pondera su inefable grandeza con estas palabras... Finalmente el sentido del tacto, que está derramado por todo el cuerpo, estará lleno de deleites santos y puros; de modo que todo el bien-

(1) De Similitud., cap. 36.

(2) Difer. entr. lo temp. y lo etern., libr. 4.º, capt. 5, párf. 2.º

aventurado estará como empapado en el río de los deleites de Dios.

¡Oh, cuán bien premiados quedarán allí los sentidos por las mortificaciones que en esta vida padecieran, pues, conforme á la muchedumbre de los dolores, será la muchedumbre de los consuelos en el alma y en el cuerpo! (1). ¡Oh, cuerpo mío, ánimate á padecer por Cristo, para que gocen tus sentidos del gozo que tienen los suyos. Y, aunque tus pies anden sobre la tierra tenlos con el deseo fijos en los palacios del Cielo y en los patios de la celestial Jerusalén (2).

187. Como se ve por lo trasladado, todos los precedentes escritores hablan en particular del sentido del tacto y de la mucha y muy suave dulzura con que estará regalado en aquella dichosa y eterna mansión de los justos. Mas otros, especialmente algunos Santos Padres, hablan en conjunto de la felicidad de todos los sentidos, incluyendo también el gozo del tacto, y por eso los hemos dejado á propósito para el final de este capítulo.

«Habrà allí, dice el Aguila de Hipona, tales bienes del cuerpo y del alma, cuales el ojo no ha visto (*en este mundo*) ni los ha percibido el oído, ni los ha pensado el corazón del hombre. ¿Qué amas, pues, carne mía? Alma mía, ¿qué deseas? Allí (en el Cielo) hay todo lo que amáis; allí hay todo lo que deseáis. Si es deleitable la hermosura, los justos resplandecerán como el sol; si son deleitables los goces (*santos*) del mundo, el Señor les dará (*á los*

(1) Psal. 93, 19.

(2) Medit., part. 6.^a, Medit. 52, punto 3.^o

justos) de beber del torrente de deleites de su deidad» (1).

Pues San Anselmo también confirma esto mismo con poca deferencia de palabras: «En aquella vida futura, dice, serán los buenos como emborrachados por inefables deleites, y serán saciados con una inenarrable abundancia que les causará una inestimable dulzura de sí mismos... de tal manera, que todo el hombre sea realmente como ebrio por el torrente de los divinos deleites y saciado por la abundancia de su casa» (2).

Con mucha elegancia pondera también San Lorenzo Justiniano los eternos gozos de los sentidos en el Cielo: «La carne, dice, transformada en espiritual, rebotará de muchas delicias por todos sus sentidos. Se deleitarán los ojos con el amable aspecto del Redentor cuando vean al Rey en toda su hermosura, coronado de gloria y orlado con la diadema con que le coronó su Madre. Los melodiosos cánticos de aquellos ciudadanos de lo alto no halagarán poco el oído. También la fragante suavidad de los celestiales aromas rociará el olfato con admirable derretimiento. Indecible dulzura de todos los deleites alimentará el sentido del gusto con cierta meliflua y agradable suavidad. El mismo tacto, en fin, abundará de las delicias que le son acomodadas. Pues no es lícito que en aquella celestial patria haya cosa que deje de alabar á Dios; antes es muy justo que todos los miembros del cuerpo engrandezcan, cada uno á su modo, á su Creador; porque,

(1) San Agust., libr. de Spirt. et anim., cap. 64.

(2) De Similitud., cap. 57.

así como por El tuvieron principio. (*de su existencia*), así en El encuentran el fin de su bienaventuranza, y de esta manera será Dios todas las cosas en todos (1).

188. De todo lo que dicho queda, tanto de la Sagrada Escritura como de los muy sabios y santos escritores, se comprende con mucha claridad que el sentido del tacto habrá de tener en el Cielo una abundante é imperecedera felicidad. Apuntadas quedan en lo transcrito todas, ó casi todas las razones que en apoyo de tal verdad pueden aducirse. Pues ya la abundancia de bienes de que está llena la casa de Dios; ya la misericordia, la generosidad y aun la justicia de Dios, dispuestas siempre á dar en colmada medida los gozos á los que han merecido ir á la gloria; ya los trabajos sufridos, las penitencias y tal vez los tormentos que tienen su campo de acción, ó mejor, su lugar de refugio en el sentido del tacto; y, por fin, la prueba por la oposición á lo que pasa en el infierno, donde los réprobos son atormentados en su carne con horribles penas: razones son todas ellas en que se fundan los aducidos escritores para probar la felicidad del sentido del tacto en la patria del Cielo. Podríamos, pues, dejar aquí ya la pluma por considerar esta materia bastante aclarada.

189. Hay, sin embargo, una prueba, á mi entender, de muy subido valor y que apenas ha sido poco menos que indicada en muy breves palabras. Y sobre ella quisiéramos decir algo más. Es la fundada en la exuberante vida de que en Cielo ha de estar

(1) De Discipl. monast. conversationis, cap. 23.

adornado el cuerpo de los justos. Porque el sentido del tacto no sólo tiene por objeto el tocar y palpar los cuerpos sólidos, y percibir la suavidad ó dureza de ellos, cosa que probablemente no hará en el Cielo, ni, por tanto, recibirá por ese camino ningún placer; mas tiene también otros muchos ministerios que desempeñar. Ministerio es del tacto aquí en esta mortal vida recibir las impresiones del calor y del frío, de la humedad y de la secura, de la fuerte y de la débil presión del aire que lo rodea, de la ligereza y del peso, de la salud y de la enfermedad, de la robustez y debilidad de la propia vida, de los placeres y los dolores producidos por la buena ó mala disposición de los humores, y, por último, de la placidez ó de la tristeza, hijos, respectivamente, de la salud ó de la enfermedad. Pues de las sensaciones referidas, aquellas que sean de suyo agradables al hombre, y que por su decencia sean compatibles con aquel purísimo estado de gloria, no cabe duda de que las experimentará el sentido del tacto, y que con ellas recibirá indecible é imprecadero bienestar. Lo cual fácilmente se comprende valiéndonos de la analogía con lo que observamos y experimentamos en esta vida terrena. Aquí, cuando estamos sanos y disfrutamos de perfecta salud y de vida robusta, y, por otra parte, no nos molesta ni el calor, ni el frío, ni cosa exterior alguna; ni tampoco el hambre, ni la sed, ni tristes sentimientos, ni nos combaten las pasiones, ni tenemos ninguna contrariedad en nuestro estado interior, entonces el sentido del tacto experimenta en todo el cuerpo del hombre un tan dulce é inexplica-

ble bienestar que, si no fuera por lo que nos dice la fe, nos obligaría á exclamar, como exclamó San Pedro en la cumbre del Tabor: Señor, bien estamos acá en la tierra; renunciarnos á esa soberana vida del Cielo, de que nos hablan los Santos.

La vida, y la salud, y el vigor y un no sé qué incomprendible, pero bien claramente real y existente, se siente circular por todo nuestro cuerpo y nos llena de abundantísimo deleite y de un placer insondable. Con ese placer no puede ser comparado ningún otro placer de los demás sentidos; pues á todos renunciaríamos por conservar ese placer de la vida.

190. Ahora bien, no puede haber duda, como ya lo hemos demostrado; que en el Cielo el cuerpo de los justos vive y vive con una exuberante é inagotable vida; tampoco cabe duda de que allí no habrá, como lo dice el Aguila de Patmos, ni llanto, ni dolor, ni calor, ni frío, ni absolutamente nada que pueda alterar, ni exterior ni interiormente, la imperturbable tranquilidad y bienandanza de los moradores de aquella divina y primaveral patria: luego allí se sentirá, y se sentirá con toda fuerza y vigor la placidez de la vida. Y con esta placidez todos los demás placeres procedentes ya de dentro, ya de fuera del cuerpo humano, pues la justicia divina por un lado, y la misericordia y generosidad por el otro, derramarán una lluvia de suavidad y de bienandanza sobre los cuerpos de sus escogidos, que no habrá lengua ni de hombres ni de ángeles que contarle dignamente pueda. Pues nada impide que en aquella celestial patria, ya que, como hemos

dicho, es cosa creada por lo que toca al lugar, haya cierta sutilísima materia que, á modo de atmósfera, rodee é inunde y compenetre los cuerpos de los Santos y los colme de indecibles placeres. Mas, aunque esto así no fuera, Dios lo puede todo y es todo para los bienaventurados, y puede producir toda clase de gozos en el cuerpo de los hijos, que siéndole fieles en este mundo, le han de acompañar por toda la eternidad en la casa paterna del humano linaje. Y, si Dios puede hacer todo eso y ello no es impropio de aquel divino palacio, no hay duda que lo hará, como sello del amor que tiene á sus amantes hijos.

191. Concluyamos ya con esta amorosa y bellísima plática de San Agustín, de la cual ya pusimos antes algunas palabras.

«Pues, ¿por qué, oh hombrecillo, andas vagueando por muchas cosas, para buscar los bienes de tu alma y de tu cuerpo? Ama aquel bien en el cual están todos los bienes y éste te basta. Desea aquel simple bien que es todo el bien, y tendrás hartó.

Porque, oh alma mía, ¿qué amas? Alma mía, ¿qué deseas? En él está todo lo que amas y todo lo que deseas: si la hermosura te deleita, los justos resplandecerán como el sol; si la ligereza, ó fortaleza, ó sutileza del cuerpo, á la cual no se pueda resistir, serán semejantes á los Angeles de Dios, porque el cuerpo que ahora muere corruptible, resucitará espiritual, no por su naturaleza, sinó por divina gracia. Si deseas una larga vida y con salud, allí hay una eternidad sana, y una sanidad eterna, porque los justos vivirán eternamente. Si pides hartura, en-

tonces se hartarán cuando se les descubrirá la gloria del Señor. Si te quieres embriagar allí se embriagarán en las bodegas abundantes de la casa del Señor. Si eres amigo de música, allí los Angeles con voces celestiales cantan sin cesar alabanzas á Dios. Si buscas algún deleite casto y limpio y no inmundo, el Señor con la corriente de deleites hartará á sus escogidos. Si sabiduría, la misma sabiduría de Dios se les muestra y comunica. Si amistad, allí aman á Dios más que á sí, y los unos á los otros como á sí mismos; y Dios los ama á ellos más que ellos se aman á sí, porque ellos le aman á El y se aman á sí, y aman entre sí por El, y El se ama á sí y ama á ellos por sí mismo. Si concordia, todos tendrán una voluntad, porque no habrá otra ninguna sinó la de Dios. Si pretendes poder, los Santos serán señores á su voluntad, y en su manera todopoderosos, como lo es Dios. Porque, así como Dios por sí mismo puede todo lo que quiere, así ellos por El podrán todo lo que quieran.

Pues, si codicias honras y riquezas, el Señor las da tñ cumplidamente á sus siervos, que los hace mayordomos de sus bienes, y son llamados y de veras son hijos de Dios y dioses, y donde estuviere el Unigénito de Dios, allí estarán ellos con El, como herederos de Dios y herederos juntamente con Cristo. Pero, si buscas verdadera seguridad, tan ciertos estarán los bienaventurados que no les faltará jamás aquel bien, como lo están de que no lo perderán por su voluntad, ni se lo quitará Dios contra ella, pues tanto les ama; ni habrá cosa más poderosa que Dios que los pueda apartar de El. Decidme:

¿Cuán grande y cuán admirable es el gozo á donde hay tan grande y tan inmenso bien?» (1).

*
* *

192.

EL BIEN

I

Siento una voz lastimera
que sale no sé de dónde,
soplo que de esta manera
á mis preguntas responde:

—¿Existe el bien?

—Puede ser.

—¿En la tierra?

—¿Por qué no?

—¿Para alcanzarlo?....

—Querer.

—Y ¿en dónde está?

—Búscalo.

II

Bajo los ojos pensando
que estas respuestas no entiendo.
Después sigo preguntando:
la voz sigue respondiendo.

—¿Es la gloria?

—Vanidad.

—¿Es la hermosura?

—Ilusión.

—¿La juventud?

—Loca edad.

—¿Los placeres?

—Humo son.

III

Nuevas sombras, nueva duda

(1) Manual, cap. 34.

encuentro en cada respuesta.

La voz permanece muda,
mas pregunto y me contesta.

—¿Está en el poder?

—Jamás.

—¿En la riqueza?

—¡Qué horror!

—¿En la ciencia?

—Loco estás.

—¿En el amor?

—¿En qué amor?

IV

El misterio de este asunto
oscuras sombras le presta,
nuevamente yo pregunto;
de nuevo la voz contesta.

—No es riqueza, ni esplendor,
ni hermosura, ni poder,
ni ciencia, gloria, ni amor:

—Entonces, ¿qué puede ser?

Raro bien, pues que, según
las respuestas que me das,
huye de mí más aún
cuando yo le busco más.

—Muy mal discurre así;
tu ceguedad es crüel;

no es él el que huye de ti;
eres tú quien huye de él.

—¿Quién lo ha visto?

—Quien lo halló.

—¿Quién lo oculta?

—Quién lo da.

—No existe el bien.

—Búscalos.

—Pero ¿dónde?

—Donde está.

V

Bien que existe y no se alcanza,
que lo busco y no lo veo,
es dogal de mi esperanza,
fatiga de mi deseo.

Si es mentira, ¿cómo existe?

Si es verdad, ¿por qué se esconde?

Vuelvo á preguntar, y triste
así la voz me responde:

--Es un sueño?

--Es realidad.

--¿Es el genio?

--Raro don.

--¿La fortuna?

--Ceguedad.

--¿La razón?

--¡Pobre razón!

--Por lo que mis ojos ven
en las respuestas que das,
bien triste cosa es el bien
que no se alcanza jamás.

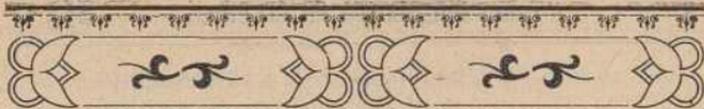
Bajo la sombra pesada
de este pensamiento fijo,
doblé la frente cansada
y entonces la voz me dijo:

--Ciego, con falso barniz
te pinta el bien su inquietud.

Sobre la tierra, ¡infeliz!,
no hay más bien que la virtud.

JOSÉ SELGAS.





Capítulo XIV.

En el Cielo no habrá comidas, ni bebidas materiales, ni árboles.

Lo primero lo trae la Escritura, 193.—Y lo explica Santo Tomás, 194.—No obsta que Jesús haya comido después de resucitar, 195.—La razón así lo comprende, 196.—No habrá árboles, 197.—Ni su falta producirá tristeza, 198.—Porque serán sustituidos por otros objetos, 199.—Resumen, 200.—Poesías, 201.

193. Por ciertas expresiones de la Sagrada Escritura, en las que se habla de mesa, de banquetes, de abundancia, de hartura, de embriaguez y de otras parecidas cosas, se inclinan algunos á creer que en el Cielo se comerá, se beberá, se dormirá y se efectuarán otras operaciones encaminadas, ya á la conservación del individuo, ya á la propagación de la humana especie. Es, sin embargo, cosa muy clara que en el Cielo no habrá nada de eso, en sí mismo considerado, aunque sí tendrán los justos todos los placeres santos de los sentidos por modo celestial y eminente.

«No tendrán ya jamás los bienaventurados ni

hambre, ni sed», nos dice el Discípulo Amado (1). Y casi con las mismas palabras lo había dicho mucho antes Isaías (2).

También en lo que á la otra materia se refiere está bien expresivo y claro el testimonio de nuestro divino Redentor, cuando dice: «En la resurrección ni se casarán, ni serán casados, sinó que serán como los Angeles de Dios en el Cielo» (3). Pues, si es verdad que el Cantar de los Cantares nos habla del Esposo y de sus esposas, estas palabras se refieren á Jesucristo, que es el verdadero Esposo sobrenatural de l^{as} almas. Lo cual es cosa tan clara que no hace falta detenerse á explicar la dificultad que de ahí pudieran algunos formular.

194. La razón, ilustrada y robustecida por la fe, demuestra esa verdad con toda evidencia. Así lo hace el Angel de las Escuelas:

«Una vez, dice, que haya desaparecido la vida corruptible, es necesario que desaparezcan también las cosas que estaban destinadas á su servicio. Y es cosa manifiesta que el uso de las comidas (y bebidas) está para servicio de la vida corruptible; pues tomamos alimentos para evitar la corrupción que proviene de la consunción de humedad natural (*y reparar todas las fuerzas de nuestro organismo*). Es también necesario el alimento en la presente vida para el crecimiento (del individuo), cuyo crecimiento no existirá en los hombres después de la resurrección, porque resucitarán todos en sus debidas dimensio-

(1) Apoc., 7, 16.

(2) Isa., 49, 10.

(3) Mat., 22, 30.

nes. Tampoco habrá necesidad del matrimonio, pues éste se ordena á la propagación de la especie humana, la cual perecería si los individuos que mueren no dejaran sucesores; mas en el Cielo los individuos tienen una vida incorruptible (y eterna), por lo cual no hay allí necesidad del matrimonio».

«Además, dice el Santo, la vida de los que resucitan (*para el Cielo*), no será menos, sinó mucho más ordenada que la vida presente; porque la primera se consigue por sólo la acción (*gracia*) de Dios, y la segunda con la cooperación también de la naturaleza. Pero en la vida presente el uso de la comida se ordena á algún fin, y este fin es que la comida por la digestión se convierta en (sustancia del) cuerpo. Si, pues, en el Cielo hubiere el uso de alimentos, sería también con el fin de que en cuerpo se convirtiesen. Mas, como en el cuerpo (del bienaventurado) no haya pérdida ni corrupción alguna, pues será un cuerpo del todo incorruptible, habría que admitir que todo lo que tomase de alimento, se emplearía en aumento (*del cuerpo*). Y, como, por otra parte, el hombre adquiere ya en la resurrección sus debidas proporción y estatura, se seguiría que, al crecer más, alcanzaría una proporción y estatura excesivas». Cosa que es impropia de aquel estado de gloria, que es estado de suma perfección (1).

195. Es cierto que Jesucristo, después de resucitado, comió en compañía de sus discípulos un trozo de pez asado y un poco de miel (2); y San Pedro

(1) Sum. Cont. Gent., lib. 4.^o, 83.

(2) Luc., 24, 42 y 43.

añade que (los Apóstoles) comieron y bebieron con él (1); pero esa comida no fué por necesidad, como dice el Angélico, esto es, en cuanto que la naturaleza necesitara de alimento después de la resurrección, sinó (efecto) de la potestad (de Jesucristo), para manifestar que él tenía verdadera naturaleza humana después de resucitado, la misma que había tenido en aquel (anterior) estado (de vida mortal), cuando había comido y bebido con sus discípulos. Pero esta manifestación no será necesaria en la común (y universal) resurrección (de los hombres), porque entonces será conocido de todos (que el cuerpo que resucita es el mismo que antes tenían). Y por eso se dice que Jesucristo comió como por dispensa, de un modo parecido al empleado por los Juristas, cuando dicen: *que la dispensa es la relajación de la ley común*; porque Jesucristo (al comer) interrumpió lo que es (ley) común de los que resucitan; es, á saber, el no usar de comidas por las razones que se han dicho» (2). Esto dice también Suárez, y añade que el alimento tomado por Jesucristo no se convirtió en su propia sustancia, ni siquiera fué digerido en el estómago, sinó que pudo desaparecer sin resistencia alguna por la voluntad de Jesús. Pero de las facultades de la vida vegetativa afirma este gran teólogo, siguiendo al Angélico, que todas permanecen en el cuerpo glorioso de Jesús y lo mismo en los de los bienaventurados, por más que no ejercerán sus actos; es decir, que ni se comerá en el Cielo ni se beberá. «Porque tales acciones suponen un

(1) Act. 10, 41.

(2) Suppl., q. 81, 4. 1^{um}



cuerpo necesitado de alimento, y, por lo mismo, pasible y alterable» (1). Lo que es impropio de un cuerpo incorruptible cual lo será el de los justos en el Cielo.

Pues Lesio ya vimos que decía «que el sentido del gusto tendrá su deleite propio en la gloria, mas no porque allí se tome comida, ni bebida alguna, sinó por cierto fluído suavísimo, infundido en el paladar por la virtud de Dios» (2). Y San Juan Damasceno dijo de Jesucristo: «Que no necesitaba, después de resucitado, ni de comida, ni de bebida, ni de sueño» (3). Que es lo que afirma también San Cirilo de Jerusalén, cuando dice, que el cuerpo resucitado será eterno, y ya no tendrá más necesidad de comidas, ni de escaleras para ascender. Pues se hará espiritual y resplandecerá como resplandece el sol (4).

196. Así, pues, aparece claro de todo lo dicho que no habrá en el Cielo ni comidas, ni bebidas, ni necesidad de aspirar aire, ni de dormir, ni de las otras operaciones de la vida vegetativa. Y de la vida sensitiva sólo habrá allí aquellos actos que sean actos buenos y plácidos en sí mismos, y no en cuanto medios de satisfacer necesidades: las cuales no tendrán cabida en aquella patria de felicidad.

El comer y el beber, y las otras operaciones á estas análogas, no son de suyo perfecciones, son verdaderas miserias, y en tanto tienen el concepto

(1) Suar., in 3.^{am} Part., Divi. Thom.; disput. 47., sect. 5.^a

(2) De Sum. Bon., lib. 3.^o, capt. 8.^o

(3) Libr. 4.^o de Fide, cap. ult.^o

(4) Cat. 18.

de bienes relativos en cuanto que por ellas se satisfacen ciertas necesidades del ser viviente. Luego, cuando la vida del ser viviente puede existir y permanecer en su existencia sin necesidades y sin pérdidas de su parte corpórea, claro es que entonces el comer y el beber sólo le servirían de trabajo, de estorbo y hasta de hastío, cual nos sucede acá abajo cuando el estómago no está en disposición de recibir alimento alguno.

Pero en el Cielo la vida del cuerpo glorioso, ó mejor la del hombre, será una vida perfectísima que existirá siempre sana y robusta, siempre exuberante y placentera; y no estará expuesta á enfermedades, á descomposición, ni á pérdidas de ningún género; ni tampoco tendrá necesidad ni tendencia alguna al crecimiento y desarrollo; pues al resucitar adquirirá un cuerpo y un estado perfectísimos, según la plenitud de la vida en la cual resucitó Jesucristo, que es modelo y causa de la resurrección de todos los justos. Tampoco, pues, habrá en la gloria comidas ni bebidas, por ser cosas inútiles y aun perjudiciales para aquel dichoso estado. Pero sí habrá, como se ha dicho, un placer equivalente y aun muy superior á todos los placeres de los alimentos; placer causado por la virtud divina como premio de los sinsabores que los justos hayan tenido en esta vida en el sentido del gusto, según arriba ya se vió.

197. Además, debemos observar que, si hubiera en la gloria comidas y bebidas, sale por natural consecuencia que tendría también que haber plantas, árboles y animales, fuentes y arroyos, etcétera; pues no hemos de creer que Dios creara los alimen-

tos á cada instante por modo milagroso; y sábase, por lo que dice el Angélico y por otras razones, como ya hemos arriba explicado, que ni en el Cielo ni en parte alguna después de la renovación final del Universo, habrá vegetales ni animales.

«Desapareciendo el fin, dice Santo Tomás, desaparecer debe también todo lo que era (*medio*) para tal fin. Mas los animales y las plantas han sido creados para sustento de la vida animal del hombre..... Por lo mismo, una vez que deje de existir la vida animal del hombre, deben cesar con ella los animales y las plantas. Y la vida animal del hombre no existirá después de aquella renovación (*universal del fin del mundo*), tampoco, pues, deben existir las plantas y los animales».

«La renovación del mundo se hará por razón del hombre, y por tanto la renovación de aquél debe conformarse con la de éste. Ahora bien, el hombre, una vez renovado por la resurrección, pasará del estado de corrupción al de incorrupción y al estado de una perfecta quietud, según aquello de San Pablo: Es necesario que este (cuerpo) corruptible se vista de la incorrupción, y lo mortal alcance la inmortalidad (1). Y, por tanto, el mundo será también renovado de esta misma manera, para que, expulsada toda corrupción, permanezca perpetuamente en quietud. De modo que, después de aquella (*universal*) innovación (*del mundo*), sólo puede permanecer lo que sea apto para la incorrupción... Mas las plantas y los animales... son corruptibles según el todo (*en su conjunto*) y según las partes

(1) Cort. 15, 53.

(*de que se componen*); y esto tanto por parte de la materia, que pierde su forma, como de parte de la forma que tampoco permanece en acto; luego de ningún modo guardan orden con la incorrupción. Y, por lo tanto, no perdurarán después de aquella innovación, última y universal (1).

198. Apénase á primera vista el ánimo al pensar que en el Cielo no ha de haber algunas de estas cosas que en este mundo nos llenan de atracción y de encanto; como son las plantas, con sus matizadas y aromáticas flores; los árboles, con sus majestuosas copas, sus frutos y su inimitable verdor; y las aves con sus variadísimos colores y sus melodiosos cánticos. Mas esta pena, hija de una sencilla é inocente ilusión, desaparece al momento para ser sustituida por la inmensa alegría de otro panorama indeciblemente más pintoresco y más consolador; de otro mundo más grandioso y más brillante que este mundo de aquí abajo. Pues allí habrá, por modo eminente y arrebatador, los matices de las más delicadas flores, el verdor y lozanía de los árboles y la melodía y dulzura de los trinos de las aves. No habrá flores, ni árboles, ni aves, pero sí habrá un mundo nuevo y embellecido con todos los encantos primaverales, según lo dijo Isaías y el Amado Discípulo, y lo recopiló Santo Tomás de Aquino: «Puesto que las criaturas corporales recibirán en el fin del mundo una disposición ordenada al estado del hombre (*glorioso*), y los hombres no sólo estarán exentos de la corrupción, sino también serán circundados de gloria, es por lo mismo necesario que

(1) Suppl., q. 91.^a, 5. c.; y Sum. cont. Gent., cap. últ.

también las criaturas corporales adquieran á su manera cierta claridad de gloria: que es lo que se dice en el Apocalipsis (21, 17): *Vi un Cielo nuevo y una nueva tierra*; y en Isaías (65, 1): «Yo crearé (dice el Señor) unos nuevos cielos y una nueva tierra, y no volverán á la memoria los anteriores, y no subirán sobre el corazón (*para entristecerlo*), sinó que os alegraréis y saltaréis de gozo por toda la eternidad» (1).

199. Por eso han podido decir los santos y los místicos escritores, aunque en sentido figurado, y refiriéndose á lo que por modo sublime hay en el Cielo, que existen en él árboles, flores, ríos y otras cosas por esta semejanza, como lo hace el Cardenal San Pedro Damiano, con sentencias tomadas de San Agustín: «¿Quién podrá explicar, dice, la alegría de aquella paz soberana, donde los edificios son todos de piedras preciosas y vivas y los tejados están cubiertos de oro purísimo, y las salas resplandecientes con maravillosa claridad, y toda la obra es de piedras de inestimable valor, y las calles de esta ciudad son ladrilladas de oro más puro que el cristal sin polvo ni lodo, ni inmundicia alguna; á donde las flores y rosas, que no se marchitan, hacen un perpetuo verano (*primavera*); á donde blanquean las azucenas y sudan mil fuentes de bálsamo, los prados están siempre verdes, y los sembrados hermosos, y corren los ríos de miel en grande abundancia; los ungüentos suavísimos y aromáticos exhalan de sí muy grande olor; á donde las muy olorosas manzanas están colgadas en aque-

(1) Sum. cont. Gent., libr. 4.º, cap. 47 y últ.

llos bosques floridos para siempre; á donde no hay variedad en la claridad de la luna y del sol y de las estrellas, porque el Cordero es el que alumbrá en aquella bienaventurada ciudad, sin jamás esconderse...

Y desnudos ya de todas las cosas mudables de esta vida, y vestidos de inmortalidad contemplan aquella summa y eterna verdad, que tienen presente, á donde se hartan de esta fuente de vida, y embriagados de dulzura cobran vigor y un estado de inmutabilidad: aquí resplandecientes, vigorosos y alegres, no están sujetos á ningún acaso, ni adversidad; siempre sanos, sin temor de enfermedad; siempre mozos, sin envejecerse, en un ser perpetuo... por lo cual están siempre frescos, floridos y robustos, y sin corrupción; y la fuerza y vigor de aquella inmortalidad ya agotó y aniquiló la fuerza que tenía la muerte... Con un mismo pan se mantienen los moradores de esta tierra y los del Cielo, á donde los bienaventurados siempre están hartos y hambrientos, y desean lo que tienen, pero de manera que comen lo que desean y desean lo que comen. Allí hay siempre armonía y música de suavísimas voces que regalan y deleitan los oídos, y los órganos é instrumentos músicos sirven para alabanza del Señor. Bienaventurada, pues, el alma que tiene al Rey del Cielo presente, y ve debajo de sus pies toda esta máquina del mundo, y al sol, y á la luna, y á los planetas y estrellas revolverse debajo de sí. ¡Oh Cristo, Señor y Dios mío!, que eres la palma de tus soldados: yo te suplico, que después de haber acabado mis batallas y mi jornada

da, me admitáis en esa gloriosa Ciudad y me hagáis participante de la gloria de tus ciudadanos. Dame fuerza, Señor, pues soy flaco para pelear, para que, después de haber peleado y vencido, me des la corona, y yo pueda gozar de Ti para siempre jamás». Así sea (1).

200. Echase por aquí de ver que, aunque en el Cielo no haya realmente comidas ni bebidas, hay, por eminente y superior modo, todo lo que pueda halagar al gusto y á los demás sentidos; y, aunque tampoco haya flores, ni aromas, ni árboles, ni animales, hay celestiales colores y objetos de subido primor, que resplandecen con puro y suavísimo brillo; y hay, no sólo lo equivalente, sinó cosas muy superiores á los animales, á los árboles, á los aromas y á las flores. Por lo cual los bienaventurados no echarán de menos, para su perfecta y completísima felicidad, ninguno de los objetos que tanto nos recrean y embelesan en este mundo pasajero.

*
* *

201. Aire, sombra, polvo, humo.

I

Vanidades de la tierra,
fugaces pompas del mundo,
glorias que el tiempo consume,
placeres de amargo fruto;
quimeras que fugitivas
pasan en rápido curso,
ciencia que hasta Dios levanta
la arrogancia de su orgullo;

(1) Medit. de S. Agust., cap. 21,

ansia que la vida enciende,
fuego que apaga el sepulcro;
poder, riqueza hermosa,
aire, sombra, polvo, humo.

II

Grande es el mundo en que habito,
pero mi nombre es más grande,
porque las glorias del mundo
dentro del mundo no caben.

Yo moriré, y mi recuerdo
ira en los siglos que pasen;
tendrá mi nicho en la historia,
será mi nombre un cadáver.

¡Gloria! resplandor humano
que sólo brilla un instante,
vapor que el sol desvanece,
humo, sombra, polvo, aire.

III

Ciencia que en ti sola f as
y de ti misma te asombras,
que no hallas luz ni misterio
que   tus miradas se esconda:
  Quién insondable te oculta
en oscuridades hondas,
la medida sin medida
de la inmensidad que ignoras?

Ciencia de delirios llena
que nuestra soberbia forja,
rebelde ambición del hombre,
humo, polvo, aire, sombra.

IV

Hoy la gentil hermosura
que resplandece en tu rostro,
de admiración llena el alma,
de dulce encanto los ojos.

Mañana, fecha terrible,

plazo que se cumple pronto,
serán tus encantos ruinas,
será tu hermosura escombros.

La vida en la tierra es breve,
la juventud es un soplo,
relámpago la belleza...
humo, sombra, aire, polvo.

V

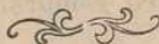
Gloria es la llama que enciende
en el corazón oculto
amor como el alma eterno,
y como eterno profundo.

Ciencia es la fe que ilumina
los arcanos más oscuros,
luz de la virtud que humilde
vive ignorada en el mundo.

Hermosura es la esperanza
conciencia de un bien augusto,
germen de inmortal belleza
que Dios en el alma puso.

Lo demás que á vuestros ojos
pasa en rápido tumulto,
es vanidad, es locura,
aire, sombra, polvo, humo.

JOSÉ SELGAS.





Capítulo XV.

Del gozo de los sentidos internos y del apetito sensitivo.

Relación entre las clases de sentidos, 202.—Gozo del sentido íntimo, 203.—Idem de la imaginación, 204.—Prodigios de esta facultad, 205.—Gozo de la memoria, 206.—Idem de la estimativa, 207.—Pues es el más perfecto de los sentidos, 203.—Gozo del apetito sensitivo, 209.—Se prueba lo dicho por la semejanza con Jesucristo, 210.—Y por lo contrario del infierno, 211.—Oración de San Agustín, 212 —Poesía, 213.

202. Muy pocas palabras hemos de decir del gozo de estas facultades. Pues, como los sentidos internos ejercen su actividad sobre los materiales presentados por los sentidos externos, el gozo de aquéllos corre parejas con el gozo de éstos; y el apetito sensitivo cosa bien clara es que se gozará en la posesión de los bienes sensibles y santos que abundan en la gloria, al modo que la voluntad se goza en la posesión de Dios, visto cara á cara por el entendimiento.

203. *El sentido íntimo*, llamado también sentido común por ser la facultad á donde van á parar todas las sensaciones de los otros sentidos, siendo, por tanto, á modo de un recipiente ó estación central

que recoge las comunicaciones de todas las redes de la línea telegráfica, sin duda que recogerá en sí todos los gozos de los demás sentidos, como la corte recoge todas las impresiones de los pueblos de la nación, y se alegra y se goza con los gozos y alegrías de ellos. Pues eso hará, y aun mucho más, en la gloria el sentido último; porque no sólo recibe las gratas impresiones de los sentidos externos, mas también las compara entre sí y discierne la de un sentido de las de los otros. Y de esta manera no sólo se deleitará con los gozos de cada sentido en particular, mas también con los gozos de todos ellos y con la inimitable armonía que en su seno producirán las impresiones celestiales externas, tan acordes entre sí y tan placenteras. Será, pues, tan grande el gozo del sentido íntimo que no hay lengua que lo pueda debidamente enaltecer.

204. Pues el gozo de la *imaginación* y fantasía no será pequeño. Cargo es, y derecho á la par, de la imaginación conservar en sí, como en misterioso y viviente museo, las imágenes de los objetos percibidos por los sentidos externos; y, además, sacar á lucir esas mismas imágenes, cuando á ella ó á la facultad que la domina, bien les plazca, y modificar y combinar esas imágenes de mil diferentes y caprichosas maneras. ¡Cuán grande y cuán inefable será el gozo de esta admirable facultad allá en el Cielo! Si acá en la tierra es ella el mejor auxiliar del genio, y con la potente fuerza creadora de las imágenes concurre por modo eficazísimo á la producción interna y á la externa realización de la belleza por medio de las bellas artes, y con ese ministerio llena

de inexplicable y altísimo gozo el corazón de los artistas... ¿qué prodigios no hará en aquella gloriosa región, patria de lo sublime?

Las imágenes de los infinitamente variados é inimitables colores; los armoniosos y dulcísimos ecos de aquellas voces angelicales y divinas; las caprichosas y elegantes formas de los objetos que adornan aquel palacio del Rey del Cielo, ¡cómo las retratará en sí misma, las combinará de muy variables y todas bellísimas maneras la imaginación del bienaventurado!

Además, acá en la tierra, según dicen los filósofos y según también, si nos fijamos en ello un poco, nos lo dice la propia observación, es la imaginación un auxiliar ó instrumento indispensable, ya para formarnos idea de las esencias y relaciones de las cosas sensibles, ya para expresar al exterior las ideas formadas. Y, por lo que se refiere á este segundo ministerio, que es el que nos es útil para el caso, fácilmente conoceremos que, cuando queremos decir algo á nuestros semejantes, antes de manifestarlo con la palabra hablada, es menester que nos lo figuremos en la imaginación. Así, quien trata de describir un paisaje se lo va antes pintando ó reproduciendo en su interior, y con tanta más brillantez lo descubrirá con la lengua, cuanto con más subidos colores se lo haya reproducido en su imaginación. Por lo cual resulta que la imaginación, con su verbo ó palabra imaginada, es un intermediario entre la idea ó palabra del entendimiento y la palabra de la boca. Luego de aquí sale que con todo lo que se goce el entendimiento en la gloria,

se gozará también, en su grado conveniente y en el orden y proporción debidos, la imaginación, como se gozará y lo alabará la lengua.

205. Siendo esto así; puesto que el entendimiento ve cara á cara á Dios, y en Dios y por Dios ve todos sus atributos, ve todas las cosas criadas con todas sus relaciones y con todo lo que diga orden ó interese á las personas de los bienaventurados, ¡qué inmenso gozo no recibirá en todo ello la imaginación del justo en el Cielo?

¡Cuánto no se esmerará esta creadora potencia en retratar con imágenes, bellas por todo extremo, y á su sensitivo modo, la esencia y las personas de la Augusta y Santísima Trinidad? ¡Con qué fina delicadeza se imaginará el infinito poder del Padre, la inmensa sabiduría del Hijo y el inefable amor del Espíritu Santo? Pues la omnipotencia, ¿con cuán inconcebibles modos y con cuántas ingeniosas imágenes se la tratará de representar?

¡Qué cuadros y qué retratos tan preciosos tendrá en su seno de los objetos que forman el admirable conjunto del Universo criado? Y ¡qué será del modo sublime de representar las magnificencias de aquella celestial Jerusalén? Y ¡qué de la majestuosa figura de Jesucristo, Rey de la gloria, y de la amabilísima y toda pura de su bendita Madre?

Pues, para que la lengua cante las grandezas del Criador y las preciosidades de aquel lugar, ¿qué no inventará la fantasía? ¿Qué figuras, qué metáforas, tan apropiadas y expresivas, pondrá constante y ardorosamente en juego! Y con todas esas cosas, ¡cuán inmenso y cuán inenarrable será el gozo que

ella reciba! No cabe, pues, duda alguna que la imaginación tendrá en el Cielo un inapreciable y dulcísimo gozo.

206. Pues á la *memoria* no le faltará su gozo y contento en aquella mansión de delicias.

«Vivirá también allí la memoria, dice elegantemente Nieremberg, acordándose de todos los beneficios divinos, haciendo gracias eternas al Autor de todas, gozándose el alma de haber sido tan dichosa, de que sin merecimientos suyos haya recibido tan grandes misericordias. Acordaráse también de los peligros que ha pasado, de que con el favor divino fué librada, y cantando, dirá: *El lazo se rompió y nosotros somos libres*. Será también al alma de particular gozo la memoria de las obras de virtud y actos buenos con que ganó el Cielo: lo uno, porque fueron los medios de su dicha, y lo otro, porque con ellos sirvió y agradó á tan gran Señor, y tan bueno como ve y experimenta. Este gozo que resultará de la memoria de las cosas pasadas, no es pequeño, sinó tan grande que, dando Epicuro un remedio para estar siempre deleitándose, enseñó que había de ser con la memoria de gustos pasados. La memoria de un bien perdido sin remedio da grande despecho y tormento; y, por el contrario, la memoria de un gran mal evitado y trabajo pasado, es dulcísima y suave. El Sabio dijo de la memoria de la muerte que era amarga, como lo es á los que la han de pasar; pero después de pasada y seguros en el Cielo, no puede dejar de ser dulcísima á los Santos, los cuales han de tener un gozo grandísimo,

acordándose que ya no han de morir, ni enfermar, ni peligrar» (1).

Y ¡qué gozo no experimentará la memoria con la presencia de todas aquellas personas que haya conocido y amado en este mundo, que las vea estar gozando en compañía de ella y de su Dios por toda la eternidad? Gozo será este tan grande y tan variado que no reconoce límites. ¡Qué gozo al recordar lo que fueron sus padres, sus hermanos, sus amigos, sus superiores y verles allí á su alrededor, cantando alegres las misericordias del Señor de los cielos! Si aquí en la tierra se goza tanto una madre cuando, después de una larga y peligrosa ausencia, vuelve á ver y abrazar á su hijo, que algunas han quedado muertas en un instante, ¿qué será volver á ver allí sus amados hijos, y los hijos á sus madres, después de la larguísima ausencia del sepulcro y saber que los tendrán siempre á su lado y siempre felicísimos en los palacios de la eternidad? Ciertamente que este tal gozo no lo sabrán bastantemente ponderar ni los mismos que lo experimentan .. ¡Tan grande y profundo será!

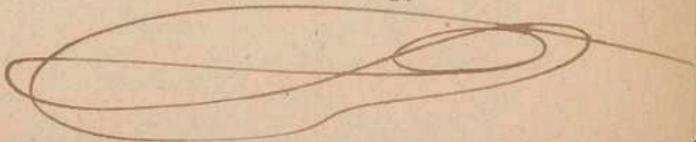
207. *La estimativa*, que es otro y el último de los sentidos internos, y cuyo oficio es conocer y apreciar las cualidades de los objetos sensibles, en cuanto son útiles ó inútiles, saludables ó dañosos á la vida sensitiva y animal del hombre; también debe tener y tendrá de hecho sus gozos en el Cielo. Pues ella es el superior de todos los sentidos, el más noble y el que está ya en el hombre tocando

(1) Difer. entre lo temp. y lo etern., lib. 4.º, cap. 5, párf. 1.º

los límites inferiores de la razón, que es por lo que la llaman los filósofos razón particular. Cierto es que uno de sus ministerios estará allí demás; pues allí nada habrá inútil, nada perjudicial á la salud, nada doloroso, ni enemigo alguno de quien huir; mas eso sucede lo mismo á todas las demás potencias, pues en el Cielo no habrá cosa alguna desagradable, ni perjudicial á todo el ser de los bienaventurados. Pero esto, no sólo no es obstáculo, antes bien es el más ancho y el más llano camino para el gozo de esta potencia. Pues ella conocerá que todo lo que ven los ojos, y lo que oyen los oídos, y lo que percibe el olfato, y lo que saborea el gusto, y lo que impresiona el tacto, todo es útil, todo es saludable y todo placentero para la exuberancia de vida de que en aquella dulce mansión disfrutará el cuerpo glorioso.

208. Si á esto se añade que es el más perfecto de todos los sentidos y que la felicidad de la gloria ha de estar en proporción de la potencia glorificada, no puede haber duda de que este sentido tendrá allí un gozo superior á todos los sentidos, tanto externos como internos.

Pues, si, como acabamos de ver, todos los sentidos del hombre tendrán en el Cielo su grande é indecible gozo, cosa clara es que no ha de estar sin él el *apetito sensitivo*. Pues los apetitos, que son facultades de tender ó de complacerse en el bien conocido ó ya poseído, se gozan, cuando se gozan las facultades cognoscitivas. Así, la voluntad se goza cuando se goza el entendimiento, y el apetito sensitivo gózase también con el gozo de los sentidos,



que son como las luces que lo iluminan y dirigen bajo el imperio de la razón. Y si acá en la tierra puede haber á veces discordancias entre unas y otras potencias, no la puede haber allá en el Cielo; por lo cual, las unas se alegran cuando se alegran las otras.

209. Desea el *apetito sensitivo* acá en la tierra, que la vista se extienda por amenos campos y contemple la hermosura de las flores, la frondosidad de los árboles, la sublimidad del mar y la majestad y brillo de las estrellas en serena noche, y gózase con purísimo gozo cuando por los ojos le entra á torrentes en su interior la belleza encantadora del mundo externo; y ¿no ha de gozarse allá con el espléndido y siempre primaveral espectáculo del Cielo, en cuya comparación es estiércol, como dice el Apóstol, la belleza de la tierra?

Queda el *apetito sensitivo* como extasiado ante la tierna y dulce voz de un niño; y se sale fuera de sí ante las melodiosas y armónicas voces de los instrumentos músicos, y ¿no habrá de recibir inmenso placer al escuchar aquellos celestiales y divinos conciertos de los Angeles y de los hombres, de los cuales una sola voz es más encantadora que todas las voces y conciertos de este mundo?

Pues, ¿qué diremos del gozo que recibirá con el olfato y el gusto cuando vea que allí todos los placeres son placeres purísimos y separados por completo de las torpezas de la materia?

Y del tacto, ¿qué podremos decir, sinó que será el sentido que más alimentará de placeres al *apetito sensitivo*? Porque aquella dulce y eterna suavidad

de la temperatura del Cielo, donde no hay calor, ni frío, ni dolores, ni impresión alguna que no sea placentera, ¿cuánto no inundará de gozo al apetito sensitivo? Y aquella bienandanza, hija de la pujanza y vigor de la salud y de la vida, que es lo que aquí abajo más llena al hombre de satisfacción y de contento, ¿qué contento y qué satisfacción tan admirables producirá á los habitantes de aquella ciudad de eterna y exuberante vida?

Luego no se puede poner en duda que los sentidos internos y el apetito sensitivo percibirán en el Cielo, cada uno á su modo, suavísimo é indecible gozo.

210. Otras razones hay que abonan esta consoladora verdad; pero, como se han dicho ya en otras ocasiones, no haremos más que indicarlas, dejando á cargo del piadoso lector el explanarlas y meditarlas, si lo cree oportuno.

Una es la tomada de la semejanza con nuestro divino Redentor, Cristo Jesús. Pues, ¿quién podrá dudar que Jesús en la gloria tendrá el uso y un gozo perfectísimo de todas sus potencias? Siendo, pues, Jesús la causa y el modelo de la gloria de los justos, claro es que también éstos tendrán el uso, y con el uso un indecible placer de todas sus potencias, aun de las sensitivas. Otra razón es la tomada de lo mucho que han padecido en este mundo los sentidos internos y el apetito sensitivo de los hijos de Dios con sus penitencias, trabajos y enfermedades; exige, pues, la justicia que en el Cielo reciban también su recompensa.

211. La otra, por último, es la que se funda en

la contrariedad de lo que se sufre en el infierno. En éste los réprobos serán atormentados en todas sus potencias y sentidos; deberán, pues, los justos ser igualmente premiados en la gloria en todos sus sentidos y potencias. Pues no es Dios más riguroso en castigos, que es misericordioso y abundante en los premios.

212. Terminemos con esta devota oración de San Agustín, y digámosla con el ferviente amor con que él la decía:

«Señor mío, Dios todopoderoso, que sois trino y uno, y que estáis siempre en todas las cosas, y fuisteis ante ellas y en todas seréis siempre Dios; yo os encomiendo hoy y en todo tiempo mi alma, cuerpo, vista, oído, olfato, el gusto y el tacto, todos mis pensamientos, afectos, palabras y obras y todos mis sentidos y potencias interiores y exteriores; mi entendimiento, mi memoria, mi fe y mi creencia y mi perseverancia. Todo lo pongo, Señor, en vuestras benditas manos, para que lo guardéis y lo defendáis de día y de noche, á todas horas y en todos los momentos; yo os suplico, santa y bendita Trinidad, que me oigáis... y que me guardéis de todo mal y de todo escándalo y pecado mortal; y de todas las asechanzas y encuentros de los demonios y de todos los enemigos visibles é invisibles... Oidme, Señor mío y Dios mío; oidme, oidme, lumbre de mis ojos... para que por vuestra gracia sea admitido en la compañía de los Angeles y de todos los Santos; en ese vuestro Paraíso de deleites, en el cual yo os

bendiga, ensalce y adore y glorifique en los siglos de los siglos. Amén» (1).

*
* *

213. Bendice el alma á Dios por el Misterio de la Encarnación.

Bendito eternamente
sea el Dios de Israel, Señor divino,
que tan piadosamente
á visitarle y remediarle vino
el miserable reino levantado
de la familia y casa venturosa
de su siervo David; que un tiempo hablando
por sus profetas, prometido había
que nos libertaría
de la mano envidiosa
de nuestros enemigos
y de quien nuestra vida aborrecía,
vida y salud sacando
para que nuestros padres, sus amigos,
puedan gozar misericordia tanta
en su memoria santa,
renovando el antiguo Testamento;
y cumpliendo á Abraham el juramento
de dársenos del modo que esperamos
para que sin temor, libres del yugo
de tantos enemigos, le sirvamos;
y en la justicia santa, que le plugo
comunicar, en su presencia estemos
todos los días que vivir tenemos.
Tú, niño, tú serás desde este instante
profeta del Altísimo, y delante
de su divino rostro previniendo
sus caminos, y haciendo
que tenga el pueblo ciencia

(1) Meditación, cap. 40,

de salud en su voz, por la presencia
 del que ha de redimirle los pecados,
 de su misericordia del Dios Santo;
 por los cuales agora nos visita,
 del Cielo baja y en el mundo habita;
 ya, pues, que has hecho tanto,
 da luz, Señor, á los que están oscuros
 en las tinieblas y sombras de la muerte,
 para que desta suerte,
 libres andemos de sus trances duros,
 por el camino de la paz seguros.

LOPE DE VEGA.

*
 * *

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Divino pan que das eterna vida
 á aquel que dignamente
 dispuesto, como debe, te recibe;
 dulcísima comida
 para la pobre gente
 que en la miseria de este mundo vive,
 ¡dichoso el que á comerte se apercibe!

Otro cualquier manjar el cuerpo ofende,
 mas este pan divino
 la vida de las almas perfecciona.
 El morir no defiende
 que da el fatal destino;
 mas después asegura la corona
 que el Apóstol predica y Cristo abona.

Suerte dichosa y bienaventurada
 que por modo no visto,
 ni de ángel ni de hombre imaginado,
 quede el alma endiosada
 y viva en ella Cristo,
 que da el ser y vida á lo criado,
 dándosela á comer en un bocado.

Cristo de nuestras almas se apacienta
en tan alto convite,
y nosotros á Cristo apacentamos
y el alma se sustenta
del, sin que se le quite
nada, por muchas veces que comamos,
porque es Dios infinito el que gustamos.

MIGUEL CERVANTES.





Capítulo XVI

Del gozo que recibirán los bienaventurados con la presencia de Jesucristo.

Excelso lugar de Jesús en el Cielo, 214.—Correspondiente á su vida y méritos, 215.—Por eso está sobre todos los Cielos, 216.—Se sienta á la diestra del Padre, 217.—Qué significa sentarse, 218.—Ver en lugar tal á Jesucristo llena de gozo á los justos, 219.—Así lo dice la Escritura, 220.—Que les exhorta al regocijo, 221.—Lo que escribe Santa Teresa, 222.—Se deduce, además, de lo que aman á Jesús, 223.—Como lo declara galanamente Fr. Luís de León, 224.—Otros textos, 225.—Del amor síguese el gozo, como lo declara Fr. Juan de los Angeles, 226.—También se gozan que Jesús los ame, 227.—Gozo de ver el cuerpo de Jesús, 228.—Discurso de Nieremberg, 229.—Y de Fr. Juan de los Angeles, 230.—Oración de San Agustín, 231.—Poesías, 232.

214. Sublime y glorioso sobre toda ponderación debe ser el lugar que Nuestro Señor Jesucristo ocupa en el Cielo. La felicidad, el resplandor y la soberana majestad de que á la diestra del Padre debe de estar adornado, no reconocen límites de ningún género, y esto no sólo en cuanto Dios, pues en esto es igual en todo á su Padre, mas también en cuanto hombre, bajo cuyo concepto, después de Dios, no reconoce igual.

215. Mientras vivió sobre la tierra nadie como Jesucristo dió gloria y alabanza á Dios; pues toda su mortal vida fué una no interrumpida cadena de obras portadoras de la gloria del Padre y de la luz de la divina verdad en medio del mundo. Por Jesucristo confesaron las criaturas todas la sabiduría, la providencia y la omnipotencia de Dios, encarnadas en su Primogénito, heredero de su grandeza y de sus regios atributos. Las rocas, los mares, los vientos, las estrellas, el sol, los hombres, los Angeles y hasta los mismos infiernos han confesado y cantado las magaficencias del Creador á impulsos de la influencia suave y eficaz de nuestro divino Redentor, Jesús. Además, todas sus obras y los portentos de sus virtudes los realizó Jesucristo por móviles del más puro de los amores hacia la gloria de Dios y hacia el bien de las almas: cosa que acarrea muy subidos grados de mérito para el premio de la otra vida. Y, si á todo ello añadimos que las acciones de Jesucristo son de un mérito infinito por proceder, como de principio radical é informante, de la persona del Verbo, es decir, por ser acciones de un Dios, bien claramente sale que sus méritos son de un valor infinito, y que entre todas las criaturas juntas, aun supuesto que todas sus obras fueran encaminadas del modo más puro y más santo á la gloria de Dios, no podrían darle tanta gloria como le dió su divino Hijo con una obra sola. ¿Qué será, pues, con tantas como en su santísima y ejemplar vida ejecutó?

Pues, como el mérito que se recibirá en el Cielo y la gloria con que allí se resplandecerá, estará en

proporción con los méritos acá adquiridos, no puede en razón dudarse que Jesucristo tendrá sobre todas las criaturas un eminentísimo puesto y trono en el Cielo. Eso significamos cuando decimos, con la Sagrada Escritura y con la Iglesia, que Jesucristo subió el día de su gloriosísima y admirable Ascensión sobre todos los cielos, y que está sentado á la diestra de Dios Padre.

216. Pregúntase el Angélico si subió Jesucristo sobre todos los cielos, y se responde que sí; y explica de esta manera tan hermosa verdad:

«El Apóstol lo declara en su carta á los de Efeso (4, 10) cuando dice: *Se remontó sobre todos los cielos, para llenarlo todo.* Pues, cuanto con más perfección participan los cuerpos de la divina bondad, tanto son superiores en el orden corporal, que es orden local. Así vemos que los cuerpos que tienen forma (sustancial) más elevada, son naturalmente superiores (á los que la tienen menos), porque por la forma es por lo que participan las cosas del ser divino. Ahora bien: más participa de la bondad divina un cuerpo por razón de la gloria (ó estado glorioso del Cielo), que cualquier otro cuerpo natural por razón de su (natural) forma; pero entre todos los cuerpos gloriosos es cosa manifiesta que el cuerpo de Jesucristo es el que resplandece con gloria más grande. Por lo cual le es muy conveniente que esté sobre todos los cuerpos colocado en alto. De ahí es que sobre aquello del Apóstol (Eph., 4, 10): *Subiendo á lo alto*, dice la Glosa (que se ha de entender que Jesucristo subió á lo alto), en lugar y en dignidad».

Lo cual se ha de entender de la superioridad de

Jesucristo, no sólo sobre todos los cuerpos, mas también sobre todos los espíritus, y sobre los Angeles. Afirmalo también con claridad el Apóstol, con estas palabras: «Lo colocó sobre todo principado y potestad, y sobre todo nombre, que es nombrado, ya en este ya en el futuro siglo» (1). Sobre cuyo intento escribe de este modo el Sol de Aquino:

«Tanto más alto lugar se le debe á un sujeto, cuanto éste es más digno; y esto ya se le deba el lugar á manera de contacto (ocupación) corporal, como se debe á los cuerpos; ya á manera de contacto espiritual (ó de virtud), cual se debe á las sustancias espirituales: de ahí nace que á las sustancias espirituales se les deba, según cierta congruencia, un celestial lugar, que sea el supremo entre los lugares, porque tales sustancias son las supremas en el orden de sustancias. Mas el cuerpo de Jesucristo, aunque en consideración á las condiciones de la naturaleza corpórea, esté más bajo que las sustancias espirituales, sin embargo, considerando la dignidad de la unión, por la cual está personalmente unido á Dios, supera la dignidad de todas las espirituales sustancias. Y, por tanto, según la razón de dicha conveniencia, se le debe un lugar más eminente que á todas las sustancias espirituales. Que es lo que dijo San Gregorio en una homilía sobre la Ascensión, cuando afirmó: «Que el que había hecho todas las cosas, era sobre todas sublimado por su propia virtud» (2).

217. Pero el lugar más alto en el Cielo es el

(1) Eph., 1, 21.

(2) Sum. Theolg., 3.^a, q. 57, 4.^o y 5. c.

más cercano al trono de Dios, que es el centro del Cielo empíreo, según ya arriba explicamos; y, como de la gloria de Dios se derrama á torrentes la gloria sobre todos los habitantes de aquella dichosa patria, el que esté más cercano á Dios más gloria recibirá, y con la gloria, la excelencia, el honor y la bendición. Allí, pues, cercano al trono de Dios, al lado de su eterno Padre, y á su derecha, que es el más honroso puesto, debe estar Jesucristo, aun en cuanto hombre, y allí está en realidad de verdad.

218. Dícelo claramente San Marcos en su Evangelio: «Ciertamente que el Señor Jesús, después que habló con ellos (con los Apóstoles, cuando había resucitado), subió al Cielo, y está sentado á la diestra de Dios» (1). Y lo explica Santo Tomás de esta luminosa forma: «En la palabra sentarse, podemos considerar dos cosas; es, á saber: el descanso, según aquello de San Lucas (últ. 49): Sentaos aquí en la ciudad»; y también la potestad regia y judicial, según lo que dicen los Proverbios (20, 8): «El rey que se sienta en la silla del juicio disipa todo mal con su mirada. De ambas maneras le conviene á Jesucristo el sentarse á la diestra del Padre. De la primera manera, en cuanto que permanece incorruptible en la bienaventuranza del Padre, la cual es llamada su diestra, como lo declara el Salmista, con esto: *Los deleites en tu derecha, hasta el fin* (15,10).

De la segunda manera se dice que Cristo se sienta á la derecha del Padre, en cuanto que con el Padre reina, y de El recibe la potestad de juzgar; como aquel que (en la tierra) se sienta con el Rey

(1) Marc., 16, 19,

á su derecha, le está adherido en el reinar y en el juzgar. Por lo cual dice San Agustín, en un sermón sobre el símbolo (lib. 2, cap. 8): «Por derecha entendemos la potestad que recibió aquel hombre que fué recibido por Dios á fin de que venga á juzgar (á los hombres) el que antes había venido á ser (por ellos) juzgado».

Todo esto le conviene á Jesucristo, primeramente, y por modo absoluto, en cuanto es Dios, ó por razón de su Divinidad. Pues, bajo este concepto, tiene Jesucristo igual gloria é igual bienaventuranza que el Padre y que el Espíritu Santo, y tiene también igual poder judicial y esto por modo infinito, inmutable é inamisible. Mas no sólo en cuanto Dios, sinó también en cuanto hombre, le conviene á Jesucristo el sentarse á la diestra de su eterno Padre. Lo cual es explicado por el Angélico de esta profunda forma: «Esta proposición *ad* (cerca, junto, á, etc.), significa cierta proximidad á la diestra (*del Padre*), en cuyo modo de hablar se manifiesta la conveniencia (en el lugar) con cierta distinción. Y esto puede suceder de tres maneras: La una, conviniendo en la naturaleza y con distinción de personas; y así Jesucristo en cuanto que es Hijo de Dios, está sentado á la diestra del Padre, porque tiene con el Padre idéntica naturaleza, por lo cual las cosas dichas convienen esencialmente al Hijo, lo mismo que al Padre, y esto es estar en igualdad con el Padre. La segunda manera es, según la gracia de unión (al encarnar y tomar la humana naturaleza), la cual encierra, de al revés que en el caso anterior, la distinción de naturalezas y la unidad de

persona. Y, bajo este concepto, Jesucristo, en cuanto hombre, es Hijo de Dios, y, por tanto (se sienta), á la derecha del Padre, teniendo, sin embargo, en cuenta que la frase *en cuanto*, no designa la condición de la naturaleza (humana), sinó la unidad del supuesto, (personal). La tercera manera es, cuando el sentarse (ó acercarse á Dios) se entiende según la gracia habitual (de que esté un sujeto adornado), cuya gracia es en Cristo más abundante que en todas las otras criaturas, en cuanto que la misma naturaleza humana en Cristo es más bienaventurada (y gloriosa) que en todas las otras criaturas, y tiene sobre todas ellas la regia y judicial potestad.

Así, pues, si la palabra *en cuanto que*, designa la condición de la naturaleza, entonces Jesucristo, en cuanto Dios, está sentado á la diestra del Padre, ó sea en la igualdad (de asiento) con el Padre, (pues tienen ambos idéntica y única naturaleza divina), mas en cuanto hombre, se sienta (también) á la derecha del Padre, lo cual quiere decir que está adornado de bienes paternos más excelentes que todas las otras criaturas, esto es, en más abundante gloria, y teniendo la potestad de juzgar. Pero, si la frase *en cuanto* significa (ó se toma por) la unidad de la persona, entonces también Jesucristo, en cuanto hombre, está sentado á la diestra de su Padre, según la igualdad del honor, pues con un solo honor honramos al Hijo de Dios con la (humana) naturaleza que ha tomado para sí» (1). Y, por tanto, tributamos honores divinos á la naturaleza humana de Jesucristo, como se los tributamos á la naturaleza

(1) *Sum. Theol.*, 3.^a q. 58, 1. y 3. c.

divina y á la persona. Luego, aun en cuanto hombre, está sentado á la diestra del Padre.

219. Ocupa, pues, Jesucristo en la gloria un eminente lugar, el lugar más eminente de todos. Como Dios, igual lugar que el Padre y el Espíritu Santo, y, en cuanto hombre, un lugar sobre toda otra criatura, sobre todos los hombres y sobre todos los coros de los Angeles.

Y este eminente trono que ocupa Jesucristo en la gloria será causa de grande gozo para todos los habitantes de aquella dichosa patria. Pues cosa conocida es que por la mutua y ardentísima caridad con que allí se aman, todos reciben grande gozo de la gloria de los otros; y claro es que cuanto mejor sea la gloria con que alguno resplandezca, mayor gozo recibirán con ella todos los demás. Mas, como Jesucristo resplandece con infinita gloria y llena con su majestad y hermosura todo lo ancho y lo alto de aquel lugar de delicias, ¿qué duda hay de que de tan grande gloria habrán de recibir todos los del Cielo un inefable y profundísimo gozo?

220. Pero hay, además de esto, otras razones especiales que abonan nuestro intento. Y se nos presenta, en primer lugar, la Sagrada Escritura, y nos dice claramente que los justos se gozan de la presencia de Jesús. Con bien expresivas palabras nos dice el profeta Habacuc: «Me alegraré en el Señor y regocijarme he en Jesucristo, mi Dios» (1). «De nuevo, dice Jesucristo consolando á sus discípulos, de nuevo os volveré á ver (esto es, en la gloria), y se alegrará (al verme) vuestro corazón, y ese vues-

(1) Habac., 3, 18.

tro gozo ya nadie os lo podrá quitar» (1) por toda la eternidad. Y el apóstol San Pedro exhorta á los fieles á que participen de las pasiones y afrentas de Jesucristo «para que puedan alegrarse en el día de la manifestación de su gloria (2), que es el día del juicio, y especialmente el de la consumación y perfección de la Iglesia triunfante en el Cielo. Pues el real Salmista, el profeta Isaías, el Apóstol de las gentes y otros sagrados Escritores no cesan de rogarnos que nos alegremos y gocemos en el Señor, y, por tanto, en Jesucristo, que es Señor nuestro; y que nos gocemos siempre, por toda la eternidad. Y en efecto, si aquí se gozaban con la presencia amable y angelical de Jesús todos los justos que lo veían, como se alegró el anciano Simeón, ¿cuánto no se habrán de alegrar cuando le vean en la gloria lleno de hermosura, de luz y de resplandor?

221. Además, la alegría y el regocijo son la eterna manifestación del interior gozo del alma; y las Sagradas Letras nos exhortan á alegrarnos y regocijarnos en el Cielo con la presencia de Jesucristo, nuestro Dios, nuestro Señor y nuestro Rey. Llenos están de estas santas excitaciones los Salmos, los Profetas, los Evangelios y las cartas del Apóstol; tan llenos, de que nos creemos excusados de traer aquí ningún testimonio especial. Pero, no sólo excitan al hombre santo á alegrarse con la presencia augusta de Jesús en el Cielo, mas también provocan á los astros, al mar, á las llanuras, á los valles y á los montes para que se alegren en la presencia

(1) Joan., 16, 22.

(2) 1.^a Petr., 4, 13.

de su Señor, y aplaudan con sus robustas manos la grandeza de tanta magnificencia. Todo les parece poco á los bienaventurados para darle al Señor y Redentor de ellos pruebas esplendentes de su grande regocijo, pues no contentos con alabarle y bendecirle con su corazón y con su lengua, arden en deseos de que la naturaleza universal se vuelva lenguas para cantar alabanzas, bendiciones é himnos triunfales en la presencia del Vencedor del mundo.

222. Nada de extraño tiene, pues, que Santa Teresa, que había visto en visión varias veces á Jesús presente ante su mirada, diga que es su vista lo más hermoso y de mayor deleite que se puede imaginar: «Su resplandor, dice, es como una luz infusa y de un sol cubierto de una gasa tan delgada como un diamante si se pudiera labrar. Como una holanda parece la vestidura, y casi todas las veces que Dios hace esta merced al alma, se queda en arrobamiento, que no puede su bajeza sufrir tan espantosa vista. Digo espantosa, porque con ser lo más hermoso y de mayor deleite que podría una persona imaginar, aunque viviese mil años y trabajase en pensarlo; porque va muy adelante de cuanto cabe en nuestra imaginación ni entendimiento; es su presencia de tan grandísima Majestad que hace gran espanto al alma» (1).

En otra ocasión escribe esta Santa: «Un día de San Pablo, estando en misa, se me presentó toda esa Humanidad sacratísima, como se pinta resucitada, con tanta hermosura y majestad como particularmente escribí... Sólo digo que cuando otra (co-

(1) Morada 5.^a, cap. 4.^o

sa) no hubiera para deleitar la vista en el Cielo, sinó la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial, ver la Humanidad de Jesucristo, Señor nuestro, aun acá que se muestra su Majestad conforme á lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será á donde del todo se goza de tal bien?» ¡Cuánta razón tiene esta mística Doctora para admirarse de lo mucho que gozarán los Santos en el Cielo con la presencia clara y del todo descubierta de Jesús, dado lo mucho que deleita el verle acá en la tierra por el cendal de lo temporal y pequeño!

223. Otra poderosísima razón por la cual conocemos lo mucho que se gozarán los justos con la presencia de Jesucristo, es por lo mucho que le aman. Pues en el Cielo realmente amarán los bienaventurados á Jesucristo inmensamente más que á sí mismos. Y, como la presencia de la persona amada siempre causa muy subido gozo en quien la ama; luego, si los bienaventurados reciben tanto gozo de su propia gloria, que andan como fuera de sí con la abundancia del deleite, ¿qué gozo no experimentarán con la presencia de Cristo y con ver la infinita gloria de que está rodeado?

Que las almas en el Cielo aman á Jesucristo más que á sí mismas dicenlo todos los católicos escritores, y se sigue, además, del orden con que allí amarán. Pues el orden será perfectísimo; y el perfecto orden exige que amemos más á Dios que á nosotros mismos. Cosa que acá es un precepto, y allá en el Cielo será una dichosa necesidad.

224. Poco diremos de este amor que en el Cielo

profesan tiernamente á Jesucristo sus escogidos, por no repetir parte de lo dicho en el libro tercero (cap. 14 y 15), pero no dejaremos de traer en este momento lo que dice con amena soltura y plácida elocuencia el literato y castizo escritor Fray Luís de León. Al aclarar cómo á Jesucristo le cuadra el nombre de *Amado*, dice de esta galana manera:

«Muchos merecen ser amados y no lo son, y otros lo son mucho menos de lo que *merecen*: mas á Cristo, aunque no se le puede dar el amor que se debe, diósele siempre el que es posible á los hombres (porque nunca han faltado quienes le amen de todo corazón, si bien otros no lo hacen así). Y si *dellos* levantamos los ojos, y ponemos en el Cielo la vista, es Amado de Dios todo cuanto merece. Y así es llamado debidamente el Amado. Porque ni una criatura sola, ni todas juntas las criaturas son de Dios tan amadas. Y porque El solo es el que tiene verdaderos amadores de sí. Y aunque la prueba de este negocio es el hecho, digamos primero del dicho, y, antes que vengamos á los ejemplos, descubramos las palabras, que nos hacen ciertos *desta* verdad, y las profecías que *della* hay en los libros divinos. Porque lo primero, David en el salmo en que trata del reino de aqueste su Hijo y Señor, profetiza, como en tres partes, esta singularidad de oficios con que Cristo había de ser de los suyos querido. Que primero dice: *Adorarle han los reyes todos, todas las gentes le servirán*. Y después añade: *Y vivirá y daránte del oro de Sabá y rogarán siempre por él, bendecirle han todas las gentes*. Y á la postre concluye: *Y será su nombre eterno, perseverará allende del sol su*

nombre, bendecirse han todos en él, y daránle bienandanzas. Que como aquesta afición que tienen á Cristo los suyos es rarísima por extremo, y David la contempla alumbrado con la luz del profeta, admirándose de su grandeza y queriendo decirla, usó de muchas palabras porque no se decía con una. Que dice, que la fuerza del amor para Cristo que reinará en los ánimos fieles, le derrocaría por el suelo el corazón adorándole, y los encendería con cuidado vivo para servirle, y les haría que le diesen todo su corazón hecho oro, que es decir, hecho amor, y que fuese su deseo *continuo* rogar que su reino creciese, y que se extendiese más y allende su gloria, y que les daría un corazón tan *ayuntado* y tan hecho uno con él, que no rogarían al Padre ninguna cosa que no fuese por medio *del*, y que del hervor del ánimo les saldría el ardor á la boca, que les bulliría siempre en loores, á quien ni el tiempo pondría silencio, ni fin el acabarse los siglos, ni pausa el sol cuando él se parase, sinó que durarían cuanto el amor que los hace, que sería perpetuamente y sin fin. El cual mismo amor les sería causa á los mismos para que ni tuvieran por bendito lo que Cristo no fuese, ni deseasen bien, ni á otros ni á sí, que no *nasciese* de Cristo, ni pensaren saber alguno que no estuviere en él y *ansi* juzgasen y confesasen ser suyas todas las buenas suertes y las felices venturas.

También vió aquestos extremos de amor, con que amarían á Cristo los suyos, el patriarca Jacob, estando vecino á la muerte, cuando, profetizando á *Joseph*, su hijo, sus buenos sucesos, entre otras cosas, le dice: *Hasta el deseo de los collados eternos...* Como

diciendo que su bendición en ellos tendría suceso, hasta que Cristo *nasciese*...

Los collados eternos aquí, son todos aquellos á quienes la virtud ensalzó, cuyo único deseo fué Cristo... Y lo que decimos aquí *Deseo*, en el original es una palabra que dice una afición que no reposa y que abre de *continuo* el pecho con amor y deseo. Por manera, que es cosa propia de Cristo y ordenada para solo El, y profetizada *del* antes que *nasciese* en la carne, el ser querido y Amado, y deseado con excelencia como ninguno jamás ha sido ni querido, ni deseado, ni amado.

Pues, si queremos confesar la verdad, primero que *nasciese* en la carne Cristo y luego que los hombres, ó luego que los Angeles comenzaron á ser, comenzó á prender en sus corazones *dellos* su deseo y su amor. Porque como altísimamente escribe San Pablo, cuando Dios primeramente introdujo á su Hijo en el mundo, se dijo: *Y adórente todos sus Angeles*. En que quiere significar y decir, que luego, y en el principio, que el Padre sacó las cosas á luz, y dió ser y vida á los Angeles, metió en la posesión *dello* á Cristo su Hijo, como á heredero suyo... para que fuese su esperanza, su deseo y su amor...

Y este deseo y amor de Cristo, que digo que comenzó tan temprano en hombres y en Angeles, no feneció brevemente, antes se continuó con el tiempo, y persevera hasta *agora*, y llegará hasta el fin, y durará cuando la edad se acabare y *florescerá* fenecidos los siglos, tan grande y tan extendido cuanto la eternidad es grande y se extiende. Porque siempre hubo, siempre hay y siempre ha de haber

almas enamoradas de Cristo... Siempre sed *del*, siempre vivo el apetito de verle, siempre *sospiros* dulces, testigos fieles del abrasamiento del alma. De todo lo cual se concluye, que Cristo, como á quien conviene el ser Amado entre todos, y como aquel que es *sujeto* propio del amor verdadero, no solamente puede tener muchos que le amen con estrecha amistad, mas debe tenerlos, y *ansí* de hecho los tiene. Porque sus amadores son sin cuento. ¿No dice en los Cantares la Esposa: *Sesenta son sus reinos, y ochenta sus aficionadas, y de las doncellicas que le aman no hay cuento?* Pues la Iglesia, ¿qué le dice cuando le canta que se recrea entre las azucenas, rodeado de danzas y de coros de vírgenes? Mas San Juan, en su revelación (1), como testigo de vista, lo pone fuera de toda duda, diciendo que *vió una muchedumbre de gente que no podía ser contada, que delante del trono de Dios asistían ante la faz del Cordero vestidos de vestiduras blancas, y con ramos de palma en las manos.* Y si los aficionados que tiene entre los hombres son tantos, ¿que será si *ayuntamos* con ellos á todos los santos Angeles, que son también suyos en amor, y en fidelidad y en servicio?

Y *ansí* diremos bien aquí *el amor abrasado, ó el amor que convierte en brasa los corazones de sus amigos* (palabras del Cantar de los Cantares), para encarecer *ansí* mejor la fineza de los que le aman. Porque no es tan grande el número de los amadores que tiene este Amado, con ser tan fuera de todo número, como entrañable el amor que le tienen. Porque, á la verdad, lo que más aquí admira es la viveza,

(1) Apoc., 7, 9.

y firmeza, y blandura, y fortaleza, y grandeza de amor con que es amado Cristo de sus amigos» (1).

225. Todo esto, tan extenso y tan bello, que copiado queda, es del incomparable literato y enamorado de Cristo, Fray Luís de León. Y si, según él afirma, ya aman tanto   Jesucristo las almas santas en esta perecedera vida,  gu  no le amarán en la otra donde le verán cara á cara, y le tendrán tan cercano   sí mismas, que vendrán   estar en un mismo trono de gloria con El? Así lo dice el Apocalipsis: «Al que venciere le dar  se sienta en mi trono, como yo venc  y me siento con mi Padre en el trono de El» (2). Y los que aman, seguramente que vencen, porque el amor lo vence todo; y, si vencen, reinarán con Cristo y le amarán eternamente. «En las cuales palabras se ha de ponderar la suprema grandeza que tendrán los Santos en la gloria, dice otro sabio escritor, por la grande conformidad con Cristo Nuestro Señor en ella, la cual, aunque no llega á igualdad, pero para manifestar su grandeza se declara por palabras que significan igualdad. Y por esto se dice: «Al que venciere, yo le concederá que est  en mi reino, no en pi , como criado que sirve, sinó sentado con grande quietud y majestad, como príncipe y grande de mi corte. Y estará sentado, no apartado de mi, sinó junto conmigo, en mi compa n a y en mi presencia, conversando familiarmente y participando de mis bienes. Y estará sentado conmigo, no como qui ra, sinó... en mi mismo trono, sin que haya entre nosotros cosa partida, de modo

(1) Nombres de Cristo, lib. 3.  El Amado.

(2) Apoc., 3, 21.

que también tenga parte en la honra que se me hace, que es decir: Daréle la dignidad de Dios, del modo que es capaz de ella» (1). Todo lo cual es causa poderosísima para que las almas santas del Cielo amen con inmenso ardor á quien tanto las ama y honra á ellas, esto es, á su Amado Jesucristo, por cuyo amor y merecimiento les han sido abiertas las puertas de aquella celestial Patria.

226. Y, si tanto aman los bienaventurados á Jesucristo, como es verdad que le aman, y por otra parte es cierto que poseen por modo glorioso y eterno al objeto de su amor, pues le tienen presente para no perderlo ya jamás, ¿cuánto no será el gozo que de tal amor y tal posesión reciban? Porque cosa es que no se puede poner en duda, que cuanta es la intensidad del amor, otra tanta es la grandeza del gozo que resulta de la posesión del objeto amado. «Que nazca el verdadero gozo del amor de Dios, veré claro, dice Fray Juan de los Angeles, por esta razón filosófica: Donde no hay amor, no puede haber gozo, porque el gozo nace del amor, y entonces se engendra en nosotros, cuando la voluntad tiene aquello que quiere y ama, porque, si ni ama ni quiere nada, no es posible tener gozo... y porque del amor nace el gozo (como queda probado), síguese que el que nace del divino (*amor*) será eterno, invariable, firme, sólido, inmortal y perseverante en la voluntad, que siempre es libre y nadie se lo puede por fuerza quitar. Y, porque en una palabra lo digamos todo, el gozo tendrá las condiciones y pro-

(1) Medit., part. 6.^a, Medit. 54, punto 7.º, del P. Luis de la Puente.

piudades del amor y cosa principalmente amada. Mas, ¡qué alegría, qué gozo, qué consolaciones, qué júbilos serán los de un alma transformada en Dios por amor, que siempre lo posee y goza con este seguro de que no le puede faltar? No hay entendimiento que esto alcance, ni lengua que lo acierte á declarar. «Puédese inquirir, dijo el gran Padre Agustino, pero no apreciarse ni explicarse». Dijo muy bien el que llamó al gozo que procede del amor de Dios, *vida del alma y corazón del hombre...* El gozo dilata, fortifica, conforta, nutre y deleita el corazón» (1).

227. Otra poderosa razón para que los justos se gocen con la amable presencia de Jesús en el Cielo, es la seguridad que tienen de que Jesucristo los ama, y los ama por modo infinito. Y de este amor inmenso tienen prueba evidéntísima en la naturaleza humana de que está allí gloriosamente revestido. Pues cosa clarísima es que el Hijo de Dios se hizo hombre por amor á los hombres y especialmente por amor á los escogidos, para tenerlos por compañeros en su reino. Prueba evidente de ese amor son también las señales de su dolorosa pasión que Jesucristo conserva, como enseñas luminosas y esplendentes, en su divino cuerpo. Allí brillarán cual rosas de amante fuego, al decir del melifluo San Bernardo, las llagas de sus manos, las heridas de sus pies, las aberturas de su costado y las punzadas de la corona de espinas.

228. Todo esto lo verán los bienaventurados en el cuerpo de Jesús, y de verlo recibirán inmenso

(1) Triunfos del Amor de Dios, 1.^a part., cap. 22.

contentamiento y gozo inexplicable; pues saben que aquellas heridas ya no pueden servir para tormento de su amado Jesús, sinó para timbre glorioso de la victoria contra el infierno, enemigo de Dios y de las almas. Se mirarán los bienaventurados en aquel divino espejo, y se verán retratados en el amor y en la voluntad de su Redentor que, desde toda la eternidad, les tenía preparado aquel reino por medio de su tremenda pasión y de su ignominiosa muerte. Y de ello se gloriarán y se gozarán por modo indecible; pues verán que no sólo aquella obra divina fué hecha por amor de ellos, mas también que fué obra de un su hermano en naturaleza. Y, como ese su hermano Jesús está encumbrado sobre todos los ángeles, arcángeles y serafines, y sobre el Universo mundo, verán cómo esa tan inefable honra y grandeza les alcanza por aproximación á ellos; pues la gloria de un hermano se extiende á toda la familia.

¡Cuánto, pues, no será el gozo que tendrán los bienaventurados en ver á Jesús colocado en el más sublime trono del Cielo, á la derecha de su Padre, y declarado vencedor del mundo y del demonio, y aclamado por toda la corte del Cielo, y aun por el Universo creado, como Señor y Rey de todo lo existente! Bastaría este gozo, si se disfrutara entre las calamidades de la tierra, para hacernos olvidar todas nuestras miserias y dolores, ¿qué será, pues, en el Cielo, en donde ya no hay llanto, ni dolor, ni miseria alguna, sinó una suavísima y eterna felicidad?

229. El gozo de ver á Jesús será tal que harta-

rá sin cansancio á todas las potencias y sentidos de los bienaventurados. Así lo dice el erudito Nieremberg: «A todos los sentidos, escribe, ha de dar principalísimo gozo la humanidad de Jesucristo nuestro Redentor; y así Juan Tambecense y Nicolao de Nise (1) dicen que como el conocimiento intelectual de la divinidad de Cristo pertenece al premio y gozo esencial del alma, á este modo el conocimiento sensitivo de la humanidad del mismo Cristo pertenece como al gozo esencial de los sentidos; porque es el término y fin y lo sumo que pueden desear. Esto parece que se significó por San Juan, cuando dijo el mismo Señor hablando con su Padre: *Esta es la vida eterna: esta es la bienaventuranza esencial, como dice Nicolao de Nise: Que te conozcan á ti solo Dios verdadero; en lo cual se encierra la gloria esencial del alma; y luego añade diciendo: Y al que enviaste Jesucristo, en lo cual se denota cómo la bienaventuranza esencial de todos los sentidos del cuerpo, y así en sólo la humanidad de nuestro Redentor satisfarán su apetito los sentidos (corporales) perfectísimamente, de modo que no tengan más que desear; porque en aquella sacratísima humanidad hallarán toda suavidad, regalo y gusto: porque para los ojos será una hermosísima vista sobre toda hermosura; para los oídos sólo una palabra suya será más suave y dulce que toda la música de los celestiales espíritus; para el olfato será la fragancia olorosísima de su sacratísimo cuerpo sobre todo ámbar y aromas; para*

(1) Tractat. de delic. parad. de quatuor. noviss., 4. myst., 4. consid.

el tacto y el gusto, el besar sus pies y sus sacratísimas llagas será sobre toda suavidad y dulzura» (1).

230. Por último, Fray Juan de los Angeles añade que: «San Buenaventura dice que *el deleite de Dios es Cristo*; porque los escogidos exteriormente son recreados en la vista de su carne, é interiormente en la contemplación de su divinidad. Y Orígenes, declarando las palabras de la esposa que dice: *Comi mi panal con miel*, afirma «que el panal es la humanidad de Cristo, y la miel es la dulcísima divinidad, escondida en aquella virginal cera». Con la consideración de este escondrijo, lleno de admiración, exclama San Agustín, diciendo: «¡Oh guarida penetrable y secreto dulce! ¡Oh secreto sin tedio, sin amargura de malos pensamientos, y sin interpelación de amarguras y dolores!» Este es aquel gozo en donde se manda entrar al lievo fiel, y de quien dijo San Isidoro: «Lleno el corazón, llena la boca, y lleno todo el hombre de este gozo, aun sobra gozo...»

Bendita sea cosa tan abundante, donde no se bebe por tasa, y río tan caudaloso, que, bebiendo tantos, nunca se agota» (2).

231. Busquemos, pues, á Jesús nuestro Amado, mientras vivimos en este mundo, como sin descanso ni consuelo lo buscaba la Esposa del Cantar de los Cantares; y, una vez que lo encontremos, digámosle también con ella: «He hallado al que buscaba mi alma, yo le retendré con fuerza y no le dejaré marchar ya jamás» (3). Pidámosle al mis-

(1) Diferenc. ent. lo temp. y lo eter., lib. 4.^o cap. 5.

(2) Triunfos del Amor de Dios, 2.^a part., cap. 14.

(3) Cant. 3, 4.

mo Jesucristo que nos ayude en nuestra noble empresa, y, postrados á sus divinos pies, no cesemos de suplicarle que nos preste su poderosa gracia para poder contemplarle cara á cara en el Cielo. Digámosle con el gran Padre San Agustín: «Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que extendisteis vuestras manos en la Cruz y bebisteis el cáliz amargo de vuestra Pasión, por la redención de todos los pecadores, yo os suplico que hoy me socorráis y deis la mano...

¿Yo me muero y Jesús no está con migo? Pues cierto que es mejor para mí no tener ser, que tenerle sin Jesús; y mejor no vivir, que vivir sin la vida. ¡Ah, Jesús mío, ¿dónde están vuestras antiguas misericordias?... Aplacaos, Señor, habed misericordia de mí y no volváis de mí vuestro rostro; pues por rescatarme de la muerte nos le desviasteis de los que os escarnecieron y escupieron... ¿Quién podrá, oh, buen Jesús, desconfiar de vuestra misericordia, pues siendo aun vuestros enemigos nos redimisteis con vuestra sangre y nos pacificasteis con Dios? Debajo de la sombra de vuestras misericordias, corro tras Vos y os pido perdón, y confío llegar al trono de vuestra gloria: clamaré y llamaré hasta que tengáis misericordia de mí...

Bien sé, Señor, que, porque me criasteis, os debo todo lo que soy; y porque os hicisteis hombre por mí, y me redimisteis con vuestra sangre, os debo más que á mí, si más tuviese; y tanto más cuanto va de lo que yo soy á lo que Vos sois, que os disteis por mí. Pero yo no tengo más que á mí, ni lo que tengo os lo puedo dar sin Vos: Vos, Señor, aceptad-

me, tomadme y llevadme á Vos, para que, así como soy vuestro por haberme criado y redimido, así lo sea por vuestra imitación y amor, que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén» (1).

*
*
*

232. DESEOS DE IR Á JESUCRISTO

La vida temporal
 á ti, oh vida eterna, comparada,
 es tanto desigual
 que puede ser llamada,
 no vida, sinó muerte muy pesada.
 ¡Oh vida breve y dura,
 quién se viese de ti ya despojado!
 ¡Oh estrecha sepultura,
 cuándo seré sacado,
 de ti para mi Esposo deseado!
 ¡Oh Dios, y quién se viese
 en vuestro santo amor todo abrasado!
 ¡Ay de mí! ¡Quién pudiese
 dejar esto criado,
 y en gloria ser con Vos ya trasladado!
 ¡Oh! ¿Cuándo? ¡Oh Amor! ¡Oh! ¿Cuándo?
 ¿Cuándo tengo de verme en tanta gloria?
 ¿Cuándo será este *cuándo*?
 ¿Cuándo de aquesta escoria
 saliendo alcanzaré tan gran victoria?
 ¿Cuándo me veré unido
 á ti, mi buen Jesús, de amor tan fuerte,
 que no baste el ladrido
 del mundo, carne ó muerte,
 ni del demonio á echarme de esta suerte?
 ¡Oh quien se viese presto
 desté amoroso ardor arrebatado!
 ¿Cuándo me veré puesto

(1) Medit., cap. 39.

en tan dicho-o estado
para no ser jamás de allí mudado?
¡Dios mío, mi bien todo,
mi gloria, mi descanso, mi consuelo,
sacadme de este lodo
y miserable suelo
para morar con Vos allá en el Cielo.
¡Oh, si tu amor ardiese
tanto que mis entrañas abrasase!
¡Oh si me derritiese!
¡Oh, si ya me quemase,
y amor mi cuerpo y alma desatase!

S. JUAN DE LA CRUZ.

*
**

AL CIELO

¡Alma, región luciente
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
¡allece fértil suelo
productidor eterno de consuelo!
De púrpura y de nieve,
florida la cabeza, coronado,
á dulces pastos mueve
sin honda ni cayado
el buen Pastor en ti su ato amado.
El va y en pos dichosas
le siguen sus ovejas do las paxe
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza, más renace,
y dentro á la montaña
del alto bien las guía; ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
Pastor y pasto él sólo, y suerte buena.
Y de su esfera, cuando

la cumbre toca alísimo subido
 el sol, él sesteando
 de su ato ceñido
 con dulce son deleita el santo oído.
 Toca el rabel sonoro,
 y el inmortal dulzor al alma pasa,
 con que envilece el oro
 y ardiendo se traspasa
 y lanza en aquel bien libre de tasa.
 ¡Oh son! ¡oh voz! siquiera
 pequeña parte alguna descendiese
 en mi sentido, y fuera
 de sí el alma pusiese
 y toda en ti, ¡oh amor!, la convirtiese.

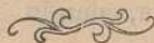
FRAY LUÍS DE LEÓN.

*
 * *

El cántico de Simeón.

Ahora sí que puedo
 partirme en paz de aquesta mortal vida,
 pues ya contento quedo,
 que antes de mi partida
 quede tu palabra, gran Señor, cumplida.
 Pues ya no solamente
 vieron mis ojos la salud que encierra
 la paz que está presente
 después de tanta guerra,
 mas la del orbe todo se destierra.
 Para que lumbre sea
 en las tinieblas de su error oscuras,
 con que te adore y crea,
 y luz con que a eguras
 la paz y gloria que á Israel procura.

LOPE DE VEGA.



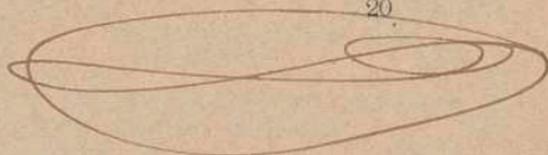


Capítulo XVII.

Del gozo que causa en el Cielo la presencia de la Virgen.

Después de Jesús es la Virgen la que más gloria tiene y gozo causa, 233.—Porque es Madre de Dios y Reina del mundo, 234.—Y la más hermosa criatura, 235.—Llena de gracia, 236.—Sentada en lugar preferente, 237.—Con las gracias de todos los Santos, 238.—Adornada de privilegios, 239.—En Coro aparte, 240.—Y todos la rinden vasallaje, 241.—Como lo indica la Escritura, 242.—Y lo afirma San Juan Damasceno, 243.—San Bernardo, 244.—Santo Tomás de Villanueva, 245.—El Dante, 246.—Granada, 247.—San Alfonso María de Liguorio, 248.—Es la Corredentora de los hombres, 249.—Es su Madre (ampliación), 250.—Que los llenará de gozo, 251.—Aspiremos á verla, 252.—Poesías, 253.

233. Así como, después de Dios, no hay nada que tanto gozo cause en el Cielo como Jesucristo, en cuanto hombre, así, después de Jesucristo, nada alegra tanto al Cielo y á todos sus habitantes como la presencia de la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra. Bien conocida verdad es esta, si en ella nos fijamos un poco. Pues la gloria que los justos reciben, como premio en el Cielo, está en proporción con sus virtudes, con su santidad y con sus



méritos; en todo lo cual nadie, después de su divino Hijo, puede disputar la primacía á la Virgen de Nazaret. La Virgen será, por lo tanto, la que más gloria reciba en la bienaventuranza, como premio de sus casi infinitos méritos, adquiridos en esta vida mortal. Pero quien más gloria tenga allá en el Cielo, más gloria, más luz, más hermosura y más gozo derramará sobre los felices habitantes de aquella celestial Sión; pues, siendo la gloria, no sólo cosa buena, sinó la mejor de las cosas, y siendo el bien una cosa de suyo comunicable á los demás, claramente sale que quien más gloria y más luz y hermosura tiene, con más abundancia las comunicará á los otros sus compañeros; y, como la Virgen supera á todos en gloria, en hermosura y en brillo, así será la que más brillo y gloria siembre por los espacios del Cielo. Mas, como allí, por la caridad perfecta que reina entre todos, cada uno se goza de la gloria de los demás, y todos de la de cada uno, y ese gozo está en proporción de la gloria con que cada uno resplandece; siendo la gloria de la Virgen grande y esplendorosa sobre toda otra gloria, quitada la de su Hijo, se comprende con mucha facilidad que con la gloria de la Virgen se llenen de gozo todos los moradores del Cielo, y respiren alegría y júbilo hasta las calles, las plazas y muros de aquella dichosa ciudad. Así lo dice la Sagrada Escritura. Pero, además, hay otras razones en gran manera poderosas para que todos los bienaventurados salten de gozo ante la gloria inmensa con que resplandece María. Razones que se fundan en los grandes títulos que tiene esta Señora divina á nuestro amor,

á nuestra gratitud y á nuestro regocijo por todo lo que allí la engrandezca. ¿Quién podrá alegar mayores ni más hermosos títulos que la Virgen María para que todos los justos del Cielo se gocen con su augusta y soberana presencia y con el esplendor de su luminosa gloria?

234. Ella es Madre del Redentor y Corredentora del género humano; Ella, con su Concepción sin mancha, venció la perfidia y asechanzas del dragón infernal; Ella sufrió por amor á los hombres profundísimas penas y amarguras de muerte; Ella es nuestra Madre, y, como tal, trabajó constantemente por nuestra salvación con el más cariñoso y más delicado esmero; Ella ha sido el apoyo de nuestra más dulce esperanza; Ella ha sido la luminosa estrella que nos guiara en el viaje de la vida al seguro puerto de eterna salvación; y Ella, por último, subida en cuerpo y alma á los Cielos, ha sido coronada por Reina de los Angeles y de los hombres y por Señora universal de la creación entera.

¿Cómo, pues, podrán dejar los bienaventurados de inundarse de gozo, y saltar de alegría con la presencia gloriosa de la Madre de Dios y Reina del mundo?

235. Fué María en este mundo la más hermosa, esto es, la más santa entre todas las mujeres, porque la santidad es la belleza de los espíritus.

Pues la Virgen fué santísima desde su origen, como lo dice el Génesis, por estas palabras, que dirige á la infernal serpiente: «Pondré enemistades entre tí y la mujer (por excelencia), ella quebranta-

rá tu cabeza» (1). Y con estas otras del Cantar de los Cuntares: «Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna; eres la más hermosa entre todas las mujeres» (2); «bella como la luna, escogida como el sol» (3). Es llamada también por los Preverbios, Mujer fuerte (4); con la fortaleza de la virtud y el cumplimiento del deber. Por eso es proclamada en la persona de la heroica Judit: «Bendita entre todas las mujeres», y el Arcángel la dirige esta misma salutación, al anunciarla, en nombre de Dios, la Encarnación del Verbo; y después se la repite su prima Santa Isabel: «Bendita tú eres, la dice, entre todas las mujeres» (5). Y, como el divino amor es lo más hermoso y lo más santo que puede concebirse, la Sagrada Escritura, según la Iglesia lo entiende en sentido acomodaticio, llama á María, no sólo amante de Dios y hermosa, sino también Madre del amor hermoso (6), que es lo sumo de las alabanzas; y para celebrar esa grandeza de María ha instituído la Iglesia una fiesta especial.

¡Qué fiesta interminable no celebrarán en el Cielo para cantar estas excelencias de su augusta Emperadora?

236. Llena como estaba de gracia y de méritos, es llamada por su esposo, el Espíritu Santo, para ser coronada de gloria. «Ven, la dice, del Lí-

(1) Gén., 3, 15.

(2) Cant., 4, 7; 1, 7.

(3) Cant., 6, 9.

(4) Prov., 31, 10.

(5) Judit., 13, 23; Luc., 1, 42, 28.

(6) Eccli., 24, 24.

bano, esposa mía, ven del Líbano y serás coronada» (1), como reina de los cielos y de la tierra. Y, al verla subir tan llena de majestad, se llenaron de asombro los ángeles, y preguntaban: «¿Quién es esta que sube del desierto (de la temporal vida), rebotando con la abundancia de delicias, apoyada sobre el brazo de su amado» (Hijo?) (2).

237. Al entrar en la gloria se la señala el más encumbrado puesto de aquel celestial palacio, y se la coloca á la derecha de su divino Hijo, como lo da á entender el Real Salmista, cuando dice: «Está la Reina á tu derecha, vestida con vestido de oro, y adornada de joyas de mucha variedad». De tal manera que el Rey de la gloria se goza y se enamora de tanta hermosura, y los habitantes todos de aquella mansión de bienandanza, desean contemplar el precioso rostro de aquella su Madre y Reina (3). Y, por fin, en el Apocalipsis se dice que María es la mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas (4).

De lo cual se desprende que la grandeza de gloria con que es revestida la Virgen en el Cielo, corre parejas con la excelencia de la santidad que tuvo en la tierra, y que esa grandeza no tiene igual ni parecido después de la de su Hijo.

238. Nuestro elegante escritor, Fray Luís de Granada, asegura que á la Virgen le fueron dadas

(1) Cant., 4, 8.

(2) Cant., 8, 5.

(3) Psalm. 44, 10, 13.

(4) Apoc., 21, 1.

las gracias de todos los Santos, y aun mayores; y que tuvo un amor hacia Dios más encendido que el de los Serafines (1). Añade que el día de la Asunción fué llevada en cuerpo y alma á los Cielos, acompañada de coros y músicas de Angeles; que fué colocada á la derecha de su Hijo, coronada por Reina de toda la creación, y formando ella sola coro á parte; como lo confirma la Iglesia tributándole el especial culto de hiperdulia, superior al de todos los Santos y Angeles y sólo inferior al de Dios (2).

239. «Mas, ¿qué lengua podrá explicar, escribe Granada, los privilegios de este día y la gloria de su subida?» (de la Virgen á los cielos). «Un privilegio fué que su sacratísima carne no vió corrupción, sinó que fué preservada como la de su Hijo. Murió ella, sin duda, como murió su Hijo; estuvo algún tiempo sepultada como su Hijo; mas por El fué resucitada y subida en cuerpo y alma. Esto afirma San Agustín por estas palabras: «Aquella virginal carne, de la cual el Hijo de Dios tomó carne, pensar que fué entregada á los gusanos, ni lo oso decir ni lo puedo creer». «Otro privilegio fué el solemnísimo recibimiento que le fué hecho por su Hijo y por todos aquellos celestiales cortesanos... ¿... qué harían... el día que se les ofrecía mostrar lo que amaban á su Señor y que conocen el *merecimiento* y dignidad de esta Señora y su propia obligación á mostrar su *agradecimiento* en el día de su coronación de Emperatriz de los Cielos y del mundo? Aquí procuraron

(1) Serm. de la Oct. de Epif. y de la Asunción.

(2) Serm. de la Asunción, y Lib. 5.^o Brev. Memorial; caps. 58 y 59.

todos (cada cual como pudo) mostrar la voluntad que tenían al Hijo y á la Madre y su propio agradecimiento. ¡Con qué gozo se despobló el Cielo *Empyreo* y la salieron á recibir al medio *destos ayres!* Si en su vida, andando en este mundo, tuvo mil Angeles de guarda, según dicen los doctores, ¿*quántos millares traxeron éstos consigo para acompañarla á la salida de este mundo?* ¿Qué recibimiento fué y qué encuentro el de aquellas dos celestiales procesiones, de la que de acá salió con ella, y de la que de allá la salió á recibir? ¿Qué gozo? ¿Qué alabanzas? ¿Qué músicas, qué melodías? ¿Qué alegría tan universal?»

240. Y, como todos los coros reclamasen á su Reina para sí, dice Fray Luís de Granada que: «A todos se da por respuesta que no pertenecía á la singular dignidad de Madre de Dios estar en *choro* particular entre las criaturas humanas, ni Angélicas, siendo ella Reina y Señora sobre todas; y tal convenía fuese su lugar como su dignidad, y después de Dios fuese sobre todo, en *choro* particular á don le no tenga igual; porque sea singular en la gloria la que lo fué en la vida y en los *merescimientos*, y en dignidad; y así fué colocada al lado de su Hijo» (1).

241. Una vez colocada la Madre de Jesucristo en aquel tan distinguido trono de gloria, al lado de su divino Hijo, y declarada á la par Madre y Reina de toda aquella bienaventurada familia, ¿qué cosa más natural puede haber, sinó que todos la presten sincero y cordialísimo vasallaje, y la bendigan y alaben; y estén llenos de regocijo y como fuera de

(1) Serm. de la Asunc.

sí de contento, por tener á su bendita Madre y adorada Reina entronizada sobre todos los Angeles y Querubines, y sobre todas las criaturas de la tierra y del Cielo? La Sagrada Escritura bien claramente nos da á conocer la alegría del Cielo ante la gloria y esplendor de la Virgen María.

242. «Serán llevadas, escribe el Salmista, en pos de ella vírgenes al Rey; sus compañeras serán traídas á ti; y serán traídas con alegría y con regocijo; serán llevadas al templo del Rey... Acordarse han de tu nombre de generación en generación. Por eso los pueblos te alabarán eternamente y por los siglos de los siglos» (1).

Y en los Proverbios se dice de la mujer fuerte, que: «Se levantaron sus hijos y la llamaron bienaventurada; y su esposo también la alabó» (2); cuya cualidad de mujer fuerte á nadie cuadra mejor que á la Virgen María, que con su fortaleza venció el poder del infierno, y se venció constantemente á sí misma con su profunda humildad, que es la mayor de las victorias.

Cosa parecida á esta viene á decir el Cantar de los Cantares, hablando de la esposa y especialmente amada de Jesús: «Viéronla las hijas y la predicaron bienaventurada: las reinas y las doncellas la cantarán alabanzas. ¿Quién es esta que camina como la aurora cuando se levanta, hermosa cual la luna, escogida como el sol, terrible como un bien ordenado ejército en sus campamentos?» (3).

(1) Psalm. 44, 15 y sigts.

(2) Prov., 31, 28.

(3) Cant., 6, 8, 9.

243. Mas lo que la Sagrada Escritura nos enseña tan sólo de una manera indirecta y bajo cierto misterioso velo, nos lo dicen de manera clarísima los Santos Padres y escritores piadosos de la Iglesia Católica. San Juan Damasceno se expresa de este elegante y manifiesto modo:

«Hoy (en el día de la Asunción) el arca sagrada y animada del Dios vivo, que concibió en su vientre al Salvador, descansa en el templo del Señor, que no fué fabricado por mano alguna; y salta de regocijo su padre David, y forman con él coros los Angeles, la celebran los Arcángeles, la glorifican las virtudes, regocíjense los Principados, alégranse las Potestades, se gozan las Dominaciones, tienen día de fiesta los Tronos, la alaban los Querubines, y los Serafines predicán su gloria. Hoy el Edén celestial recibió en su seno el paraíso animado del nuevo Adán, en el cual ha sido rota nuestra condenación, plantado el árbol de la vida, y cubierta nuestra desnudez» (1).

244. No se expresa con menos elegancia y claridad el Doctor meliflúo, el amante de la Virgen, San Bernardo: «Hoy, exclama, subió los Cielos la gloriosa Virgen, la cual, sin duda, aumentó en grande manera los gozos de aquellos soberanos habitantes. Pues ella fué la que á la voz de su salutación (á Santa Isabel) hizo saltar de gozo á los que estaban todavía encerrados en los vientres maternos. Y, si se ha derretido de gozo el alma de quien aun no había nacido, al oír hablar á María, ¿qué regocijo pensamos que tendrían aque-

(1) Orat. 2.^a de Dormit. B. Mariae.

llos habitantes del Cielo, al tener la dicha de oír su voz, y contemplar su rostro, y gozar de su gloriosa presencia? Pero, ¿quién es capaz de pensar con cuánta gloria subiría hoy (á los Cielos) la Reina del mundo, y con cuánta devoción saldría á su encuentro aquella multitud de legiones celestes, y con qué cánticos de gloria haya sido llevada al trono de su grandeza; con qué alegre semblante, y con qué divinos abrazos haya sido recibida por su Hijo, y con cuánto honor y gloria, siendo Ella tal Madre, y siendo El tan augusto Hijo?» (1).

245. Con elevados acentos y grata elocuencia ensalza también Santo Tomás de Villanueva la grandeza de la Virgen en el Cielo, y el gozo que su presencia causa en los bienaventurados. «Canta, dice, sus alabanzas todo el blanco coro de las Vírgenes; todas admiran la belleza de su rostro, y la veneran y respetan como á su Reina: el Altísimo la dió preferente lugar, no sólo respecto de las vírgenes, mas también respecto de los coros angélicos, porque es su Madre, y á la Madre de Dios le conviene toda elevación. ¡Oh doncella admirable, Madre de su Creador! ¡Oh estupenda dignidad, que una mujer tenga con Dios un hijo común..., y sea una doncella madre de aquel de quien Dios es Padre! Siéntase el Hijo á la derecha del Padre, y la Madre á la derecha del Hijo, y mutuamente miran con bienaventurados ojos al Hijo común, puesto en medio de ellos. Ve el Padre en el Hijo la persona que engendró desde la eternidad; ve la Madre en El la naturaleza que de sus entrañas tomó (el Hijo)

(1) Bern., Serm. 1.º de Assumpt.

en el tiempo. Se complace el Padre en el Hijo, y la Madre en su Hijo se goza también... Verdaderamente, oh María, hizo en ti cosas grandes el que es Poderoso; verdaderamente por haberte constituido por Madre suya, te llamarán bienaventurada todas las generaciones de los siglos, y sus descendientes y los descendientes de éstos» (1).

246. En concordancia con los grandes Santos certifican esta consoladora verdad los demás escritores de la Iglesia católica. El Dante, en su Divina Comedia, dícenos cosas sublimes de la grandeza de la Virgen Santísima en el Cielo y del contento con que la admiran y la sirven los soldados de aquella gloriosa milicia.

«Todos aquellos resplandores (almas y Angeles santos) se elevaron á un tiempo, haciendo lo que el niño que, satisfecho de mamar, extiende los brazos hacia la joven madre, probando con aquella acción el cariño que la tiene.

Después de haberme hecho comprender con tal claridad la ternura sin límites que profesaban á María, quedáronse delante de mí aquellos resplandores, entonando una tan preciosa *Regina Coeli* que jamás la olvidará mi mente.

¡Oh! ¡Qué cúmulo de tesoros vi en aquellas ricas arcas!... Allí se regocija en su victoria con el alto Hijo de Dios y de María y con el antiguo y nuevo concilio, todo el que posee las llaves de la gloria» (2).

Un poco más adelante, habiendo el piadoso vate

(1) Conc. de Nativit. B. M. V.

(2) Paraíso, Cant. 23.^o

alcanzado, por intercesión del melifuo San Bernardo, licencia para ver á la Virgen María, dice así: «Repara, le dice Bernardo, los más remotos círculos, no parando hasta ver el trono de la Reina, á quien pertenece este reino».

«Alcé mi vista, y según la parte oriental del horizonte gana por la mañana en resplandor á la en que se pone el sol, así noté yo al extremo un punto del círculo que sobrepujaba en claridad á todos los otros.

Este lábaro de concordia brillaba en el medio, eclipsando el fulgor de las demás llamas, cual eclipsa el de todos los demás puntos del cielo aquel donde se para el carro (del sol) que tan mal condujera Faetonte (1).

En aquel centró observé millares de Angeles que acariciaban con desplegadas alas, ostentando cada uno una actitud y un esplendor diferentes. A esos festejos y sus cantos, vi sonreir una peregrina beladad que regocijaba la vista de todos los otros Santos.

Aun siéndome dado explicar todas las frases que la imaginación concibiera, no osaría expresar la más tenue de sus delicias» (2).

Por último, San Bernardo le dice al Dante: «Repara, ahora, el rostro que se asemeja más al Cristo, pues que sólo con su luz te puede preparar á ver el Cristo».

(1) Personaje mitológico; hijo del Sol; el cual, tomada un día la dirección de aquel astro, no lo supo dirigir, y, ó bien quemaba á la tierra, por cercano, ó bien la congelaba por distante.

(2) Cant. 31.º del Paraíso,

«Tanta alegría, escribe el poeta, vi llover sobre él, traída por los santos espíritus, creados para velar aquel océano de dicha, que cuanto hasta allí viera estaba muy lejos de causarme semejante sorpresa, por darme de Dios verídica semejanza».

«El amor (el Angel Gabriel) que descendió el primero entonando: *Ave, Maria, gratia plena*, tendió sus alas ante él (la Virgen) y la bienaventurada corte respondió por todas partes al divino canto, de suerte que cada espíritu lo creía más refulgente».

«¡Oh, Santo Padre (Bernardo) que tienes la bondad de estar aquí abajo por causa mía, abandonando el dulce sitio que ocupas por la eternidad, ¿qué ángel es aquel que con tal regocijo pone su mirada en la de la Reina y que de tal suerte ama, que parece abrasado?»

Y me respondió: «La confianza y gracia que pueda poseer un ángel, se hallan en él... por haber sido el conductor de la palma á María, al querer cargar con nuestras culpas el Hijo de Dios» (1).

247. Todo esto es del piadoso y admirable poeta Dante. Pero nuestro Fray Luís de Granada no se queda atrás en la ponderación del gozo que la Virgen causa en el Cielo con su presencia y su glorioso resplandor.

«Considera, dice, cómo recostada (la Virgen) sobre su amado Hijo y acompañada de Cortes nos celestiales, fué llevada al Cielo, en cuerpo y alma, donde fué recibida con inexplicable alegría y júbilo de toda la Corte celestial. Lo primero, por la grandeza de los *mesrecimientos* de tan celestial Señora. Lo

(1) Paraíso, cant. 32.^o

segundo, por ser Madre del Señor, á quien ellos aman sobre todo amor, y por cuyo servicio desean hacer todo lo posible. Y lo tercero, porque fué ella la medianera de su gloria, por cuyas manos recibieron el fruto de la vida; y *assi* no hay lengua que pueda explicar *el* alegría con que la recibirían. ¿Cuál sería ¡quel recibimiento? ¿Qué voces? ¿Qué músicas? ¿Qué melodías? ¿Qué contentamientos?»

Supone después Fray Luís de Granada que hubo en el Cielo una santa porfía porque la Virgen fuera colocada en unos ú otros coros, aduciendo para ello cada coro su derecho, y escribe: «Los hombres dicen que á ellos *pertenesce* por ser del linaje humano. Los Angeles decían que á ellos *pertenesca* porque, aunque en la naturaleza era humana, la vida fué más que angélica. Las vírgenes la piden para sí, porque fué guía y Reina de las vírgenes. Los mártires la piden, porque fué más que mártir. Los Apóstoles, porque fué Señora y maestra suya; y *assi* todos los demás de la gloria. Mas... su amantísimo Hijo... la colocó junto á sí, á su mano derecha, donde está para gloria de su Hijo y gloria nuestra... haciendo el oficio de abogada por nosotros» (1).

248. «A la luz de las estrellas, dice el humilde y sabio San Alfonso María de Ligorio, excede con mucho modo la luz del sol, y á la gloria de los Santos la gloria de María, ó más bien: así como, cuando sale el sol, la luz de las estrellas desaparece, como si nada fuera, así obscurece la gloria de María el resplandor de Angeles y Santos, como si no estuviese en el Cielo, porque éstos participan en

(1) Memorias, lib. 5.º, cap. 18.

parte de la gloria divina, pero María está tan rica y llena de aquella gloria inmensa, que parece imposible pueda una pura criatura llegar á unirse con Dios más intimamente, contemplándole y gozándole con más conocimiento, amor y felicidad, que los demás bienaventurados juntos, sin ninguna comparación, y todos recibiendo los destellos de su luz y parte de su alegría; pues es cierto que desde el instante que entró en el Cielo, aumentó con su presencia la dicha de sus habitantes (1), cuyo mayor gozo, fuera de la vista de Dios, es estar siempre mirando con delicia inefable el rostro de tan hermosa criatura» (2).

249. Por lo dicho y aquí traído de tan autorizados y piadosos escritores, bien claramente se colige, no ya sólo la gradeza de gloria con que la Virgen María resplandece en su elevado trono del Cielo, mas también el gozo y la alegría que de su persona se derrama, á torrentes, sobre todos los moradores de aquel celestial paraíso.

Pérfidos, en efecto, é ingratos en sumo grado habían de ser los bienaventurados, para no rebosar de contento y alegría ante la gloriosa presencia de la Reina de las Vírgenes; y en el Cielo no existe la perfidia, ni la ingratitud, sinó la más pura fidelidad y la gratitud más profunda.

La Virgen es la Madre de Dios y la Corredentora del humano linaje; con cuyos ministerios fué la gloria de la Jerusalén de la tierra y la honorificencia del pueblo cristiano. Por Ella, como cooperadora

(1) Bernard. de Sena, Serm. de Ascen.

(2) Glor. de María, Disc. 9.^a

de Jesucristo en la obra de la Redención, se nos han abierto las puertas de la celestial patria y nos espera allí un océano de delicias. A esos altísimos fines ha dirigido siempre esa Virgen inmaculada todos los deseos de su alma y los suspiros de su tierno corazón; á eso todos sus dolores y sus casi infinitas angustias; y á eso, por fin, encaminó el mayor de los sacrificios que una cariñosa madre puede realizar: el sacrificio de su Hijo unigénito, que era, á la par, el mejor de todos los hijos. Y ¿no se han de alegrar los habitantes del Cielo de que la, aquí tan afligida, Madre de Dios sea entronizada en la gloria sobre todos los tronos de las criaturas, y reciba tanto premio como acá recibiera de angustias y agonías de muerte?

250. Ella es nuestra Madre, y, aunque á primera vista nos parezca cosa extraña é inverosímil, tiene sobre nosotros más títulos de verdadera maternidad, que nuestras madres, según la naturaleza. Otro tanto como el alma supera en nob'eza al cuerpo, y el Cielo á la tierra, y el orden sobrenatural al natural, y Dios á los hombres, supera la maternidad de María para todos los cristianos la maternidad de sus madres naturales. Esto que acá, si no fuera la lumbre clarísima de la fe, nos parecería imposible, por lo mucho que á sus madres quieren los hijos, en el Cielo lo verán los justos con tanta evidencia, que les parecerá, como es, en efecto, la cosa más sencilla y más razonable.

251. Pues, si esto es así, como no hay duda que lo es, ¿cuánto no se alegrarán los Santos en el Cielo de ver á su divina Madre encumbrada en el más

alto puesto de gloria que puede ocupar ninguna criatura?

Si, al llegar al Cielo, viera alguno de los bienaventurados que su madre, según el cuerpo, estaba colocada al lado de Dios, en el puesto más distinguido de todas aquellas grandezas celestiales, y que todos la veneraban, la alababan y bendecían, ¿cuáles no serían sus trasportes de regocijo? ¿Qué gozo habría que á ese gozo pudiera igualarse, sinó es el de ver al mismo Dios? Pues esto, que en orden á nuestras madres terrenales es una ficción, es una bellísima realidad en orden á nuestra Madre celestial, la Virgen María. Esa misma Madre, que como tal nos fué dada por su bendito y agonizante Hijo en el árbol de la Cruz, y de cuyas angustias mortales somos hijos todos nosotros, será presentada á todos los bienaventurados en el Cielo, llena de humilde grandeza y soberana modestia, pero encumbrada sobre todo lo existente y colocada en medio de torrentes de gloria al lado de su divino Hijo.

¿Quién habrá, pues, en la celestial Jerusalén que no salte de gozo ante la presencia y glorioso poderío de su Madre bendita? ¿Quién, que la haya contemplado al pie de la Cruz, rasgado por el dolor su maternal corazón, no la contemplará con gozo inefable y arrobamientos de júbilo, llena de gloria y de majestad al pie del trono del Creador del mundo y Señor del Universo?

252. En verdad que, después de la gloria que derramarán por los ámbitos del Cielo la presencia augusta de la beatísima Trinidad y la humanidad de Jesucristo, no se concibe ni gloria ni contento

más grande que el que percibirán los bienaventurados de ver coronada por Reina del Cielo y de la tierra, y Señora del Universo á su bendita Madre, María.

Aspiremos, pues, á contemplarla en aquel sublime trono de gloria, y á alabarla y bendecirla por toda la eternidad.

«Regocijémonos, como escribe San Alfonso, con esta felicísima Señora, viéndola en aquel trono tan elevado, y dándonos igualmente mil parabienes á nosotros al considerar que, si en la tierra ya no gozamos de su dulce presencia, nos conserva en el Cielo todo el amor de Madre, donde, por hallarse más cerca de Dios, conoce mejor nuestras angustias, se apiada más pronto de ellas y puede socorrernos más fácilmente.

»Sí, Virgen clementísima, sé que no por haber sido tan ensalzada, os habéis olvidado de los miserables desterrados en este valle de lágrimas, porque un corazón tan misericordioso no puede dejar de compadecerse de miseria tan grande como la nuestra, siendo corazón de madre, que, si aquí nos amó con ternura, ahora ciertamente nos ama mucho más» (1).

*
* *

253 A LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Al Cielo vais, Señora,
allá os reciben con alegre canto;
¡oh, quién pudiera agora
asirse á vuestro manto

(1) Glorias de María, Discurs. 9.º

para subir con Vos al monte santo!
De Angeles sois llevada
de quien servida sois desde la cuna,
de estrellas coronada
cual Reina habrá ninguna,
pues por chapín lleváis la blanca luna.
Volved los línceos ojos,
ave preciosa, sólo humilde y nueva,
al val de los abrojos,
que tales flores lleva,
do suspirando están los hijos de Eva;
que si con clara vista
miráis las tristes almas deste suelo,
con propiedad no vista
los subiréis de vuelo,
como perfecta piedra imán, al Cielo.

FRAY LUÍS DE LEÓN.

*
* *

Virgen excelsa, que en aquel dichoso
tránsito de esta á la invencible vida
fuiste incapaz de humanos accidentes,
y con triunfo inmortal y victorioso
de Angeles colocada y recibida
con cánticos divinos y excelentes,
á las dovotas gentes
que tus fiestas festean
con divina alegría,
apellidando el nombre de María
y á los que en ti se emplean
y en tu memoria cánticos levantan
con celo de agradarte,
y pues tu gloria cantan,
dales, ¡oh Virgen!, de tu patria parte.

VICENTE ESPINEL.

*
* *

A LA VIRGEN

La Reina de oro y variedad vestida,
que dé tan bellas hijas se acompaña,
de los reyes honrada y preferida;
fuerte mujer, que Salomón extraña;
la flor del campo, el ímpetu del río,
que la ciudad de Dios alegra y baña;
aquella que venció de Adán impío,
intercesora de la humana gente
con su humildad el arrogante brío;
aquella que la luz indeficiente
hizo salir, y de una niebla hermosa
cubrió la tierra en su divino Oriente;
aquella Casa excelsa y suntuosa
donde la celestial Sabiduría
mostró su ciencia y mano poderosa;
la Tesorera por quien Dios envía
cuanto bien á su ruego el hombre alcanza;
la que en el sol su tálamo tenía;
la madre del amor y la esperanza,
temor y celestial conocimiento,
Madre y perfecta Virgen sin mudanza,
la Aurora ilustración del firmamento
á quien jamás tocó la noche obscura
desde que tuvo en Dios su fundamento;
que si del mismo Dios la lumbre pura
se levantó, como el Profeta dice,
á darle tanta gracia y hermosura,
á su preservación no contradice,
antes confirma que á su limpia Aurora
preserva, limpi y cándida bendice.

Bien se comprueba que la Virgen santa,
pues al plantar el árbol no hubo culpa,
que como limpia Aurora se levanta.
Tú, Virgen, de Eva y de su error disculpa;
por quien la Iglesia al Redentor mirando
con llamarla dichosa la disculpa;

con vestido de gloria acompañando
el sacro Pan de tus entrañas pías
entre coros de vírgenes triunfando.

LOPE DE VEGA.

*
*
*

A LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

¿Quién es la que del valle miserable
de lágrimas asciende tan lozana,
que ni el alba rosada á la mañana
ni el sol á su beldad es comparable?

Más que la luna hermosa y agradable
honra y decoro á la naturaleza humana,
como escuadrón fortísimo que allana
la enemiga virtud: hecho admirable.

La que con tanta gloria se nos muestra
que hinche la tierra y Cielo de alegría
y en perfecta humildad á todos pasa,
es la que el Hijo y Dios pone á su diestra
sobre las soberanas hierarquías,
pues más que ellas de amor divino abrasa.

Resuena por el aire la armonía
angélica y vuela por el viento
con triunfo en su real recibimiento
la Reina de los Angeles, María.

Hínchese Cielo y tierra de alegría,
celebra fiesta el alto firmamento,
llegada al trono y más gozoso asiento
do siempre luce aquel eterno día.

Cantemos también loores los mortales
á la Virgen purísima ensalzada
sobre todos los coros celestiales,
gozosos de tener tal abogada,
que dar puede remedio á nuestros males
y alcanzarnos la patria deseada.

FRAY ARCÁNGEL DE ALARCÓN.

Reina y Emperatriz, trono esculpido
ocupa en la región del Dios sagrado,
trono de amor y de virtud nutrido
con el poder del Padre sustentado;
del Hijo con la fe fortalecido,
y del amor de Esposo cobijado;
¡trono feliz!, que llena á los mortales
de gracias y de frutos celestiales.

Alzad hasta los Cielos vuestros cantos,
hijos del mundo, lleno de sus dones;
formad coro con Angeles y Santos
que entonan á su Reina mil canciones;
cesen por hoy las penas y quebrantos,
los Cielos invadid con oraciones,
que en su Asunción gloriosa no es María
quien desoye el clamor de un alma pía.

X.

*
* *

Introducción al Poema de Maria.

Voy á contaros la divina historia
de una mujer á quien el alma mía
adora, y de quien son nombre y memoria
objeto para mí de idolatría.

Bella cual la esperanza de la gloria
no se aparta de mí noche ni día
su casta imagen, mi pasión, mi dueño,
con ella vivo, con su imagen sueño.

Templo es mi corazón en donde mora,
la conocí y la amé desde tan niño,
que de mi infancia dividí en la aurora
entre mi madre y ella mi cariño,
Su imagen tuve en mi primera hora
enfrente de mi cuna; el desaliño
del lecho maternal me la dejaba
ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fué el primero que mi labio
aprendió á balbucear. Nombre tan suave
que le hiciera al compararle agravio
al son del agua y al trinar del ave.
La ciencia ruin del universo sabio
otro más dulce componer no sabe;
porque es su nombre bálsamo que calma
el mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura
percibiendo la luz del nuevo día;
vaga en las nieblas de la noche oscura;
reposa en un rincón del alma mía:
Yo le invoco en mis horas de amargura;
le bendigo en mis horas de alegría;
tres veces cada sol mi fe cristiana
le oye del sacro templo en la campana.

.....

Yo idolatro este nombre: El mundo entero
sabe ya que le adoro; yo le he escrito
mil veces en mis versos; y le quiero
escribir otras mil. Nombre bendito,
Luz de mi fe, de mi placer venero,
quiero que halle en mi voz eco infinito;
quiero que dure más que mi memoria;
quiero que alumbre mi terrena gloria.

Espirad á su Nombre, terrenales
cantares y profanas relaciones;
desvaneceos, vientos mundanales,
que embravecéis el mar de las pasiones;
Venid á oirme, y preparad, mortales,
á la luz y al placer los corazones,
porque en verdad os digo que es su historia
más grata que los himnos de la gloria.

Venid á mí, los que creéis que existe
otro mundo mejor que nuestro mundo;
venid los que buscáis la sombra triste

del solitario altar en lo profundo
del templo abandonado que resiste
al vendaval del siglo furibundo;
venid y os bañaréis en la ambrosía
del dulcísimo Nombre de María.

JOSÉ ZORRILLA.

*
* *

¿Quién no te aclama excelsa maravilla,
¡oh Virgen!, y en tu amor no se enajena,
viendo que para ti, de gracias llena,
la culpa muere y su letal semilla?

Eres de Dios la Madre sin mancilla,
que te alzas libre de ominosa pena,
como entre espinas cándida azucena,
cual limpio sol que entre celajes brilla.

Pura te ensalzan hoy tierras y mares,
tu dicha el Cielo por doquier pregona;
todo mana por tí júbilo santo.

Y tu grey, bendiciendo en tus altares
ya que ostentas espléndida corona
aun más se acoge á tu propicio manto.

FRANCISCO RODRÍGUEZ ZAPATA.

*
* *

¡Qué dulce melodía
es para mí decir: «¡Ave María!»
¡Cuán grato y cuán suave,
oh Madre mía, repetirte: «¡Ave!»
Tú mi amor, mis delicias, mi esperanza
y en las tormentas puerto de bonanza.
Si me acosan inquietas las pasiones,
si las penas, congojas y aflicciones
inundan mi alma de mortal veneno,
sálvame, ¡oh Madre!, en tu materno seno.
Mas, ¡ay!, voy acercándome al ocaso
y la muerte acelera ya su paso.

Ahuyenta de mi lado al enemigo
y quédate, ¡oh María!, aquí conmigo;
y, cerrando los ojos con tu mano
á este lánguido ya y caduco anciano,
al emprender mi alma el raudo vuelo
preséntala á su Dios allá en el Cielo.

LEÓN XIII, PAPA.





Capítulo XVIII.

Del gozo que causará en la gloria la presencia de todos los Santos.

Los santos resplandecerán en el Cielo, 254.—Y mutuamente se alegrarán de verse, 255.—Por la mutua caridad, 256.—Lo que dice Fray Luis de Granada, 257.—Nieremberg, 258.—La Leyenda de Oro, 259.—Rosignoli, 260.—Qué producirá San Jo-é, 261.—Id. los patriarcas y Profetas, 262.—Los Santos de la Iglesia, 263.—Nuestros ascendientes, Naciones, etc., 264 y 265.—Consecuencia, 263.—Petición de San Agustín, 267.—Poesías, 268.

254. Parece ser, á primera vista, que, después de hablar de la hermosura de los cuerpos de Jesús y de María, y del gozo que causa su presencia sobre los corazones de todos los bienaventurados, ya no habría por qué decir nada de otra belleza alguna de aquella dichosa ciudad. Mas, aunque la hermosura y resplandores de los otros Santos no lleguen, ni de lejos, á la de Jesús y María, ¿quién duda que serán hermosura y resplandores admirables y gloriosos por todo extremo, y que, á su modo y cada uno en su grado, han de contribuir á la grandeza del conjunto, y que de su contemplación recibirán inefable gozo todos los bienaventurados? En una

pradera esmaltada de flores, todas, á la par, por humildes que sean, contribuyen al realce y variedad del alegre panorama; y en noche tranquila nos llena de encantos contemplar la grandiosidad del firmamento en que brillan tanto los astros de primer orden como los que apenas hieren nuestra vista con su tenue y lejano centelleo. Así será en el Cielo empíreo: lucirán unos como soles, otros como notables estrellas, y otros como diminutas pavesas; pero todos aparecerán altamente bellos, todos allegarán su tanto de hermosura á la hermosura del palacio de la gloria, y todos servirán de grande regocijo y de profunda admiración á la mirada de sus conciudadanos.

Mucho, pues, puede decirse de los felices habitantes de aquella dichosa y siempre primaveral patria, porque los habitantes son muchos en número, y su hermosura y la variedad de su condición admirables sobre manera; mas, porque ya queda algo dicho en anteriores capítulos, al tratar del Cielo empíreo, de las diferentes moradas de la gloria, y de la claridad de los cuerpos gloriosos, y de la felicidad del sentido de la vista, nos extenderemos aquí menos de lo que tan hermosa materia requiere.

255. Que los bienaventurados se gozarán mucho los unos con la hermosura y compañía de los otros, ¿quién lo podrá dudar? Todos serán perfectos en su grado; perfecta será su alma, inundada de luz y de gloria; perfectos sus cuerpos, llenos de claridad y resplandor, con sus formas proporcionadas, su conveniente estatura, sus colores suaves, sin mancha, ni arruga, ni imperfección de ningún gé-

nero. ¿Qué remedio sinó complacerse cada uno en la contemplación de sus gloriosos compañeros? ¿Qué les falta para que el mirarlos sea cosa grandemente agradable? Gusta aquí abajo contemplar un día de gala los cuerpos esbeltos y bien adornados, y ¿no va á gustar allá ver aquellos admirables cuerpos por su rara hermosura en el día de las bodas del Hijo de Dios con su Iglesia triunfante? ¿Podrá haber comparación entre la hermosura de la tierra y el placer de contemplarla, con la hermosura y placeres purísimos del Cielo?

256. Reina, además, en el Cielo caridad ardiente y perfecta entre todos aquellos hidalgos ciudadanos, y por ella se gozan los unos de la felicidad y hermosura de los otros, tanto y aun á veces más que de la suya propia; ¿cómo, pues, no recibirán inmensa alegría al contemplar allí, como eternos compañeros suyos, no ya á uno, ni á dos, ni á ciento, sinó á miles de millones, de todas las razas, naciones y pueblos en que está distribuída la humildad sobre la tierra; y de todos los tiempos desde Adán y Eva hasta la consumación del mundo? Van los hombres en esta mortal vida á muchas leguas de distancia y á costa de innumerables sacrificios, sólo por ver un personaje, un Rey, un emperador, un Papa, ó un hombre de raza y costumbres diferentes; pues, ¿qué harían por ver reunidos á todos los Emperadores, á todos los Reyes, á todos los Pontífices y Obispos, y á todos los hombres de todas las razas y colores del mundo? ¿Qué trabajos no se impondrían por presenciar y contemplar la variedad y hermosura de una tal reunión? Pues, ¿qué

comparación tiene eso con la magnífica y brillantísima sociedad de todos los moradores de la gloria?

257. «Lo que principalmente suele ennoblecer las ciudades, dice elegantemente Fray Luís de Granada, es la condición de los ciudadanos: si son nobles, si son muchos y concordes entre sí. Pues, ¿quién podrá declarar en esta parte la excelencia de esta ciudad? Todos sus moradores son hijosdalgo, y ninguno hay entre ellos de baja suerte, porque todos son hijos de Dios. Son tan amigables entre sí que todos ellos son un ánima y un corazón; y así viven en tanta paz, que la misma ciudad tiene por nombre Jerusalén, que quiere decir visión de paz. Y, si quieres saber el número y población de esta ciudad, á esto te responderá San Juan en el Apocalipsis (7), diciendo que vió en espíritu una tan grande compañía de bienaventurados, que no bastaría nadie para los contar, la cual había sido recogida de todo linaje de gentes, pueblos y lenguas. Los cuales estaban en presencia de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas triunfales en las manos, cantando á Dios cantares de alabanzas» (1).

«¿Qué será ver, dice en otra parte el mismo Granada, la autoridad de aquel sacro senado Apostólico? la *magestad* de aquellos nobles veinte y cuatro ancianos, que vió Sant Juan, que estaban *assentados* en sus *thronos* en la presencia de Dios? ¿Qué será oír aquella música Angélica, y aquellos cantores y cantoras; aquella capilla de tanta *diferencia* de voces, *quanto* será el número de los escogidos? Oyó Sant

(1) Medit., cap. 16, párf. 2.^o

Juan que cantaban esta letra (Apoc., 7): Bendición, claridad y sabiduría, hacimiento de gracias, honra, virtud y fortaleza sea á nuestro Dios por todos los siglos de los siglos. Amén».

«Y, si la consonancia de voces es dulce de oír, ¿qué será ver y experimentar la armonía y concordancia de los cuerpos y almas, y tan á una cantar? ¡Mirad qué cosa tan buena y tan alegre ver morar los hermanos en uno! (Psalm. 132); en una paz, conformes en una voluntad, y en un amor y en un querer! Y ¿quanto más dulce será ver la consonancia y armonía entre los Angeles y los hombres; la conveniencia de las dos naturalezas, humana y angélica? Mas sobre todo, ¿quanto más admirable y dulce la de la naturaleza divina con la humana, la de Dios con la de los hombres? ¿Qué gloria será ver aquel Cordero sin mancilla, siguiéndole tantos *choros* de Vírgenes (Apoc., 14), vestidos de ropas blancas, con palmas en las manos, coronados de pureza, con nueva música de letras, apropiadas á solos ellos? ¡O dichosos y bienaventurados los ojos que vieren tal procesión: y más bienaventurados los que en ella se hallaren! ¡O con qué breve contienda se gana tan grande gloria!....

«Allí estará *assentado* el glorioso *choro* de los Apóstoles; allí el glorioso número de los *Prophetas*; allí el *exército* poderoso de los *Martyres* gozando para siempre de sus gloriosos *triumphos*; allí estarán remunerados los misericordiosos, que, recibiendo á su mesa los pobres peregrinos, *passaron* sus patrimonios á los *thesoros* del Cielo, y echando su pan sobre las corrientes de las aguas, vinieron después de

mucho tiempo á hallar junto lo que por Dios *avlan* derramado» (1).

258. Hablando el ilustre Nieremberg de la claridad y hermosura de los cuerpos gloriosos, se vale para ponderarlas de lo que ha sucedido á veces con los cuerpos de los justos acá en la tierra, y dice así: «También en los cuerpos se ha visto este don de luz tan maravilloso: del cuerpo de Santa Margarita, hija del rey de Hungría, salían tales resplandores que parecían del Cielo; y en otros Santos después de muertos han sido tan grandes, que los ojos no podían mirarlos. Pues, si en cuerpos sin alma es tan hermosa esta vestidura de luz, ¿cuánto hermoseará en los Cielos á los cuerpos resucitados hermosísimos, perfectos y vivos con alma gloriosa, y en la vida eterna? San Juan Damasceno dijo de la luz de este mundo que era el honor y atavío de todas las cosas; la luz inmortal de aquella gloria eterna, ¿cómo ataviará y hermoseará á los Santos? Porque no sólo les hará lucir con su candor, pero con diversidad de colores se mostrará en muchas partes más vistosa. En la corona de las vírgenes se mostrará blanquísima; en la de los Mártires roja; en la de los Confesores excederá también con particular resplandor, y no sólo en las cabezas de los Santos, sinó en los otros miembros tendrá varios esmaltes». Y el Cardenal Belarmino, dice (2): *Allí relucirán los cuellos de San Juan Bautista y de San Pablo con una increíble hermosura, como ataviados con un collar de oro.* ¿Qué espectáculo tan digno de ser visto como ver

(1) Sermón en la fiesta de Todos los Santos.

(2) Conc. de Beat. Coelest., p. 2.

lucir con tanta hermosura y claridad á innumerables Santos? ¿Qué luz será la del Cielo nacida de tantas luces, ó, por mejor decir, de tantos soles?... ¿Cuánta será la claridad de aquella ciudad donde innumerables soles habitarán? Y, si con la vista de cada uno crecerá más el gozo, con la vista de un número sin número, ¿qué medida podrá tener el gozo que de tan hermoso espectáculo debe resultar?» (1).

259. En verdad que el espectáculo será grandioso y sorprendente sobre toda ponderación: mas no sólo gozará el sentido de la vista, sinó también el oído, la memoria y las otras potencias con la presencia de los Santos en el Cielo, aunque la vista sea la que reciba más abundantemente placer.

«¿Qué diré, dice otro célebre y ameno escritor, de los ciudadanos de esta ciudad, de su muchedumbre, de su nobleza, de su buena condición, y de la caridad y concordia que entre sí tienen? El número es sin número, y tan grande, que San Juan, en el Apocalipsis, dice que vió en espíritu una innumerable compañía de bienaventurados, que no bastaría nadie para contarlos, la cual había sido recogida de todo linaje de gentes, y pueblos, y lenguas, y estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas triunfales en las manos, cantando á Dios cantares de alabanza... y con ser tantos no hay entre ellos confusión, antes cuanto es mayor el número, tanto mayor es el orden y armonía, porque cada uno con

(1) Difer. ent. lo temp. y lo etern., lib. 4.º, cap. 6.º párf. 1.º

maravilloso conato está en su lugar y gloria según su merecimiento...

«Allí la virtud de la caridad, á la cual pertenece hacer todas las cosas comunes, está en toda su perfección, y todos los Santos más unidos entre sí que los miembros de un mismo cuerpo; porque todos participan de un mismo espíritu que les da un mismo ser y bienaventurada vida. Pues, siendo esto así, ¿qué gozo tendrá allí un bienaventurado de la gloria de todos los otros, pues á cada uno de ellos ama como á sí mismo? Porque, como dice San Gregorio, aquella heredad celestial para todos es una, y para cada uno toda; porque de los goces de todos recibe cada uno tan grande alegría, como si él mismo los poseyese; y, como dice San Agustín, si en el corazón del hombre apenas puede caber el gozo que tiene de su solo bien, ¿cómo cabrá en él la inmensidad de tantos y de tan grandes gozos que tendrá del número casi infinito de los bienaventurados?

«Porque cierto que cuando el hombre ama á otro, tanto se goza de su bien como del bien propio. Si supiésemos que un gran Santo ha bajado del Cielo, como un San Pedro, ó San Pablo, San Juan Bautista, ó San Juan Evangelista, ú otro cualquiera de aquellos grandes príncipes de la Corte celestial, y que está entre nosotros, y que por un rato le podíamos hablar y tratar familiarmente, ¿quién no se desembarazaría de todos los otros negocios para verle, y para oírle y comunicar sus cosas con él?....

«Pues, ¿qué júbilo, qué gozo y qué alegría debe tener un alma que puede tratar, no con un (solo)

bienaventurado, sinó con todos los Santos que estén en el Cielo, no por una hora, ni por breve tiempo, sinó por toda la eternidad, y conversar con ellos como compañeros, como con hermanos, con sus amigos y miembros unidos de un mismo cuerpo con tan estrecha caridad? ¿Qué será gozar de los más altos espíritus y más allegados á Dios, que son los Serafines, y de la caridad de su contemplación y del ardor ferventísimo de su amor? ¿Qué de los Querubines, donde están encerrados los tesoros de la sabiduría de Dios? ¿Qué de los Tronos y Dominaciones y de todos los otros coros de los Angeles? ¿Qué de los Santos Patriarcas? ¿Qué de los Profetas? ¿Qué del colegio de los doce Apóstoles, que son los doce fundamentos y las doce puertas de aquella santa ciudad? ¿Qué de aquel ejército glorioso de los Mártires, vestidos de ropas blancas, con sus palmas en las manos, y con las insignias de sus victorias y de sus triunfos? ¿Qué de aquella escuela de sapientísimos Doctores, de perfectísimos Prelados, de humildes y penitentes Confesores, y de aquel otro coro, más blanco que la nieve, de Vírgenes purísimas, y de la bienaventurada compañía de las viudas y casadas y continentes? ¿Finalmente, de toda aquella muchedumbre de todas las almas escogidas de Dios, que desde el principio hasta el fin del mundo en cualquier estado, condición y edad ha habido?...

«¿Qué será ver sobre todo las fiestas y triunfos que cada día se celebran con los nuevos hermanos, que, vencido ya el mundo, y acabado el curso de su peregrinación, entran á ser coronados con ellos? ¡Oh, qué gozo se recibe de ver restaurarse aquellas

sillas y edificarse aquella ciudad y repararse los muros de aquella noble Jerusalén! ¡Con cuán alegres brazos los recibe toda aquella Corte del Cielo, viéndolos venir cargados de los despojos del enemigo vencido!....

Dulce es la sombra después del resistero del mediodía, dulce la fuente al caminante cansado, dulce el sueño y reposo al que mucho ha trabajado; pero más dulce á los Santos la paz después del peligro, y el descanso perdurable después de la fatiga de los trabajos de esta vida» (1).

260. Todo el precedente y hermoso discurso está tomado de la *Leyenda de Oro*; en el cual, como hemos visto, se ensalza la grandeza del gozo que los Santos del Cielo reciben con la compañía de los otros bienaventurados; gozo que, en verdad, es superior á todo elogio. Porque, como dice Rosignoli, es inmenso el placer y la alegría que allí se recibe con la gloriosa compañía del Cielo.

«¡Gozar de la felicísima compañía de tantos mártires, vestidos de viva luz, con palmas en las manos y con las insignias de sus gloriosos triunfos; el coro purísimo de tantas vírgenes, bordadas sus ropas de cándidas azucenas, que con dulcísima melodía cantan alabanzas á su Esposo divino; el ejército innumerable de tantos ángeles, dividido en tantas jerarquías con orden perfectísimo! Si la hermosura de un solo espíritu, el mínimo de los bienaventurados, se aventaja, según siente Santo Tomás, á la verdad junta de todas las criaturas visibles,

(1) *Leyenda de Oro*, Barcel., 1853; inspirada, como se ve por su estilo, en Fr. Luís de Granada.

¿qué será ver un número casi infinito de tantos Querubines y Serafines?» (1).

261. No se acaban con lo dicho las grandezas del gozo de la gloria por la presencia de los Santos: por mucho que se diga, materia abundante queda para escribir libros enteros. Pues, si del gozo de los Santos en general pasamos al gozo que producirá la contemplación de los bienaventurados en particular, la materia se hace inagotable.

Pues, en verdad, y por fijarnos en algunos especiales personajes gloriosos, ¿cuál será el placer que cause en la gloria la presencia del glorioso patriarca San José? Bien merecería este Santo semi-divino un capítulo aparte, al lado de su Hijo putativo, Jesús, y de su esposa María; pero no nos atrevemos á tanto por no hacer interminables estos discursos. Mas sí diremos que su gloria es tanta, que merece en el Cielo, al decir del inmortal Pontífice Pío IX, estar colocado al lado de la Virgen Santísima. De modo que no es creíble haya en aquel lugar de delicias Santo alguno que pueda compararse á San José en los grados de gloria. Creencia es también muy razonable que fué llevado al Cielo en cuerpo y alma, para que aquella dichosa trinidad Jesús, María y José, viviese gloriosa y del todo perfecta en el Cielo, después que desaparecieron de esta mortal vida.

De todos modos, no se puede dudar de que será para los justos un inmenso gozo en la gloria el ver al Santo Patriarca José rodeado de inefable resplandor, y colocado en tan eminente lugar, que será

(1) Verdades eternas, lec. 15, párf. 2.^o

el más cercano al de su amada é inmaculada Esposa. Aquí en la tierra, después de nuestra madre María Santísima, es José el santo de más confianza para todos los cristianos: á él acudimos para que sea nuestro patrocinio en todas nuestras luchas con los enemigos del alma y del cuerpo; y bajo su amparo descansamos con inalterable confianza. Es acá José la alegría de nuestros altares y el regocijo de nuestros templos; él es el que completa aquel tierno y simpático cuadro de la Virgen y el Niño, y en todos los actos del culto dedicados á la Madre y al Divino Hijo gozámonos sobremanera de ver incluído también al Santo Patriarca. ¿Cuánto más nos gozaremos de verlo allá en el Cielo, lleno de gozos, y exento ya de dolores, radiante de belleza y claridad, y tan querido y tan dulcemente honrado por su Esposa, por su Hijo putativo y por todos los cortesanos de aquel eterno Palacio?

262. No será pequeño el gozo de conocer personalmente, y contemplar cara á cara, y de hablar y conversar con los Patriarcas y Profetas de la ley antigua. Ver á nuestros primeros padres Adán y Eva, y conocer de cerca á todos los hombres que en el Cielo estén, descendientes de aquel primer matrimonio, ¿qué gozo tan profundo no causará?

Pues contemplar allí reunidos en una sola estancia al patriarca Noé, segundo padre del humano linaje; al padre de los creyentes, Abraham; á su hijo, el inocente Isaac, y á su nieto el sufrido Jacob; á Moisés, libertador y legistador del pueblo de Israel; á Josué, conquistador de la tierra prometida; al santo Rey David, excelso cantor de las grandezas

de su Dios; á las santas y célebres heroínas del pueblo de Israel; á la casta Susana; á la libertadora de Betulia, Judit; á la bella Ester; al gran profeta Isaías; á Daniel y á los otros mancebos del horno de Babilonia; á los nobles y valientes Macabeos; á los padres de María y de José; á San Juan Bautista, y á los niños inocentes: contemplar, digo, todo esto, y á otros innumerables santos del pueblo escogido, ¿qué gloria y qué inmenso gozo no causará á los bienaventurados?

263. No causará menos gozo el tener delante de sí á los Santos de la Iglesia de Jesucristo. Conocer en particular á cada uno de aquellos Apóstoles y discípulos del Salvador; á San Esteban protomártir; al primer pontífice, San Pedro; al incansable Apóstol San Pablo; al fogoso Santiago, predicador de la fe en España, ¿qué gozo tan grande producirá en los fieles de Cristo Nuestro Señor?

264. Y, dejando todo lo demás que pudiera decirse, ¿qué contento tan inexplicable recibirán los bienaventurados al ver allí á sus deudos? Será esto, sin duda, uno de los más profundos contentamientos. Verse y abrazarse allí unos amigos á otros amigos; unos hermanos á otros hermanos; los padres á los hijos, y los hijos á los padres, esto ¿quién podrá explicar el gozo indefinido y profundo que causará?

265. Además, el conocer allí de una sola mirada al número y el orden de nuestros ascendientes hasta llegar á Adán; conocer el origen de las naciones todas; de las razas en que está dividida la humanidad; los medios de que la divina providencia

se valió para traerlos, como á otros Reyes Magos, á la luz del Evangelio, y por ella á la consecución de la eterna gloria, ¿qué satisfacción tan íntima y tan dulce no engendrará?

Por último, el contemplar rostro á rostro á los grandes sabios, como San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, y otros á la cabeza; el ver allí presentes á los ingeniosos inventores y descubridores de los grandes inventos y descubrimientos, entre los que descuella el genial Cristóbal Colón; el estar acompañado de los intrépidos guerreros que, por amor á Jesucristo, lucharon con denuedo en los campos de batalla, como Constantino el Grande, Pelayo, San Fernando; y el conocer á innumerables, cuanto humildísimos Santos, que acá en la tierra vivieron ignorados de los hombres, y se ejercitaron en la soledad y en el silencio en asombrosas oraciones y penitencias, todo esto, y otras muchas cosas que ahora escapan á nuestra meditación, pero que en el Cielo se verán con toda claridad, ¿qué inmensa alegría y regocijo no causará en todos los dichosos moradores de la celestial Jerusalén, y qué fiesta tan llena de vida y santidad no harán para celebrarlo?

266. No cabe, pues, duda que los justos del Cielo recibirán indecible y santísimo placer al contemplar la presencia de los demás bienaventurados. Un solo santo llena de regocijo el mundo de la gloria, ¿qué serán tantos millones reunidos? ¿Qué será verlos reflejar en sí mismos la imagen fidelísima de Jesucristo, pues, allí la gloria del Hijo de Dios se derramará á torrentes sobre todas las almas y so-

bre todos los cuerpos, que serán otros Cristos en semejanza?

Si gozamos ahora con la contemplación y esperanza de aquella futura alegría y eterna felicidad, vivamos de tal manera que, después de partir de este mundo, podamos contarnos en el número de los bienaventurados habitantes de aquella celestial Sión.

267. Pidámoselo así á los Santos del Cielo, como se lo pedía San Agustín: «¡Oh Santos bienaventurados, que después de haber pasado por este golfo tan peligroso de nuestra mortalidad, habéis merecido llegar al puerto de eterna paz y seguridad, á donde ya sin temor ni sobresalto gozáis de perpetua fiesta y alegría: Yo os suplico por vuestra caridad, que pues estáis seguros, tengáis cuidado de nosotros que no lo estamos; y pues tenéis cierta vuestra gloria, tengáis solicitud de nuestra miseria. Yo os suplico por aquel Señor que os escogió y beatificó, y por cuya inmortalidad vosotros sois ya inmortales, y con su vista gozosos y bienaventurados, que siempre os acordéis de nosotros, y que nos socorráis, pues todavía estamos cercados de peligros y navegamos por este mar turbulento y tempestuoso. Vosotros sois aquellas puertas altas y hermosas de la Ciudad de Dios, y nosotros somos como un poco de tierra vil y desechada aquí abajo, y muy lejos de vuestra excelencia...

Rogad al Señor, rogadle, oh Santos bienaventurados, y compañía de almas puras y celestiales; rogadle que sea nuestro guía y norte en esta navegación, para que, favorecidos con vuestras oracio-

nes y merecimientos, llegue este nuestro navío entero á salvamento, y nosotros á ese puerto seguro y tranquilísimo, y gocemos de vuestra bienaventurada compañía, y de perpetua paz y quietud» (1). Así sea.

*
* *

268.

A SAN JOSÉ

Serafines abrasados,
decidme si lo sabéis:
¿qué tanto puede en la corte
con sus Altezas Josef?
Si á la que es mujer mejor
da Dios que mejor es,
y vivieron trasformados
El en Ella y Ella en El;
si vosotros sois vasallos
que besáis sus blancos pies,
por vuestra Reina adorando
la que El tiene por mujer;
y Dios lo que no es cría
y él crió lo que Dios es,
y fué criador del Criador,
Serafines, ¿qué diréis?

*Que es el mayor Santo
menor que Josef,
pues sirvieron todos
al que mandó El.*

VALDIVIESO.

*
* *

Su dignidad altísima nos mueva
á creer mil grandezas del glorioso
varón que mereció ser digno esposo
de la que reparó la falta de Eva.

(1) Medit., cap. 24.

¡Oh maravilla nunca vista y nueva
llamarse del que es Todopoderoso
Padre y ser el nutricio venturoso
del inmenso Criador que en brazos lleva!

¡Oh dichosos los labios que besaron
aquel Niño dulcísimo inocente,
y siempre en su alabanza se emplearon!

Pues estáis tan cercano y tan presente
al gran Dios que sus manos contrataron,
rogad, Joseph, que entre su grey nos cuente.

FR. ARCÁNGEL DE ALARCÓN.

*
* *

A todos los Santos

Patriarcas, que fuisteis la semilla
del árbol de la fe en siglos remotos,
al vencedor divino de la muerte
rogadle por nosotros.

Profetas que rasgasteis inspirados
del porvenir el velo misterioso,
al que sacó la luz de las tinieblas
rogadle por nosotros.

Almas candidas, Santos Inocentes,
que aumentasteis de los Angeles el coro,
al que llamó los niños á su lado
rogadle por nosotros.

Apóstoles que echasteis en el mundo
de la Iglesia el cimiento poderoso,
al que es de la verdad depositario
rogadle por nosotros.

Mártires que ganasteis vuestra palma
en la arena del circo, en sangre rojo,
al que os dió fortaleza en los combates
rogadle por nosotros.

Virgenes, semejantes á azucenas
que el verano vistió de nieve y oro,

al que es fuente de vida y hermosura
rogadle por nosotros.

Monjes, que de la vida en el combate
pedisteis paz al claustro silencioso,
al que es iris de calma en las tormentas
rogadle por nosotros.

Doctores, cuyas plumas nos legaron
de virtud y saber rico tesoro,
al que es raudal de ciencia inextinguible
rogadle por nosotros.

Soldados del ejército de Cristo,
Santas y Santos todos,
rogadle perdone nuestras culpas
á Aquel que vive y reina entre vosotros.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER.





Capítulo XIX

Del orden y claridad que tendrán todos los habitantes del Cielo.

El del Cielo es el orden más perfecto, 269.—Lo sustancial de tal orden, 270.—Cómo podemos rastrear lo accidental, 271.—Lo que dice el Dante, 272.—Id. Granada, 273.—La Puente, 274.—Se indica el orden y sitio de los habitantes del Cielo, 275.—Habrá distinción de clases, naciones, etc., 276.—Diferente claridad, 277.—Entusiasmo de Nieremberg, 278.—Conjunto grandioso, 279.—Poésias, 280.

269. Cosa es bien fácil de conocer que en el Cielo todo tiene que estar dispuesto en orden perfectísimo. Las obras de Dios todas son perfectas (1) en su género, de conformidad con el fin á que están destinadas; pues todo lo hace en número, peso y medida (2).

Si esto se dice con razón de las obras todas de Dios, ¿qué no habrá de decirse de la obra más perfecta de todas ellas, que es el Cielo? Pues acá abajo vemos que el orden es más admirable á medida que son más exceléntes los seres entre quienes se esta-

(1) Deut. 32, 4.

(2) Sapt. 11, 21.

blece, así más admirable es, sin duda, el orden entre los seres vivientes que el que reina entre los que carecen de vida. Y entre los vivientes es el orden más admirable cuando la vida de ellos es más perfecta y más excelente; así el orden de los espíritus es más admirable que el de los seres puramente sensitivos. Claro aparece, pues, que el orden sobrenatural de la gracia es sin cuento más admirable que el orden de la naturaleza; porque, aunque á nosotros nos cause á veces más admiración lo natural sensible que lo insensible sobrenatural, es porque ésto no nos entra por los sentidos como nos entra aquéllo. Pero, examinados en sí mismos esos dos órdenes, ¿quién no ve que por necesidad ha de ser más admirable el orden de la gracia que el de la naturaleza? Así como una sola alma vale más que todo el orden material, así también vale más una sola alma en gracia que todas las almas, por muchas que se supongan, destituídas de esa inapreciable joya de la gracia sobrenatural. ¿Qué no valdrá, pues, una inmensa multitud de almas dispuestas en orden perfecto de caridad, de fe y de esperanza, y de todas las demás virtudes y dones del Espíritu Santo? Pues, si tan admirable es el orden de la gracia, que es medio para la gloria, ¿cuánto no lo será el orden de la gloria, que es el fin, y fin último y perfecto, al cual conduce la gracia?

270. La Sagrada Escritura apenas nos dice más que lo puramente sustancial respecto del orden que habrán de tener los espíritus en la gloria. Lo esencial es que Dios, Señor de la gloria, ocupe el lugar más preeminente de todos. Pues es El la santidad

por esencia, es felicísimo por su misma naturaleza, y es la causa de la existencia y de la felicidad de todos los demás seres. ¿Qué otro lugar puede corresponder á Dios, nuestro Creador y nuestro Salvador, sinó es el lugar y trono infinitamente superiores en dignidad y en gloria á los lugares y tronos de los demás bienaventurados? Por eso el Apocalipsis nos habla con frecuencia del trono de Dios colocado en el centro del Cielo; y de los Angeles y Ancianos que están en derredor del trono del Rey de la gloria. Cosa esencial es también que el segundo lugar y segundo trono en excelencia y en gloria lo ocupe el Hijo de Dios, humanado, ó sea Jesucristo, en cuanto hombre; pues es bien conocido que es la más aventajada criatura, la más llena de méritos y la más inflamada en amor hacia Dios, su eterno Padre. Por eso esto también nos lo declara expresamente la Sagrada Escritura, la cual nos dice que Jesucristo está sentado á la derecha de su Padre (1). Y esto significa tener igual gloria que el Padre, en cuanto Dios, y mayor que otro ninguno en cuanto hombre.

Sustancial es, por último, que los bienaventurados estén en la gloria en compañía de Jesús, que quiere que donde está El estén también todos los que le hayan servido (2), pues, cuando subió al Cielo, dijo que iba á prepararles un lugar (3) donde le verían y se gozarían con su presencia eternamente.

(1) Mat., 26, 64; y Marc., 16, 19; Act., 7, 55, est.

(2) Joan., 12, 26.

(3) Joan., 14, 2.

271. Es esto lo más principal que respecto del orden de la gloria encontramos en las Sagradas Escrituras. Mas, reuniendo lo disperso en otros lugares respecto de la colocación de algunos bienaventurados y lo que antes se dijo de las moradas diferentes del Cielo, que serán ocupadas según los diferentes méritos de los justos, y siguiendo las huellas de los escritores místicos, podremos rastrear, á lo menos con alguna probabilidad, el orden con que en la patria celestial estarán sus habitantes.

Dícenos el discípulo Amado: «Que todos los Angeles estaban alrededor del trono de Dios y del Cordero; que cantaban en derredor del trono, y que ante él y en su circuito cayeron de rodillas para adorarle» (1). Dícenos también: «Que hay ante el trono de Dios siete lámparas ardiendo, que son los siete espíritus de Dios. Nos dice que vió doce mil de cada una de las tribus de Israel; y, por último, que vió una numerosa turba, que no es capaz de contar, de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas que estaban de pie delante del trono y en presencia del Cordero, vestidos de blancas estolas, y con palmas en sus manos... y estos son los que vinieron de una grande tribulación (los mártires) y lavaron sus estolas en la sangre del Cordero» (2).

Habla también el Apocalipsis de «ciento cuarenta y cuatro mil (vírgenes) que tienen el nombre del Cordero y el de su Padre escrito en sus frentes... y que cantan un cántico nuevo, que sólo ellos pueden cantar, delante de la silla y delante de cua-

(1) Apoc., 5, 11 y 7, 11.

(2) Apoc., 7, todo él.

tro animales (Evangelistas) y de los ancianos (Apóstoles). Esos son los que no se han contaminado con cosas impuras; son, pues, vírgenes. Y siguen al Cordero á donde quiera que vaya» (1).

Habla, por fin, San Juan de «veinticuatro ancianos que están sobre veinticuatro asientos en derredor de la silla del Cordero. Y San Mateo nos dice que Jesucristo prometió á los Apóstoles que se sentarían á su lado sobre doce sillas cuando El estuviera sentado en el trono de su excelsa majestad» (2).

De esto que nos dice la Escritura ya puede colegirse, en parte, el orden que en el Cielo tendrán los bienaventurados, y mucho más si á esto se une lo que nos dicen los místicos, entre los cuales puede contarse el Dante.

272. He aquí lo que dice este genial y piadoso escritor en su *Divina Comedia*: «En seguida vi un punto que irradiaba tal luz (se refiere á Dios) que, si no los cierro, indudablemente hubiera abrasado mis ojos... Estaba aquel círculo (el punto circular) rodeado por otro y seguían á éste un tercero, un cuarto, un quinto y sexto círculo, y sobre éstos giraba el séptimo, en inmensa extensión... Lo mismo sucedía respecto del octavo y noveno (3), siendo el movimiento de aquellos más pausado, según se hallaban sus números más alejados del primero; en cambio lucía más su llama, según se encontraba

(1) Apoc., 14, 1, 4.

(2) Mat., 19, 28.

(3) Los nueve coros (de Angeles) que circuyen su punto céntrico, ó sea Dios.

más apartada de la pura luz, con motivo á lo que me figuro, de asemejarse más á ella.

Ya que notaba las dudas de mi espíritu, me dijo: Los círculos primeros te han enseñado los Serafines y los Querubines. Siguen tal velocidad en atracción (del centro Dios) para identificarse en lo posible con el punto de donde derivan, consiguiéndolo con arreglo á lo que descubren desde la mayor elevación.

Los otros amores (círculos) que giran á su alrededor, se llaman tronos de la divina mirada, porque acaban el primer ternario (1); has de saber que su regocijo es tal que su vista penetra en la verdad donde descansa toda inteligencia...

»El otro ternario, que germina así en esta perpetua primavera, canta eternamente *Hosanna* con tres tonos que resuenan en las tres clases de alegría de que se forma (la jerarquía segunda). A esta jerarquía corresponden las elevadas diosas, que son las dominaciones y las Virtudes; el tercer coro es el de las Potencias. Después, en los círculos séptimo y octavo (coros de tercera jerarquía), giran Principados y Arcángeles. El postrero (último coro) está dedicado á los fuegos de los Angeles. Todas las miradas de dichos círculos penden de lo alto, y tienen tal influencia abajo que impulsan á todos hacia Dios» (2).

Dibujado el orden de los Angeles en el Cielo, pasa el poeta, bajo la dirección de San Bernardo, á señalar el lugar que ocupan los hombres justos.

(1) La primera de las tres jerarquías angélicas.

(2) Paraíso, Canto 28.

Y, después de haber dicho que la Virgen María era la más cercana á Jesús, dice así: «Ahora según te vaya hablando (San Bernardo al Dante) pon tu vista en los grandes ciudadanos de este piadoso y justo reino.

»Los dos que están sentados allá arriba, más dichosos, puesto que se acercan á la augusta Matrona (María), casi pueden llamarse las dos raíces de la rosa. El de su izquierda es el padre Adán, que por gustar ávidamente la fruta, hizo libar la copa del dolor á la humanidad entera.

»Hacia su derecha ve al padre antiguo de la Iglesia santa (San Pedro), á quien confiere el Cristo las llaves de esta flor sin igual (la Iglesia Católica).

»El que viera antes de morir (San Juan en su Apocalipsis) los tiempos borrascosos que había de atravesar la dulce esposa (la Iglesia), conquistada con la lanza y los clavos, se halla sentado próximo á aquél; estando también cerca el jefe á cuyo mandato vivió del maná el ingrato pueblo tan variable y obcecado (Moisés).

»Frente á Pedro puedes ver á Ana, tan subyugada en la contemplación de su Hija (la Virgen), que ni agita los ojos al cantar *Hosanna*» (1).

273. Nuestro insigne escritor, Fray Luís de Granada, pondera también el orden admirable que habrá en el Cielo; aunque sin descender á determinados individuos, y sólo por orden de clases. Así, después de haber enaltecido la grande multitud que, según el profeta Daniel (VII), servían y alababan al Señor de la Majestad, dice de esta manera:

(1) Div. Comed., Paraíso, Canto 32.^o

«Y no pienses que por estar tantos están desordenados, porque no es allí la muchedumbre causa de confusión, sinó de mayor orden y armonía. Porque aquel que con tan maravillosa consonancia ordenó los movimientos de los Cielos y los cursos de las estrellas, llamando á cada una por su nombre, ése ordenó todo aquel innumerable ejército de bienaventurados, con tan maravilloso concierto, dando á cada uno su lugar y gloria, según su merecimiento. Y así un lugar es el que allí tienen las Vírgenes, otro los Confesores, otro los Santos Mártires, y otro los Patriarcas y Profetas, otro los Apóstoles y Evangelistas, y así todos los demás. Y de la manera que están repartidos y aposentados los hombres, así lo están á su manera los Angeles, divididos en tres jerarquías, las cuales se reparten en nueve coros, sobre todos los cuales reina el trono de la serenísima Reina de los Angeles, que sola Ella hace coro por sí, porque no tiene par ni semejante. Y sobre todos, finalmente, reside aquella santísima humanidad de Cristo, que está asentado á la diestra de la majestad de Dios en las alturas» (1).

274. Con más extensión que el de Granada, habla del orden perfecto del Cielo el V. P. Luís de la Puente, el cual dice de esta manera:

«El orden con la variedad que tienen (los bienaventurados) es admirable; porque no son todos iguales en las partes que se han dicho (belleza y calidad), sinó como las estrellas del Cielo son dife-

(1) Medit., cap. 16, párf. 2.º; y Sermón de fiesta de todos los Santos.

rentes en calidad y en grandeza, así ellos tienen gran diversidad en su hermosura y claridad celestial, pero con sumo concierto y orden en sus grados. Hay tres jerarquías y nueve coros de Angeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, diferentes en las naturalezas y en los dones de la sabiduría y gracia, con una belleza indecible. Y entre ellos están los hombres con sus coros, y algunos sobre todos ellos, porque les exceden en la santidad. Hay coros de Patriarcas y Profetas, de Apóstoles y Evangelistas, de Mártires y Confesores, de Pontífices y Doctores, de Sacerdotes y Religiosos, de Vírgenes y Viudas y de otros estados, todos con sumo concierto, de modo que podemos decir de ellos aquello de los Cantares: «¿Qué veréis en las Sunamites sinó coros de Guerreros? (7-1). Oh ciudad pacífica, esposa del pacífico Salomón (Jesucristo), ¿qué otra cosa hay en ti sinó coros de Santos, que cantan con alegría, y fueron guerreros con gran fortaleza, y ahora gozan la paz que ganaron con su victoria?

¡Oh quién pudiese pelear como estos valerosos soldados pelearon, para que mereciese vivir siempre en su dulce compañía! De aquí sacaré un deseo de servir á Dios con la mayor excelencia que pudiese; porque, si puedo llegar al coro de los Serafines, no tengo que contentarme con otro menor» (1).

275. De todo lo que hemos visto que dicen las Escrituras Santas y los escritores místicos respecto del orden que habrá en el Cielo, ya afirmándolo terminantemente unas veces, ya indicándolo otras,

(1) Medit., Part. 6.^a, Medit. 51, punto 3.^o, núm. 3.^o

se colige que hay en el Cielo un orden admirable y que sabemos los elementos sustanciales y fundamentales de él, pero que en ninguna parte encontramos la descripción completa de tal orden. Eso lo conocerán los que en la gloria lo contemplan por sus propios y felices ojos. No obstante, fundados en lo que queda ya dicho, no creemos que será aventurado el determinar el orden que habrá en el Cielo con algunos más particulares detalles. Así, pues, parécenos que el tal orden será, poco más ó menos, el siguiente:

En el centro del Cielo y en el más noble y glorioso trono estará la beatísima Trinidad; pues, aunque Dios está todo entero en todas partes y llenará todo el espacio de la celestial patria con su infinita majestad y gloria, dejaráse ver, por modo especialísimo, en un lugar determinado, y este no puede menos de ser el más glorioso de todos. Pero el lugar más glorioso, según nuestro parecer (1), es el centro del Cielo, dado que éste sea esférico, como hemos supuesto. Estará, pues, la Augusta Trinidad en el centro del Cielo.

A la derecha del Padre estará colocado su benditísimo Hijo, en cuanto es hombre, con la humanidad unida, por admirable modo, á la divinidad en la persona del Verbo. Su sacratísimo cuerpo brillará con indecible lumbré y dulcísima suavidad, y se verán en él todas las heridas de su pasión, á modo de brillantísimos diamantes ó rosas purpúreas. A su lado resplandecerá la Cruz, signo de nuestra Redención. A la derecha de Jesús estará su inmaculada,

(1) Libro 2.º, Capt. 6.º de esta obra.

virginal y divina Madre, llena de esp'endente gloria, en premio de la profunda humildad con que se anadó en la tierra por amor á Dios, y llena de tierno y santo cariño para su victorioso Hijo y para todos los justos, hermanos de su Hijo é hijos suyos también.

Al lado de la Virgen estará su casto esposo y padre putativo de Jesús, el humilde y justo José.

Después, en derredor del trono de Dios y del Cordero, estarán todos los Angeles y todos los hombres justos y bien aventurados; y estarán, según unos escritores, los Angeles formando coros con los hombres en admirable consorcio; y, según otros, formarán los Angeles coros distintos y separados de los hombres. Mas, prescindiendo de estas opiniones, se sabe que los Angeles estarán, como dice el Apocalipsis, en derredor del trono del Cordero, y formarán probablemente tantos círculos distintos en el Cielo, cuantos coros diferentes nos dicen que hay en ellos las Sagradas Escrituras y los Santos Padres. Es, á saber: nueve coros, agrupados en tres jerarquías, á tres coros cada jerarquía.

Estarán, pues, colocados en derredor del trono de Dios, á manera de círculos, ó, quizá mejor, superficies esféricas, y comenzando por los coros más excelentes en gloria y más próximos al trono de Dios, en esta forma:

En primer lugar los Serafines, después los Querubines y en seguida los Tronos, que son los que componen la más noble jerarquía. Vendrán después las Dominaciones, las Virtudes y las Potestades, que formarán la segunda jerarquía; y, por último, en

otros tres consecutivos coros circulares ó esféricos, los Principados, Arcángeles y Angeles (1). Cada jerarquía, y aun cada coro, se distinguirá de los restantes, no sólo en el grado de su gloria, sinó en la diferencia de situación ó lugar que tenga (definitivamente) asignado, en los matices peculiares de su lumbré y en los diferentes timbres de su melodioso cántico.

Los hombres formarán también á modo de círculos ó esferas concéntricas alrededor de su Salvador y de su Dios, y se distinguirán los unos de los otros, no sólo por el diferente grado y esplendor de su gloria, mas también por su proximidad al trono de Jesús.

Respecto de la disposición del lugar que allí habrán de ocupar los hombres, parece, en primer orden, que habrán de estar á un lado de Jesucristo todos los justos de la Ley antigua, que se salvaron por la fe en Jesucristo venidero, ó que había de venir á salvar el mundo; y á otro diferente lado los que se salvaron en Jesucristo, que ya había venido y muerto por amor á los hombres, esto es, todos los justos de la Ley nueva. Podremos, pues, figurarnos un hermoso y robusto árbol, cuyo tronco es Jesucristo, las raíces que vienen mirando y caminando hacia el tronco son los justos de la Ley antigua: Adán y Eva, Noé, Abraham, los Patriarcas, los Profetas, los Reyes santos, los Macabeos, y así hasta los Padres dichosísimos de la Virgen, los Inocentes y San Juan Bautista. Las ramas que salieron del

(1) Sanct. Dion., coel. Hierarch. capt. 6.^o al 9.^o; y *Summa Theolog.*, 1.^a q. 108, 5. c.

tronco, son los justos de la Ley de gracia, que brotan de Jesucristo como de la vid brotan los sarmientos, y que de Jesucristo reciben la savia y la vida. Allí estará, en primer término, como se ha dicho, su bendita Madre y el casto José, padre putativo. Allí estarán, después, en distintos coros, los Apóstoles, los Evangelistas, los Mártires, los Confesores, los Doctores y las Vírgenes. Y se distinguirán no sólo por el distinto lugar que en el Cielo y en derredor del trono de Dios ocupen, mas también por las variadísimas y todas admirables clases de lumbre y de colores con que en aquella dichosa ciudad resplandecerán; y de tal manera, que no sólo sus almas tendrán diferente grado de gloria, y las de los Mártires, Doctores y Vírgenes diferente aureola, mas también sus cuerpos brillarán con muy diferentes y muy variados y luminosos colores, y tendrán, en sentir del Seráfico Doctor San Buenaventura, distintas aureolas visibles con los ojos del cuerpo. «Pues á los predicadores, á las Virgenes y á los Mártires se les debe, dice el Santo, aquella excelencia del premio accidental, que se llama *aureola*; y la cual contribuye al esplendor, no sólo del alma, sino también del cuerpo; porque no se da sólo á la voluntad, mas también á la obra externa» (1).

276. Habrá, pues, en la gloria orden, y orden admirable en Dios, en los Angeles y en los hombres. Habrá orden en las almas y en los cuerpos, orden en los grados de gloria y en los merecimientos por los cuales esa gloria se distribuya; habrá orden en el lugar que ocupen, en la lumbre con que

(1) Brevil., part. 7.^a, capt. 7.^o

brillen y en la suavidad y dulzura con que canten sus alabanzas al Señor de la gloria. Habrá orden en las diferentes edades del mundo en que se hayan salvado, unos antes y otros después de la muerte del Redentor. Habrá orden según los estados en que aquí se haya vivido; distinguirse, pues, han los sacerdotes que tienen el carácter de su orden impreso por modo indeleble en el alma. Allí aparecerán los diferentes grados de la milicia clerical y de la jerarquía de la Iglesia, tanto de la que es de origen divino, como la que lo es del eclesiástico. Allí, pues, aparecerán, con señales propias, los Pontífices, los Cardenales, los Arzobispos, los Obispos, los Diáconos, los Subdiáconos y los demás grados del orden clerical. Allí aparecerán también con sus especiales distintivos los justos de todos los Ordenes é Institutos religiosos, que han florecido en el jardín de la Iglesia hasta la consumación del mundo.

Por su orden aparecerán allí también, y con sus características señales, los santos de todas las naciones, y de todos los pueblos, y de todas las tribus, y de todas las familias, y de todas las razas que han entrado en el seno del cristianismo y conseguido la eterna gloria.

Allí, por fin, los santos de cada época, y de cada nación y pueblo estarán ordenados según los distintos momentos en que hayan sido regidos por sus legítimos superiores. Cada Sumo Pontífice formará coro con los justos que se hayan salvado en su pontificado; y, por igual manera, los formarán los señores Obispos con los de su diócesis, y los párrocos con sus feligreses.



¡Qué magnífico y qué admirable el orden de los Santos en el Cielo!

277. Pero no es menos delumbradora y menos admirable la claridad con que allí brillan todos los bienaventurados. Brillan con la claridad de su gloria y de su nobilísimo linaje. Pues «la calidad de estos ciudadanos, como dice el V. Luís de la Puente, es gloriosísima, todos son nobilísimos, santísimos, sapientísimos, prudentísimos, afabilísimos y eminentísimos en todas las partes que se pueden desear de condición, complexión, cortesanía, discreción y toda virtud, porque no puede entrar allí... persona que esté manchada con resabio de culpa ni de otra imperfección. Todos son lirios sin espinas, grano sin paja, trigo sin cizaña, porque las espinas, la paja y cizaña se quedan fuera del Cielo para cebo del fuego del infierno» (1).

Pero lo que más claridad derramará por todos los espacios de la gloria, de tal modo que todos aquellos felices habitantes participen de ella, y con ello se gloríen, y se hagan en sí y por participación luminosos, es el océano inmenso de luz que sale del Cordero, el cual es, en sentencia del Apocalipsis, la lámpara inextinguible que alumbrá aquella eterna y celestial Sión. Por eso es «lugar clarísimo, sin que jamás haya en él tinieblas, ni noche, sinó un perpetuo día, con una luz apacible, celestial y divina, porque el mismo Dios es su sol y le alumbrá con una claridad digna de Dios; y el Cordero, que es Cristo Nuestro Señor, con el resplandor de su sa-

(1) Medit., Part. 6.^a, Medit. 51.

eratísima humanidad le esclarece y llena de alegría» (1).

Y, como la luz es la más hermosa cualidad de los seres, y que da realce á todas las perfecciones, al derramar Jesucristo su lumbré por la capacidad del Cielo y prender en todos los bienaventurados, los llena á todos de su misma luz y los hermosea con su propia hermosura, siendo así Jesucristo bello en todos los justos, como lo es todo en todas las cosas, al decir del Apóstol (2).

278. Por eso es que, entusiasmado con la lumbré y belleza de Dios, exclama el piadoso Nieremberg: «¡Cuán gran sol de belleza es, pues tantos rayos espáree de belleza y perfección cuantos hay en las criaturas! ¡Cuán inmensa su hermosura, pues rebosa en tantas hermosuras! Considerémosle, por una parte, cercado de hermosísimos Serafines; por otra, rodeado de bellísimos Querubines, más allá de perfectísimos Tronos, después de otra infinidad de graciosísimos espíritus, de tantas Potestades, tantas Dominaciones, tantas Virtudes, tantos Principados, tantos Arcángeles, tantos Angeles, todos bellísimos; después tantos hermosos cielos, tan resplandecientes astros, tan varias naturalezas. Todas esas hermosuras son unos arroyuelos de la hermosura divina, unos pequeños rayos de su belleza» (3).

279. ¿Qué será, pues, ver aquella celestial militia tan admirablemente ordenada por coros, que

(1) P. Luis de la Puente, *Medit.* 51, part. 6.^a

(2) 1.^a Cort., 15, 23; y *Ephe.*, 4, 6.

(3) De la hermos. de Dios, libr. 1.^o, capt. 17.

no hay ejército que se la pueda comparar? ¿Qué contemplar aquella suavísima claridad y admirable belleza que mana como inmenso río del océano sin límites de la claridad y hermosura del Cordero de Dios? Y ¿cuánto gozo no será ver que á la belleza del orden y resplandor que tienen los bienaventurados da nuevo y jamás visto realce la luz y belleza de Cristo, de quien ellos son otras tantas imágenes?

¡Oh, y cuán dichosa es aquella ordenada y clarísima patria del Cielo! ¡Oh tierra bendita de promisión!, ¿quién tendrá la dicha de contemplar tus hermosos y bien dispuestos tabernáculos?

«Vos, Señor, que sois mi luz, alumbrad mis ojos, te decimos con el gran Agustín, para que yo vea vuestra lumbre, y ande en ella, y no caiga en los lazos de Satanás... Vos, Señor, sois luz, y luz de los hijos de la luz; sois día que no anochece, día en el cual andan vuestros hijos sin tropiezo, y sin el cual todos los que caminan están en tinieblas, porque no os siguen á Vos, que sois luz del mundo... Por tanto, yo os suplico, Señor y Dios mío, y luz de mi alma, que alumbréis Vos mis ojos, para que yo vea, y conozca, y no caiga delante de mis adversarios... Vos, Señor, alumbradnos, para que... lleguemos á Vos. ¡Oh alegría de Israel!» (1) Amén.

*
* *

280.

PARAISO

¡Paraíso, Paraíso!
de la dicha, ¡oh gran Ciudad!,

(1) Soliloq., capt. 17.

en ti el gozo y la alegría
 para siempre durará.
 En ti tienen los electos
 mil placeres sin dolor,
 siempre puros sus afectos
 son sin mezcla de dolor.
 ¡Hora dulce y suspirada
 que á gozarte volaré!,
 de la paz en la morada
 para siempre me hallaré.
 ¡Cuán amable compañía
 con los Angeles hablar!
 Gozar siempre, amar María
 con los Santos jubilar!
 ¡Qué gran dicha la belleza
 de Dios sumo remirar!,
 su bondad y su grandeza
 para siempre contemplar!
 Paz eterna, eterna calma,
 bendiciendo al Creador
 vivirá gozando el alma
 extasiada en el amor.

X.

*
* *

A María, Auxilio de los cristianos.

Mística rosa de inmortal frescura,
 cándido lirio que la nieve afrentas,
 fúlgida estrella matinal que ahuyentas
 las densas sombras de la noche oscura.
 De vida y de salud fontana pura,
 iris de paz al mundo en las tormentas,
 Madre de Cristo, que á la vez te ostentas
 Virgen sin mancha de sin par ternura.
 Almo consuelo, escudo peregrino
 del mísero mortal, espejo claro
 en que se mira Dios único y trino;

pasmo del Cielo, de esperanza fero...
¿Cómo no amarte, si en tu amor divino
halla la grey de Adán eterno amparo?

JUAN NEPOM. JUSTI. Y ARRIBAS.

*
**

A LOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO

Radiante y clara luz del alto cielo
que iluminas el día venturoso.
De los Santos Apóstoles primados,
de la Iglesia de Dios sagrados polos,
tú descubres benéfica á los fieles
los caminos más rectos y dichosos
del reino de los Cielos prometido,
quitando á los culpados los estorbos.
Pablo, sabio maestro de las gentes,
Pedro, claverero fiel del alto solio,
Padres de Roma y jueces de los pueblos
con poder de supremo consistorio;
el primero á los filos de la espada
y el segundo en la cruz mueren gozosos.
¡Oh, tú, Roma feliz, que has merecido
regarte con el bálsamo precioso
de la sangre vertida en el martirio
de estos príncipes santos y gloriosos!;
por lo cual aventajas en grandezas
al resto general del mundo todo.
Sea al Eterno Padre gloria inmensa,
exaltación, poder y unido gozo
á la unidad con que gobierna siempre
su espíritu infinito y poderoso.

FR. GREG. DE SALAS.

*
**

PLEGARIA

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,
á Vos acudo en mi dolor vehemente;

extended vuestro brazo omnipotente,
 rasgad de la calumnia el velo odioso
 y arrancaad este sello ignominioso
 con que el mundo manchar quiere mi frente.
 Rey de los reyes; Dios de mis abuelos,
 Vos sólo sois mi defensor, Dios mío,
 todo lo puede quien al mar sombrío
 olas y peces dió, luz á los cielos,
 fuego al sol, giro al aire, al Norte hielo,
 vida á las plantas, movimiento al río.
 Todo lo podéis Vos, todo fenece
 ó se reanima á vuestra voz sagrada;
 fuera de Vos, Señor, el todo es nada,
 que en la insondable eternidad perece,
 y aun esta misma nada os obedece,
 pues de ella fué la humanidad creada.
 Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
 y pues vuestra eternal sabiduría
 ve al través de mi cuerpo el alma mía,
 cual del aire á la clara transparencia,
 estorbad que, humillada la inocencia,
 bata sus palmas la calumnia impía,
 Mas, si cuadra á tu suma omnipotencia
 que yo perezca, cual malvado impío,
 y que los hombres mi cadáver frío
 ultrajen con maligna complacencia,
 suene tu voz y acabe mi existencia,
 cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío.

GABRIEL DE LA CONCEPC. VALDÉS.





Capítulo XX

Grandeza del Cielo y resumen de toda la obra.

¡Cuánto queda por decir!, 281.—Todo en el Cielo está inundado de felicidad, 282.—Belleza del lugar, 283.—Lo que dice San Gregorio, 284.—Idem San Anselmo, 285.—Id. Granada, 286.—Nieremberg, 287.—Inefable contento, 288.—Cántico de común alabanza al Señor, 289.—Suspiros de S. Agustín, 290.—Poesías, 291.—Resumen, 292.

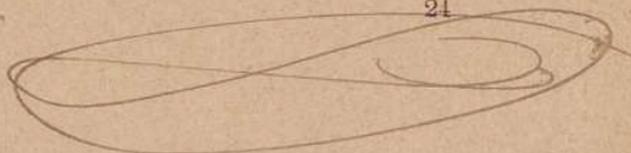
281. Llegado hemos ya al término del camino que nos proponíamos recorrer. Dicho está lo mucho que en la gloria del Cielo gozarán sus dichosos moradores. Aun, sin embargo, es mucho más lo que por decir queda; pues la materia es inagotable, como inagotable es la generosidad de Dios para aquellos que en este mundo han tenido la dicha de amarle sobre todas las cosas. Los mismos que han merecido ver en profundos éxtasis las grandezas de la gloria, como el Apóstol San Pablo, doctor de las naciones, y la mística Doctora Santa Teresa de Jesús, nos aseguran que tales grandezas son superiores á toda humana y aun angélica ponderación, é incomprensibles á toda creada inteligencia, ¿qué

podrá, pues, decir de aquella esclarecida patria, que sea de ella digno un pobre y miserable pecador?

Quédanos, no obstante, la dulce satisfacción de haber bebido nuestra doctrina en las abundosas y cristalinas fuentes de la Sagrada Escritura y de los buenos escritores católicos, aprobados en la Iglesia por la tradición de varios siglos.

282. A la lumbre de su elevada doctrina hemos podido presentar en cuadro, tosco por la torpeza de nuestra pluma, pero grande, variado y sublime por su objeto, los inefables gozos de la eterna Jerusalén, todos los primores de aquella hermosa y encantadora mansión de los Santos. Todo en ella será grande, todo noble, todo deslumbrador. Grande sobremanera el océano de inmensa felicidad en que se baña de gozo la Trinidad Augusta, creadora del Universo, y autora de la gracia y de la gloria.

En esa felicidad que, como inmenso río mana del trono de Dios, y que, esparciéndose por los campos de aquella amplísima y brillante ciudad, todo lo llena, y como que lo inunda de gozo, de alegría, de exaltación, de luz, de claridad, de hermosura, de verdor primaveral, de perfumados aromas, de dulcísima armonía, y de indecible quietud y placidez; en esa felicidad, digo, se bañan en inefable baño de gozo y de amor los Espíritus Angélicos con todos sus coros, y en incontable número; en esa felicidad se bañan también los hombres bienaventurados, con sus gloriosas almas y con sus no menos gloriosos cuerpos. Y en ese baño de luz, de gozo, de amor y de júbilo están sumergidas todas las potencias del alma y todos los sentidos del cuerpo. Bañan-



se el entendimiento en la visión beatífica de la divina esencia, y en las corrientes de luz que brotan de aquella suprema é inenarrable verdad.

Báñase la voluntad en los torrentes de encendido amor que saltan de aquel volcán de caridad infinita. Báñase la esencia del alma en la íntima unión y clara semejanza con su Dios. Y Bañarse han también los sentidos en el éter purísimo de los celestiales deleites que á cada cual inundan de nuevo placer según su propia naturaleza.

Gozarse han, á la par, del admirable esplendor y compostura de aquellos innumerables, cuanto dichosos habitantes; pues el orden con que allí están será perfectísimo, y el esplendor con que brillan, admirable por extrema manera: y la caridad que reina entre ellos, y con la cual los unos se gozan, como de su propio bien, de la gloria de los otros, no tiene límites marcados.

283. Pues la belleza y majestad del lugar, ¿cuánta alegría no les producirá? Y ¿qué diremos del homenaje tributado al Cielo empíreo por todas las estrellas del Cielo estrellado, y por todos los mundos que constituyen el universo sensible, pues todos ellos prestarán admirable cortejo al Cielo glorioso, que es trono de Dios y morada de los justos?

¡Gloriosas cosas se han dicho de tí, ciudad de Dios, podemos exclamar con el Salmista! Pero más gloriosas son las que aún quedan por decir, y nunca se dirá lo bastante.

Mas, para que las grandezas imponderables de esa gloria sirvan de aliciente á nuestro corazón,

con el cual se anime á desear los goces puros del Cielo y á despreciar los de la materia, pongámoslas aquí en breve compendio á fin de que, reunidas en pequeño cuadro, hieran más nuestra vista, y, si tal vez separadas no nos han encendido en deseos de aquella eterna patria, nos enciendan estando agrupadas en un solo punto.

284. «Si consideramos, amadísimos hermanos, dice San Gregorio, cuáles y cuántas cosas se nos prometen en los Cielos, por viles tendrá el ánimo todas las que posee en la tierra. Pues la vida temporal, comparada con la eterna vida, más bien que vida debe llamarse muerte. Porque, ¿qué otra cosa es el cotidiano defecto de corrupción, sinó una muerte continuada? ¿Qué lengua puede decir, ó qué entendimiento es capaz de comprender cuántos sean los gozos de aquella soberana ciudad? ¿Estar en medio de los coros de los Angeles, asistir con los beatísimos espíritus á la gloria del Creador, mirar la presente cara de Dios, ver aquella lumbre ilimitada, no tener de la muerte miedo alguno, y gozar del don de la incorrupción perpetua?

Enardécese el ánimo al oír tales cosas, y desea estar ya presente donde tiene esperanza de gozar sin fin. Pero á los grandes premios no se puede llegar, sinó es por grandes trabajos. Por lo cual decía el gran predicador Pablo: «No será coronado quien no peleare legítimamente. Si, pues, halaga el ánimo la grandeza de los premios, no nos acobarde la lucha de los trabajos» (1).

(1) San Gregorio, Homil. 37 in Evang.

285. Oigamos también lo que nos dice el gran Arzobispo de Cantorberi y padre de la Teología Escolástica, San Anselmo: «Excítate ahora, dice, alma mía, y eleva todo tu entendimiento y piensa todo lo que puedas cuál y cuán grande es aquel bien. Porque, si son deleitables todos los bienes, piensa atentamente cuán deleitable será aquel bien que contiene la dulzura de todos los bienes; y esto no cual lo experimentamos en las cosas creadas, sinó tanto más superior, cuanto supera el Creador á la criatura. Pues, si es buena la vida creada, ¿cuán buena será la vida creadora? Si gozosa es la salud hecha, ¿qué gozosa será la salud que da toda salud? Si es amable la sabiduría en el conocimiento de las cosas creadas, ¿qué amable será la sabiduría que lo sacó todo de la nada? Finalmente: si hay muchas y grandes delectaciones en las cosas deleitables, ¿cuál y cuánta será la delectación en aquel que creó esas deleitables cosas?»

«Quien goce de este bien, ¿qué tendrá y qué no tendrá? Ciertamente que tendrá todo lo que quiera. Pues allí habrá tales bienes del cuerpo y del alma, *cuales ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre los pensó.* ¿Por qué, pues, andas vagando, oh hombre, por muchas cosas, buscando los bienes de tu alma y de tu cuerpo? Ama al solo bien en el cual están todas las cosas, y eso te basta...

»Pues ¿qué amas, carne mía; qué deseas, alma mía? Allí está todo lo que amáis, todo lo que deseáis. Si deleita la hermosura, *resplanderán los justos como el sol.* Si la velocidad, ó la fortaleza, ó la libertad del cuerpo de modo que nada le pueda hacer

resistencia, serán semejantes á los Angeles de Dios, porque se siembra cuerpo animal (en el sepulcro) y resucitará cuerpo espiritual, esto es, por el poder, no por naturaleza. Si larga y sana vida, hay allí sana eternidad; porque los justos vivirán perpetuamente, porque la salud de los justos viene de Dios. Si hartura, serán saciados cuando la gloria del Señor apareciere. Si embriaguez (espiritual), del torrente de su deleite les dará á beber Dios. Si sabiduría, la misma sabiduría de Dios les será manifestada. Si amistad, amarán á Dios más que á sí mismos y á los demás como á sí mismos, y Dios á ellos más que ellos á sí; pues ellos amarán á Dios y á sí mismos mutuamente por Dios; y Dios se amará á sí y á ellos por El. Si concordia, no habrá entre ellos más que una sola voluntad, porque no tendrán más que la voluntad de Dios. Si poder, serán omnipotentes, en su voluntad, como en la suya lo es Dios. Porque, así como Dios puede por sí mismo todo lo que quiere, así ellos podrán lo que quieran por medio de Dios.

«Si honor y riquezas, Dios constituirá sobre muchas cosas á sus siervos buenos y fieles y aun se llamarán y serán en realidad hijos de Dios y coherederos de Jesucristo. Si seguridad, ciertamente que estarán tan seguros que jamás les faltarán estos bienes ó, mejor, este bien, como seguros están que ellos no lo perderán por su voluntad ni que el amante Dios se lo ha de quitar á la fuerza, ni que nada más poderoso que Dios (pues nada hay que lo sea) ha de romper, si no quieren, la unión que hay entre Dios y ellos».

«Mas el gozo, ¿cuál y cuánto será, donde tal y tan grande es el bien? Corazón humano, corazón

hambriento, corazón que padeces, y aun que estás lleno de miserias, ¿cuánto gozarías si abundases de todos estos bienes? Pregunta á tu interior, si podría en él caber un tal gozo de tan grande felicidad» (1).

Por aquí se ve claro que la sola posesión de Dios en la gloria lleva consigo toda clase de bienes, y atrae sobre los justos los deleites todos de que es capaz en el alma y en el cuerpo.

286. El piadoso Fray Luís de Granada nos lo declara con mucha unción y elocuencia. Pues, al probar que aquel sumo bien de la gloria es universalmente participado, se expresa de este modo: «Para cuyo entendimiento se ha de notar que *assi* como los bienes de esta vida son particulares, *assi* dan gusto y contentamiento á particulares sentidos. Unos con su hermosura *deleytan* la vista, otros con su melodía á los oídos, otros al paladar con su suavidad y dulzura, otros con su verdad al entendimiento, otros con su nobleza y bondad á la voluntad, y otros al olfato con su *fragrancia*.

Mas aquel bien universal infinito, universalmente participado, de que hablamos, *communicasse* y es participado de todas las poteneias de nuestra alma y á todos los sentidos de nuestro cuerpo; de manera, que todo el hombre, cuerpo y alma, parte por parte, sentidos y poteneias, goza *del eiu tassa* y sin medida; con tanta abundancia que *assi* como la tierra harta de agua *dexa* correr la que no puede beber, *assi* el bienaventurado no tendrá parte en su

(1) Procslog., cap. 24.

alma y en su cuerpo que no goce de aquel bien: todo estará empapado en aquella gloria.

Sobre todo debes considerar que toda esta multitud de bienes, encerrados en este bien infinito, se perciben y se gozan todos juntamente, sin que el gozo de una potencia ó de un sentido divierta al otro del gozo de su *objecto*... Acá vemos que, si los ojos están ocupados en una hermosura, aunque *aya* una concertada música, no puede el hombre juzgar y *attendere* á las dos cosas juntas. Mas en aquella bienaventurada vida son los moradores habilitados por Dios, y hechos capaces para recibir mucho y gozar muchos juntos sin que el perfecto gozo de uno impida el del otro sentido ó potencia que goce perfectamente...

Pues, según esto, ¿qué será ver allí de una vista la hermosura de aquella ciudad, la multitud de sus ciudadanos, el concierto y orden de sus moradores, la riqueza de aquellos palacios y gracia de aquellos edificios? ¿Qué será ver á Dios? ¿ver la distinción de las tres *hierarquías* en los nueve coros de los bienaventurados espíritus?» (1).

237. Tendremos también honra muy esclarecida. Pues, «no es imaginable honra mayor, dice Nieremberg, que la que alcanza un predestinado; porque, si miramos el que honra, es Dios; si miramos con qué honra, es no con menor joya que con la misma divinidad y con otros soberanos dones; si miramos la publicidad de la honra, es delante de

(1) Granada, Serm. de todos los Santos, lib. 4.º, capt. 11.

todo el teatro del Cielo; si miramos el tiempo, es por toda la eternidad; si miramos el título, es la misma verdad y sustancia, no el vocablo vacío y nombre vano».

«Por esto se echa bien de ver la causa por que siendo la bienaventuranza una junta de todos los bienes, se ha alzado con este nombre de gloria... y es porque, aunque haya en ella contentos, gustos, sumas riquezas y todos cuantos bienes se pueden desear, parece que sobresale entre todos el de la gloria y honra que se hace á los justos.

«No son menores las riquezas eternas que las honras... porque no hay mayor riqueza que no carecer de bien alguno, ni tener falta de cosa que se desee, y en aquella bienaventurada vida no ha de faltar bien (alguno), y todo deseo ha de estar satisfecho... porque, si la bienaventuranza es poseer á Dios eternamente, ¿qué riquezas se pueden comparar con ella? ¿Qué joya más preciosa que la divinidad? ¿Qué oro más subido que el Criador del oro y de todas las cosas preciosas, el cual se da á los Santos por posesión y riquezas?»

«Y, pues en esta riquísima ciudad y reino han de reinar los bienaventurados juntamente con Cristo, ¿cuán grandes serán sus riquezas? ¿Qué riquezas serán las del Cielo, pues todo el reino celestial ha de ser oro, y todas las calles y casas de aquella ciudad santa, no sólo de oro sinó más que oro?... como son margaritas y piedras preciosas; porque entendemos nosotros por estos nombres grandes riquezas... pero de diverso y más superior género y más subidos quilates que los de la tierra».

Los gozos del Cielo son sin límites ni medida señalable. Porque «es la gloria como un océano de gozo, en el cual entran los Santos como una esponja entraría en el mar»...

«Júntanse en el Cielo la multitud de gozos con la grandeza de ellos; son tan grandes que uno sólo y el más pequeño de todos bastaba para hacer olvidar todos los mayores contentos de la tierra; y son tantos, que aunque fueran mil veces más cortos sobrepasarían á todos los gustos temporales, aunque fueran mil veces mayores de lo que son, pero, juntándose la abundancia de los gozos eternos con su inexplicable grandeza, es inefable aquella bienaventuranza eterna. Por esto dice San Bernardo: El premio de los Santos es tan grande, que no se puede medir; es tan copioso, que no se puede acabar, es tan precioso, que no se puede estimar. Y Alberto Magno añade: Se gozarán los Santos de lo que está sobre sí, que es la visión de Dios; de lo que está bajo de sí, que es la hermosura del Cielo, y de las otras criaturas corporales; de lo que está dentro de sí, que es la glorificación de su cuerpo, y de lo que está fuera de sí, que es la compañía de los Angeles y hombres. Dios apacentará á todos los sentidos espirituales con una delectación inefable; porque El ha de ser el objeto de todos, porque será á la vista espejo, al oído cítara, al gusto miel, bálsamo al olfato, flores al tacto. Allí estará la claridad de la luz del estío, la amenidad del verano y la abundancia del otoño» (1).

(1) Nieremb., Difer. entre lo temp. y lo eterno.

288. Fundándose en las inestimables grandezas de la gloria del Cielo, llama otro piadoso escritor á la celestial Jerusalén «ciudad de eterno gozo, teatro de las soberanas magnificencias, jardín de las delicias divinas, donde no hay espinas de trabajo, donde están siempre uuidas las flores de todo placer en una perpetua primavera» (1).

Pues, siendo tan hermosa la ciudad del Cielo, siendo tan grande el soberano bien que allí se disfruta; pues es Dios, que es bien infinito; siendo tanta la sabiduría del entendimiento, hija de esa clara luz de la visión beatífica; siendo tan intenso el amor encendido de la voluntad, que tiene en sí la posesión del infinito bien; y, siendo tanta la hermosura del cuerpo, hija de sus espirituales dotes, y tantos los gozos inefables de todos los sentidos, ¿qué habrán de hacer aquellos dichosos moradores, sinó estar henchidos de satisfacción y contento indecible, y manifestar ese contento con todos los medios que estén en su mano, y lo mismo su agradecimiento y alabanza al Dios de las bondades, amante Autor de tanta felicidad?

Así es que dice Fr y Luís de Granada, que «de este gozo universal de todas las potencias y sentidos resulta una común alegría, como una música muy concertada que resulta de la variedad de las voces» (2).

289. Y ¡qué ardiente será el deseo, y qué subido el afecto con que allí alabarán los bienaventura-

(1) Rosignoli, Verd. eter., De la gloria.

(2) Serm. en la fiesta de todos los Santos.

dos al Señor! Con un poco que se deje el Señor ver á un alma en visión aquí en la tierra, «vese el alma, según asegura Santa Teresa, con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer, y dar por él mil muertes» (1); ¿qué será, pues, en el Cielo donde lo ve cara á cara, y no por un instante pequeño de tiempo, sinó por toda la eternidad?

Por eso su ocupación constante en aquella celestial patria es cantar las magnificencias del Creador y del Redentor. Y, al modo que es uno el Dios de todos ellos, una la verdad que conocen, uno el amor que los enciende, y una felicidad en que nadan, una es también la común gratitud y uno el himno de eterna alabanza que entonan todos aquellos celestiales coros de Angeles y de hombres á la majestad de la Trinidad Augusta.

Todos entonan con suavísima é inenarrable armonía aquella verdaderamente divina y sublime canción, que entonaran ya los Angeles buenos desde el principio del mundo y que, sin cesar, se cantará en el templo de la gloria, por los siglos de los siglos: Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los Cielos y la tierra de vuestra gloria. Gloria al Padre, Gloria al Hijo y Gloria al Espíritu Santo.

Nosotros, alma mía, contemplemos con los ojos de la fe las grandezas que Dios tiene preparadas para sus escogidos; suspiremos desde lo más profundo de nuestro corazón por entrar algún día en aquella sociedad de seres dichosos, y pidámosle al Señor de la gloria que no nos abandone hasta colo-

(1) Morales, 5.º, capt. 2.º

carnos dentro de los dorados muros de aquella celestial Sión.

290. Digámosle con el gran San Agustín, y con un corazón tan lleno de divino fuego como el de este Santo lo estaba:

«¡O, Madre Jerusalén, Ciudad Santa de Dios, carísima Esposa de Jesucristo! Mi corazón te ama, y mi alma en gran manera desea ver tu hermosura ¡O, qué hermosa eres! ¡Qué gloriosa y qué generosa! Toda eres hermosa y no hay mancha en ti.

Alégrate y gózate, o hermosa hija del Príncipe, porque aquel Rey Soberano, que es hermoso sobre todos los hijos de los hombres, ha deseado tu hermosura y ama el resplandor de tu rostro.

¡O, dichosa mi alma y en todos los siglos bienaventurada, si yo mereciese ver tu gloria, tu bienaventuranza, tu hermosura, tus puertas, tus murallas, tus plazas y aposentos, tus ciudadanos nobilísimos, y, sobre todo, aquel Rey de gloria en su Majestad; porque tus muros son de piedras preciosas, tus puertas de perlas finísimas; tus plazas de oro purísimo, en las cuales sin cesar siempre se canta Aleluya perpetua y suavísima; tus aposentos son muchos y fabricados de zafiros y jacintos, y cubiertos con tejas de oro...

Hermosa eres y suave en tus deleites, ¡o Madre Jerusalén!.... No hay en ti tinieblas, ni noche, ni adversidad de tiempos, ni te alumbra la luz de la lámpara, ni la claridad de las estrellas, ni el resplandor de la luna, sinó Dios de Dios, y la luz de la luz, y el Sol de justicia siempre te alumbra. El Cordeiro sin mancilla es tu luz resplandeciente y clarí-

sima; tu Sol, y tu claridad, y todo tu bien es la contemplación perpetua de este Rey de gloria. Ahí están los gloriosos coros de los Angeles y toda aquella compañía de los soberanos ciudadanos del Cielo, los cuales, después de esta triste peregrinación, han tornado á su patria. Ahí todos se alegran en sus perfectas moradas; y, aunque es diferente la gloria de cada una, pero la alegría es una y común á todos; porque ahí Dios es todas las cosas en todos; este Señor ven todos sin fin, y, viéndole siempre, arden en su amor; ámanle y alábanle, y toda su ocupación es alabarle sin fin».

¡O Jerusalén, Patria mía! ¡O Jerusalén, madre mía! Postrado delante de Vos, Señor, que soís el que en ella reináis y la alumbráis, os suplico que no me dejéis hasta que en el puerto tranquilo de esta mi madre carísima me acojáis y conforméis para siempre en Vos» (1). Así sea.

*
* *

291. Sobre el Salmo 97.

Alaba, o alma, á Dios y todo cuanto
encierra en sí tu seno
celebre con loor su nombre santo
de mil grandezas lleno;
alaba, o alma, á Dios, y nunca olvide
ni borre tu memoria
sus dones en retorno á lo que pide
tu torpe y fea historia.
Que el solo por sí solo te perdona
tus culpas y maldades;

(1) S. Agust., Medit., caps. 18 y 25.

y cura lo herido y desencono
de tus enfermedades
el mismo de la huesa á la luz bella
restituyó tu vida,
cercóla con su amor, y puso en ella
riqueza no creída.

Y en eso que te viste y te rodea
también pone riqueza;
así renovarás lo que te afea,
cual águila en belleza,
que al fin hizo justicia, y dió derecho
al pobre saqueado.

Tal es su condición, estilo y hecho,
según lo ha revelado.
Manifestó á Moisés sus condiciones
en el monte subido,
lo blando de su amor, y sus perdones
á su pueblo escogido.

No riñe, no se amansa, no se aíra
y dura siempre airado.

No hace con nosotros, ni nos mira
conforme á lo pecado.

Mas, cuanto al suelo vence, y cuanto excede
el cielo reluciente,
su amor tanto se encumbra, y tanto puede
sobre la humilde gente.

Cuán lejos de do *nasce* el Sol *fenescce*
el soberano vuelo,
tan lejos de nosotros desaparece
por tu perdón el duelo.

Y con aquel amor que el padre cura
sus hijos regalados,
la vida tu piedad y el bien procura
de tus amedrentados.

Conosces á la fin que es polvo y tierra
el hombre y torpe lodo;
contemplas la miseria que en sí encierra
y le compone todo.

Es heno su vivir, es flor temprana
que sale y se marchita;
un flaco soplo, una ocasión liviana
la vida y ser le quita.
La gracia del Señor es la que dura
y firme persevera,
y va de siglo en siglo su blandura
en quien en él espera;
en los que su ley guardan, y sus fueros
con viva diligencia
en ellos, en los nietos y herederos
por larga descendencia.
Que *ansí* do se rodea el sol lucido
estableció su asiento.
Pues lóente, Señor, los moradores
de su rica morada,
que emplean valerosos sus ardores
en lo que más te agrada
y alábeta el ejército de estrellas
que en alto resplandecen,
que siempre en sus caminos, claras, bellas,
tus leyes *obedescen*.
Alábente tus obras, todas cuantas
la redondez contiene,
los hombres, y los brutos, y las plantas
y lo que las sostiene,
y alábeta con ellos noche y día
también el alma mía.

FRAY LUÍS DE LEÓN.

RESUMEN

292. Bien claramente se habrá visto, y nosotros también lo hemos manifestado, que el principal objeto de este modestísimo trabajo es la descripción de la gloria de los habitantes del Cielo. Mas, antes de entrar de lleno en ese tan halagüeño é interesante objeto, hubimos de tratar en dos libros anteriores, por creerlo así muy conveniente, de ciertas verdades que sirvieran de base, las unas, á nuestra pequeña labor, y de lumbré para enseñarnos el camino que andar debiéramos, y las otras, que fuesen como el frontispicio del gran palacio de la eternidad.

Hablamos, pues, en el libro primero algo de Dios y de sus principales atributos, así como de las obras por El realizadas. Y aquí hubimos de hablar del orden natural y del sobrenatural, peldaños que conducen al orden glorioso de los espíritus. Dijimos algo del orden corpóreo y de sus grandezas; y del mundo de los espíritus, sus propiedades y su eterno destino.

En el libro segundo hemos descrito las diversas clases de cielos, ó de elementos á que se aplica esa mágica palabra; y aquí han tenido cabida, como era muy razonable, el cielo de las nubes, ó el cielo aéreo; el cielo de las estrellas, ó el cielo sidéreo, con toda su grandeza y majestad; y, por último, el Cielo empíreo, ó, sea, el Cielo de los justos, por lo que tiene de ser creado; con cuyo motivo apuntamos las magnificencias de ese sublime Cielo, patria no-

bilísima de la eterna gloria, y nos atrevimos á indicar el lugar que debe ocupar en el Universo.

El libro tercero se ocupa todo él de la gloria de los espíritus: de la de Dios, de la de los Angeles y de la de las almas. Es, como se ve, el objeto principal de todo lo escrito, y por eso se le ha dado mayor extensión que á los otros. Al tratar de la gloria de las almas, se ha hecho primero de la sustancial, y después de la accidental: que es como complemento y adorno de aquélla.

En el cuarto y último libro nos ocupamos de la gloria de los cuerpos y de los deleites que habrán de tener los sentidos en la celestial Jerusalén.

Por fin, para amenizar la lectura, hemos puesto versos relativos, en cuanto nos fué posible, al asunto de que se trataba, al terminar cada capítulo de la obra. Réstanos, pues, solamente, poner término accidental á nuestro pequeño trabajo con dos capítulos adicionales, los cuales ya propiamente están fuera de lo sustancial de estos libros, pero que nos parecen harto útiles para nuestro intento.





Capítulo XXI (adicional).

Cómo aspira el alma hacia el Cielo.

Tendencias á la felicidad, 293.—De todo nuestro ser, 294. Del entendimiento, 295.—Idem la voluntad, 296.—Idem los sentidos, 297.—Son en el fondo tendencias nobles, 298.—Que van hacia Dios, 299.—O sea hacia el Cielo, 300.—Como lo dice la Escritura, 301.—Pues con nada de este mundo se pueden saciar, 302.—Como lo sintió San Agustín, 303.—Y Fr. Diego de Estella, 304. Luego todo nuestro ser suspira por el Cielo, 305.—El deseo de lo futuro y pena por lo pasado, 306.—El amor á la vida y el horror á la muerte, 307.—La admiración por lo sublime, 308.—Sigamos esas tendencias, 309.—Excita á ello Fr. Luís de Granada, 310.—Poesías, 311.

293. Es el Cielo el lugar de todos los bienes y en donde no puede el mal tener cabida; es el lugar de la felicidad completa, absoluta y eterna. Pues, ¿quién no ve que esa es la constante aspiración del alma humana y aun del hombre todo? No siempre nos daremos cuenta de la tendencia directa de esa nobilísima aspiración, como no se da cuenta la piedra de la fuerza que la arrastra hacia la tierra; pero la aspiración existe siempre, el fin último á

que ella tiende es el Cielo: centro de atracción de las almas y descanso último de todas las potencias del hombre.

294. Porque, si un poco meditamos sobre lo que pasa en nosotros, y eso mismo pasa en todos los demás, veremos que todo nuestro ser está dando voces por la eterna felicidad; da voces el alma, da voces el cuerpo; da voces el amor á la vida, da voces el horror á la muerte; da voces el deseo de lo futuro, y las da la tristeza de lo pasado; da voces nuestra alegría, las dan nuestros pesares, las dan nuestras virtudes y nuestras miserias; las dan, en una palabra, todo lo que somos, y todo lo que hacemos, y aun lo que dejamos de hacer.

Somos, pues, un grito y un profundo y constante suspiro por la patria del Cielo.

295. ¿Qué otra cosa es, sinó el hambre insaciable que el entendimiento padece por saber? ¿Qué el poderoso imán que mueve á la voluntad hacia el bien, sin dejarla punto de reposo? ¿Qué la hidrópica sed de los sentidos por la consecución de los bienes sensibles? Pues, ¿no nos está diciendo la razón y la propia experiencia que en este valle de pobreza no hay bastantes verdades para llenar los senos del entendimiento? ¿No vemos que llegan los sabios á la hora fatídica de la muerte y se encuentran con más hambre de saber que durante la vida tenían? Y, si no son buenos cristianos, llenos de la esperanza del futuro Cielo, ignorarán en aquel último é irremediable paso lo que más falta les hacía saber: su destino en la eternidad. ¡Y qué triste debe ser esto! Da lástima leer que el más grande de los an-

tiguos y gentiles filósofos exclamaba lleno de dolor en su última agonía: *Nací llorando, viví con dudas, muero ignorante, no sé adonde iré. Ser de los seres, compadécete de mí.*

296. Y, ¿no nos dice esa misma experiencia, iluminada por la razón y por la fe, que nuestra sedienta voluntad no apaga su sed de bienes con todos los bienes caducos de la tierra? Buscamos el bien en todas partes, y en todas partes hallamos en término postrero el vacío en el corazón. Buscamos honores, dignidades, riquezas, amigos, amor, mucho amor, aprecio de los hombres; y, tal vez, conseguimos aquello que con ansiosa locura buscábamos; pero, ¡qué triste desengaño! Esos bienes, ¿sabéis lo que nos causan? *Hiel en el corazón, llanto en los ojos.* Pues viene la muerte y todos nos los arrebató, si es que á esa hora triste llegaron, y entonces es tanto más dolorosa la pérdida de ellos, cuanto mayor fué el empeño en buscarlos y el gozo en poseerlos. «Durmieron su sueño los hombres de riquezas, nos dice el Salmista, esto es, el sueño de la muerte, y nada encontraron en sus manos» (1).

297. Pero, ¿quién no ve que aun son más fugaces los bienes de los sentidos? Como nube de humo se disipan los sensuales deleites. Nacen cual tiernas y efímeras flores por la mañana, y á la tarde se encuentran con la muerte. Gozamos hoy, y mañana nos anonada el dolor. Los mismos goces no están exentos de luto y de llanto, como lo dice la Sagra-

(1) Psal. 75, 6.

da Escritura: «La risa se mezcla con el dolor y lo último del gozo ocuparlo ha el llanto» (1).

298. Mas, á pesar de los desengaños con que tropiezan en este mundo las aspiraciones del hombre, y precisamente por razón de esos desengaños, ¿quién no conoce que tales aspiraciones, bajas por razón de su inmediato objeto, son aspiraciones nobilísimas por razón de su tendencia hacia la patria del Cielo? En efecto, en los pliegues de esas tendencias terrenas va escondida la tendencia hacia al bien infinito, hacia la eterna y absoluta bienaventuranza. Porque, puesto caso que esa tendencia hacia la verdad, hacia el bien y hacia el placer, es natural tendencia que está en las entrañas de nuestro propio ser, sin que nosotros la hayamos puesto allí, y por eso está á la vez en todos los hombres de todos los tiempos y de todos los países, se sigue que es tendencia dada por Dios, que es el autor de la naturaleza. Y, siendo tendencia que viene de Dios, tiene que tener un lugar ó un estado donde sea posible que reciba plena satisfacción, supuesto que el hombre cumpla lo que Dios le manda. De otra manera tendríamos que decir que Dios había dado al hombre una tendencia y un gran deseo de felicidad, sin darle medios y objeto con qué saciar la tendencia á adquirir la felicidad.

299. Eso sería en Dios una injusticia, y en nosotros, el decirlo de El, una blasfemia; porque Dios es infinitamente justo y santo, y hasta misericordioso.

Sacamos, pues, en consecuencia que esas tenden-

(1) Prov., 14, 13.

cias del hombre hacia la verdad, hacia el bien y hacia el placer, son tendencias que, á la larga, se encaminan por su naturaleza, si el hombre por su malicia no las tuere, á la consecución de la eterna y absoluta felicidad; son aspiraciones del alma hacia su Dios; son suspiros de un desterrado que llora por su dichosa y nobilísima patria; son, perdonadme la palabra, bostezos que produce en nosotros el hambre del Cielo.

300. Porque en el Cielo, y sólo en el Cielo, como ya hemos visto se consigue la visión de la infinita verdad, que sacia el entendimiento; la posesión del infinito bien, que sacia la voluntad, y la percepción del gozo infinito, que sacia todos nuestros razonables apetitos. Por eso las tendencias hacia la felicidad son tendencias hacia Dios, único objeto que nos puede hacer totalmente felices, como hemos visto que hace á los ciudadanos del Cielo. Esto es lo que expresa el Vate Regio, en sus Salmos, con harta frecuencia. «Como el ciervo desea llegar á las fuentes de las aguas, así, Dios mío, desea llegar á tí mi alma, tiene mi alma sed de hallarse en presencia del Dios fuerte y vivo. ¿Cuándo vendré y apareceré delante de la faz del Señor? De pan me sirven mis lágrimas de día y de noche, cuando se me dice todos los días, ¿dónde está tu Dios?» (1).

301. Y, sabiendo que sólo Dios es nuestra felicidad y que sólo El nos la puede conceder, dice el Salmista en otro lugar: «Yo clamé al Señor y El me salvará» (2). «Clamé, Señor, á tí todo el día y ex-

(1) Psal. 41, 1-4.

(2) Psal. 54, 17.

tendí hacia tí mis manos» (1) en demanda de socorro. «Sálvame, pues, Señor, porque he clamado á tí» (2). Y cuando apareciere tu gloria seré completamente saciado» (3).

Y el rey Ezequías añade: «Que clamará como clama el pollo de la golondrina, y meditará como la paloma. Porque sus ojos están extenuados de mirar hacia lo alto. Sálvame, Señor, y cantaremos nuestros salmos todos los días de nuestra vida en la casa del Señor» (4).

Y no serán en vano tales clamores, pues encontrarán en el Cielo una hartura de consolación abundante, como dice el mismo Isaías (5).

Consuelo que nos vendrá todo él de Jesucristo con toda la dicha abundancia, porque es El el Dios de todo consuelo, según lo enseña San Pablo (6). Por lo cual este gran Apóstol despreciaba, como si fueran estiércol, las cosas de este mundo, para ganar la gloria de Jesucristo (7).

302. No faltaron hombres que juzgaron erroneamente que el alma nuestra podía saciar sus ansias de feicidad y sus aspiraciones por el Cielo, con la posesión de los bienes terrenos; mas ¿quién no ve cuán engañados estaban? Pues ni los honores, ni las riquezas, ni la ciencia, ni la misma virtud, en cuanto tal, ni menos los sensibles placeres, pueden

(1) Psal. 87, 10.

(2) Psal. 118, 146.

(3) Psal. 16, 15.

(4) Isai., 38, 14-20.

(5) Isai., 66, 11.

(6) 2.^a Cort., 1, 3 y 5.

(7) Philp., 3, 8.

llenar el vacío del alma, ni las tendencias infinitas de sus facultades. Porque el alma, como dice San Agustín, no se llena con lo que es menor que ella, y todas las cosas terrenales son, en efecto, menores que el alma. Porque ésta es espiritual, inteligente, incorruptible é inmortal; y los bienes terrenos son materiales, corruptibles y perecederos. De todos estos bienes disfrutó el Rey Salomón, con una abundancia jamás vista en hombre alguno; y, no obstante, al último de su vida, con el corazón lleno de angustiosa amargura, se veía obligado á exclamar: ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad; vanas son todas las cosas y sólo dejan aflicción en el espíritu! (1). Esto, que en el trono de su opulencia experimentó el Rey Sabio, lo experimentan en su clase todos los hijos de los hombres.

No está, pues, en los bienes caducos el bien por que aspira nuestro sediento corazón.

303. Así lo dice también el grande Agustino: «Cuando el corazón humano no está firme en el deseo de la eternidad, nunca está sosegado, sinó más inconstante que la misma inconstancia y más variado que la luna, discurriendo de una en otra cosa y buscando quietud donde no la hay; porque no es posible que halle descanso en las cosas caducas y transitorias, con las cuales está cautivado su corazón: porque, es de tanta dignidad nuestra alma, que ninguna cosa que no sea el sumo bien la puede llenar» (2). Por eso no quiere este gran Santo bus-

(1) Eccl., 1, 2, 14.

(2) Manual., capt. 25.

car su verdadero gozo en las cosas percederas, sinó sólo en Dios, objeto de su más tierna esperanza. «Lejos, Señor, lejos del corazón de tu siervo, que te confiesa á tí, el reputarse feliz con cualquier gozo. Porque hay un gozo que no se da á los impíos, sinó á aquellos que te adoran, cuyo gozo eres tú mismo. Y esa es la bienaventurada vida: gozar ante tí, de tí y por tí; esa es y no otra» (1).

304. Muy concertada y muy elocuentemente dice esto el piadoso Fray Diego de Estella, al tratar del amor que debemos tener á Dios. De esta manera escribe: «Todas las cosas naturalmente apetecen su centro, y desean su perfección y fin; y en él descansan y se *quietan*. La piedra apetece su centro natural, y por eso descende; los ríos corren para la mar de donde salieron; y *assi* con grande ímpetu se *mueuen*, para llegar á su propio lugar; el fuego sube con ligereza á su *esphera*, y no para hasta llegar á su último fin. O Criador de nuestras ánimas; y ¿quién eres tú, mi Dios, sinó fin y centro *dellas*? Criástenos por amor de tí y está inquieto nuestro corazón, hasta llegar á tí. Como la piedra es inclinada á *baxar* al centro, *assi* mi ánimo *dessea* el sumo bien, que eres tú, mi Dios; y como está violentada la piedra fuera de su centro, lo *qual* se muestra, pues en quitándole el impedimento que la *estorua*, luego *baxa* á *baxo*; *assi* mi ánima nunca está quieta ni *sossegada* hasta llegar á tí. No se *quieta* mi ánima en las riquezas, no en las honras, ni en los *deleytes*, sinó solamente en tí, mi Dios, verdadero descanso y

(1) Confes., libro 10, capt. 22.

reposo de mi corazón. Vano es todo lo que no *ocupa* lugar, y vanas son todas estas cosas terrenales porque no hincen la capacidad del alma ni cumplen sus *deseos*, ni son parte para satisfacer á sus apetitos. Pues, si todas las cosas naturalmente caminan para su fin, y tú, Señor, eres el fin del hombre, y el más perfecto de todas las cosas, con mayor ímpetu y aceleramiento es justo que caminemos nosotros para tí, de lo que las otras cosas naturales caminan para su centro, y porque los pies con que se llega mi ánima á tí son sus *affectos*, *necessaria* cosa es que yo ame á tí, mi Dios, porque llegue á mi centro. A este reposo y quietud nos llamas, Señor, *quando dizes* en tu santo *Euangelio*: Venid á mí todos los que *trabajays* y *andays* cargados, porque yo os recrearé. *Andays* inquietos y *desassossegados*, *siruiendo* al mundo y á vuestras *passiones*; venid á mí y *estareys* en vuestra *esphera*, gozando de quietud y de reposo.

Toda la criatura te lanza de sí con ignominia, y te abofetea, para que apartándote de ella, procures de llegarte á tu Criador, como si baldonándote te *dixesse*: ¿Para qué te llegas á mí, miserable? ¿Para qué me quieres, ánima mezquina? No soy yo el bien que buscas. Ya que quieres amar, vete adonde vas; *passa* adelante, y no *deves* el camino verdadero y real que te lleva á tu Dios...

Assí te *deues* dar, ánima mía, á tu Dios-y Criador, que no sea poca la vergüenza y confusión, cuando te veas vencida de una piedra que con mayor ímpetu ella se vaya á su centro que tú te vayas al tuyo. Desecha, pues, y derrueca y destruye todo

lo que se te pone delante y te impide que no vayas á tu Dios...

Dexa, pues, ánima mía, *dexa*, yo te ruego, estas cisternas *dissipadas*, deshechas y agujereadas, que con tanto trabajo has cavado, y á gran *priessa* corre y vete á la fuente de agua *viua* que es tu Dios y esposo Jesucristo, donde podrás, á tu *plazer*, matar toda tu sed. Aquí serás harta de *deleytes* y verdaderos *deleytes* y *plazeres*, según todo tu corazón y toda tu voluntad, y como quisieres.

Sólo en el Señor hallarás quietud y descanso, y no en otra cosa alguna de cuantas *ay* en el mundo. El solo es tu centro y propia y natural *sphera*; fuera dél no hallarás contento, y en él mucho bien y descanso y gloria» (1).

305. Colígese de lo dicho que nuestra alma y todo nuestro ser aspiran á la grandeza del Cielo, pues sólo allí podrán llenarse los senos casi infinitos de nuestras hambrientas facultades. Porque, ¿qué es nuestra inteligencia sinó una continua aspiración á la luz sin sombras, á la verdad sin error y sin límites? Nunea nuestro entendimiento ha dicho *basta*; y en este mundo no lo dirá jamás, pues por mucho que sepa, por mucho que suba y penetre en los campos espirituales del conocimiento y en lo interior de las cosas, siempre quedará un océano inagotable desconocido. Pues nuestra voluntad y nuestro corazón, ¿quien no ve que jamás se sacian con los bienes terrenos y con el amor temporal? Infinitas son sus ansias por la posesión del bien, y su

(1) Medit, del amor de Dios, capts. 8 y 10.

amor no puede hallar hartura ni en la bondad ni en la belleza de las cosas limitadas y perecederas; sólo la hallará en el bien y belleza infinitos, poseídos por una eternidad. Y no son estas tendencias caprichos de nuestras antojadizas potencias, ni veleidades de una ú otra persona; son exigencias grabadas en lo más profundo de nuestro ser, y propias, por lo mismo, de todos los hombres; como por otra parte, nos lo enseñan de consuno la experiencia, la observación y la historia de todos los siglos. Ese es uno de los principales distintivos del ser racional: la aspiración á lo infinito; y el infinito solamente se encuentra en el Cielo.

306. ¿Qué otra cosa se deduce de ese inmenso deseo que nos arrastra hacia lo futuro y nos entristece con el recuerdo de lo pasado? ¡Ah!, eso no es otra cosa que el amargo desengaño de los bienes fugaces que no han dejado tras de sí más que el doloroso vacío en el corazón; prueba clara de que no han podido saciarlo.

Y por eso viene después el deseo de lo futuro, en el cual pensamos saciar el hambre que nos devora de nuestra felicidad. Mas ese futuro temporal será para nuestro infortunado corazón un nuevo y más triste desengaño de que no está aquí nuestra bienandanza. Quisiéramos ser eternos en la tierra, para ir gozando por partes, en esa eternidad por nosotros soñada, lo que no podemos gozar en un poco de tiempo... Pero viene la muerte á cortar el hilo de nuestra existencia y con ello á destruir todas nuestras ilusiones. ¡Qué triste es la muerte para el que no cree en la gloria del Cielo!

Por eso causa la muerte tanto horror á los que no creen. Y aun á los creyentes les llena de temblor por la inseguridad de su eterno y feliz destino. Esa es la causa de que, á medida que haya menos temor de perder el Cielo, habrá también menos horror á la muerte; y, si hay seguridad de ir á la gloria, el horror á la muerte desaparecerá probablemente por completo, como en San Pablo, Santa Teresa y otros muchos Santos.

307. Pero, ¿qué nos enseña ese amor á la vida y ese consiguiente horror á la muerte? No se puede menos de conocer que esos sentimientos se apoyan, como en su más firme y quizá única base, en la íntima aspiración del hombre hacia su eterna felicidad; en la tendencia que Dios le dió para conquistar la patria del Cielo. Pues el amor á la vida, ¿qué es sinó el hambre de una eterna vida? Y, ¿qué es el horror á la muerte, más que el espanto que nos causa la infelicidad y la desgracia de nuestra propia existencia? Luego no cabe duda que lo que está envuelto en esos sentimientos de amor á la vida y de horror á la muerte, no es sinó el deseo de una vida eterna y de una vida llena de felicidad. La cual vida es la vida que nos espera en el Cielo, que es el centro de las almas y el punto donde convergen, sin darse cuenta de ello la mayoría de los hombres, todas las aspiraciones del humano corazón.

308. ¿Qué es, por último, esa admiración, esa especie de espanto y ese como anonadamiento del hombre ante lo sublime, sinó una manifestación inconsciente de su aspiración hacia lo infinito de la gloria del Cielo? ¡Sí! El hombre se extasia, y á veces

se anonada, según los casos, ante lo sublime, que para él es como lo infinito en belleza; ante lo sublime ó lo infinito en poder y en fuerza, y ante lo sublime ó lo infinito en extensión y en grandeza; y ese éxtasis y ese anonadamiento son una clarísima demostración de su natural tendencia á la sublimidad del Cielo. Nos entusiasma lo sublime de la lumbré del sol, lo sublime de una noche estrellada, lo sublime del espacio por donde se extiende el horizonte y los mundos que se ofrecen á nuestra contemplación; y nos anonada lo sublime del relámpago y del trueno; y lo sublime de la guerra, del estampido del cañón, y del fragor del combate; y lo sublime de la negrura de los abismos. Ese entusiasmo y ese anonadamiento pruebas son harto claras de nuestras aspiraciones por la grandeza del Cielo. Pues bien claro nos dan á entender que nos enamora todo lo majestuoso y todo lo grande; y que aborrecemos, por instinto, todo lo doloroso y horrible. Y ese amor á lo grande sólo tendrá su cumplimiento en el Cielo; y sólo en el Cielo desaparecerá para siempre el temor á las causas del dolor y del espanto.

¡Cuán claramente se ve que nuestro ser, con todas sus potencias y todos sus afectos, es una incesante y profunda aspiración hacia la gloria del Cielo!

309. ¡No hagamos traición á esas nobilísimas aspiraciones de nuestra alma! No seamos, como dice el P. Estella, menos razonables que las piedras y que el viento y los ríos; pues éstos á su fin caminan sin interrupción alguna, y prontos están siem-

pre á seguir el impulso que á su término les guía. Sigamos nosotros ese impulso hacia lo infinito, que Dios con su gracia lo elevará al orden sobrenatural y lo santificará y lo engrandecerá, hasta conseguir que sus amantes hijos entren en el palacio del Cielo, término de las nobles aspiraciones de los espíritus.

310. Aspiremos, alma mía, por ese cielo lleno de dulzuras y poblado de tan nobles y dichosos habitantes; unamos nuestro afecto con el de los Angeles y los justos, que están ya gozando de Dios, y pidámosles que sean nuestros guías en el tortuoso y difícil viaje de este mundo, «Tú, ánima cristiana, discurre por estos coros (del Cielo), pasea por estas plazas y calles, mira la orden de estos ciudadanos, la hermosura de esta ciudad y la nobleza de estos moradores. Salúdalos á cada uno por su nombre y pídeles el sufragio de su oración. Saluda también esa dulce patria, y, como peregrino que la ve aun de lejos, envíale con los ojos el corazón, diciendo: Dios te salve, dulce patria mía, tierra de promisión, puerto de seguridad, lugar de refugio, casa de bendición, reino de todos los siglos, paraíso de deleites, jardín de flores eternas, plaza de todos los bienes, corona de todos los justos y fin de todos nuestros deseos. Dios te salve, madre nuestra, esperanza nuestra, por quien suspiramos, por quien hasta ahora damos gemidos y peleamos; pues no ha de ser en tí coronado sinó el que fielmente pelear» (1).

*
* *

(1) Fray Luís de Granada, *Medit.*, capt. 15, párf. 2.^o, núm. 10.

Los tres vuelos.

La mañana de mi infancia
¡qué hermosísima brilló!
El pecho brotaba cánticos,
el campo brotaba olor.
Yo sentí nacerme alas
y volé de flor en flor;
á la que me sonreía
le dictaba mi canción...
No vía de vuestro cielo
los astros de oro, gran Dios.
Les vi por entre los árboles,
y adiós flores, dije yo...
Bien veía las estrellas,
mas no había visto á Vos,
pura belleza increada
robadora del amor.
Ahora que os veo y abrazo,
adiós, estrella, adiós, flor,
para amar á quien tanto amo
es pequeño el corazón.

VERDAGUER, (*traducido por A. S.*)

*
* *

ESPERANZAS Y RECUERDOS

I

Dulce niña, á quien convida
el mundo con faz risueña;
alma inocente que sueña
en la aurora de la vida.
Inquietos tus ojos lanzas
hacia un bien que ves cercano,
di, tu corazón ufano,
¿de qué vive?— De esperanzas.

II

¡Pasó la ilusión querida
de la juventud incierta!
—¡Pasó!.... ¡Cuánta dicha muerta!....
¡Cuánta esperanza perdida!
—¿Son ya tus afanes cuerdos?
—Cordura les dan los años.
—¿Qué padeces?—Desengaños.
—¿De qué vives?—De recuerdos.

III

De este modo miro yo
cómo la vida se va;
primero lo que vendrá
y después lo que pasó.
De la dura muerte esclava
nos da por toda riqueza,
esperanzas... cuando empieza,
y recuerdos cuando acaba.

SELGAS.

*
**

SED DE AMOR

Necesitaba amor, ¿qué alma no tuvo
tan dulce aspiración?
¿Quién no ha sentido arder en sus entrañas
el fuego del amor?
Cuando, pasada ya la edad primera,
se abrió mi corazón
á los risueños goces de la vida,
como se abre el capullo de una flor,
la luz, la tierra, el cielo, el mar y el río,
las estrellas y el sol,
las criaturas todas,
el aire y el sonido y el color
y la ciencia y el arte me arrancaron
gritos de admiración,

y el alma enamorada, de rodillas
 y en éxtasis cayó.
 Necesitaba amar y que me amasen
 con la misma pasión
 y amé y me amaron, ¡ay!, pero de pronto
 se interpuso el dolor;
 el mar tenía tempestades fieras;
 las ciencias un misterio abrumador;
 las criaturas se morían luego
 ó me hacían traición;
 y sediento de amores el espíritu
 andaba ansioso, navegando en pos
 de un amor infinito que llenase
 sus abismos de amor.
 ¿Dónde hallaré un amor durable y firme?
 me preguntaba yo;
 ¿No habrá entre tantos uno que no deje
 vacío el corazón?
 Y, herido en el combate de la vida
 caí sin fuerzas, se apagó mi voz;
 ¡ay de mí!; lo buscaba entre los hombres
 y estaba sólo en Dios.

LUÍS RAM DE VIU.

*
* *

Dejad que el alma vuele, sedienta de venturas
 y goces inefables, que aquí no puede hallar;
 dejad que se remonte del Cielo á las alturas
 y explore los abismos recónditos del mar.

Dejadla que contemple la bóveda infinita
 de innúmeras lumbreras ornada por doquier;
 que se hunda en el ocaso do el sol se precipita
 y surja en el oriente, la aurora al florecer.

Dejadla que al espacio se lance presurosa,
 en pos de lo insondable, de lo infinito en pos;
 de célicos pensiles cautiva mariposa,
 ¿qué hará mientras no aspire la esencia de su Dios?

MANUEL N. GONZÁLEZ.

AVE, MARIS STELLA

Salve, del mar estrella;
salve, Madre sagrada
de Dios y siempre Virgen,
Puerta del Cielo santa.
Tomando de Gabriel
el Ave, Virgen alma,
mudando el nombre de Eva,
pases divinas trata.
La vista restituye,
las cadenas desata,
todos los males quita,
todos los bienes causa.
Muéstrate Madre y llegue
por tí nuestra esperanza
á quien por darnos vida
nació de tus entrañas.
Entre todas piadosa
Virgen, en nuestras almas
libres de culpa, infunde
virtud humilde y casta.
Vida nos presta pura;
camino firme allana,
que quien á Jesús llega,
eterno gozo alcanza.
Al Padre, al Hijo, al Santo
Espíritu alabanzas
una á los tres le demos,
y siempre eternas gracias.

Traducido por LOPE DE VEGA.





Capítulo XXII (adicional).

Cómo se conseguirá entrar en el Cielo.

Diálogo de Jesucristo con un príncipe, 312.—Mandamientos y consejos evangélicos, 313.—Los primeros son de necesidad, 314.—Y están encerrados en dos, 315.—La Iglesia de Jesús es la única verdadera, 316.—En ella se entra por el Bautismo, 317.—Son necesarias las virtudes teologales, 318.—Idem la penitencia, 319. Idem la Eucaristía y perseverancia final, 320.—A algunos los consejos, 321.—Sobre todo la gracia, 322.—Lo que nos dice San Agustín, 323.—Santa Teresa, 324.—Lo fácil que es ir al Cielo, 325.—Fácil el camino, que es Jesucristo, 326.—Como lo aclara Fr. Luís de León, 327.—Ese camino hemos de seguir, 328.—Para ello es buena la devoción á los Santos, 329.—Trabajemos sin descanso por ir al Cielo, 330.—Castíguenos aquí el Señor, pero sálvenos, 331.—¡Alma, mira al Cielo!, 332.—Y busca á tu amable Jesús, 333.—Poesías, 334.

312. Acercósele á nuestro Señor Jesucristo en una ocasión cierto príncipe, y, puesto ante El de rodillas, le dijo: Buen Maestro, ¿qué bien es el que debo yo hacer para conseguir la vida eterna? Jesucristo le contestó: ¿Qué preguntas á mí respecto del bien? Uno solo hay bueno: Dios. Mas, si quieres entrar en la vida (eterna), guarda los Mandamientos.

Dícele entonces el príncipe á Jesús: ¿Cuáles (mandamientos)? Y Jesús le dijo: No harás homici-

dio, no cometerás adulterio, no harás robo, no dirás falso testimonio, honra á tu padre y á tu madre y amarás á tu prójimo como á ti mismo.

Contéstale el joven: Todo esto lo he guardado desde mi juventud; ¿qué me resta aun que hacer?

Y Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo, y ven y sígueme (1).

313. Trázanos aquí Jesucristo los dos caminos que hay para ir al Cielo, ó, mejor, los dos modos de recorrer el único y verdadero camino.

El primero, el de los Mandamientos; el segundo, el de los Consejos.

Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los Mandamientos.

He aquí el modo necesario, indispensable y á la vez seguro de recorrer el camino que al Cielo conduce.

Mas, si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dalo á los pobres, y, sobre todo, sigue á Jesucristo. He aquí el modo perfecto de recorrer el camino de la gloria; y los que empleen ese medio, no sólo entrarán en la gloria, sinó que tendrán allá extraordinarios y abundantísimos premios.

314. El primer medio es necesario y obligatorio para todos, de tal manera, que el que no lo emplee, no puede entrar en el Cielo. El segundo medio es de consejo, considerado en general; y, aunque no nos acomodemos á él, podremos salvarnos si empleamos el primero; pero quien á él se

(1) Mat., 19, 16; Marc, 10, 17, y Luc. 18, 18.

acomode y siga las huellas de Jesucristo, por manera iminente, ocupará en el Cielo muy preferente y distinguido lugar.

Se ve, pues, que lo necesario, como requisito indispensable para conseguir el Cielo, es guardar los Mandamientos. Es, á saber, los Mandamientos de la Ley de Dios y los de la Santa Madre la Iglesia, y, además, los de toda legítima autoridad.

315. Todos los Mandamientos están de algún modo contenidos implícitamente en los de la Ley de Dios, y aun también en dos de ellos, como dijo Jesucristo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y al prójimo como á ti mismo. En estos dos Mandamientos está toda la ley y los profetas. Pero no todos están por modo explícito, por lo cual debemos tener entendido que la razón natural nos impone el universalísimo y natural precepto de obedecer á nuestro Dios y á toda autoridad en nombre de El constituida, y de poner los medios indispensables para la consecución de nuestro último y eterno destino. Así, pues, por lo que toca á este postrer aspecto, estamos obligados á practicar, si queremos ir al Cielo, todo lo que la razón y la autoridad divina y humana nos propongan como medio indispensable para nuestra salvación.

Necesario es, por tanto, seguir el camino por donde fué Jesús y entrar por la puerta que El nos abrió, porque sólo Jesucristo es el verdadero camino, la verdad y la vida (1), y sólo El es quien nos

(1) Joan., 14, 16.

puede llevar al Padre. Pues nadie puede venir al Padre á no ser por mí (1).

316. Mas Jesucristo fundó su Iglesia, que es la continuadora de su misión augusta y la única depositaria y maestra de la verdadera y única religión, cuya religión, por ser verdadera y por ser única, es la sola que nos puede conducir al seguro puerto del Cielo. Así, pues, nadie se puede salvar fuera de la Iglesia, y todos estamos obligados á entrar en ella. Por eso el Santo Pontífice Pío IX, de feliz recuerdo, condenó estas dos proposiciones en el Sílabo: «Los hombres pueden encontrar en cualquier religión el camino de la eterna salvación y conseguir la salvación eterna». «Por lo menos hay que esperar bien de la eterna salvación de aquellos que nunca han vivido en la verdadera Iglesia de Jesucristo» (2). Luego es verdad de fe que sólo en la Religión Católica y dentro de la Iglesia de Jesucristo podemos conseguir la eterna salvación; y de aquí se deduce la necesidad y obligación que hay de entrar en la Iglesia Católica para obtener el reino de los Cielos.

317. Pues ahora, como á la Iglesia se entra por la puerta del Santo Bautismo, clara cosa es que hay necesidad de ser bautizado, y que sin el bautismo, ya sacramentalmente, ya en deseo recibido, nadie puede entrar en el Cielo. Así lo dijo Jesucristo á Nicomedes, y en éste á todos los demás hombres. Nadie que no fuere renacido por el agua y por el Es-

(1) Joan., 14, 6.

(2) Proposic. 16 y 17.

píritu Santo, puede entrar en el reino de los Cielos; que es decir, que sin el Bautismo no nos podemos salvar (1).

318. Otras de las cosas necesarias para salvarnos son las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad. Porque sin fe es imposible agradar á Dios (2), como dice el Apóstol; y como había dicho Jesucristo: El que no creyere, será condenado (3). La esperanza es una lógica consecuencia de la fe en los bienes futuros, y es necesaria, según el Santo Concilio de Trento, para que el hombre se levante y camine hacia su Dios (4). Y la caridad es la mayor de las virtudes, en expresión de San Pablo, y es del todo necesaria, como lo dijo San Juan, para la verdadera y eterna vida. Porque el que no ama, sepultado está en la muerte, y en cambio, el que ama á Dios, como debe, es trasladado de la muerte á la verdadera vida (5).

319. Necesaria es también la virtud de la Penitencia después del pecado. Pues, si no hiciéremos penitencia, todos igualmente perecemos, nos dice Jesucristo, por San Lucas (6).

Necesario es, por igual manera, ya en realidad, ya en deseo, el Sacramento de la Penitencia, que es, como dicen los Concilios, la segunda tabla después

-
- (1) Joan., 3, 5.
 - (2) Hebr., 11, 6.
 - (3) Marc., 16, 16.
 - (4) Sesión 6.^a, capt. 6.^o
 - (5) 1.^a Joan., 3, 14.
 - (6) Luc., 13, 5.

del naufragio de la culpa; pues la primera es el Bautismo.

320. Necesario es también con necesidad de precepto y, según algunos, con necesidad de medio, el Sacramento de la Eucaristía, según aquellas palabras de Jesucristo: Si no comiereis mi carne y no bebiereis mi sangre, no tendréis vida en vosotros, y el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna (1).

Necesaria es, por último, la perseverancia final. Pues sólo aquel que persevera hasta el fin, conseguirá salvarse, como enseña Jesucristo (2).

321. Mas aquel que fuese llamado y como impulsado por Dios á mayor perfección, deberá seguir las inspiraciones de lo alto y practicar los consejos evangélicos. Deberá negarse á sí mismo por el voto y la práctica de la obediencia; deberá renunciar á los deleites sensibles por el voto y virtud de la castidad, y deberá vender lo que tiene y darlo á los pobres, por la virtud y voto de la pobreza; y deberá, por fin, tomar su cruz y seguir al Divino Maestro Jesucristo (3).

322. Para practicar todas las cosas dichas necesaria es la gracia actual del Señor; pero esa nunca nos falta, y menos, si por la verdadera oración se la pedimos; pues Dios da á todos las gracias suficientes para conseguir la eterna salvación. Y con la ayuda de la gracia actual y con los sacramentos y

(1) Joan., 55, 57.

(2) Mat., 10, 22 y 24, 13.

(3) Mat., 16, 24.

por un acto de perfecta caridad, nos otorga Dios la gracia santificante que nos hace hijos suyos adoptivos, hermanos de Jesucristo y herederos del Cielo; y nos da vitalidad sobrenatural para producir frutos de vida eterna, dignos de eterno premio en la patria de los Santos.

323. Veamos ahora las cosas que los santos nos dicen que hay que hacer para conseguir el Cielo. El gran San Agustín, entre otros muchos medios, nos propone dos que abarcan todos los demás. El primero es huir de todo lo que nos desvía de Dios. «Cualquiera, escribe, que ama al mundo, mire bien á dónde va, porque el camino que lleva es peligroso y lleno de muerte. Pues, ¡oh hombre!, huye un poco de tus ocupaciones y escóndete por algún tiempo de tus inquietos pensamientos, arroja ahora los pesados cuidados, y deja los trabajos y pendencias, para atender á Dios y descansar un poco en El. Entra dentro de tu corazón, desecha de él todas las cosas que no son Dios, ó que no pueden aprovechar para buscarle y, cerrada la puerta, búscale. Diga todo tu corazón á Dios: «Señor, yo busco vuestro rostro; vuestro rostro busco, Señor. Ea, pues, Señor, Dios mío, enseñad Vos á mi corazón á dónde y cómo os he de buscar, á dónde y cómo os he de hablar. Señor, si no estáis aquí, ¿á dónde os buscaré estando ausente? Y, si estáis en todo lugar, ¿cómo no os veo aquí presente? Mas Vos, Señor, habitáis en una luz inaccesible, pues, ¿cómo podré yo llegar á esa luz? ó ¿quién me guiará y pondrá en ella para que yo os vea en ella?. Porque yo, Señor Dios mío, nunca os vi y nunca conocí vuestra faz. Pues, ¿qué ha de ha-

cer, Señor, este peregrino y desterrado de Vos? ¿Qué ha de hacer este vuestro siervo, herido de vuestro amor y arrojado lejos de vuestro rostro? Anhela y suspira por Vos, y Vos le escondéis la cara; desea llegar á Vos, y vuestra morada es inaccesible (por nuestras fuerzas y en este mundo); desea hablaros y no sabe dónde estáis; procura buscaros y no conoce vuestro rostro (1).

El otro medio, propuesto por el Santo, es entregarnos todo á Dios. «¡Oh qué feliz alegría y alegre felicidad es ver á todos los Santos, estar con los Santos y ser Santo, ver á Dios y poseer á Dios para siempre jamás!»

«Pensemos esto con gran cuidado, deseemos esto con gran deseo, para que presto podamos llegar á ellos. Si me preguntas cómo se podrá hacer esto, ó con qué merecimientos, ó con qué ayudas alcanzar. Oye, esto está, por la gracia de Dios, en poder de cada uno, porque el reino de los Cielos, oh hombre, por fuerza (ó acción propia) se ha de conquistar, y no te pide otro precio sinó á ti mismo, porque tanto vale cuanto tú eres, pues date en precio y así lo alcanzarás. ¿Por qué te turbas de este precio? Jesucristo se dió á sí mismo para ganarte y hacer que tú fueses reino para Dios. Pues date tú á ti mismo para que seas reino de Dios y no reine el pecado en tu cuerpo mortal, sinó el espíritu del Señor y con él alcances la vida eterna» (2).

324. La Doctora del Carmelo, nuestra Santa

(1) Manual, capt. 30.^o

(2) Manual., capt. 16.

Teresa de Jesús, también exhortaba á sus religiosas á mucha alegría por estar retiradas en su convento, y á mucho aborrecimiento del mundo para poder gozar de la suavidad y hermosura de Dios. Hablando de las gracias y favores que en las visiones concede el Señor, dice así: Bendita sea tanta misericordia, y con razón serán malditos los que no quieren aprovecharse de ella y perdiesen á este Señor.

¡Oh hermanas mías!, que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéramos hacer por un Dios que *ansi* se quiere comunicar á un gusano. Y si tenemos esperanza, ¿en qué nos detenemos? ¿Qué es bastante para que un momento dejemos de buscar á este Señor, como lo hacía la esposa por barrios y plazas? ¡Oh, que es burlería todo lo de este mundo, si no nos llega y ayuda á esto, aunque duraran para siempre sus deleites, riquezas y gozos, cuantos se pudieran imaginar! Que es todo asco y basura comparados á estos tesoros que se han de gozar sin fin. Ni aun esto es nada en comparación de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros, y del Cielo y de la tierra.

¡Oh ceguedad humana! ¿Hasta cuándo, hasta cuándo se quitará esta tierra de nuestros ojos? (1).

325. En verdad que se necesita tener los ojos cubiertos de tierra para no ver la grandeza del Cielo, que está preparado para los hombres que quieran ir hacia él. Porque, como dice San Agustín,

(1) Morada 6.^a, cap. 5.^o

para ir al Cielo basta querer, basta entregarnos todos al servicio de Dios; pues, aunque es cosa conocida que se necesita también la ayuda de la divina gracia, ésta jamás falta, como no falta ningún día la luz del sol. ¡Oh, y qué fácil es ir al Cielo! Jesucristo lo ha dicho: «Mi yugo es suave y mi carga ligera. Porque, aunque también se dice que es estrecho el camino del Cielo, se hace ancho y llano con el ejemplo y con la doctrina y con la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Por lo cual, con razón pudo decir el Apóstol: Que somos salvados por la gracia y no por nuestro trabajo. Y el Evangelista: Que el que quiere puede beber gratuitamente del agua de la eterna y verdadera vida (1).

¡Oh, cuánto más trabajoso es ir al infierno que ir al Cielo! Si los hombres hicieran por ir á la gloria una pequenísima parte de lo que hacen para ir al infierno, seguramente que al Cielo irían todos. ¡Cuántos trabajos por adquirir la salud del cuerpo! ¡Cuántos sacrificios por acumular riquezas! ¡Qué de ansias para subir á los altos puestos de la sociedad! ¡Qué de molestias para dar cebo á todas las inmundas pasiones!

Con mucho menos se contenta nuestro Dios para admitirnos en el Cielo; y sabe él, además, endulzar los trabajos de los que luchan por conseguir la gloria. Pues, como dice el Príncipe de los poetas líricos: «Qué descansada vida la que huye del mundano ruido y sigue la escondida senda de los sabios» que van por el camino de la eterna patria.

(1) Eph., 2, 8, y Apoc., 22, 17.

Y qué vida tan agitada y tan dolorosa la que se sumerge en el ruido infernal del mundo, revuelto por el oleaje de las voraces pasiones.

326. Es fácil, sí, es muy fácil recorrer el camino que conduce al Cielo y que tiene por término la felicidad de la celestial Jerusalén; pero, aunque fuese muy difícil, es nuestro riguroso deber el caminar por él sin apartarnos jamás. Y es una necesidad imprescindible el seguir ese camino si hemos de evitar la eterna desgracia y recibir en el Cielo el eterno galardón.

Jesucristo es ese camino; El lo ha dicho, y El lo ha andado primero, llevándose clavadas en su sacratísimo cuerpo las espinas que punzan, y dejando para los que vayan en pos de El las flores que halagan, y con sus pisadas ha suavizado la aspereza del terreno. ¡Qué fácil y qué consolador es ir detrás de Jesús. «Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os daré fuerzas y dulcificaré vuestros trabajos» (1). Este es el bando y pregón que ha salido de la boca de nuestro amable Salvador. El se compromete á darnos fuerzas para llevar la cruz y á endulzar nuestros pequeños sacrificios. Sigámosle, pues, porque no tendrá excusa quien no le siga.

327. ¡Con cuánta elocuencia y dulzura nos dice esto el antes citado Fray Luís de León en sus Nombres de Cristo! Pues aclarando el nombre de *camino*, que Jesucristo se puso á sí mismo, porque en realidad le conviene, dice de esta manera: «Porque

(1) Mat., 11, 28.

cuanto á la propiedad del vocablo *ansi* como aquel (y señaló Marcelo con el dedo porque se aparecía de allí se veía) es el de la Corte porque lleva á la Corte y á la morada del Rey á los que enderezan sus pasos por él: *ansi* Cristo es el *camino* del Cielo, porque si no es poniendo las pisadas en él y siguiendo su huella ninguno va al Cielo».

«Y no sólo dijo que debemos poner los pies donde él puso los suyos, y que nuestras obras, que son nuestros pasos, han de seguir á las obras que El hizo, sinó que lo que es propio al camino, nuestras obras han de ir andando sobre él, porque si salen de él van perdidas. Que cierto es que el paso y la obra, que en Cristo no estriba y cuyo fundamento no es él, no se adelanta ni se llega hacia el Cielo.

»Porque si no es sobre él, no podemos andar, digo, no será de provecho para ir al Cielo lo que sobre otro suelo anduviésemos. ¿No habéis visto... algunas madres que teniendo con sus dos manos las dos de sus niños, hacen que sobre sus pies pongan ellos sus pies y *ansi* los van allegando así y los abrazan y son juntamente su suelo y su guía? ¡Oh piedad la de Dios! Esta misma forma guardáis, Señor, con nuestra flaqueza y niñez. Vos mismo dais la mano de vuestro favor. Vos hacéis que pongamos en vuestros bien guiados pasos los nuestros. Vos sustentáis nuestras pisadas siempre en Vos mismo, hasta que, avvicinados á Vos en la manera de vecindad que os contenta, con nudo estrecho nos ayuntáis en el Cielo».

Y un poco más adelante, añade: «En Cristo no se halla tropiezo, porque es *camino real* en el que todos

los que quieren caben sin embarazarse. Y no solamente es Cristo grada y calzada y sendero, por estas dos cualidades dichas (antes) sinó por lo propio de cada una de ellas, que comunican su nombre con El. Porque es grada para la entrada del templo del Cielo y sendero que guía sin error á lo alto del monte, en donde la virtud hace vida; y calzada, enjuta y firme en quien nunca el paso engaña, desliza ó titubea el pie. Que los otros caminos, más verdaderamente son deslizaderos ó despeñaderos, que cuando menos se piensa, debajo de los pies, se sumen ellos. ¡Cuántos en las riquezas y por las riquezas que buscaron y hallaron, perdieron la vida! ¡Cuántos caminando á la honra, hallaron su afrenta! Pues del deleite, ¿qué podemos decir sinó que su remate es dolor? Pues no desliza *así* ni hunde los pasos el que nuestro *camino* sigue, porque los pone en piedra firme de continuo... y *así* el mismo Cristo es el *camino* que andamos, el que anda con nosotros y el que nos incita para que andemos» (1).

328. Claro, pues, aparece que, si Jesucristo es *camino* y camino del Cielo, y camino seguro y firme, nuestro deber para ir al Cielo, es caminar por donde Cristo caminó, y poner nuestros pies sobre sus divinas huellas.

Seguiremos el camino trazado por Jesús, guardando, como El nos dice, los santos mandamientos, y la guarda de los santos mandamientos nos abrirá la entrada en la vida eterna. Pero, ¿por qué el cristiano se ha de contentar con eso sólo? ¿Por qué no

(1) Los Nombres de Cristo, lib. 1.º, capt. 5.º

ha de seguir los consejos y practicar las devociones que tanto lo embellecen á los ojos de Dios, y tantos frutos de eterna vida le producen? Sí, además de observar estrictamente los mandamientos, el buen cristiano, que tenga amor á Jesús y ardientes deseos de conquistar un honroso puesto en la ciudad del Cielo, debe practicar obras de santa devoción. Esas obras serán para él como prendas seguras del camino de la gloria, y de que habrá de estar algún día rodeado de beatífico esplendor en el Cielo.

329. La devoción al augusto Sacramento de nuestros altares, bajo cuyas especies eucarísticas tiene el Rey de la gloria su trono de amor, es una magnífica devoción y un alimento de sobrenatural y excelsa virtud para no desfallecer en el viaje del Cielo.

Pues, ¿qué diremos de la devoción al Sacratísimo Corazón de Dios humanado? Adorando al Corazón de Jesús, adoramos á todo Jesucristo, pero, ¿quién no conoce el tiernísimo significado de esa adoración que fija sus miradas en el tiernísimo é infinitamente amable y amante Corazón de un Dios, que tanto nos amó en la tierra y que, por amor nuestro, permanece sacramentado en medio de nosotros? Dudar no cabe que una tan hermosa devoción nos ha de servir de gran estímulo para caminar por el camino del Cielo, y de muchos méritos para ser allí glorificados.

De grandísimo valor es también la devoción á nuestra Madre la Virgen María, pues, por ser Madre de Dios á la par que madre nuestra, y por ser la co-redentora del género humano, tiene un inefable



poder ante el trono de su divino Hijo. Y ¿quién no ama y la ama con ternura á esa Madre inmaculada, santísima, amantísima nuestra y que ahora está sentada en el más noble trono del Cielo, después del de nuestro Redentor?

Altamente apreciable es también la devoción al Patriarca San José, esposo de nuestra Madre María y padre putativo de Jesús. Es él abogado universal, como ya lo dijo Santa Teresa, y después lo ha declarado la Iglesia, no sólo de todos los cristianos, sinó también para todas las clases de remedios que de él necesiten sus devotos.

Devoción y devoción profunda hemos de tener al Santo Angel de nuestra guarda, encargado de velar á nuestro lado por nuestra eterna salud; y al santo de nuestro nombre, que no en vano llevamos el mismo nombre que él lleva.

Bueno es, por último, practicar otras devociones relativas al diferente estado en que cada uno se halle, y á las circunstancias y necesidades que le rodeen. Pues la devoción á las cosas santas, es la flor de la virtud, en expresión de San Francisco de Sales, y es como la muralla que nos asegura el cumplimiento del deber, y, por tanto, la entrada en la vida gloriosa del Cielo.

330. Si te agrada, pues, ¡oh alma mía!, la gloria del Cielo, trabajemos sin descanso por conquistarla. Poco es lo que nos cuesta, en comparación de lo que allá nos espera: pues, como dice el Apóstol: No guardan proporción los padecimientos de este

mundo con la futura gloria que se velará en nosotros, si nos salvamos (1).

Mientras tenemos tiempo obremos el bien de los mandamientos que tiene á la eterna vida por premio; no sea que venga la noche de la eterna muerte, cuando ya no es hora de trabajar, y perdamos por nuestro abandono la dicha inefable de la gloria. ¡Qué triste sería! ¡Dios mío, no lo permitáis!

331. Dadnos antes aquí mil muertes, primero que dejemos de caminar por la senda que nos lleve á tu presencia. Aquí, Dios mío, aquí quémalos, aquí córtanos pedazos de nuestro cuerpo y de los más amados objetos, aquí no nos perdones dolor alguno á trueque de que eternamente nos perdones y nos llesves á ese tu Cielo de gloria infinita y de eterno esplendor.

Haznos aquí llorar, para que cantemos allá; danos aquí afrentas, para que allá nos des honra; danos aquí tristeza, para que nos des allá alegría; y déjanos que aquí vivamos en el abandono de los hombres, para que allá tengamos por ciudadanos á los Angeles.

332. Mira, pues, alma mía, á ese hermoso Cielo que Dios ha fabricado para patria eterna de sus buenos hijos: Eleva con el Real Profeta tus ojos á esos montes altos de donde te ha de venir el auxilio.

Pues tu auxilio te vendrá de Dios que hizo el Cielo y la tierra. Clama de día y de noche delante del Señor, tu Dios, por ser ciudadano de la Jerusa-

(1) Roman., 8, 18.

lén del Cielo. Suspira, cual triste desterrado, por el dulce y eterno consuelo de tu verdadera familia, que es la familia de los justos.

333. Busca con todas tus ansias, cual la esposa de los Cantares, á tu amante esposo, Jesús, por las calles y plazas de sus mandamientos y por los floridos huertos de las virtudes. Pregunta si han visto á tu amado los centinelas de la eterna ciudad. Que si por él suspiras, y sigues tras el olor de sus unguentos, lo hallarás sentado en lo más secreto de la gloria, recostado sobre el árbol triunfante de la Cruz. Abrazarle has entonces con eterno abrazo, y no le dejarás ya nunca. A su lado serás eternamente dichosa, bebiendo sin cesar y en mucha abundancia del vino de sus inefables y purísimos placeres.

Allí cantarás un cántico en alabanza de tu Dios, que resonará suavemente en la Iglesia de los Santos, por los siglos de los siglos. Así sea.

*
* *

334.

SALMO 12.

¿Hasta cuándo, Dios mío,
te olvidarás de mí, para valerme
con tu gran poderío
sin quien he de perderme?
¿Y apartarás tu rostro por no verme?
¿Hasta cuándo (¡ay perdida!)
tardaré en consultar el enmendarme?
¿Y de tan triste vida
podré desenfadarme?,
¿y á tu manada, ¡oh gran Señor!, tornarme?
¿Cuándo será aquel día
que el corazón descansa de su duelo?

¿Y el alma tibia y fría,
desecho ya su hielo,
se abraze en amor tuyo, ¡o Rey del Cielo?

Vuelve esos claros ojos
y rompe este nublado con tu lumbre;
y arranca los abrojos
de la vieja costumbre
del vicio, tú que moras en la cumbre.

Oyeme, Señor mío,
Dios mío, pues te llamo; y de tu Cielo
quebranta el brazo y brío
del príncipe del suelo,
que esparce del pecado el mortal hielo.

Alumbra los mis ojos,
porque jamás la sombra de la muerte
apañe mis despojos;
y el enemigo fuerte
diga: Prevalecí, no hay defenderte.

No tengan tal contento
los que traen mi alma atribulada;
ni salgan con su intento;
que esta gente malvada
se alegrará con verme derrocada.

Mas yo, mi Dios, espero
en tu misericordia, que es el puerto
do el roto marinero
halla el remedio cierto:
Piedad, Señor, socorre un pecho muerto:

FR. P. MALÓN DE CHAIDE.

*
**

Una lágrima.

Con ánimo de hablarle en confianza
de su piedad, entré en el templo un día,
donde Cristo en la Cruz resplandecía
con el perdón que quien le mira alcanza.

Y, aunque la fe, el amor y la esperanza
 á la lengua pusieron osadía,
 acordéme que fué por culpa mía,
 y quisiera de mí tomar venganza.

Ya me volvía sin decirle nada,
 y como vi la llaga del Costado,
 paróse el alma en lágrimas bañada.

Hablé, lloré y entré por aquel lado,
 porque no tiene Dios puerta cerrada
 al corazón contrito y humillado.

LOPE DE VEGA.

*
 * *

LA FE

Figura bella de la muerte errante
 posarse quiere; dulce y peregrina
 te muestras al mortal, deidad divina,
 trasunto de los cielos fulgurante.

Nimbo esplendente alumbrá tu semblante
 con fuego que, si abrasa, no calcina,
 y destellos de célica doctrina
 derramas por doquier, pródiga, amante.

Rayo de amor que bajas á este suelo,
 é inundas con tu luz un mundo vano
 calmando así del mísero el anhelo...

si ciega está tu vista ¡oh gran arcano!,
 ¿quién mantiene tu fe sin ver el Cielo?

—Oye bien: esta cruz que está en mi mano.

X.

*
 * *

LA ESPERANZA

Sonrieme la esperanza lisonjera,
 y aunque harto de esperar, no desespero,
 y espero, esperaré según infiero
 de lo bien que me va con tal espera.

Tan firme es mi esperanza y verdadera
como cierto y precioso lo que espero;
y como el esperar es lo primero,
si así no esperara me perdiera.

Porque aquello que espero de tal suerte
que, si no es esperado, no se alcanza,
y esperarlo es preciso hasta la muerte,
y aun tal vez más allá, pues mi esperanza
tendrá fin cuando llegue á poseerte
¡oh buen Dios!, en la eterna bienandanza.

JOSÉ MALET.

*
* *

LA CARIDAD

No se ve su faz en vano,
mitiga penas y enojos,
lleva la paz en los ojos
y el alma entera en la mano.
Infunde en el pecho humano
el fuego de su bondad.
—¿Es misterio?—Es claridad.
—¿Es tormento?—Es un placer.
—¿Será pues?....—Vamos á ver.
—¿El amor?—«La Caridad».

JOSÉ SELGAS.

*
* *

El Corazón y la Cruz.

El corazón tiene un hueco
que sólo llena Jesús,
derramando en su vacío
los tesoros de la Cruz.

.....
Para el corazón cansado
del placer y del penar

no hay lecho como la Cruz
donde poder descansar.

Corazones desolados,
que felicidad queréis,
amparaos de la Cruz
y á su sombra gozaréis.

El corazón que en la muerte
duerme en brazos de la cruz,
despertará alborozado
en los brazos de Jesús.

N. B.

*
* *

Á MARÍA

(PLEGARIA)

Aparta de tus ojos la nube perfumada
que el resplandor nos vela, que tu semblante da,
y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
donde la paz, la vida y el paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;
tú, flor del paraíso y de los astros luz,
escudo sé y amparo de la mortal flaqueza,
por la divina sangre del que murió en la Cruz.

Tú eres, ¡oh María!, un faro de esperanza
que brilla de la vida junto al revuelto mar,
y hacia tu luz bendita, desfallecido avanza
el naufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela, ¡oh Madre augusta!, tu soplo soberano
la destrozada vela de mi infeliz batel;
enséñale su rumbo con compasiva mano;
no dejes que se pierda mi corazón en él.

J ZORRILLA.

*
* *

AL AMOR HERMOSO

¡Señor!, en estas noches de espléndida hermosura tan cerca te presiente mi espíritu de sí, que, en éxtasis divino de mística ternura, no ve más que tu imagen, te escucha sólo á ti.

¿Qué dicen la campiña y el bosque, sumergidos en ondas luminosas de canto celestial, cual bello panorama, que ofrece á los sentidos la tierra por paisaje y el Cielo por fanal?

¿Qué dice esa vibrante y alegre sinfonía de seres infinitos, de ignota condición, vertiendo por doquiera torrentes de armonía dulzuras y concetos de hermosa inspiración?

La alondra que hacia el éter, tendido el raudo
[vuelo,
bordando va sus himnos de gozo y de placer,
y el rítmico murmurio del lánguido arroyuelo,
del Dios de mis amores, ¿qué dicen á mi ser?

Que le ame y que le adore, y en El más regalada que el niño en las dulzuras del seno maternal, concentre sus amores el alma enamorada y aspire á penetrarse del fuego celestial.

Que en El están la dicha, la paz y la ventura; la gloria de los Cielos, la hoguera del fervor, el mar de la clemencia y el mar de la ternura, y el piélago insondable del bien y del amor...

¡Venid, venid, vosotros, los dulces trovadores, que en medio de la noche templáis vuestro laúd; venid, venid vosotros, celestes resplandores, bordados á la sombra con hilos de la luz!

¡Venid, venid y hagamos del Cielo y de estos
[montes
la bóveda del templo y el ara del altar:

que llene nuestro hosanna los amplios horizontes,
la tierra, el firmamento, los ámbitos del mar!

¡Venid, los seres todos, y en himnos celestiales
del orbe enamorado resuene la canción:
el alma es la que pulsa las cuerdas inmortales;
el numen es Dios mismo; arpa la creación!

¡Venid, venid, creyentes, por Cristo redimidos,
caigamos de rodillas en torno de su altar:
qué ofrenda si juntamos los férvidos latidos
de tantos corazones, nacidos para amar!

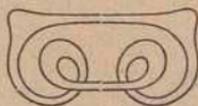
Venid, venid y dadme bellezas y armonía,
sublimes entusiasmos y eterna inspiración;
y, cuando en sus amores se embriague el alma mía,
recíbale en mi pecho y estalle el corazón.

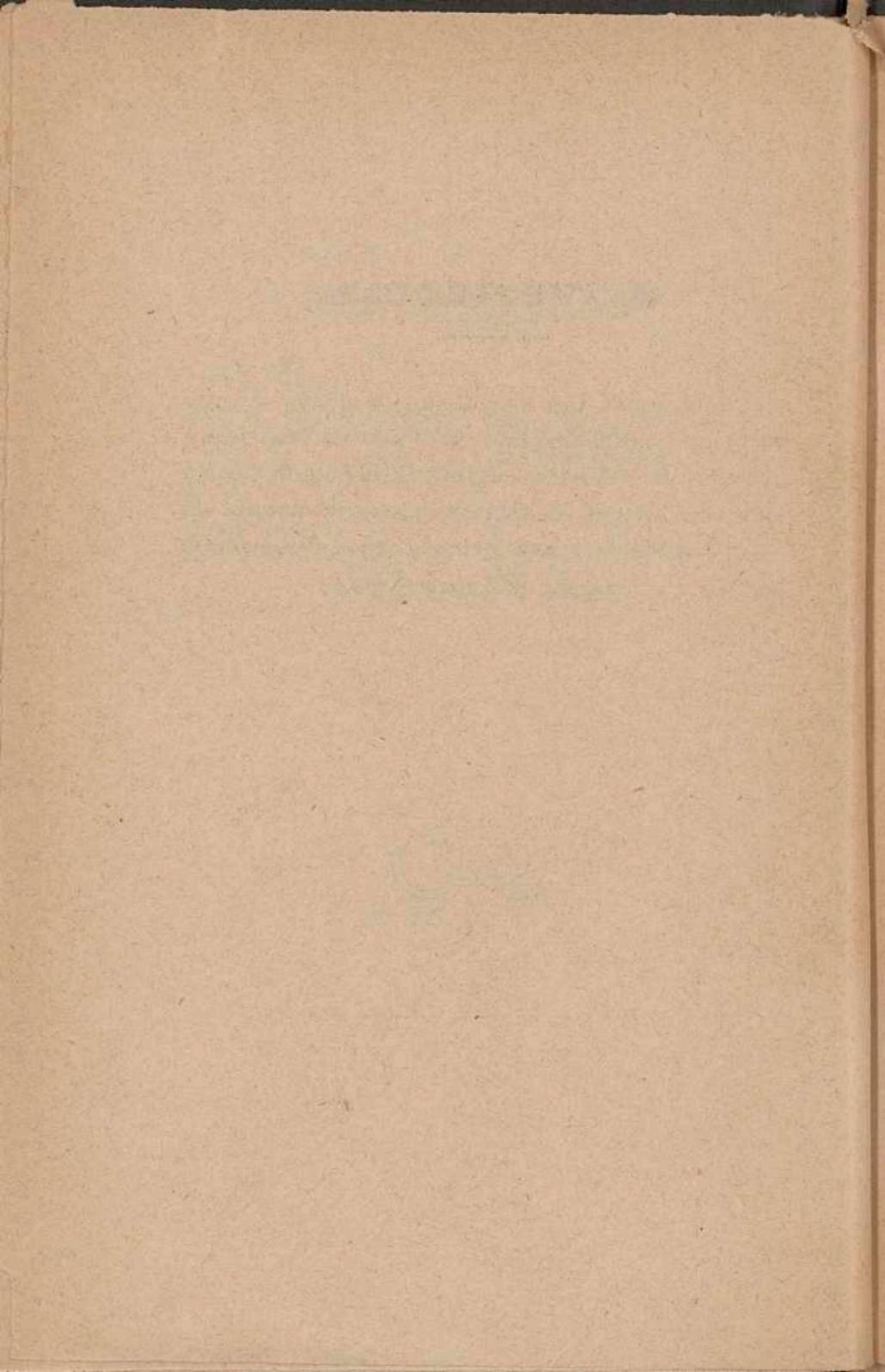
MANUEL N. GONZÁLEZ.

✻ A. M. D. G. ✻

Advertencia.

Por haberse introducido una pequeña y muy accidental variación en la división y número de los artículos de esta obra, después de escrita la *Censura eclesiástica*, lo que en ésta se dice de la materia de ciertos artículos debe referirse á veces al inmediato siguiente, ó á alguno de los que siguen.





ÍNDICE

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Los cuerpos de los justos serán glorificados.

Páginas.

Los cuerpos seguirán la suerte de las almas, 1.

Luego los de los justos irán á la gloria, 2.—

También lo dice el Nuevo Testamento, 3.—

Su gloria inmediata les proviene del alma, 4.

Su modelo es el cuerpo de Jesús, 5.—Como

lo dice Santo Tomás, 6.—Porque son miem-

bros, cuya cabeza es Cristo, 7.—La razón,

basada en la justicia, así lo conoce, 8.—Y lo

exige la perfecta felicidad del alma, 9.—Ex-

plicación que da Santo Tomás, 10.—Resumen

por el mismo, 11.—Discurso de San Buena-

ventura, 12.—De Santa Teresa, 13.—De Gra-

nada, 14.—Poesías, 15.

6

CAPÍTULO II

De las dotes de los cuerpos gloriosos.

Conveniencia de las dotes gloriosas del cuerpo,

16.—La Iglesia y teólogos acordes, 17.—Co-

mentario de Santo Tomás sobre las cuatro

dotes, 18.—Resumen, 19.—San Buenaventu-

ra, 20.—Suárez, 21.—Se saca que son cuatro las dotes, 22.—Como lo aclara Lesio, 23.— Otras razones, 24.—Poesías, 25.	24
--	----

CAPÍTULO III

De la dote de la impassibilidad.

El cuerpo en el Cielo debe ser impassible, 26.— Lo dice la Sagrada Escritura, 27.—Será incorruptible, 28.—Inmortal, 29.—Lo que dice Santo Tomás, 30.—Y Suárez, 31.—Lesio, 32.— Nieremberg, 33.—La Puente, 34.—La Leyenda de Oro, 35.—Grados en la impassibilidad, 36.—Lo que fué el hombre en el paraíso terrenal, 37.—De lo cual se colige lo que será en el de la gloria, 38.—Grandeza del Cielo, según San Agustín, 39.—Poesías, 40.	41
---	----

CAPÍTULO IV

De la claridad de los cuerpos gloriosos.

Lo que importa saber de esta dote, 41.—La tendrán los cuerpos gloriosos, según la Sagrada Escritura, 42.—Aunque en diferentes grados, 43.—Y se esparcirá por los ámbitos del Cielo, 44.—A semejanza de la de Jesucristo, 45.— Razonamiento de Santo Tomás, 46.—De la claridad nace la visibilidad, 47.—Tendrá suma suavidad, 48.—Lo que dice Suárez, 49.— La lucidez compatible con el color, 50.—Y es causada por Dios, 51.—Lo que dice Lesio, 52.— Y Nieremberg, 53.—Recopilación, 54.—Poesías, 55.	60
--	----

CAPÍTULO V

De la agilidad de los cuerpos gloriosos.

Lo que es la agilidad, 56.—Qué en los cuerpos gloriosos, 57.—Se prueba por la Escritura, 58. Idem la resistencia y fortaleza, 59.—Lo que dice San Agustín, 60.—Y San Bernardo, 61.—Santo Tomás, 62.—Uso que harán los justos de la agilidad, 63.—Constitutivos de esta dote, según Suárez, 64.—Discurso de Lesio, 65.—Idem de Luís de la Puente, 66.—Idem de Nieremberg, 67.—Resumen, 68.—Poesía, 69. 79

CAPÍTULO VI

De la sutileza de los cuerpos gloriosos.

Lo que es la *sutileza*, 70.—De ella habla San Pablo, 71.—Y nos da modelo Jesucristo, 72.—De ella hablan varios Santos Padres, 73.—Santo Tomás, 74.—El cual da explicación del modo, 75.—Y éste milagroso, 76.—La sutileza no excluye la natural extensión, 77.—Opinión de Suárez, 78.—Idem de Lesio, 79.—Idem de Luís de la Puente, 80.—Idem de Nieremberg, 81.—Efectos de la sutileza, 82.—Digna de aprecio, 83.—Poesía, 84. 99

CAPÍTULO VII

El cuerpo glorioso es un cuerpo vivo.

Cuán útil es esta verdad, 85.—Cuánto hablan de vida las Escrituras, 86.—Con sus promesas, 87.—Especialmente San Pablo, 88.—El Cielo es la patria de los vivientes, 89.—Respuestas que dan á Antioco los siete hermanos Maca-

beos, 90.--Jesucristo, San Pablo y San Juan, 91.--Los santos Padres suponen la vida del cuerpo glorioso, 92 --La razón lo conoce, 93.--Porque el alma es forma sustancial del cuerpo, 94.--Porque la vida es perfección, 95.--Por el deseo del alma, 96.--Por el modo de obrar del hombre, 97.--Por el fin de la resurrección, 98.—Y por la semejanza con Jesucristo, 99.—Suspiros de San Agustín, 100.—Poesías, 101. 119

CAPÍTULO VIII

Existencia de los sentidos en el cuerpo glorioso.

Los sentidos son perfecciones del cuerpo, 102.— Por eso deben revivir en la gloria, según lo explica Santo Tomás, 103.—Y realizar actos, 104.—Lo mismo sostiene Suárez, 105.--Lesio, 106.—Y Nieremberg, 107.—La razón así lo ve, 108.—¡Qué triste sería carecer de los sentidos en acto, 109.—Si así fuera no podrían recibir premio, 110.—Jesucristo nos ofrece el modelo, 111.—Poesías, 112. . . . 139

CAPÍTULO IX

Gozo que tendrá en el Cielo el sentido de la vista.

La vista vivirá en el Cielo, 113.—Lo declara la Escritura, 114.—El Santo Job, 115.—El Salmista, 116.--Isaías, 117.--El Nuevo Testamento, 118.--San Agustín, 119.--San Gregorio, 120. Granada, 121.--La Puente, 122.--Santa Teresa,

123.--Opinión de Suárez sobre el modo de ver en el Cielo, 124.--Idem de Lesio, 125.--En el Cielo habrá luz, 126.--Producida por el vibrar del éter, 127.--Que haya luz parece indudable, 128.--Y hay cosas visibles, 129.--Primer gozo de la vista: su ejercicio, 130.--El segundo, por la hermosura de los objetos, 131.--Lo dice La Leyenda de Oro, 132.--El tercero, por ver á Jesús, 133.--El cuarto, á los otros justos, 134.--Palabras de Santa Teresa, 135.--Espec-táculo sublime, 136.--Poesías, 137.. . . . 155

CAPÍTULO X

Del gozo que en el Cielo tendrá el sentido del oído.

Lo que dice el antiguo Testamento, 138.—Idem Jesucristo, 139.—Nos hablan de cánticos, 140.—Que serán oídos por los justos, 141.—Lo dice San Gregorio, 142.—Suárez, 143.—El Dante, 144.—San Juan de la Cruz, 145.—Granada y La Puente, 146.—Nieremberg, 147.—Inefable cántico del Cielo, 148.—Gozo indecible de los justos, 149.—Oración de San Agustín, 150.—Poesías, 151.. . . . 181

CAPÍTULO XI

Del gozo que tendrá en el Cielo el sentido del olfato.

Por qué debe el oído vivir en el Cielo, 152.—Lo dice el Cantar de los Cantares, 153.—Y el Eclesiástico, 154.—Ezequiel, 155.—San Pablo, 156.—Y San Juan, 157.—Lo explica Suárez, 158.—Lesio, 159.—Otros escritores, 160.—Dul-

zuras de este sentido, 161.--Por imitación del de Jesús, 162.--Y contraposición al infierno, 163.--Poesías, 164.	203
--	-----

CAPÍTULO XII

Del gozo que tendrá en el Cielo el sentido del gusto.

En el Cielo ni se come ni se bebe, 165.--Pero si se ejercerá el gusto, según lo dice la Escri- tura, 166.--Ella nos habla de bebidas, 167. De mesa, 168.--De hartura, 169.--De dulzura, 170.--De miel y leche, 171.--Por eso está figu- rada en la tierra de Promisión, 172.--Conse- cuencia, 173.--Lo que siente Suárez, 174.-- Lesio, 175.--Granada, 176.--Nieremberg, 177. La Puente, 178.--Resultado de lo dicho, 179. El gozo principal, el del ejercicio, 180.-- Oración de San Agustín, 181.--Poesías, 182. .	217
--	-----

CAPÍTULO XIII

Del gozo que en el Cielo tendrá el sentido del tacto.

El tacto vivirá en el Cielo, según lo dice la Es- critura implícitamente, 183.--Y explícita- mente los teólogos: Lesio, 184.--Nieremberg, 185.--La Puente, 186.--Los Santos Padres, 187. Felicidad del tacto, 188.--Varios oficios de él, 189.--Por los cuales recibirá felicidad, 190. Plática de San Agustín, 191.--Poesías. 192. .	238
---	-----

CAPÍTULO XIV

En el Cielo no habrá comidas, ni bebidas materiales, ni árboles.

Lo primero lo trae la Escritura, 193.--Y lo ex-

plica Santo Tomás, 194.--No obsta que Jesús haya comido después de resucitar, 195.--La razón así lo comprende, 196.--No habrá árboles, 197.--Ni su falta producirá tristeza, 198. Porque serán sustituidos por otros objetos, 199.--Resumen, 200.--Poesías, 201.. . . .	254
---	-----

CAPÍTULO XV

**Del gozo de los sentidos internos y del
apetito sensitivo.**

Relación entre las clases de sentidos, 202.--Gozo del sentido íntimo, 203.--Idem de la imaginación, 204.--Prodigios de esta facultad, 205. Gozo de la memoria, 206.--Idem de la estimativa, 207.--Pues es el más perfecto de los sentidos, 208.--Gozo del apetito sensitivo, 209.--Se prueba lo dicho por la semejanza con Jesucristo, 210.--Y por lo contrario del infierno, 211.--Oración de San Agustín, 212. Poesía, 213.. . . .	267
--	-----

CAPÍTULO XVI

**Del gozo que recibirán los bienaventurados
con la presencia de Jesucristo.**

Excelso lugar de Jesús en el Cielo, 214.—Correspondiente á su vida y méritos, 215.—Por eso está sobre todos los Cielos, 216.—Se sienta á la diestra del Padre, 217.—Qué significa sentarse, 218.—Ver en lugar tal á Jesucristo llena de gozo á los justos, 219.—Así lo dice la Escritura, 220.—Que les exhorta al regocijo, 221.—Lo que escribe Santa Teresa, 222. Se deduce, además, de lo que aman á Jesús,	
---	--

223.—Como lo declara galanamente Fr. Luis de León, 224.—Otros textos, 225.—Del amor síguese el gozo, como lo declara Fr. Juan de los Angeles, 226.—También se gozan que Jesús los ame, 227.—Gozo de ver el cuerpo de Jesús, 228.—Discurso de Nieremberg, 229. Y de Fr. Juan de los Angeles, 230.—Oración de San Agustín, 231.—Poesías, 232.	280
---	-----

CAPÍTULO XVII

Del gozo que causa en el Cielo la presencia de la Virgen.

Después de Jesús es la Virgen la que más gloria tiene y gozo causa, 233.—Porque es Madre de Dios y reina del mundo, 234.—Y la más hermosa criatura, 235.—Llena de gracia, 236. Sentada en lugar prefente, 237.—Con las gracias de todos los Santos, 238.—Adornada de privilegios, 239.—En Coro aparte, 240.—Y todos la rinden vasallaje, 241.—Como lo indica la Escritura, 242.—Y lo afirma San Juan Damasceno, 243.—San Bernardo, 244.—Santo Tomás de Villanueva, 245.—El Dante, 246.—Granada, 247.—San Alfonso María de Liguorio, 248.—Es la Corredentora de los hombres, 249.—Es su Madre (ampliación), 250.—Que los llenará de gozo, 251.—Aspiremos á verla, 252. Poesías, 253.	305
---	-----

CAPÍTULO XVIII

Del gozo que causará en la gloria la presencia de todos los Santos.

Los Santos resplandecerán en el Cielo, 254. Y mutuamente se alegrarán de verse, 255.	
--	--

Por la mutua caridad, 256.—Lo que dice Fray Luís de Granada, 257.—Nieremberg, 258.	
La Leyenda de Oro, 259.—Rosignoli, 260.	
Qué producirá San José, 261.—Idem los Patriarcas y Profetas, 262.—Los Santos de la Iglesia, 263.—Nuestros ascendientes, Naciones, etc., 264 y 265.—Consecuencia, 266.—	
Petición de San Agustín, 267.—Poesías, 268..	330

CAPÍTULO XIX

Del orden y claridad que tendrán todos los habitantes del Cielo.

El del Cielo es el orden más perfecto, 269.	
Lo sustancial de tal orden, 270.—Cómo podemos rastrear lo accidental, 271.—Lo que dice el Dante, 272.—Id. Granada, 273.—La Puente, 274.—Se indica el orden y sitio de los habitantes del Cielo, 275.—Habrá distinción de clases, naciones, etc., 276.—Diferente claridad, 277.—Entusiasmo de Nieremberg., 278.—Conjunto grandioso, 279.—Poesías, 280.	343

CAPÍTULO XX

Grandeza del Cielo y resumen de toda la obra.

¡Cuánto queda por decir!, 231.—To lo en el Cielo está inundado de felicidad, 232.—Belleza del lugar, 233.—Lo que dice San Gregorio, 234.	
Idem San Anselmo, 235.—Id. Granada, 236.	
Nieremberg, 237.—Inefable contento, 238.—Cántico de común alabanza al Señor, 239.	
Suspiros de San Agustín, 290.—Poesías, 291.	
Resumen, 292.	383

CAPÍTULO XXI (adicional).

Cómo aspira el alma hacia el Cielo.

- Tendencias á la felicidad, 293.—De todo nuestro ser, 294.—Del entendimiento, 295.—Idem la voluntad, 296.—Idem los sentidos, 297.—Son en el fondo tendencias nobles, 298.—Que van hacia Dios, 299.—O sea hacia el Cielo, 300. Como lo dice la Escritura, 301.—Pues con nada de este mundo se pueden saciar, 302. Como lo sintió San Agustín, 303.—Y Fray Diego de Estella, 304.—Luego todo nuestro ser suspira por el Cielo, 305.—El deseo de lo futuro y pena por lo pasado, 306.—El amor á la vida y el horror á la muerte, 307.—La admiración por lo sublime, 308.—Sigamos esas tendencias, 309.—Excita á ello Fr. Luis de Granada, 310.—Poesías, 311. 386

CAPÍTULO XXII (adicional).

Cómo se conseguirá entrar en el Cielo.

- Diálogo de Jesucristo con un príncipe, 312. Mandamientos y consejos evangélicos, 313. Los primeros son de necesidad, 314.—Y están encerrados en dos, 315.—La Iglesia de Jesús es la única verdadera, 316.—En ella se entra por el Bautismo, 317.—Son necesarias las virtudes teologales, 318.—Idem la penitencia, 319.—Idem la Eucaristía y perseverancia final, 320.—A algunos los consejos, 321. Sobre todo la gracia, 322.—Lo que nos dice San Agustín, 323.—Santa Teresa, 324.—Lo fácil que es ir al Cielo, 325.—Fácil el cami-

no, que es Jesucristo, 326.—Como lo aclara Fr. Luis de León, 327.—Ese camino hemos de seguir, 328.—Para ello es buena la devoción á los Santos, 329.—Trabajemos sin descanso por ir al Cielo, 330.—Castíguenos aquí el Señor, pero sálvenos, 331.—¡Alma, mira al Cielo!, 332.—Y busca á tu amable Jesús, 333.—Poesías, 334. 404

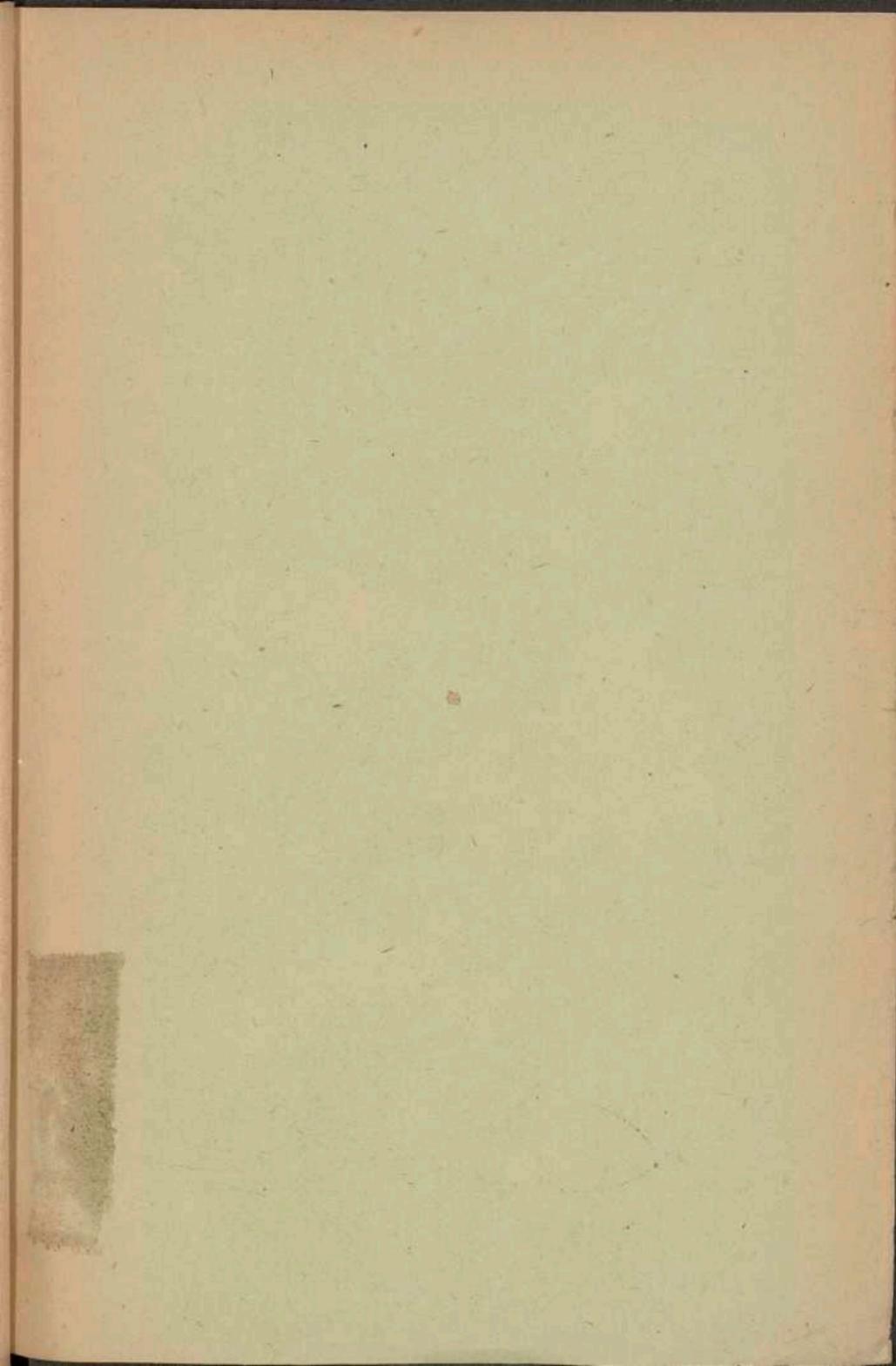


Obras del mismo autor.

- Algo sobre el concepto de libertad. —1,50 pesetas.
El Hipnotismo á la luz de la filosofía.—8 pesetas.
El sufragio universal y la elección por clases.—
1 peseta (2.^a edición).
Oración fúnebre de D. Pelayo G. Conde, Obispo
de Cuenca.
Colección de diálogos científicos.
Discurso sobre la belleza en el orden moral.
Estudio histórico-crítico de las doctrinas de
Balmes.—2 pesetas.
Vida de San Julián, Obispo de Cuenca (pre-
miada).

En prensa.

- Disertación sobre la unión de los católicos espa-
ñoles (premiada).
La democracia cristiana, como medio de resol-
ver la llamada cuestión social (premiada).
La Caridad de San Julián (premiada).
- 





CB.1001142363 - R.
El cielo : observaciones piadoso-ci
BPE Cuenca
CU-1875-3 - v.3



González
Herrero.



PL
CILELO



CU-1875-3

